

LA ORACIÓN DE DANIEL

ORACIONES QUE MUEVEN CIELO Y TIERRA

ANNE GRAHAM LOTZ

ORIGEN

Anne Graham Lotz

La oración de Daniel

Oraciones que mueven cielo y tierra

Origen

SÍGUENOS EN

megustaleer

 **@Ebooks**

 **@librosenespanol**

 **@librosenespanol**

Penguin Random House Grupo Editorial

Anne es una maestra nata, dotada para la enseñanza de la verdad. Además, posee la experiencia de toda una vida y desde allí, con humildad y valentía, proclama la Palabra y sabiduría de Dios. Con *La oración de Daniel*, nos alienta a creer que nosotros también podemos mover montañas.

Kathie Lee Gifford

Los lectores que ansían ver la restauración de los valores culturales de Estados Unidos serán tremendamente inspirados por los pensamientos brillantes y conmovedores de Anne Graham Lotz. Como alguien que tiene un profundo deseo de realzar la pasión de sus oraciones, encuentro que *La oración de Daniel* es un libro extremadamente poderoso y motivacional que no puedes dejar de leer.

Senadora Elizabeth Dole

Cuando Anne Graham Lotz habla, yo escucho. Cuando habla sobre la oración, me inclino. En este grandioso nuevo libro, una destacada mujer de oración de la actualidad examina a uno de los mayores intercesores de la Biblia. Es una maravillosa combinación que promete desafiar, inspirar y convencer a sus lectores. Lo recomiendo con entusiasmo.

Richard Blackaby, coautor de *Mi experiencia con Dios*, edición revisada

En un tiempo en que cada vez más estadounidenses se están alejando de Dios, mi amiga Anne Graham Lotz ha escrito este libro tan oportuno sobre el poder de la oración. En *La oración de Daniel*, Ann argumenta que nosotros podemos renovar, restaurar y reavivar a nuestra nación, *solo si* nos ponemos de acuerdo y comenzamos a

orar como Daniel. ¡Estoy 100 % de acuerdo con eso! En *La oración de Daniel*, llegamos a la comprensión de que nosotros también podemos vivir y respirar el asombroso poder de la oración.

Gretchen Carlson, autora *best seller* y presentadora premiada del programa de televisión *The Real Story with Gretchen Carlson,* del canal Fox News

Amo a esta mujer. Su pasión, su valentía y su oído presto a escuchar. A partir de que, en *La oración de Daniel*, Ann escribe: "Tú y yo nunca sabremos cómo orar de tal manera que los cielos se movilicen y nuestra nación sea transformada hasta que comencemos a leer nuestra Biblia", nos sumerge en la Palabra y nos explica con las Escrituras, experiencias personales y testimonios de otros, el proceso completo de prepararnos para suplicar y de prevalecer en oración. Luego, comprendiendo nuestra fragilidad en cuanto a la oración (¿no es verdad que todos nos sentimos así?), Ann nos brinda ayudas prácticas y dirección para orar *lo que oró Daniel*. En Daniel 9:23, Dios le dice al profeta que él era "muy apreciado", y eso es lo que mi amiga Anne es para mí. Y eso es lo que podemos ser para Dios si tan solo lo escuchamos, obedecemos y oramos.

Kay Arthur, cofundadora de *Precept Ministries International* y autora de *Lord, Teach Me to Pray in 28 Days*

Es evidente que Anne Graham Lotz ha pasado mucho tiempo en oración, porque en este último libro, *La oración de Daniel*, ella habla con una autoridad que no le es propia, fuerte, convincente y preciosa. Este libro cambiará tu vida porque en realidad te hará desear orar más. ¡Imagínate! Es verdad.

Eric Metaxas, autor *best seller* del *New York Times* y presentador de la cadena radial nacional

Estados Unidos está en problemas porque le hemos dado la espalda a Dios. El juicio se aproxima y ninguna institución terrenal puede

salvarnos. La oración es lo único que puede detener la mano de Dios de enviar la destrucción que hemos atraído sobre nosotros mismos por nuestra desobediencia. Con este libro, Anne nos recuerda cómo un adolescente que llegó a ser primer ministro cambió la suerte de una nación por medio de una oración profundamente intensa y poderosa. *La oración de Daniel* es una lectura oportuna y esencial para un mundo que está al borde de la destrucción. Que nosotros también, al igual que Daniel, podamos clamar: "¡Oh Dios, oye! ¡Oh Dios, perdona! ¡Oh Dios, escucha y actúa!".

Janet Parshall, presentadora de radio nacional

Si tienes un profundo anhelo de ver a Dios moverse en nuestra generación de una manera nunca vista, entonces lee *La oración de Daniel*. Romperá la tierra árida de tu corazón, generando un deseo por Dios que tan solo Él puede suplir. Gracias Anne Graham Lotz por este increíble libro que tiene la capacidad de llevarnos a un movimiento espiritual de parte de Dios para este mundo.

Dr. Ronnie Floyd, presidente de la Convención Bautista del Sur y pastor principal de Cross Church

Al leer este libro, descubrirás que la oración no es simplemente una parte de la vida de Anne: es *toda* su vida. Ella explica por qué la oración que hizo Daniel debería ser nuestro modelo y, en función de ello, nos permite conocer su corazón, revelándonos sus desilusiones, sus victorias y, por sobre todo, su carga por nuestra nación. Al leer este libro, ¡permite que la carga de Anne se vuelva tuya!

Dr. Erwin W. Lutzer, pastor emérito de Moody Church, Chicago

Siendo un creyente judío en Yeshúa, el Mesías, un hijo de la tribu de Judá y descendiente directo de los mismos israelitas que vivieron durante el tiempo del profeta Daniel, recomiendo enfáticamente *La oración de Daniel*. Anne Graham Lotz alienta a los creyentes a estar firmes y no darse por vencidos con Dios. Está dentro de nuestro

espíritu el orar y creer que el Dios de Daniel es el mismo hoy, según lo dice su Palabra. ¡Lee este libro y conviértete en un creyente con la mentalidad de Daniel!

Alcalde Amir Tsarfati, Fuerza de Defensa Israelí; fundador del Ministerio Behold Israel

Este libro me cambió. Lo dejaré a mano y regresaré una y otra vez a leerlo porque transformó mi vida de oración. Tanto es así, que arrojé por la ventana mi agenda y me dediqué a postrarme y orar como parte central de mi vida cotidiana. ¡Y este es el mensaje para Estados Unidos! Es lo único que podría darnos otra oportunidad. No es demasiado tarde aún. Que el Rey Jesús levante al menos un millón de guerreros que oren la oración de Daniel.

Tom Doyle, vicepresidente de e3 Partners y autor de *El asesinato de cristianos: Vive la fe donde es peligroso creer*

Si enumerara las lecciones que aprendí como estudiante e hija espiritual de Anne Graham Lotz, esa lista no solo sería muy extensa, sino que estaría encabezada por la importancia de la oración intencional y apasionada. Este increíble libro que tienes en tus manos es un mensaje cercano al corazón de Anne, un mensaje que ella vivió y enseñó con su ejemplo. Esta obra te llamará a salir del estancamiento de una fe deslucida y te atraerá a una pasión renovada por una disciplina espiritual de larga data, que todavía conserva su poder de maravillarnos. Léelo, sí, pero no te detengas ahí. Ponte de rodillas y ora; hazlo de manera intencional, estratégica y fervorosa.

Priscilla Shirer, autora de *Oración ferviente: un plan de batalla para la oración seria, específica y estratégica*

Para todos los que anhelan un avivamiento

La oración del justo es poderosa y eficaz.

SANTIAGO 5:16

ES TIEMPO DE ORAR LA ORACIÓN DE DANIEL

El aire estaba electrificado. La gente gritaba, lloraba y clamaba a Dios. Algunos estaban de pie con las manos alzadas, otros estaban arrodillados y otros más estaban postrados en el suelo. Mi hermano Franklin acababa de entrar al auditorio, y recuerdo haber visto su rostro en la entrada, con sus ojos bien abiertos y diciendo: "¿Qué está ocurriendo aquí?".

Estábamos en Suva, Fiji, en donde La Bolsa del Samaritano organizaba una conferencia para obreros de las iglesias. Seiscientas personas habían venido de una docena de islas de alrededor. Yo había terminado de predicar sobre el profeta Samuel, presentando la trágica verdad de que, aunque era un extraordinario juez, profeta y alguien que ungía reyes, no era un buen padre. Sus hijos no seguían al Señor. Mi reto a la audiencia mayormente masculina fue que no estuvieran tan enfocados en el ministerio que acabaran descuidando a su esposa e hijos.

Cuando hice la invitación a arrepentirse de todo pecado y comprometerse a entrenar a sus hijos en el Señor, casi toda la audiencia de pastores y líderes pasaron adelante. Comenzaron a derramar sus corazones en una súplica urgente, desesperada y apasionada, pidiendo que Dios los perdonara, tuviera misericordia y los bendijera. No estaban hablando en otros idiomas. Yo podía entender lo que decían, pero la atmósfera en sí estaba cargada con la presencia de Dios.

Recuerdo que una mujer me tomó del brazo y me llevó hasta su círculo para que orara. *¿Orar yo?* Estaba completamente intimidada por orar en un grupo así, por buenas razones. Cuando abrí la boca y

lo intenté, mi voz sonaba fingida. Mi oración era miserablemente anémica en medio de tal ferviente intensidad.

Nunca antes había escuchado una oración como la que estaba oyendo ese día en Suva, Fiji. A decir verdad, casi nunca había oído orar así en un ningún otro lugar, lo que me llevó a preguntarme por qué nuestras oraciones a menudo carecían de esa clase de poder, pasión y persuasión. ¿Qué nos está faltando? ¿Qué me estaba faltando *a mí*?

Aunque debe haber más de una respuesta para mi pregunta, ¿podría ser que uno de los ingredientes fundamentales que estaba faltando fuera un compromiso radical con la oración, sin restricciones, intrépido, sin poner freno, a la manera de antes? La clase de compromiso nacido de la desesperación. De una ambición intensa. De un anhelo del alma. La clase de compromiso que se proponen los atletas para ganar la carrera, el partido, el trofeo o la medalla. La clase de compromiso que hace sacrificios, acepta responsabilidades, cumple con sus obligaciones y supera los obstáculos.

La clase de súplica insistente que encontramos en la oración de Daniel.

Este no es un tipo de oración informal, de todos los días, común y corriente, *ora como te parezca*. No. Ni siquiera es una bengala lanzada a modo de llamada de auxilio. La oración de Daniel es un compromiso. Un compromiso que persevera ante cualquier obstáculo hasta que el cielo se conmueva y las naciones cambien.

La oración original de Daniel era una súplica desesperada pronunciada por un hombre —Daniel— a favor de su nación — Judá —, que estaba bajo el juicio de Dios. Durante una generación entera, por setenta años, su pueblo fue mantenido en cautiverio por sus enemigos, los babilonios, y separado del lugar de la bendición de Dios.

La triste realidad era que Dios les había advertido en repetidas ocasiones que si no había un arrepentimiento nacional, caería el juicio sobre ellos.

El pueblo de Daniel debería de haber sabido que no era un aviso intrascendente. Debido a que las diez tribus del norte de Israel habían abrazado la idolatría, rehusándose a prestar atención a las muchas advertencias del juicio venidero, Dios envió a los asirios a destruir el Reino del Norte.[1] El Reino del Sur, Judá, con la pequeña tribu de Benjamín, era el remanente de lo que había sido la nación de Israel bajo el reinado de David y de su sucesor, Salomón.

Ahora Dios estaba haciéndole esas mismas advertencias a Judá. Él había enviado mensajero tras mensajero, a Jeremías, Habacuc y Sofonías, quienes habían entregado fielmente el mensaje con cada énfasis y matiz concebible. Los mensajeros hablaron de manera clara, poderosa, visual, auditiva, emocional, objetiva, precisa y honesta. El pueblo no tenía excusas ni argumentos para decir que "no lo habían entendido". Pero la nación de Judá no quiso oír las amonestaciones divinas y entonces cayó el juicio.

El juicio vino encarnado en los babilonios, gobernados por el emperador Nabucodonosor. Ellos habían conquistado Asiria y luego Egipto. Después de su conquista de los dos mayores poderes mundiales, se precipitaron sobre Judá. Sitiaron Jerusalén, saquearon los tesoros del templo y arrastraron a la fuerza al pueblo de Dios a Babilonia en una serie de tres deportaciones, esclavizando a la población entera. En un periodo relativamente corto, la tribu de Judá fue borrada de la escena nacional. Ya no existía como la nación que había sido por más de quinientos años: ahora era una ciudad y una nación en exilio.

Daniel tenía aproximadamente quince años cuando lo capturaron los babilonios y lo deportaron a mil trescientos kilómetros (unas 800 millas) al este de Jerusalén para servir como esclavo en la corte de Nabucodonosor. No había una comisión de derechos humanos donde apelar ni un gobierno amistoso al que acudir en busca de mediación, no había una corte internacional criminal que tomara su caso ni un equipo de prestigiosos abogados que lo representara. Fue secuestrado para servir a un emperador que tenía el poder mundial absoluto y no rendía cuentas a nadie.

Pero a través de todo eso, Daniel glorificó a Dios ante los demás por su carácter y conducta. Su servicio era tan extraordinario que rápidamente ascendió a los rangos superiores hasta convertirse en un líder nacional, así como también en un consejero de reyes. Tan joven como era, Daniel quizá no sabía nada sobre el poder de la oración por propia experiencia. Pero, según continúa la historia, nos queda claro que sabía algo del poder de su Dios, aunque su conocimiento puede haber estado basado en la historia nacional y no en su experiencia personal. No le llevó mucho tiempo, por la situación desesperada que enfrentaba, descubrir el poder de Dios a través de la oración. Porque Él era todo lo que Daniel tenía. Una y otra vez él se apoyaba en Dios con una fe tan completa y una dependencia tal que Dios se manifestó a pedido suyo: poderosamente, personalmente, dramáticamente, reiteradamente.

El ascenso meteórico de Daniel a la prominencia es más notable aún porque cuando llegó a Babilonia siendo un adolescente estuvo expuesto a las costumbres extranjeras de ellos, su idioma desconocido, vestidos lujosos, comidas exóticas y dioses paganos (una especie de lavado de cerebro cultural). Le arrancaron su identidad y le dieron un nuevo nombre: Beltasar.[2] El propósito de este nuevo nombre, el cual era un tributo a un dios babilonio, habría sido destruir su lealtad y fidelidad a su propio Dios. También le quitaron su masculinidad y lo obligaron a ser eunuco, con el fin de hacerlo más servil a su nuevo amo.[3] Y le ordenaron honrar a dioses falsos, comiendo la comida que había sido previamente sacrificada a ellos.

El mensaje era claro: Daniel tenía que servir al emperador con todo su corazón, mente, alma, cuerpo y fuerza. Estaba tan inmerso en Babilonia, que sería separado de su pasado para poder abrazar el presente como la única realidad en su vida. Todo estaba diseñado para forzarlo a conformarse al molde babilonio y servir al placer de Nabucodonosor.

"Pero Daniel se propuso no contaminarse…".[4] Y por lo tanto, comenzó su destacada carrera que permaneció durante dos imperios y todo el tiempo del cautiverio de su nación. Corriendo un gran riesgo, una y otra vez mantuvo su devoción plena a Dios. A su debido tiempo, Dios le dio "sabiduría e inteligencia para entender toda clase de literatura y ciencia. Además, Daniel podía entender toda visión y todo sueño".[5] Fue elevado al equivalente del rango de primer ministro bajo el gobierno de cuatro emperadores: Nabucodonosor, Belsasar, Darío y Ciro.

Pero Daniel nunca se olvidó del templo que había estado en el corazón de Jerusalén y de toda la nación. Incluso al final de su vida, siguió recordando los sacrificios que allí le había ofrecido a Dios como un acto de adoración obediente. Extrañaba Jerusalén cada día de su vida, y eso se evidencia en el hecho de que oraba tres veces al día mirando en dirección adonde una vez estuvo su amada ciudad.

Una y otra vez la vida de Daniel corría peligro y parecía estar al borde de la muerte. Pero en cada una de esas situaciones, en respuesta a la fe notable y firme de Daniel, Dios demostraba su poder sobrenatural para honrar a aquel que lo honraba a Él.[6] Dios intervino milagrosamente para salvar al profeta de la furia de Nabucodonosor, la locura de Belsasar y el fanatismo de Darío hasta que realizó el mayor milagro de todos en respuesta a la oración de Daniel. Dios movió a Ciro a emitir el decreto por el cual, luego de setenta años de cautiverio, cada judío que estaba en Babilonia podía regresar a su casa.

¿Qué clase de oración era esta en la que, cuando una persona se ponía a favor de todo un pueblo que estaba bajo el juicio de Dios, el cielo se movilizaba y una nación era transformada? [7]

¿Cuál era el secreto de la restauración, renovación y avivamiento espiritual de Judá?

¿Qué podemos aprender hoy de la oración de Daniel que pueda movilizar los cielos y transformar nuestra amada nación?

Aun después de toda una generación de apostasía y separación de la fe nacional en el Dios viviente, ¿es posible que la oración de una sola persona pueda traer renovación, restauración y avivamiento a una nación?

Eso es lo que quiero averiguar.

Creo que es tiempo de orar como Daniel.

Ahora mismo.

No nos confundamos: nuestra nación —y nuestro mundo— están poniéndose bajo el juicio de Dios. Para cuando este libro se publique, esta realidad puede ser más evidente que cuando escribo. Dios utiliza los dramáticos sucesos mundiales para captar la atención de la gente. Apocalipsis 6-19 y muchas otras Escrituras[8] revelan que esos indicadores están entrelazados con su juicio final. Las señales nos rodean.

Cuando los desastres naturales tales como huracanes, terremotos, erupciones volcánicas, avalanchas, incendios, inundaciones, sequías y tornados, repetidamente baten los récords y se cobran vidas…

Cuando rumores de guerra circulan por el mundo a diario porque los líderes fluctuantes quebrantan acuerdos y rompen alianzas, amenazan a otras naciones y desprecian los límites de la soberanía nacional…

Cuando los terroristas asesinan gente inocente, creando caos generalizado y terror…

Cuando nuestra cultura se obsesiona con las celebridades sin moral ni escrúpulos, que abiertamente buscan generar sensacionalismo con sus proezas pecaminosas…

Cuando se trafica con las mujeres y los niños y son degradados a cambio de las ganancias de miles de millones de dólares que produce la prostitución…

> Cuando el trabajo, los deportes, las películas, videojuegos y artefactos tecnológicos consumen nuestro pensamiento y no nos dejan tiempo para enfocarnos en lo más importante…
>
> Cuando las soluciones políticas no consiguen remediar lo que debe comenzar con ojos humedecidos, corazones quebrantados y rodillas dobladas…
>
> Es tiempo de alzar la vista. Es tiempo de clamar. Es tiempo de orar.

Entiendo que debemos ser prudentes al interpretar los sucesos de la actualidad y los desastres naturales. La lluvia cae sobre justos e injustos. Cosas malas les pasan a las personas buenas por razones que no son evidentes de discernir. Pero Dios no me ha llamado a hablar tentativamente o sin base bíblica sólida para lo que veo que ocurre a nuestro alrededor. Pienso en tres razones por las que se le debe estar acabando la paciencia a Dios.

Una: le hemos quitado la vida a casi sesenta millones de niños de manera voluntaria, intencional y deliberada. La mayoría de esos abortos no fueron efectuados por razones médicas, sino por la conveniencia de la madre, también como un método de control de la natalidad.[9]

Dos: nuestra resistencia a la institución divina del matrimonio.

Tres: nuestro abandono de la nación de Israel.

Y uso el "nosotros" y "nuestro" para referirme a nuestra nación en estas tres razones para el juicio de Dios. Ciertamente, estos tres pecados nacionales acarrearían el juicio de Dios a cualquier grupo humano que los practicara. Pero es especialmente preocupante ver a Estados Unidos de América, una nación fundada sobre la base de la fe en Dios y dedicada a su gloria por parte de nuestro primer presidente y el Congreso Continental, desafiarlo, intentar quitarlo de la vida pública y rebelarse contra sus caminos.[10]

Hay una única solución.

Cuando nos encontramos ante el justo juicio de Dios, no hay nada…, *nada*…, ningún político o presidente, ningún gobierno o acuerdo, ninguna institución u organización, ningún medio o ministerio, ninguna economía o poder militar, ninguna alianza o tratado internacional…, nada podrá hacer volver a sus raíces a nuestra nación, a no ser por la oración.

Una oración sincera y desesperada. Una oración con la que quienes oran rinden su corazón, regresan a la cruz y se arrepienten de los pecados personales y nacionales. Solo la oración que mueve el cielo puede cambiar una nación.

Y esa es la oración de Daniel.

LA ORACIÓN ORIGINAL DE DANIEL

DANIEL 9:1-23

Corría el primer año del reinado de Darío hijo de Asuero, un medo que llegó a ser rey de los babilonios, cuando yo, Daniel, logré entender ese pasaje de las Escrituras donde el SEÑOR le comunicó al profeta Jeremías que la desolación de Jerusalén duraría setenta años. Entonces me puse a orar y a dirigir mis súplicas al Señor mi Dios. Además de orar, ayuné y me vestí de luto y me senté sobre cenizas. Esta fue la oración y confesión que le hice:

"Señor, Dios grande y terrible, que cumples tu pacto de fidelidad con los que te aman y obedecen tus mandamientos: hemos pecado y hecho lo malo; hemos sido malvados y rebeldes; nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes. No hemos prestado atención a tus siervos los profetas, que en tu nombre hablaron a nuestros reyes y príncipes, a nuestros antepasados y a todos los habitantes de la tierra.

"Tú, Señor, eres justo. Nosotros, en cambio, somos motivo de vergüenza en este día; nosotros, pueblo de Judá, habitantes de Jerusalén y de todo Israel, tanto los que vivimos cerca como los que se hallan lejos, en todos los países por los que nos has dispersado por haberte sido infieles.

"Señor, tanto nosotros como nuestros reyes y príncipes, y nuestros antepasados, somos motivo de vergüenza por haber pecado contra ti. Pero, aun cuando nos hemos rebelado contra ti, tú, Señor nuestro, eres un Dios compasivo y perdonador.

"SEÑOR y Dios nuestro, no hemos obedecido ni seguido tus leyes, las cuales nos diste por medio de tus siervos los profetas. Todo Israel se ha apartado de tu ley y se ha negado a obedecerte. Por eso, porque pecamos contra ti, nos han sobrevenido las maldiciones que nos anunciaste, las cuales están escritas en la ley de tu siervo Moisés.

"Tú has cumplido las advertencias que nos hiciste, a nosotros y a nuestros gobernantes, y has traído sobre nosotros esta gran calamidad. ¡Jamás ha ocurrido bajo el cielo nada semejante a lo que sucedió con Jerusalén!

"SEÑOR y Dios, todo este desastre ha venido sobre nosotros, tal y como está escrito en la ley de Moisés, y ni aun así hemos buscado tu favor. No nos hemos apartado de nuestros pecados ni hemos procurado entender tu verdad.

"Tú, SEÑOR y Dios nuestro, dispusiste esta calamidad y la has dejado caer sobre nosotros, porque eres justo en todos tus actos. ¡A pesar de todo, no te hemos obedecido!

"Señor y Dios nuestro, que con mano poderosa sacaste de Egipto a tu pueblo y te has hecho famoso, como hoy podemos ver: ¡hemos pecado; hemos hecho lo malo! Aparta tu ira y tu furor de Jerusalén, como corresponde a tus actos de justicia. Ella es tu ciudad y tu monte santo. Por nuestros pecados, y por la iniquidad de nuestros antepasados, Jerusalén y tu pueblo son objeto de burla de cuantos nos rodean.

"Y ahora, Dios y Señor nuestro, escucha las oraciones y súplicas de este siervo tuyo. Haz honor a tu nombre y mira con amor a tu santuario, que ha quedado desolado. Préstanos oído, Dios nuestro; abre los ojos y mira nuestra desolación y la ciudad sobre la cual se invoca tu nombre. Al hacerte estas peticiones, no apelamos a nuestra rectitud, sino a tu gran misericordia. ¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa! Dios

> mío, haz honor a tu nombre y no tardes más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!”.

Yo seguí hablando y orando al SEÑOR mi Dios. Le confesé mi pecado y el de mi pueblo Israel, y le supliqué en favor de su santo monte. Se acercaba la hora del sacrificio vespertino. Y mientras yo seguía orando, el ángel Gabriel, a quien había visto en mi visión anterior, vino en raudo vuelo a verme y me hizo la siguiente aclaración:

> “Daniel, he venido en este momento para que entiendas todo con claridad. Tan pronto como empezaste a orar, Dios contestó tu oración. He venido a decírtelo porque tú eres muy apreciado”.

PRIMERA PARTE

Preparándonos para la oración

Dedíquense a la oración: perseveren en ella con agradecimiento.

COLOSENSES 4:2

1
COMPROMETIDOS A ORAR

Se dice que Susanna Wesley, madre de diecinueve hijos, incluyendo a John y a Charles, solía colocarse su delantal sobre el rostro para tener un momento privado de oración. Una vez oí de una maestra de la Biblia que cuando sus tres hijos eran pequeños, los dejaba correr por toda la casa; después se metía en el corralito de los niños para poder disponer de unos minutos para orar en privado. Mi propia madre me animaba a "orar en el camino", o sea, en todo lugar donde fuera y en medio de cualquier actividad que estuviera haciendo. Esa era su paráfrasis de lo que el apóstol Pablo les dijo a los tesalonicenses seguidores de Jesús cuando les pidió: "oren sin cesar".[1]

Aunque estoy bien consciente de que podemos orar en cualquier lugar y situación acerca de cualquier tema, la oración de Daniel es diferente. Es un compromiso. Y yo estoy convencida de que nuestros compromisos —o la falta de ellos— cambian nuestra vida.

El compromiso más importante que he tomado es ser una discípula de Jesucristo. Eso afectó cada área de mi vida, así como también las fibras más íntimas de mi ser, en lo mental, emocional y físico tanto como en lo espiritual. Es un compromiso que continuamente vivo, momento a momento, día a día. Ese compromiso determina la forma en que gasto mi dinero y mi tiempo, los amigos que tengo y los enemigos que me gano, los hábitos que establezco y los que quiebro, dónde voy y qué hago. Es un compromiso que altera toda mi vida y le da forma.

También tomé otro compromiso igualmente significativo, que alteró mi vida para siempre y le dio forma, cuando dije que sí a la propuesta de matrimonio que me hizo Danny Lotz. Eso me condujo a un momento que fue un hito en mi vida. El 2 de septiembre de 1966, a las 8:00 p. m. atravesé el doble portal de la capilla Gaither en Montreat, Carolina del Norte, la pequeña iglesia presbiteriana en la que me crie, me bauticé y di mi primer testimonio público.

Mi mano estaba enlazada con el brazo de mi papá, mientras él esperaba que el director de la boda diera la señal para empezar a caminar por ese pasillo. La capilla de piedra estaba repleta de amigos especiales e invitados, cuyas cabezas se movían de un lado a otro con tal de vernos. Con las luces de las velas que daban una sensación suave y romántica, y la multitud de flores blancas brindándonos su sutil aroma floral, toda la escena lucía tal como la habíamos soñado.

Mi padre y yo procedimos a transitar sobre la misma alfombra que él y mi madre habían caminado, en la misma capilla, veintitrés años antes. Mi novio, alto y elegante, sonriendo de oreja a oreja, nos aguardaba ansioso más adelante. Nos reunimos con él en el altar. Mi padre me besó la mejilla, puso mi mano en la de Danny y luego se colocó delante de nosotros para efectuar los votos nupciales, pronunciándonos marido y mujer. Cuando dije el "Sí, prometo", yo sabía que no había vuelta atrás. Porque el matrimonio es un compromiso.

Ahora, casi cincuenta años después, todavía vivo ese compromiso. Requirió tiempo. Energía. Sacrificio. Me afectó en todas las maneras posibles, en todos los ámbitos, cada día desde entonces. No ha sido fácil, pero Dios ha bendecido nuestra relación. Fue desafiante mantenerla por momentos, especialmente cuando me convertí en cuidadora de Danny de tiempo completo. Pero yo hice el pacto de ser su esposa y lo cumplí hasta el día en que Jesús vino y se lo llevó al hogar eterno.[2] La duración y la profundidad de mi compromiso matrimonial me ayudó a entender la dinámica divina del amor y el sacrificio, que son los requisitos si queremos

experimentar la completa fidelidad de Dios a través de las montañas y los valles de la vida.

Y esa es la oración de Daniel. Es un compromiso para orar hasta que la oración haya sido respondida. No es sencillo. Requiere tiempo. Energía. Sacrificio. Incluye leer y suplicar por las promesas de Dios. Está motivado por un amor sincero que está dispuesto a sufrir, a arrepentirse, a sacrificarse, a hacer lo que sea necesario para obtener la respuesta. Pero lo que sea que tengas que invertir o sacrificar para hacer ese compromiso, la oración de Daniel valdrá la pena cien veces más cuando los cielos se movilicen y la nación sea transformada.

Daniel nos enseña sobre la oración con su propio ejemplo. Algo que nos enseña es que su compromiso a orar exigía preparación. Así como un atleta no puede pretender ganar si se presenta a la competición sin haber entrenado, con el compromiso de orar sucede lo mismo. Requiere preparación.

UN LUGAR PREPARADO PARA LA ORACIÓN

Daniel había designado un lugar específico para la oración, una habitación en la parte alta de su casa donde él se retiraba tres veces al día para orar.[3] No sabemos nada más acerca de este cuarto, excepto que sus ventanas daban al oeste. Sus preparaciones pueden haber sido tan simples como apartarse a este sitio en particular, donde podía evitar las distracciones y molestias. Un refugio lejos de la cultura que nos consume y nos rodea.

Estoy convencida de que todos necesitamos esta especie de lugar sagrado, apartado para un tiempo especial con Dios. Mi lugar preparado y designado para la oración en mi hogar es el rincón de mi sala de estar. A un lado de la silla mecedora en la que suelo sentarme hay un hogar. En las mañanas frías enciendo el fuego y eso le da un ambiente cálido que yo encuentro atractivo. Del otro lado está la mesa con un cajón en el que guardo diferentes

versiones de la Biblia, tres pequeños libros devocionales, un cuaderno de apuntes para tomar notas, mi diario personal, mis anteojos de lectura, bolígrafo y lápiz, un cuaderno rayado, mi iPad y una caja de pañuelos desechables.

Quiero que todo esté en su lugar, de manera que una vez que me siente a orar, no tenga que andar yendo de un lado a otro para encontrar mis anteojos o mi bolígrafo o para conseguir un pañuelito para mi nariz que gotea constantemente. Reunir todos esos materiales requirió algo de preparación, que incluyó seleccionar una Biblia que no llevo conmigo cuando viajo, sino que solamente la uso para la oración, así que casi nunca se mueve de la mesita contigua a la silla de oración. De ese modo sé que estará disponible cuando me ponga a orar.

Pero también sé que necesito la oración regular y disciplinada de otros. Cuando comencé mi ministerio internacional, hace casi treinta años, Dios puso en mi corazón establecer un equipo de oración personal. Ellos se reúnen los jueves en la mañana en la casa de alguno de los miembros. Yo les envío una carta de oración semanal los miércoles, les enumero las respuestas a la oración de la semana anterior e incluyo más peticiones para la semana entrante. Cuatro de las diez mujeres que ahora sirven allí han estado en mi equipo de oración desde el inicio. Yo fui bendecida inexplicablemente cuando mi hija, Rachel-Ruth Wright, no solo sintió el llamado a integrar mi grupo de oración personal, sino que hace dos años fue seleccionada como directora.

Aunque esas mujeres oran por mí de manera personal, hace varios años que tomé mucha conciencia de que la oficina de nuestro ministerio y todo el personal también precisaban un equipo dedicado a la oración. Así que preparé un lugar para orar en la oficina del ministerio. Lo puse en práctica luego de que, una mañana en mi estudio devocional de Éxodo, me asombré por el hecho de que Moisés había instalado una carpa fuera del campamento de Israel y la había designado para la oración. Supe que Dios me estaba

hablando de apartar un lugar en la oficina en donde no se hiciera nada más que orar. Entonces así lo hice.

Elegí una sala en el centro del edificio y coloqué suficientes sillas para cada persona del equipo que sirve en los ministerios AnGeL. Tiene las paredes pintadas de azul marino para crear una atmósfera serena y solitaria. En un extremo del cuarto, hay una pequeña banqueta enfrente de una enorme cruz hecha de espejos, de modo que aquellos que se arrodillan delante de la cruz puedan verse reflejados. En la otra punta hay un sillón y a su lado, una mesa, sobre la cual descansan una lámpara y una caja de pañuelos desechables, una Biblia y una caja que contiene pedidos de oración que la gente envía a nuestro ministerio. En la puerta de entrada colgué un pequeño letrero que dice: EL LUGAR DEL ENCUENTRO.[4]

Aunque el cuarto está disponible para que los miembros del personal vayan durante el día cada vez que deseen pasar un momento de quietud, reflexión, meditación y oración, yo sentía que era necesaria una oración más organizada. Así que le pedí a Dios que trajera a mi mente los nombres de las mujeres que él había escogido para ser parte del equipo de oración de los ministerios AnGeL, y Él lo hizo. Cuando las llamé, cada una de ellas accedió a servir en esta área. Otra bendición inmediata del personal fue que mi hija, Morrow Reitmer, fue uno de los nombres que Dios puso en mi corazón. Ella aceptó ser parte del equipo de oración y ha sido miembro desde ese entonces.

Desde ese tiempo hasta ahora, los jueves por la mañana, todas las semanas, estas seis mujeres dedicadas se reúnen en el Lugar del Encuentro para orar por el equipo de la oficina y por nuestras necesidades ministeriales. Para poder llevarlo a cabo, cada miembro del personal tiene que entregar sus peticiones personales a la directora de Oración el martes en la tarde, de modo que ella pueda enviar el correo electrónico con la lista completa a todo el equipo. De esa manera, el equipo está preparado para orar cuando llegan el jueves en la mañana. Una vez al mes, el grupo invita a un miembro

del personal a reunirse con ellas y así tener una mirada fresca y actualizada de sus necesidades, ya sean personales o profesionales.

La diferencia positiva que la oración ha marcado en nuestra oficina y ministerio es incalculable. El grupo desborda en amor por la Palabra de Dios, el Hijo de Dios, el evangelio de Dios y el pueblo de Dios, unos por otros y hacia mí. La armonía, unidad, eficiencia y estabilidad han sido maravillosas. Es algo sobrenatural. Es una clara evidencia de que Dios oye y responde las oraciones.

Aunque Dios nos encuentra en todas partes y cada vez que clamamos a Él, llevar a cabo un compromiso como el de Daniel requiere reflexión y preparación, con el fin de maximizar el impacto de nuestras oraciones. En mi experiencia, el compromiso empezó cuando tomé la decisión de poner la oración en el centro de mi ministerio, y luego tuve que mantener ese pacto asegurándome de que se lleve a cabo plenamente por medio de los equipos de oración.

Piensa en ello por un instante. Aunque puede ser que no precises un equipo de personas orando por ti, quizá sí tienes uno o dos amigos que pueden ser compañeros de oración. Personas con las que puedes orar una vez por semana o cuando surgen dificultades y sientes que necesitas el apoyo de las oraciones de otra persona. Tal vez tengas que seleccionar un espacio como tu Lugar de Encuentro. ¿Has considerado crear uno? Toma el compromiso de colocar a la oración en el centro de tu hogar u oficina.

Entiendo que no todos tienen el espacio físico para separar un lugar para la oración. Cuando los hijos de mi hermana eran niños y ella estaba viviendo en una casa pequeña, tenía sus materiales de estudio y su Biblia en una caja de cartón debajo del sofá en la sala de estar. Cada vez que disponía de un momento, sacaba la caja donde tenía todo lo que necesitaba para su tiempo de oración. Claramente, su compromiso con la oración requería preparar una caja con los materiales listos para usar, y encontró el modo de que funcionara dentro del contexto de sus circunstancias, algo que todos podemos hacer.

Conozco empresarios que van a su oficina una hora más temprano en la mañana para dedicarse un tiempo a la oración. Sus "materiales" son los artefactos electrónicos y ellos tienen ahí todo lo necesario para encontrarse con el Señor antes de comenzar el día laboral. Pero incluso los artefactos necesitan preparación para estar disponibles para usarlos en la oración. Previamente tienes que haber descargado las aplicaciones para la Biblia, el devocional y otros materiales que enriquezcan tu tiempo de oración.[5]

¿Considerarías no solo designar un lugar para orar en tu casa o tu oficina, sino que te comprometerías a hacerlo? Piénsalo ahora mismo. Luego, simplemente llévalo a cabo.

UN TIEMPO PREPARADO PARA LA ORACIÓN

La oración nos ayuda a afirmar nuestra fe en Dios. Es como establecer el ritmo espiritual de manera que, a pesar de las vicisitudes del día, la aguja de nuestra fe siempre apunte hacia Dios. La vida de Daniel estaba anclada en la oración. Él había establecido el hábito de reunirse con Dios en su lugar designado para orar, y lo hacía tres veces al día, manteniendo el compromiso incluso bajo presión y enfrentando un ataque abierto y amenazas de muerte.[6]

¿Tú tienes no solo un lugar establecido para orar, sino además un tiempo señalado para encontrarte con Dios a través de la oración? ¿Cuándo oras?

Durante años batallé con eso de levantarme temprano en la mañana para orar. Sabía —y todavía sé— que cualquier momento del día es aceptable para Dios. Pero parecía no estar convencida de que las primeras horas del día eran el tiempo ideal. La mujer que me enseñó a estudiar y a enseñar la Biblia, la señorita A. Wetherell Johnson, comentaba que cuando nuestro tiempo de oración es por la noche, es como afinar el violín cuando ya finalizó la sinfonía. Porque, claro está, el violín necesita ser afinado antes del concierto

para que su sonido sea puro. ¿Por qué razón afinaríamos nuestro instrumento *después* de haberlo tocado?

Con el mismo razonamiento, necesitamos comenzar el día con oración para asegurarnos de que estamos en sintonía con Dios. ¿Por qué pasaríamos tiempo en la oración vespertina después de que hemos dado tumbos durante todo el día? Si bien es maravilloso finalizar nuestro día en oración, ella me enseñó a orar en la mañana, cuando el día es una pizarra limpia, una hoja en blanco para ser escrita.

También me di cuenta de que una y otra vez, en la Biblia se menciona la oración ligada al tiempo matutino. Solamente en los salmos encontramos varias referencias:

> Por la mañana, SEÑOR, escuchas mi clamor;
> por la mañana te presento mis ruegos,
> y quedo a la espera de tu respuesta.
>
> Pero yo le cantaré a tu poder,
> y por la mañana alabaré tu amor;
> porque tú eres mi protector,
> mi refugio en momentos de angustia.
>
> Yo, SEÑOR, te ruego que me ayudes;
> por la mañana busco tu presencia en oración.
>
> Muy de mañana me levanto a pedir ayuda;
> en tus palabras he puesto mi esperanza.
>
> Por la mañana hazme saber de tu gran amor,
> porque en ti he puesto mi confianza.
> Señálame el camino que debo seguir,
> porque a ti elevo mi alma.[7]

Aunque estos ejemplos me alentaron, lo único que logró ayudarme a asumir el compromiso de pasar un tiempo en la mañana con el

Señor no fue el ejemplo de David ni el de los salmistas, sino el de Jesús mismo. Marcos revela que luego de un día de ministración intenso y lleno de presiones "Muy de madrugada, cuando todavía estaba oscuro, Jesús se levantó, salió de la casa y se fue a un lugar solitario, donde se puso a orar".[8] Sentí que Dios estaba dirigiéndome para establecer un tiempo de oración en la mañana.

Pero yo no tengo mucha energía por la mañana, dije para mis adentros. Soy dormilona, y aunque me sentía movida a levantarme y orar por la mañana, y aunque sentía culpa por mi desobediencia cuando me quedaba en la cama hasta el último minuto y no me levantaba para orar, aun así no lograba llevarlo a cabo. Incluso tuve la audacia de decirle al Señor que si de veras deseaba que yo me levantara temprano, que me despertara Él en persona. No había tomado la decisión de todo corazón y no había hecho los preparativos necesarios por si sucedía que Él me despertara.

En realidad, había tiempos en que dormía hasta el último minuto y después me quejaba de que Dios no me había despertado para orar. O me levantaba y después, deliberadamente, me volvía a acostar, murmurando: "Dios, ayer estuve muy ocupada y me fui a la cama muy tarde. Estoy cansada como para levantarme temprano. Sé que Tú entiendes…".

Sí, Él entendía, pero lo que también entendía era que yo nunca había hecho un compromiso sincero de levantarme temprano para orar y, por ende, carecía de preparación para lograrlo. Solo tenía buenas intenciones, pero no acciones obedientes.

Y entonces Dios me habló con mucha firmeza y claridad. Mientras estaba estudiando y meditando en sus cartas a las siete iglesias, en Apocalipsis, para enseñarlas a otras personas, lo entendí. Permíteme parafrasear sus palabras que con tanto amor me reprendieron:

> Anne, yo te tengo en una mano y el Espíritu Santo en la otra, como los platillos de una balanza. Yo pesé tu vida con la de Él y tú no estás al nivel. Sé lo que estuviste haciendo. Estás en el

> ministerio, viajas por el mundo hablándoles a otros acerca de mí y haciendo que ellos oigan mi voz, pero tú no me estás escuchando. Tienes reputación de estar viva —la gente te considera una cristiana ejemplar—, pero desde mi perspectiva no das la talla: espiritualmente te estás muriendo en tu interior. Las oraciones de tu equipo de oración no sustituyen tus propias oraciones. ¡Despierta! No he hallado tus obras perfectas a mi vista porque no oras. Recuerda, por tanto, lo que te he dicho y arrepiéntete.[9]

¡Háblame de un llamado a despertar! Me dirigí a la tienda del centro comercial local y compré un reloj despertador cuya alarma se parece a una sirena de bomberos en un gran incendio, y la puse para que sonara media hora antes del horario habitual de levantarme. La primera mañana que sonó casi me caigo de la cama del susto. Mi corazón palpitaba tan fuerte que parecía que se me iba a salir del pecho y mi pobre esposo, completamente fuera de quicio, gritó: "¿Qué rayos es eso?", pero yo sabía que no había oportunidad de darme vuelta y seguir durmiendo.

Así que me levanté. ¡Al menos había logrado vencer a las sábanas! Cuando me calmé, todavía seguía soñolienta como para orar. Pero había asumido el compromiso de levantarme temprano en la mañana para orar y, por ende, se suponía que debía hacer más preparativos.

Esto fue lo que se me ocurrió al principio. Después de dejar puesta la alarma la noche anterior, después de saltar de la cama en la mañana cuando sonaba la alarma, después de hacer los ejercicios de estiramiento en el suelo con música de alabanza a alto volumen, después de salir a caminar dos millas y media (cuatro kilómetros), después de beber una taza de café extrafuerte en mi cafetería preferida, *entonces sí* regresaría a casa bien despierta y completamente comprometida con mi tiempo de oración. ¡Y dio resultado!

Y todavía sigue funcionando hasta el día de hoy, aunque ya no necesito más la potente alarma para despertarme. Despertarme

temprano en la mañana para un tiempo de oración se ha vuelto uno de los gozos de mi vida. Y treinta minutos no me alcanzan para nada, aunque hay días en que mis obligaciones no me permiten ocupar más tiempo. Cuando la agenda me lo permite, mi tiempo diario con el Señor se extiende a horas. ¡Me encanta hacerlo! No puedo esperar a encontrarme con el Señor en mi lugar designado y en mi tiempo establecido para eso. Pero se precisa una firme determinación, una preparación práctica y un seguimiento dedicado para llegar a este punto. Una oración que moviliza los cielos y cambia una nación requiere actos de compromiso.

Hay otro aspecto de mi preparación que rápidamente aprendí de la peor manera. Es bastante evidente, pero no siempre es sencillo llevarlo a la práctica. Si voy a levantarme temprano en la mañana, *debo* –esto no es opcional– irme a dormir temprano la noche anterior. Y así lo hago.

La hora es importante para mí por las razones que ya dije. Pero no hay nada superespiritual acerca de orar temprano en la mañana. Si bien cada aspecto de nuestra oración no necesariamente debe ser hecho en un solo lugar o a una misma hora, creo que la oración de Daniel requiere un lugar apartado y un tiempo dedicado para ser verdaderamente eficaz. Tú puedes decidir el lugar y la hora que sean más prácticos para ti y concentrarte en la oración. Lo importante es que lo sigas con un compromiso consistente.

UNA ATMÓSFERA PREPARADA PARA LA ORACIÓN

Daniel hacía algo más, que creo que le ayudaba a mantenerse concentrado mientras oraba. Estaba rodeado por un entorno hostil de enemigos que estaban celosos de él y trataban de buscar cualquier acusación que pudieran levantar en su contra. Él vivía en una cultura en la que la gente adoraba a muchos dioses. Y aunque Daniel había servido con excelencia, el rey anterior, Belsasar, de

manera arrogante se refería a él como uno de los esclavos exiliados por su padre Nabucodonosor.[10]

Tres veces al día, cuando Daniel se dirigía a su lugar designado para la oración, abría las ventanas y miraba hacia Jerusalén. La postura conmovedora que él asumía revelaba no solo el anhelo de su corazón por su ciudad y su pueblo, sino además su enfoque exclusivo en el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. El Dios de sus padres. El Dios que había estado con él a lo largo de toda su vida, por más de ochenta años. El único Dios verdadero y vivo a quien Daniel adoraba, servía y obedecía.

Aunque yo no abro ventanas que dan a Jerusalén, sí es cierto que levanto la mirada. Miro en la dirección de la Nueva Jerusalén a la que la Biblia llama "cielo". Al levantarme temprano en la mañana y ver la luna escondiéndose en el oeste y el sol saliendo por el este, alabo al Creador cuya compasión nunca falla. Sus misericordias son nuevas cada mañana. Su fidelidad nunca cesa.[11]

A veces, cuando veo el amanecer en la playa o el atardecer en las Grandes Montañas Humeantes, o contemplo las estrellas salpicadas en el cielo nocturno, tengo un dolor en mi corazón. Anhelo ir al hogar celestial. Recuerdo que esta vida aquí no es todo lo que hay.

Cualquier dificultad que podamos tener aquí no es nada comparada con la gloria, el honor y la bendición que Él nos concederá cuando lleguemos a casa.[12] Alzar la vista me ayuda a enfocarme en la oración, al recordar que estoy en comunión con el magnífico Dios del universo que tiene el control de todas las cosas y quien se da el tiempo para encontrarse conmigo en la oración, porque me ama y porque soy importante para Él. Y tú también lo eres.

No tienes que mirar por la ventana o alzar la vista al cielo. Hay una gran variedad de formas de preparar la atmósfera para tu tiempo de oración.

De vez en cuando, cambia tu lugar designado por uno en el exterior que pueda reflejar la belleza de su creación. O usa las palabras de algún himno o canción de alabanza que te ayude a mantenerte enfocado. Puedes reproducir temas de alabanza o adoración para crear un clima que te ayude a hacer la transición de tu rutina diaria y entrar en la presencia de Dios. Incluso puedes modificar los colores y la decoración para crear un ambiente en ese espacio que has separado. Tan solo considera lo que te ayudará a enfocarte en Dios.

Daniel preparó una atmósfera que lo conducía a estar enfocado en la oración, abriendo la ventana y mirando hacia Jerusalén. Trascendía su propio cautiverio y escapaba hacia la presencia de Dios, arrodillándose y elevando la mirada de su corazón.[13]

UNA ACTITUD PREPARADA PARA LA ORACIÓN

El lenguaje corporal de Daniel le ayudaba a recordar que cuando oraba él, Daniel, un esclavo en el exilio, tenía una audiencia con Aquel que es el Dios viviente, el glorioso, santísimo, el ancestral, el todopoderoso. El que había puesto su nombre sobre Jerusalén para siempre. El que había declarado que sus ojos y su corazón estarían allí por la eternidad.[14] El que nunca olvidaría a su pueblo, incluso cuando estuvieran en el exilio.[15] Cuando Daniel doblaba sus rodillas ante Dios, era una postura externa que revelaba su actitud interna de humildad, reverencia, sumisión y lealtad a Aquel que era más grande que él mismo o que cualquier rey o gobernante de este mundo.

¿Cuándo fue la última vez que oraste de rodillas? ¿Alguna vez oraste así? Pruébalo. Te sorprenderá la diferencia que tu posición exterior hace en tu actitud interior.

Daniel no solo oraba en esta posición, sino que tomó el hábito de agradecerle de este modo. Cultivó una "actitud de gratitud" (de agradecer a pesar de que las circunstancias fueran poco menos que

ideales). Piénsalo. Sus enemigos estaban acechando por las ventanas, tramando su muerte. Él tenía más de ochenta años y todavía estaba esclavizado a cientos de kilómetros de su hogar. Servía a un rey implacable que había destruido su amada ciudad y asesinado a innumerables personas, muchas a las cuales, estoy segura, Daniel había llegado a conocer y amar. Los sueños de su niñez se habían desvanecido. En esta etapa de su vida debía de haber llegado a la triste conclusión de que nunca más regresaría a casa. Nunca más volvería a ver a su querida Jerusalén. Y *aun así* estaba agradecido. ¿Cómo podía ser?

¿Qué hay acerca de ti?

Cuando la vida te sorprende con imprevistos, ¿eres agradecido?

Cuando tus expectativas, metas y sueños no se han realizado —y nunca se realizarán—, ¿eres agradecido?

Cuando las circunstancias de tu vida van de mal en peor, ¿eres agradecido?

Cuando tus detractores están observando cada movimiento que haces, ansiosos de atraparte en algo que puedan usar para desacreditarte, ¿eres agradecido?

Cuando eres esclavo de un dolor físico o un cónyuge abusivo o un jefe demandante, o un padre o madre insensible, ¿eres agradecido?

¿Cómo alguien puede ser agradecido bajo esas circunstancias?

La actitud de Daniel ilustra uno de los mayores secretos de la confianza en Dios. La clave para la gratitud no es ver a Dios a través del lente de nuestras circunstancias, sino a través de los lentes de su amor y su propósito soberano. Dios había llamado a Daniel no a una vida de confort y tranquilidad, sino a una vida de grandeza.

Por eso él pudo agradecerle por todas las circunstancias de su vida. Sabía, a medida que entraba en el invierno de su vida, que

todas las cosas habían obrado para bien, para que Dios pudiera cumplir sus propósitos.[16]

Como resultado de ello, Daniel, en efecto, había vivido una vida de grandeza. Desde la perspectiva del cielo, de hecho, no hay un profeta más grande en el Antiguo Testamento que Daniel. Todavía nos referimos a sus profecías para obtener hoy el sentido de lo que vemos en nuestro mundo.

A pesar de sus circunstancias, la fidelidad de Daniel a Dios también lo distinguió de aquellos que lo rodeaban. Con el favor de Dios, ascendió enseguida en el sistema de Babilonia y se destacó de entre muchos otros exiliados de Judá. Durante su vida sirvió como consejero del rey, como gobernador provincial en Babilonia y luego como primer ministro bajo los reinados de Nabucodonosor, Belsasar (por una noche), Darío y Ciro. Y su conocimiento de la astronomía todavía se reconoce como lo que influenció a los sabios que, aproximadamente quinientos años más tarde, viajaron desde Oriente para adorar al recién nacido Rey de los judíos en Belén.[17]

En síntesis, Daniel era excepcional.

Si se hubiera permitido ceder a la autoconmiseración, el enojo, el resentimiento, la amargura, la falta de perdón o a un espíritu vengativo con una actitud de "¿Por qué a mí?" hacia Dios, dudo que alguna vez hubiéramos sabido algo de él. En cambio, tres veces al día, todos los días, Daniel encontraba razones para agradecer.

¿Cuál es tu actitud? Especialmente cuando te encuentras en "cautiverio", atado de alguna manera que restringe lo que quieres hacer, a donde quieres ir, ¿quién quieres llegar a ser o qué quieres obtener? Cuando Dios ha permitido que estés en alguna clase de exilio, separado de tus amigos, familia y todo lo que conoces; cuando Él te ha negado la riqueza, salud, prosperidad o felicidad personal, ¿estás agradecido?

Me pregunto: ¿te conformas con ser solo un seguidor de Jesús o aspiras a la grandeza? No te conformes con menos que alcanzar plenamente el potencial que Dios te dio cuando te hizo nacer, y

luego te atrajo hacia Él para tener una relación personal contigo. Rinde tu vida a los propósitos de Dios aun cuando parezca muy contraria a todo lo que alguna vez deseaste. Aunque el propósito de Dios pueda ser radicalmente diferente al plan que tú tenías en mente, no te equivoques al respecto: su plan es mucho mayor y más amplio…, es más duradero y producirá más impacto… que todo plan que puedas trazar para ti mismo. Yo lo sé por experiencia personal. Y también lo sabía Daniel.

2
COMPELIDOS A ORAR

Crecer en la iglesia presbiteriana de Montreat me enseñó mucho acerca de la oración. Desde el momento en que nací hasta que me casé y dejé la casa de mis padres, fui miembro de una pequeña congregación enclavada en el valle de una montaña. Nos reuníamos en una vieja capilla construida en piedra en la cordillera Azul, al oeste de Carolina del Norte. La membresía estaba compuesta principalmente por misioneros retirados, quienes de primera mano contaban sus experiencias acerca del poder de la oración. Era la congregación a la que se habían integrado mis abuelos maternos luego de regresar de veinticinco años en el campo misionero en China. Aunque mis padres se casaron allí y mi madre era miembro, mi padre nunca lo fue. No estoy segura de cómo arreglaron eso, pero ella permaneció toda su vida como una fiel presbiteriana y se rehusó a hacerse bautista. Mi padre fue un bautista de toda la vida y no aceptó hacerse presbiteriano.

Me encantaba esa pequeña iglesia y todavía la amo. Allí me bauticé, di mi testimonio público por primera vez y allí me casé. Uno de los primeros recuerdos que tengo en la iglesia es del Dr. Fogarty, que pastoreaba en ese tiempo cuando yo era pequeña. No estoy segura de si él ya era un anciano o así me parecía a mí porque yo era una niña, pero él me dejó una impresión muy vívida. Usaba una sotana negra larga que ondulaba tras de sí cuando caminaba por el pasillo. Yo podía sentir el aire dejando una estela a su paso cuando cerraba los ojos, porque después de la bendición, mientras el coro

entonaba un breve postludio, él se apresuraba a llegar al fondo de la capilla para despedir a la gente.

Pero sus oraciones pastorales son lo que guardo en mi memoria. Con el debido respeto, ¡sus oraciones eran eternas! Cuando inclinaba la cabeza para orar, yo lo tomaba como una señal de que podía tomarme una siesta. Apoyaba la cabeza en el hombro de mi abuela y me quedaba dormida. Era fácil dormirse cuando el Dr. Fogerty oraba porque su voz fluida era cantarina. El tono de arrullo que ponía al orar parecía mecerme. Hasta el día de hoy, cuando alguien reza con esa voz profesional, lánguida, casi como si estuviera haciendo un anuncio publicitario, me lleva mucho esfuerzo no desconectarme y dormirme.

Al evocar esas memorias de mi niñez, ahora me pregunto si mis oraciones suenan del mismo modo ante los demás. ¿Qué hay acerca de las tuyas? ¿Alguna vez oraste simplemente lo que se esperaba de ti? Tal vez estabas en un grupo pequeño en la iglesia y —no quiero ni pensarlo— oraban en círculo, de modo que no había oportunidad que pudieras zafarte de hacerlo. Y si eres como la mayoría de las personas (incluida yo misma), todo el tiempo en que los demás rezaban, tú estabas preocupado por lo que ibas a decir cuando te llegara el turno.

Puede ser intimidante orar en público, en particular cuando no esperamos que nos lo pidan. Por ende, me pregunto si acaso fuimos condicionados a orar de cierta manera acerca de ciertas cosas solo para ser amables y agradar a los demás. Es el equivalente de decir "Bien, gracias" cuando te preguntan cómo estás. Quizá, realmente no estás bien, pero eso es lo que se espera escuchar después de todo.

Entonces los cristianos aprendemos a orar de ciertas maneras porque eso es lo que los buenos cristianos hacen, ¿verdad? Oramos por nuestros hijos. Oramos por nuestros amigos. Oramos por nuestra iglesia. Oramos por nuestro país. Oramos para que Dios bendiga a los misioneros y a todos los niños de África. Y nos

sentimos bien con nosotros mismos al hacerlo. Incluso nos sentimos mejor si podemos orar en voz alta y sin tartamudear.

La oración de Daniel es radicalmente diferente a esas clases de oraciones. En vez de una charla trivial socialmente condicionada, la oración de Daniel es una llamada al 911 pidiendo auxilio. La oración de Daniel es arribar a las puertas del cielo con lo que Eugene Peterson llama "trueno invertido", que no es más que orar citándole a Dios su Palabra. Es la oración la que penetra el cielo e impacta una nación. No hay nada de profesional o de recitado en ello. Es la clase de oración apasionada, sincera, fuertemente enfocada, que conmueve el alma, que dice: "¡No te soltaré hasta que me bendigas!".

¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien orar de ese modo? ¿Cuándo fue la última vez que oíste a alguien orar hasta el punto de volverte más consciente de quién era Aquel a quien esa persona le estaba hablando en vez de estar atento al que oraba? ¿Cuándo fue la última vez que *tú* oraste así? Piénsalo. ¿Cuál es la clave de esa clase de oración? *¿Acaso hay algún secreto?*

La respuesta radica en la oración de Daniel en sí misma. El ruego de Daniel no solo refleja un serio compromiso, sino que es una plegaria hecha por compulsión. Una que nace en lo profundo del alma y erupciona a través de tu corazón hasta que desborda por tus labios en una corriente de palabras no pronunciadas desde la conciencia, sino infundidas por el Espíritu de Dios hasta que casi estremecen con una electricidad espiritual.

COMPELIDOS POR LOS PROBLEMAS DE NUESTRO MUNDO

La oración de Daniel palpita con este tipo de convicción emocional. Como ya hemos visto, su vida, al menos por más de sesenta y siete años, había sido difícil. Ahora, siendo ya un anciano, atravesaba otro violento cambio de régimen, cuando el imperio medo-persa destronó a los babilonios. Su posición era inestable e incierta bajo el nuevo rey. Él debió de haber sentido una creciente aprensión acerca de la

seguridad del futuro de su pueblo. Al menos, estaba viviendo en un mundo agitado que cambiaba con rapidez.

Los problemas en ese mundo están implícitos en la frase: "Corría el primer año del reinado de Darío hijo de Asuero, un medo que llegó a ser rey de los babilonios…" (9:1). Pero en vez de frotarse las manos y poner los ojos en blanco, Daniel abrió su copia de las Escrituras para ver lo que Dios tenía para decir acerca de la situación de su mundo. Al final, fue la combinación de los problemas del mundo y las promesas de la Palabra de Dios lo que encendió un fuego en su corazón, compeliéndolo a darle voz a su oración.

Porque la oración de Daniel no es una clase de oración cotidiana. Es una nacida bajo presión, estrujando el carbón de nuestro corazón compungido, adolorido y desesperado y convirtiéndolo en diamante de fe genuina que agrada a Dios, moviliza los cielos y cambia naciones. Esa fe puede activarse por una desilusión o una repentina revelación de esperanza, una oración no respondida o una promesa recibida recientemente, las consecuencias de un pasado fallido o un milagro que asoma en el horizonte. Es una súplica por algo que anhelas intensamente y que sabes que ocurrirá, pero no ha sucedido todavía.

Para ser completamente sincera, no toda vez que oro soy presa de esa clase de intensidad y compulsión. Pero otras veces, no obstante, no hay otra forma en la que pueda orar.

Cuando luché con la infertilidad y anhelaba quedar embarazada, pero mes tras mes no sucedía…

Cuando estaba confinada en una casa muy chica con niños pequeños y deseaba profundamente servir de tiempo completo al Señor en el ministerio…

Cuando la puerta del servicio se abrió y me encontré en el púlpito con quinientos rostros expectantes esperando oír lo que yo tenía para decir…

Cuando estuve en la plataforma de un campo de futbol en India, una pista de autos en Australia, el auditorio de una prisión en Carolina del Norte, la Asamblea General de las Naciones Unidas, una carpa en Irlanda del Norte, el servicio fúnebre de mi madre y muchas, muchas otras ocasiones en las que me sentí abrumada…

Cuando me senté en la capilla de un hospital con la familia de mi mejor amiga, a quien le estaban retirando el soporte vital luego de un repentino virus que la había atacado letalmente en veinticuatro horas…

Cuando oí a mi hijo y su primera esposa en una pelea encendida que señalaba el comienzo del fin de su matrimonio…

Cuando regresé a casa con mis tres hijos después de haber salido por dos horas y encontré la puerta delantera violentada y que se habían robado todas las cosas de valor…

Cuando encontré a mi esposo de setenta y ocho años, con quien había estado casada por casi cuarenta y nueve, en nuestra piscina, inconsciente…

En ocasiones como estas —y en muchas más— las oraciones simples, memorizadas, despreocupadas, simplemente no funcionan. Una oración mecánica o superficial no llega a comunicar lo que hay en mi corazón.

Pero la oración de Daniel no es solo desahogarse con Dios o gritar al cielo. Tampoco es solo una descarga emocional sentida ni una súplica apasionada. Es un derramar los sentimientos genuinos y clamar apasionadamente basándonos en la Palabra de Dios, aferrándonos a sus promesas.

COMPELIDOS POR LAS PROMESAS DE LA PALABRA DE DIOS

Por ejemplo, en cada una de las situaciones que acabo de mencionar, Dios me dio una promesa y fue ella la base para mi

oración.

Cuando luché con la infertilidad y anhelaba quedar embarazada, pero mes tras mes no lo lograba, Dios me prometió en 1 Samuel 1:17 que me concedería lo que le estaba pidiendo. En respuesta a la oración, Él cumplió su palabra. A su tiempo, no solo di a luz un niño, sino también dos niñas más.

Cuando estaba confinada en una casa muy chica con niños pequeños y deseaba profundamente servir de tiempo completo al Señor en el ministerio, Él me reveló en Oseas 2:14 que me había llevado al "desierto" intencionalmente para poder hablarme y que yo aprendiera a escuchar su voz. Su Palabra fue verdadera. No desperdicié mis años en el desierto, sino que estudié las Escrituras y me hallaba preparada cuando me llamó a enseñar la Biblia a otros.

Cuando la puerta del servicio se abrió y me encontré en un púlpito ante la mirada expectante de quinientas personas esperando oír lo que tenía para decir, Él claramente confirmó mi llamado en Jeremías 1:4-7 para ir a donde Él me enviara y decir lo que me ordenara. Aunque mi timidez y retraimiento me llevaron a enfermarme físicamente cada vez que me tocaba hablar durante las primeras seis semanas de mi tarea de enseñar, recordé su Palabra diciéndome que "no debía temer a sus rostros" y no le di lugar al temor.

Cuando estuve en la plataforma de un campo de futbol en India, una pista de autos en Australia, el auditorio de una prisión en Carolina del Norte, la Asamblea General de las Naciones Unidas, una carpa en Irlanda del Norte, el servicio fúnebre de mi madre y muchas, muchas otras ocasiones en donde me sentí abrumada, me aseguró, a partir de Juan 3:34, que me daría su Espíritu sin medida. Ahora ya he experimentado su gracia prometida por más de cuarenta años y Él siempre ha sido fiel en equiparme, capacitarme y empoderarme para ser completamente obediente a su llamado.

Cuando recibí la desaprobación de los intérpretes durante la sesión informativa antes de hablar en el Congreso Internacional para Evangelistas Itinerantes en Amsterdam, en 1983, porque pensaron

que yo no estaba a la altura para hablarle a cinco mil líderes mundiales o para trabajar con los más de ciento cincuenta intérpretes que estarían comunicando mi mensaje a los evangelistas, que serían mi audiencia, Dios me reafirmó y me aseguró en 1 Juan 2:27 que yo había recibido la unción de Él, y que no tenía de qué preocuparme. Como todavía me temblaban las rodillas y sentía que me iba a desvanecer (y eso fue durante el tiempo de preparación, *antes* de subir a la plataforma), Dios volvió a asegurarme en el Salmo 133:2 que la unción era tan plena que el mensaje estaba saturado de ella.

Nuevamente Él fue fiel a su Palabra. Como se hizo evidente por la alta demanda de la grabación en audio, mi mensaje en Amsterdam 83 está en el segundo puesto, después del de mi padre, de entre todos los prestigiosos oradores que hubo en esa conferencia. Porque "en mi naturaleza pecaminosa, nada bueno habita"[1] y "separados de mí [Jesús] no pueden ustedes hacer nada"[2], reconozco con humildad y estoy profundamente convencida de que el mensaje fue excepcionalmente bien recibido solo porque Dios eligió bendecirlo y cumplir su promesa para conmigo.

Cuando me senté en la capilla de un hospital con la familia de mi mejor amiga, a quien le estaban retirando el soporte vital luego de un repentino virus que la había atacado letalmente en veinticuatro horas, Él me transmitió su ira contra la victoria temporal que la muerte parecía haber tenido en esta ocasión, pero de inmediato me recordó Juan 11:25, 40, que Él es la resurrección y la vida, y que si tan solo creía en Él vería su gloria. Él cumplió su Palabra. Vislumbré su gloria cuando me fue dado el privilegio de hablar a los cientos de personas que se reunieron para el funeral de mi amiga, y muchos respondieron poniendo su fe en Jesús.

Cuando oí a mi hijo y su primera esposa en una pelea encendida que señalaba el comienzo del fin de su matrimonio, Él reconoció mi torbellino emocional y levantó apenas el velo para mostrarme, en Isaías 54:10-13, que podía captar un reflejo de su gloria en el futuro

de mi familia. Aunque todavía hay mucho más que tiene que ocurrir, ya he visto a cada miembro de la familia reflejar la gloria de Dios de las maneras más inesperadas.

Cuando regresé a casa con mis tres hijos después de haber salido dos horas de casa y encontré la puerta delantera violentada y que se habían robado todas las cosas de valor, Él me recordó, en Mateo 6:20, que mi verdadero tesoro estaba seguro en el cielo. Me recuerdo a mí misma esa promesa muchas veces. Aun cuando disfruto de los bienes materiales, he aprendido a soltarlos, porque sé por experiencia que el tesoro real se encuentra dentro de mí.

Cuando encontré a mi esposo de setenta y ocho años, con quien había estado casada por casi cuarenta y nueve, en nuestra piscina, inconsciente, salté al agua, levanté su cabeza sobre mi regazo y oré la oración de Daniel con tanta pasión y desesperación como pude. Enseguida recordé una promesa que había memorizado en mi niñez: "Dios es nuestro amparo y nuestra fortaleza, nuestra ayuda segura en momentos de angustia. Por eso, no temeremos…".[3] De inmediato Dios trajo a los paramédicos en nuestra ayuda. Ellos pudieron reanudar el ritmo cardiaco de Danny. Cuando los seguí mientras llevaban a Danny a terapia intensiva, no tuve temor. Tenía completa paz como un río en mi interior. Era la paz que "sobrepasa todo entendimiento".[4] En verdad no era algo lógico, considerando lo que estaba ocurriendo. Dos días más tarde, junto con mis preciosos hijos y sus cónyuges rodeando la cama de Danny, le di permiso al equipo médico del hospital para desconectarlo del soporte vital. Así lo hicieron, y con las lágrimas corriendo por nuestras mejillas, le cantamos, le leímos pasajes de las Escrituras y adoramos al Dios de los cielos que siempre es bueno, siempre es amoroso y siempre es fiel. Él es quien más nos conoce. Cuando mi esposo dio su último aliento, clamé en voz alta las promesas que se encuentran en Apocalipsis 21 y 22.

"¡Aquí, entre [Danny], está la morada de Dios! Él acampará en medio de [Danny], y [Danny] será su pueblo; Dios mismo estará con

[Danny] y será su Dios. Él le enjugará [a Danny] toda lágrima de los ojos. Ya no habrá muerte, ni llanto, ni lamento ni dolor, porque las primeras cosas han dejado de existir […] ¡Yo hago nuevas todas las cosas! […] estas palabras son verdaderas y dignas de confianza […] Al que tenga sed [Danny] le daré a beber gratuitamente de la fuente del agua de la vida […] El trono de Dios y del Cordero estará en la ciudad. Sus siervos [Danny] lo adorarán; [Danny] lo verán cara a cara, y llevarán su nombre en la frente [de Danny] […] Y reinarán por los siglos de los siglos […] Estas palabras son verdaderas y dignas de confianza".

Yo sabía que mi esposo había pasado de muerte a vida verdadera. Estaba en la presencia de su Señor y Salvador. Finalmente había llegado a casa, y yo lo volvería a ver.

Después, mi ritmo interior fue desafiado mientras agonizaba reflexionando sobre lo que me había parecido un accidente horroroso. Dios me dirigió a Isaías 25:1: "SEÑOR, tú eres mi Dios; te exaltaré y alabaré tu nombre porque has hecho maravillas. Desde tiempos antiguos tus planes son fieles y seguros". Y supe —y sé hasta el día de hoy— que la muerte de mi esposo no fue un accidente. Fue el tiempo preordenado por Dios para llevarlo a la casa del Padre. Por eso mi corazón estaba lleno no solo de paz, sino de alabanza por su perfecta fidelidad en llevar a término sus planes y haber finalizado la obra que había comenzado hacía setenta y ocho años atrás.[5] Danny había acabado su carrera.[6]

Aprendí por experiencia que la oración que moviliza los cielos es un compromiso para orar confirmado por la Palabra de Dios, mientras que la compulsión a orar a menudo se desencadena por los problemas que atravesamos.

Ya hemos dicho que Daniel, que tenía unos ochenta años y había vivido en cautiverio como esclavo por sesenta y siete años, no era ajeno a los problemas. Personales, profesionales, espirituales, relacionales o nacionales: él los había experimentado todos en mayor o menor medida. Pero Daniel también sabía lo que era abrir las Escrituras y orar de acuerdo a las promesas que encontraba en la

Palabra de Dios. Esto es lo que me impacta. ¿Quién pensaría que este anciano, que había vivido en cautiverio por sesenta y siete años, todavía estaría leyendo el equivalente a la Biblia? Pero, en efecto, lo hacía. Él revela que "… yo, Daniel, logré entender ese pasaje de las Escrituras donde el SEÑOR le comunicó al profeta Jeremías que la desolación de Jerusalén duraría setenta años" (9:2).[7]

Cuando él profundizó en las Escrituras, encontró un versículo que parecía estar iluminado. Dios atrajo la atención de Daniel hacia un versículo que había estado allí todo ese tiempo, un versículo que estaba repleto de un significado nuevo para él en ese día en particular en que Dios le habló. Fue la promesa que descubrió leyendo la Biblia, en el libro de Jeremías, lo que le dio la revelación de cómo orar por su pueblo. Con todo, era más que simple información. Era una promesa por la cual Daniel procedió a clamar de manera personal en favor de su pueblo.

PROMESAS QUE SE HACEN PERSONALES

Dios todavía nos habla de manera personal a través de su Palabra. La mañana en que escribí este capítulo, estaba leyendo *Daily Light* [Luz diaria], un pequeño libro que he leído desde que mi madre me regaló la primera copia cuando yo tenía diez años.[8] Consiste en una compilación de pasajes bíblicos para la mañana y la tarde. Al estudiar mi porción matutina, verso tras verso "saltaban" de la página, y sabía que Dios me estaba hablando. Permíteme explicarme.

Yo acababa de orar y le había dicho al Señor que no estaba segura de cuánto más podría seguir cuidando a mi esposo mientras dirigía mi ministerio y le sumaba a mi apretada agenda escribir este libro. El cuidado de mi esposo no solo me mantenía cerca de casa, sino que se hacía cada vez más desafiante debido a su condición física tan frágil, su confusión mental en aumento y sus repentinos cambios de humor. Pero así fue como el Señor me habló en

respuesta al clamor de mi corazón. Escucha y ve si puedes distinguir su voz: "… esfuérzate […]; y cobrad ánimo […]; porque yo estoy con vosotros […] fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza […] Esfuércense vuestras manos, los que oís en estos días estas palabras de la boca de los profetas [Daniel] […] Ve con esta tu fuerza […] Por lo cual, teniendo nosotros este ministerio según la misericordia que hemos recibido, no desmayamos […] No nos cansemos, pues, de hacer bien; porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos".[9]

¡Qué ánimo me dio! ¡Qué aliento para mi espíritu! Sabía que Dios me estaba dando su revelación, no tanto en cuanto a cómo orar por otros, sino a cómo orar por mí misma.

Dios nos habla de manera personal, pero necesitamos aprender a escuchar su voz.[10] Una forma de escucharla es orar antes de leer la Biblia. Habla con Dios acerca de lo que ocupa tu mente y tu corazón. Luego abre su Palabra y "escucha" con tus ojos sobre la página. Quizá no te hable cada vez que la leas, pero ciertamente Él te hablará.

Tú y yo nunca sabremos cómo orar de modo que el cielo se movilice y nuestra nación sea transformada hasta que comencemos a leer la Biblia. Un ejemplo dramático al respecto se encuentra en Génesis 6, cuando Dios, clara y enfáticamente, declara que va a destruir al mundo porque está impregnado por el pecado, la maldad y la perversidad. A pesar de que Él hizo esta advertencia, solo una persona en todo el mundo pareció haber escuchado: Noé. Un hombre que no solo era recto para con su prójimo, sino también con Dios. Y Noé se hizo un tiempo para caminar con Dios, lo que nos indica que tenía una relación personal que incluía una comunicación interactiva.

Un día, mientras estaba caminando, Dios le habló a Noé y le reveló lo que estaba pensando: el juicio. Él estaba a punto de destruir el mundo y todo ser viviente. Pero entonces le mostró también qué más había en su mente: la salvación del juicio. Y le dijo a Noé específicamente lo que debía hacer: construir un arca como

un medio de salvación para la raza humana y el reino animal. Noé reclamó la promesa de salvación haciendo exactamente lo que Dios le había dicho. Como resultado, se salvó él, su familia y toda la raza humana.[11]

Abraham fue otro hombre que caminó con Dios. Al hacerlo, Dios le contó su intención de destruir Sodoma y Gomorra. Abraham estaba muy preocupado porque Lot, su sobrino, vivía allí. Así que comenzó a interceder por Sodoma, pidiéndole a Dios que la salvara por causa de los justos que vivían allí. Dios no encontró suficientes personas piadosas en ese lugar para que se justificara posponer o cancelar el juicio. Pero aun cuando efectivamente destruyó esas ciudades, cambió sus planes para salvar a Lot y su familia en respuesta a la oración intensa y persistente de Abraham.[12]

Cuando tú y yo oramos la oración de Daniel, suplicando a Dios de acuerdo a su Palabra —al igual que lo hizo Abraham por su sobrino Lot— la salvación de alguien puede depender de ella. Entonces, ¿cómo lees la Biblia? ¿La lees para aumentar tu conocimiento de los hechos y sumar mera información, o la lees expectante por lo que Dios te hablará para luego orar con base en lo que Él te ha dicho? Comienza con el hábito de leer tu Biblia cada día y resaltar las promesas o frases que puedas usar como base para tus oraciones por el mundo, por nuestra nación, por los que están en tu lista de oración, así como por ti mismo.

Este es un hábito que llevaban a cabo dos de las mujeres que Dios usó para moldear mi vida. Una era la señorita A. Wetherell Johnson, la fundadora y directora de la Fraternidad de Estudio Bíblico. Ella me enseñó y entrenó para enseñar la Biblia con precisión, equilibrio y con un corazón apasionado de amor por su Autor, así como por la audiencia.

En mi última conversación telefónica con ella, yo sabía que, a menos que Dios interviniera milagrosamente, pronto perdería su batalla contra el cáncer y se mudaría al hogar de nuestro Padre celestial. Yo deseaba llamarla, pero no quería molestar. No sabía

muy bien qué decir, pero quería desesperadamente oír su voz una vez más. Así que me armé de valor y la llamé. Hasta el día de hoy me avergüenzo de admitir que cuando escuché su voz debilitada con su acento inglés un tanto agudo, me emocioné y dejé escapar de mis labios abruptamente lo más ridículo que pude haber dicho: "Señorita Johnson, ¿cómo está?"

Claramente, ella entendió mi corazón y no respondió mi pregunta dolorosamente obvia. Cuando se dispuso a contestar, sabía que nunca olvidaría lo que escucharía a continuación. Ella me dijo que pasaba sus días tratando de superar el dolor, mientras le daba gracias a Dios por la medicación. Después agregó: "Estuve leyendo la vida de Jacob una vez más y aprendí…". Su voz se fue apagando y no pude captar qué había aprendido. Percibiendo su fatiga, no me animé a pedirle que me repitiera lo que dijo. Pero lo que entendí es que al final de su vida todavía estaba leyendo la Biblia y aprendiendo cosas nuevas.

La otra mujer cuyo amor por la Palabra de Dios impactó en gran manera mi vida fue mi propia madre. Como una marca indeleble en mi mente está la imagen de mi madre en sus días finales, sentada en su cama, sin poder caminar o moverse con facilidad por el dolor de la artritis en la espalda y cadera. Estaba vestida con un camisón blanco, un collar de perlas adornando su cuello; el cabello blanco era como un halo alrededor de su cabeza y sus ojos destellaban mientras sus manos sostenían su enorme Biblia de color negro. El fuego estaba chispeando en el hogar y ella estaba rodeada de páginas con palabras cuyas letras eran de cinco centímetros de alto. Por causa de su degeneración macular, ya no podía leer la Biblia que todavía sostenía con tanto amor. Pero memorizaba las Escrituras que su asistente le había transcrito en esas enormes letras. Ella estaba entusiasmada por contarme que estaba memorizando Romanos 8 y lo que estaba aprendiendo de ese pasaje.

Ambas, la señorita Johnson y mi madre, estaban en sus ochenta (la misma edad que tenía Daniel cuando escribió su oración). No es de asombrarse que los tres oraran de tal manera que el cielo se

movilizaba y las naciones se transformaban.[13] Sus oraciones emergían de lo más profundo de la Palabra de Dios. Si tus oraciones no están enraizadas en lo que Dios dijo, ¿cuál es, entonces, tu base? ¿Un deseo? ¿Un anhelo? ¿Algo que esperas recibir?

Para algunas personas, la oración es nada más que expresar los propios deseos a Dios. Siendo ingenua, es perfectamente aceptable que tú y yo le digamos a Dios lo que deseamos o esperamos. Él lo sabe de todos modos y a veces solo nos ayuda a hablar con Él. Por ejemplo, cuando yo estaba hablando con Dios sobre los desafíos que estoy enfrentando en la actualidad, le decía que necesitaba alivio de tanto estrés y presión, y su respuesta fue clara: "Anne, sé fuerte". También me dio la clave de la fortaleza en esa misma página de *Daily Light* [Luz diaria] cuando dijo: "Yo soy la vid y ustedes los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque separados de mí ustedes nada pueden hacer".[14]

Eso no era exactamente lo que yo quería oír en ese momento, pero era la respuesta. Y me cambió la forma de orar. En vez de decir: "Señor, dame respiro", comencé a orar: "Señor, elijo ser fuerte en ti al habitar en total dependencia de ti por medio de la oración, la lectura de la Palabra y la fe obediente. Un día a la vez creceré en tus fuerzas. Gracias por suplir todo lo que necesito".

¿Ves la diferencia? La oración que moviliza los cielos y cambia naciones, y que también puede cambiar tu vida y la mía, es una oración basada en la Palabra de Dios. Si tienes una necesidad específica, un deseo o una esperanza expresada en forma de una petición, abre tu Biblia y pídele a Dios que te hable al respecto. Él puede cambiar la manera en que estás orando, como lo hizo conmigo. O puede confirmarla.

Pídele una promesa en la que puedas basar tu oración. Una promesa para tus hijos, tu cónyuge, tus padres, tu carrera, tu iglesia, tu salud, tu economía, nuestra nación o nuestro mundo, o cualquier otro tema que sea importante en tu mente. Luego ora. A Dios le gusta hacerse responsable por su Palabra. Continuamente

me anima aprender las formas en las que Él demuestra de manera constante que es fiel a ella.

Por ejemplo, justo cuando estaba revisando esta sección del manuscrito, mi hija Rachel-Ruth me llamó. Aunque ella es nuestra hija menor, es muy madura en su espíritu. He observado con asombro cómo Dios la ha dotado de manera singular en tres maneras diferentes. Una, como madre. Dos, como maestra de la Palabra. Y tres, como mujer de oración que, a falta de una mejor descripción, es una persona que ve el mundo espiritual y sabe cómo alcanzar la victoria sobre el enemigo de maneras drásticas.

Cuando oí la voz de Rachel-Ruth en el teléfono estaba casi ronca, jadeante, y yo podía adivinar que estaba reprimiendo sus emociones. Luego, cuando me contó cómo Dios le había hablado, entendí el porqué. Me contó que estaba preparando el desayuno para sus tres niñas y que había prendido el televisor para ver las noticias, y recordó que ese mismo día, pero un año antes, doscientas setenta y seis mujeres nigerianas habían sido secuestradas por el grupo terrorista Boko Haram. Después de llevar a sus hijas a la escuela, volvió a casa y abrió su Biblia para trabajar sobre el mensaje que iba a dar en clase. Su enseñanza era sobre la experiencia de Pablo al haber sido arrastrado por una peligrosa tormenta que resultó en un naufragio. Sus ojos se clavaron en Hechos 27:37, que dice: "Éramos en total doscientas setenta y seis personas en el barco" y luego, en el versículo 44: "todos llegamos sanos y salvos a tierra".

Para su asombro y consternación, el número de las mujeres secuestradas coincidía exactamente con el de las vidas que estuvieron en peligro en el barco con Pablo durante la tormenta en el mar. Usando esta "coincidencia divina" como catalizador, Rachel-Ruth inmediatamente sintió que Dios en los cielos la estaba alertando a orar por las mujeres, lo cual hizo enseguida. Y aunque yo sabía que ella ya había orado, volvimos a hacerlo juntas por teléfono, sabiendo que disponíamos de la plena atención del cielo en ese momento. Y continuamos haciéndolo hasta que las doscientas

setenta y seis estuvieron de vuelta en su casa, con sus padres en Nigeria o ahora con su Padre celestial.

¿Nuestras oraciones por las mujeres nigerianas movilizaron los cielos? No lo sabemos todavía. Mientras escribo esto, no sabemos de algún cambio en sus circunstancias. Pero la respuesta no es nuestra responsabilidad. Cuando Dios nos pone la carga que Él lleva, nuestra responsabilidad es orar. Después, la respuesta es suya. ¿Y quién sabe? ¿Quién sabe si atravesando el océano, en lo profundo del corazón de África, allí en la jungla, quizá las mujeres fueron consoladas, conscientes del amor de Dios y su presencia? ¿Habrán tenido un rayo de esperanza al saber inexplicablemente que no habían sido olvidadas, que estaban en la mente de Dios y que Él las libertaría algún día y las llevaría a su hogar? ¿Recibieron fuerzas para luchar un día más por causa de que Rachel-Ruth fue alertada, prestó atención y oró?

Aunque tú y yo no tengamos una palabra tan dramática del Señor como la que tuvo mi hija respecto de las chicas nigerianas, el principio es el mismo. Dios nos habla a través de su Palabra y es esta lo que necesitamos para hablarle a Dios en oración.

PROMESAS QUE SON CONDICIONALES

La Palabra de Dios les infunde fuerza a las oraciones débiles, ¿no es así? Esta es la razón por la que la oración de Daniel es tan poderosa, porque fluye de la Palabra de Dios. La promesa que Daniel encontró mientras leía la Biblia era Jeremías 29:10-14:

> Así dice el SEÑOR: "Cuando a Babilonia se le hayan cumplido los setenta años, yo los visitaré; y haré honor a mi promesa en favor de ustedes, y los haré volver a este lugar. Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes –afirma el SEÑOR–, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza. Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán cuando me busquen de todo corazón. Me dejaré encontrar –afirma

> el SEÑOR–, y los haré volver del cautiverio. Yo los reuniré de todas las naciones y de todos los lugares a donde los haya dispersado, y los haré volver al lugar del cual los deporté", afirma el SEÑOR.

Cuando Daniel leyó esos versículos, me pregunto si se habrá restregado los ojos y habrá vuelto a leer. ¿Su corazón habrá dado un salto y su respiración se habrá entrecortado? Quizá inspiró y mantuvo la respiración hasta que calculó cuánto tiempo había estado en cautiverio. ¡Sesenta y siete años! ¡Tres años menos que los setenta que Dios había dicho que duraría el exilio! ¿Eso significaba que en tres años los cautivos serían libertados? ¿Significaba acaso que en tres años cada uno se iría a su casa? *¿De regreso a Jerusalén?* ¿La larga noche del cautiverio estaba por terminar?

Ciertamente, se debe de haber emocionado más allá de lo que se puede expresar ante este increíble pensamiento. Era demasiado bueno para ser cierto. Pero entonces… ¿había un pequeño susurro en su corazón? ¿Habrá continuado pensando y habrá vuelto a leer Jeremías, esta vez no buscando las promesas, sino alguna condición que necesitaran cumplir para recibirlas? ¡Allí estaba! Justo allí, en blanco y negro: "Entonces ustedes me invocarán, y vendrán a suplicarme, y yo los escucharé. Me buscarán y me encontrarán cuando me busquen de todo corazón".

Con su mente funcionando a toda velocidad, ¿se habrá preguntado quién más estaba leyendo Jeremías? ¿Quién clamaría al Señor? ¿Quién vendría delante de Él en oración? ¿Quién lo buscaría con todo su corazón a favor de la nación en exilio? Dios le había hablado a su pueblo a través de un contemporáneo de Daniel, el profeta Ezequiel, avisándoles que si bien era cierto que les había prometido ciertas cosas, también estaba esperando que esas promesas fueran reclamadas en oración antes de cumplirlas.[15] Así que yo me pregunto…: en ese mismo momento, ¿la luz de la verdad habrá irrumpido y Daniel sabía que, aunque alguien o nadie estuviera orando y reclamando la promesa de liberación, él lo haría?

Y si él era acaso el único que estaba orando, ¿qué diferencia podría hacer? Daniel iba a averiguarlo.

Una promesa para nuestra nación con la que hemos orado con frecuencia es 2 Crónicas 7:13-15. Si una promesa se puede gastar por el uso, esta debe estar hecha jirones e irreconocible. Afortunadamente, las promesas no se desgastan. Son tan válidas hoy como lo eran cuando fueron emitidas. Son como el oro. No se deslucen. De hecho, cuando más las reclamamos, más parecen "brillar" con un mayor significado. Entonces, ¿por qué esta en particular no hizo una mayor diferencia en nuestra nación? ¿Puede ser que, mientras clamamos vigorosamente la promesa de que Dios oiga nuestro ruego y perdone nuestro pecado y sane nuestra tierra, le prestamos poca atención a la condición que está ligada a ella? ¿Y cuál es la condición? Debemos humillarnos. Orar. Buscar el rostro de Dios. *Y alejarnos de nuestros malos caminos*.

¡Qué diferencia haría si clamáramos esta promesa y a la vez cumpliéramos la condición para recibirla! Al igual que Daniel, yo también quiero averiguarlo. Con la cláusula en mente, tomemos un momento para orar juntos 2 Crónicas 7:13-15:

Señor de misericordia, Dios de gracia, escucha nuestras oraciones. Tú nos prometiste que cuando los desastres ambientales sucedieran o el enemigo nos golpeara, o las enfermedades azotaran, que si… Tu pueblo que lleva tu nombre…, la iglesia…, los seguidores de Cristo… si deja de lado su orgullo y justicia propia y el dedo acusador, se hace el tiempo para estar a solas contigo en oración, buscando no solo una solución política, sino tu rostro, alejándose de su pecado lamentable, ¡entonces el cielo se movilizaría! El pecado sería perdonado y los corazones serían cambiados. Y tú bendecirías nuestra tierra.

Así que ahora, con humildad, confesamos a ti nuestro pecado de _____, _____ y _____. Lo llamamos por lo que es ante tu vista y elegimos quitarlo de nuestra vida. Fuera de nuestra mente. De nuestro corazón. Elegimos alejarnos de él.

Te pedimos que nos limpies con la sangre de tu Hijo y nuestro Salvador. Escucha nuestra oración. Perdona nuestro pecado.

Ahora te pedimos, por favor, abre tus ojos a tu amada nación. Respóndenos según tu palabra, para la gloria de tu Nombre. Amén.

3
CENTRADOS EN LA ORACIÓN

Habiendo sido criada en la cordillera Azul, en el oeste de Carolina del Norte, siempre me encantó el senderismo. Cuando era niña, todos los domingos por la tarde mi familia completa, incluyendo a uno o más de nuestros perros, subía la ladera que estaba detrás de nuestra casa. Me encantaba el olor a árbol que despedían las hojas mientras enterraba los zapatos en ellas. Amaba el sonido rugiente que se acrecentaba cuando ascendíamos la montaña, donde no había barrera capaz de quebrar la intensidad del viento. Disfrutaba buscar las tortugas, que estaban sumergidas en la lodosa escorrentía de los arroyos junto al antiguo camino de troncos.

Cuando lográbamos llegar al final del camino, ascendíamos los últimos metros por un sendero cubierto por maleza, lo que nos obligaba a transitar en fila de a uno. Para asegurarme de que estábamos yendo en la dirección correcta, tenía que fijar los ojos en mi papá, quien siempre iba delante. Sabía que si mantenía la vista en él, finalmente saldría a una abertura en la cima de la montaña, a la que mamá había denominado "el campo de juncos", desde donde se podía ver desde todo el valle del Swannanoa hasta Asheville. Aprendí, siendo muy joven, que es necesario tener un punto de foco cuando estás haciendo senderismo en un bosque espeso. Papá era mi punto central.

Esta lección la confirmé cuando era adolescente y me encontraba en una excursión de unos veinticinco kilómetros (15.5 millas) con una amiga. Comenzando por la parte trasera de mi casa, escalamos

a la cima de la montaña conocida como Little Piney Ridge, y luego caminamos por las sierras Seven Sisters en dirección a Greybeard. La senda que mi amiga había escogido no estaba marcada, de modo que nos mantuvimos en los puntos más altos de la cadena montañosa. Sabíamos que al final saldríamos al sendero que nos llevaba a Greybeard, donde nos esperaba una vista espectacular a múltiples estados.

Casi una hora antes de alcanzar nuestro destino, nos perdimos en un matorral de laureles. Aunque pueda sonar gracioso, no lo fue. Los arbustos de laurel son bajos, compactos y pueden cubrir la ladera de la montaña. Es imposible ver algo a través de ellos en cualquier dirección. Entonces mi amiga sacó una brújula. La ajustó para que la aguja apuntara al norte y me hizo señas de que la siguiera. Manteniendo la vista en la brújula, nos internamos entre los arbustos. El norte era nuestro punto central. Siempre y cuando mantuviéramos la aguja de la brújula apuntando en esa dirección, seríamos capaces de escalar a un lugar desde donde podríamos tener una mejor perspectiva de dónde estábamos y entonces encontrar el camino que estábamos buscando. Al final, logramos llegar con éxito a la cima de Greybeard.

Tú y yo necesitamos un punto central cuando oramos. Nuestra fe tiene que estar enfocada en Aquel a quien le estamos orando o de otro modo no será una oración eficaz. Esta verdad fundamental fue detallada en un tuit enviado por un reportero independiente japonés que transmitía en vivo desde Siria. Sus desgarradoras palabras del 7 de septiembre de 2010 se volvieron virales: "Cerrando los ojos y manteniéndome calmo. Será el final si me vuelvo loco o grito. Es algo cercano a la oración. El odio no es para los seres humanos. El juicio le corresponde a Dios. Eso es lo que aprendí de mis hermanos y hermanas árabes".[1] Sus palabras emotivas y llenas de significado estuvieron "cercanas a la oración", pero su estimación se quedó corta porque no estaba enfocada en Alguien. No tenía un punto central.

LA ORACIÓN ES LA BRÚJULA DE LA VIDA

Si la oración es nuestra brújula en la vida, entonces la aguja que apunta al norte es el enfoque de nuestra fe en la oración al Dios viviente. Él es el "norte" de nuestra "brújula". Él es nuestro Punto Central. Cuando nuestras oraciones están centradas, a pesar de lo que la vida nos presente, ya sea un ascenso arduo y empinado en nuestra profesión o carrera, o el sendero firme de la perseverancia para alcanzar nuestras metas, o la confusión y el sentimiento de estar perdido que puede envolvernos cuando nos encontramos en un matorral de problemas, presiones y dolor, si nuestras oraciones están enfocadas en el Dios vivo, harán una diferencia. En nosotros. En nuestras circunstancias. En los demás. En nuestra iglesia. En nuestra nación. En el mundo.

Una razón primordial por la que la oración de Daniel moviliza los cielos y cambia naciones es que la fe de Daniel estaba centrada en el Dios vivo. Incluso antes de darnos las palabras de su oración, deja en claro que se puso a orar y a dirigir sus súplicas al Señor su Dios (9:3). Él fijó su brújula.

Enfocarme en Dios como mi *verdadero norte* me ayuda a ver más allá de mis circunstancias pasajeras aquí en la tierra, y me recuerda, además, su carácter inmutable. Hace unos años adopté el hábito de iniciar casi todas mis oraciones con alabanza. Al centrarme en Aquel a quien le estoy orando, trato de pensar en los atributos específicos de su carácter que serían relevantes a mi oración. Por ejemplo, si estoy preocupada por mis hijos, me dirijo a Él como mi Padre celestial, adorándolo como un Padre que es extremadamente paciente, amoroso, bueno y que, aun así, tiene hijos imperfectos. Él entiende lo que es la agonía y el dolor de un padre.

Si estoy herida, me dirijo a Él como el que fue herido por mis trasgresiones, golpeado por mis iniquidades, quien comprende mis sentimientos de tristeza y que me prometió sanar mi corazón herido. Si he sido bendecida u honrada recientemente, me refiero a Él como mi fuente de toda bendición, el dador de todo lo bueno. Si estoy

viniendo a Él porque estoy consciente de que pequé, incluso antes de confesárselo, lo alabo como el Dios de gracia y misericordia que ama a los pecadores, que nunca se va a sorprender por mis fracasos porque eso es todo lo que espera de mí en mi carne, que está listo para perdonar y limpiar a los que se acercan por fe a los pies de la cruz.

Es asombroso cómo el simple ejercicio de ajustar mi enfoque en quién es Dios me ayuda a poner mi oración en perspectiva. Mis problemas no parecen tan abrumadores. Mis preguntas no parecen tan críticas. Mis preocupaciones no me consumen. Mis temores paralizadores no parecen ser tan grandes. Centrarme en Él trae paz y calma a mi espíritu. En la quietud, a menudo escucho su susurro, que me dirige y me guía a salir del "matorral de laureles".

Por otra parte, si comienzo mi oración enfocándome…

en el sombrío diagnóstico del médico sobre mi ser querido,

en la probabilidad de un conflicto con la maestra de mi hijo,

en el impacto de la reducción de personal que están haciendo en mi trabajo,

en el aparente e imparable desastre ambiental en nuestra nación,

en la creciente ola de perpetradores de tiroteos,

en el salvajismo de los militantes radicales yihadistas,

… me dejo abrumar al punto de ya no tener ninguna fe en que mi oración podría tener algún impacto. El resultado de mi enfoque hace que mis preocupaciones y temores parezcan inevitables. El enemigo parece demasiado poderoso. ¿Cuál es el resultado? Se me hace un nudo en la boca del estómago y me pierdo emocional y espiritualmente en el matorral de laureles.

¿Cuándo ajustas tu brújula? ¿Buscas a otros antes de buscar a Dios? La oración de Daniel me ayudó a reenfocarme en la prioridad de establecer el punto de referencia cuando hablo con Dios. Y

centrarse requiere privacidad, una actitud de concentración enfocada singular e íntimamente en quién es Dios y en mi conversación con Él.

LA PRIVACIDAD CUENTA CUANDO ORAMOS

Cuando Daniel se volvió a Dios, está implícito que se alejó de todos y todo lo demás para poder orar en privado. La efectividad de la oración íntima y personal está ilustrada de forma patente en una bella historia del Antiguo Testamento. Eliseo, el profeta que sucedió a Elías en el ministerio, fue ministrado por una mujer adinerada y su esposo. Cada vez que él se encontraba en esa región, paraba en su casa y comía con ellos. La mujer había separado un cuarto para él cada vez que necesitara un lugar donde retirase a descansar. En gratitud, él le preguntó qué podía hacer por ella y la mujer le confesó que era estéril. Él le prometió que ella tendría un hijo dentro de un año, ¡y así fue!

Cuando el muchacho fue lo suficientemente grande como para salir al campo con su padre en el tiempo de la cosecha, repentinamente se quejó de un fuerte dolor de cabeza y lo llevaron hasta la casa, donde murió de una aparente insolación. Entonces llamaron a Eliseo. "Cuando Eliseo llegó a la casa, encontró al niño muerto, tendido sobre su cama. Entró al cuarto, cerró la puerta y oró al SEÑOR". Eliseo necesitaba aislarse para poder orar con libertad sin distracción (sin las dudas, temores, llanto y sentimientos de los parientes o de alguien más).

Dios oyó y respondió la oración que Eliseo hizo en privado. Cuando él oró, el cuerpo del muchacho se entibió. Estornudó siete veces, ¡y luego abrió los ojos! Eliseo llamó a la mujer y ella recibió a su hijo que había vuelto a la vida.[2]

Cuando a Jesús lo llamó el principal de la sinagoga porque su hija se había enfermado de gravedad, fue a la casa del hombre. Para cuando llegó al lugar, la niña ya había fallecido. Jesús hizo que todos

salieran, la tomó de la mano y ella se levantó. Jesús la había resucitado.[3]

La privacidad en la oración cuenta.

Jesús hizo hincapié en la intimidad hablándoles a sus discípulos en el Sermón de la Montaña: "Pero tú, cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará".[4] Luego lo demostró con su ejemplo, al buscar al Padre en privado en repetidas ocasiones. "Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar".[5]

La intimidad en la oración no solo cuenta, yo creo que es esencial. Especialmente si hemos de orar la oración de Daniel. Debemos estar a solas con Dios, apartados de todo apoyo de la razón o ayuda humanas. Es cuando nos despojamos de las dudas, sugestiones, aflicciones, críticas o comentarios de otros y saltamos hacia el "vasto espacio azul interestelar"[6] donde solamente nos aferramos a Dios y entramos en contacto con la fuente de los milagros. Si queremos orar de manera que el cielo se movilice y las naciones se transformen, debemos tener una habitación de oración con privacidad. Necesitamos alejarnos de las distracciones externas y conectarnos internamente solo con el Señor si hemos de recibir la plenitud de sus respuestas.

Sé por experiencia que no me concentro en la oración cuando alguien está rondando por la casa. Incluso si esa persona no está en la habitación conmigo, el solo saber que anda por ahí me distrae el espíritu. Una razón por la que me levanto tan temprano en la mañana para orar es porque necesito privacidad. Parece ser que preciso la quietud de la mañana, antes que otros se levanten o suene el teléfono, para poder entrar en comunión con Dios.

Se dice que el religioso hipócrita necesita una audiencia para orar, porque ora para ser oído,[7] para impresionar. Pero Jesús les dijo a sus discípulos que no fueran como los hipócritas, sino más bien "cuando te pongas a orar, entra en tu cuarto, cierra la puerta y ora a

tu Padre, que está en lo secreto. Así tu Padre, que ve lo que se hace en secreto, te recompensará".[8] Jesús estaba afirmando que la privacidad en la oración importa. Él se puso como ejemplo ante nosotros una y otra vez, como nos dice la Biblia:

> "… se retiró él solo en una barca a un lugar solitario".
>
> "Él, por su parte, solía retirarse a lugares solitarios para orar".
>
> "… se fue Jesús a la montaña a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios".
>
> "Un día, mientras Jesús se apartó para orar…"[9]

No hay duda de que cuando Jesús oraba, el cielo se movilizaba y el mundo era transformado. Lo cual me lleva a preguntarme: si solo oras cuando estás con otras personas o en la iglesia, ¿qué tan eficaz y activa es tu vida de oración? ¿No será tiempo de que te apartes a solas para orar? Que te alejes de todo y de todos, que dediques un momento para estar a solas con Dios… Porque la privacidad en la oración cuenta.

El evangelio de Lucas nos dice que Jesús tomó a tres de sus discípulos —Pedro, Juan y Jacobo— y los llevó a una montaña. Cuando estaban allí solos, mientras Él oraba, su aspecto cambió de manera drástica. Sus vestiduras se volvieron radiantes, tan brillantes como un rayo de luz. Su rostro resplandeció como el sol. Y la luz no estaba siendo reflejada de parte alguna, sino que provenía de dentro de Jesús mismo. Los discípulos lo estaban viendo transfigurado en su gloria, como Hijo de Dios; la gloria que Él había dejado de lado cuando se había convertido en el Hijo del Hombre.[10] ¡Qué experiencia inolvidable de oración privada debe de haber sido aquella! Pero lo que vino a continuación es una lección que Dios ha implantado en lo profundo de mi corazón.

Cuando Jesús y los tres discípulos regresaron de la montaña hacia el valle, se encontraron con una pequeña disputa. Las

personas discutían entre sí y con los líderes religiosos. Cuando Jesús preguntó qué estaba pasando, un hombre se adelantó desde la multitud. Le explicó que había llevado a su hijo a los discípulos, ya que estaba completamente fuera de control, pero ellos no habían podido ayudarlo. Jesús reprendió a sus discípulos por su falta de fe y luego sanó al niño. Más tarde, cuando ellos le preguntaron por qué no habían podido hacer algo al respecto, Jesús les respondió: "Esta clase de demonios solo puede ser expulsada a fuerza de oración".[11] Parafraseando sus palabras, estaba grabando en la mente de sus discípulos el mensaje que para tener el poder del cielo tenían que orar, buscar a Dios. Y ayunar…, es decir, separarse de todo lo demás.

La lección que Dios me dio fue: ¿Jesús habrá invitado a los doce discípulos a apartarse junto a Él para un tiempo de oración privada? ¿Solo tres aceptaron su invitación? ¿Los otros habrán puesto excusas como: "No tengo tiempo", "Mi familia me precisa este fin de semana", "Estoy muy ocupado con el ministerio", "Subir a esa montaña es mucho trabajo, estoy cansado", "Tengo otras cosas que hacer"?

Por la razón que fuera, la cruda verdad es que los nueve que no hicieron el esfuerzo de apartarse y pasar tiempo en oración privada con Jesús en la montaña, no tuvieron poder para ayudar a otros en el valle. Y luego me pregunté: *Si mi oración no moviliza los cielos y cambia naciones, ¿puede ser debido a que no paso tiempo en la montaña con Jesús, tiempo a solas con Él?* ¿Y tú qué dices?

Nuestra vida moderna no nos facilita el tiempo de la oración privada, ¿no es cierto? Si tus días son como los míos, están llenos al tope. Estoy corriendo desde la mañana hasta que aterrizo en la cama en la noche. Cada día está repleto de la tiranía de lo urgente. Preparar la comida, asistir a las citas médicas, tomar los medicamentos, hacer llamadas telefónicas, responder los mensajes, limpiar, lavar, cocinar, ir a reuniones, predicar y supervisar. Si esperara a tener tiempo para retirarme a orar, dudo que alguna vez lo hiciera. Así que tengo que apartar tiempo para la oración a solas.

Para ser sincera, tengo miedo de no apartar ese tiempo. No quiero dejar de recibir ese poder tan necesario para lograr ayudar a otros. No quiero perderme de ese poder que es necesario para impactar al mundo que me rodea. No quiero dejar pasar el poder de la oración que moviliza los cielos y transforma las naciones. Pero lo perderé si no aparto tiempo para alejarme de todo y estar con Él en oración privada.

Aunque sé que puedo orar en todo momento y lugar, en medio de todo y de todos, frente a miles o en un círculo de doce, también sé que la privacidad cuenta. Hay veces en las que necesito estar sola, libre de distracciones e interrupciones. Solo yo con mi Padre celestial.

LA SINCERIDAD CUENTA CUANDO ORAMOS

Abandonar todo con el objetivo de apartar el tiempo para estar a solas con Dios y orar es una forma de ayunar. *Ayunar* simplemente significa prescindir de todo para hacerse tiempo para orar. A menudo asociamos el término con dejar de comer, pero también puede ser abstinencia de trabajo, de correos electrónicos, llamadas telefónicas, ministerio, entretenimiento, navegar en internet, reuniones, tareas domésticas, charlas, televisión, tecnología (la lista es interminable). Mientras que cuando oramos nos *acercamos* a Dios, cuando ayunamos nos *alejamos* de todo lo demás.

Una razón por la que ayunamos no es mostrarle a Dios lo piadosos que somos. Él ya lo sabe. Este no es un "trabajo" que tenemos que agregar a nuestro esfuerzo de oración para merecer la respuesta a la misma. Sus respuestas son regalos de su gracia, no recompensas por nuestro trabajo. Él nos ama total y completamente. No puede amarnos más. Y ya nos ha dado su atención plena sin haber ayunado. ¿Entonces, por qué ayunamos?

Una razón es porque Jesús espera que lo hagamos. Él les dijo a sus discípulos: "Cuando ayunen…".[12] No *si* ayunan. En mi caso,

ayunar me ayudó a purificar mis motivaciones hacia la oración. El ayuno agudiza mi enfoque en lo celestial y clarifica mi perspectiva sobre lo terrenal. Me impulsa a orar con más persistencia y frecuencia. Y quizá lo más importante de todo: revela qué tan sincera soy en realidad al buscar al Señor en oración.

¿Alguna vez ayunaste por algo? La oración de Daniel es una clase de oración que conlleva la máxima sinceridad, una sinceridad personal y apasionada. Esta requiere ayuno. Daniel dice: "Entonces me puse a orar y a dirigir mis súplicas al Señor mi Dios. Además de orar, ayuné…". Te sugiero que empieces a establecer el ayuno en tu vida de oración si todavía no lo has hecho. Habla con Dios al respecto y luego decide de qué cosas ayunarás, cuándo lo harás y por cuánto tiempo lo mantendrás. Después hazlo. Descubre por ti mismo la diferencia que hace en tu vida de oración.

Descubrí el poder del ayuno cuando mi esposo Danny y yo estábamos recién casados. Disfrutamos estar juntos por un buen tiempo, pero luego llegó el momento en que decidimos tener hijos. En mi ingenuidad, pensé que todo lo que tenía que hacer era dejar de usar el anticonceptivo y que los bebés comenzarían a llegar. Estaba equivocada. Mes tras mes mi útero se vaciaba. Acudí a especialistas que me aseguraron que no había nada malo, pero no podían decirme por qué no quedaba embarazada.

Le conté mi pena a mi sabia madre, que me respondió: "Anne, si más madres oraran por sus hijos como Ana oró por el suyo, tal vez tendríamos más Samueles". Así que busqué mi Biblia y leí acerca de Ana para aprender qué era lo especial en su vida de oración.[13]

Descubrí que Ana era muy amada por su esposo, cuyas únicas palabras de consuelo hacia ella fueron que debía estimarlo a él más que a diez hijos. Pero un esposo —incluso uno amoroso— no sustituye a un hijo. Ella lo sabía, al igual que yo. Ana quería tener su propio hijo con tanta intensidad que lloraba y no podía comer. Entonces ayunó de comida. Luego ayunó de todo lo demás cuando subió al templo a orar.

En respuesta a su ayuno y oración, Dios le prometió un hijo. Al poco tiempo, quedó embarazada y dio a luz a Samuel, un niño que fue dedicado al Señor. "Por su parte, el niño Samuel seguía creciendo y ganándose el aprecio del SEÑOR y de la gente",[14] y se convirtió en un hombre extraordinario que luego fue profeta, juez y coronador de reyes de Israel.

Siguiendo el ejemplo de Ana, separé un día a la semana para orar y ayunar por esto. Un año después de haber empezado a buscar al Señor con profunda sinceridad cada semana, sentí a Dios susurrarme al corazón: "Anne, ya no tienes que ayunar más. Te daré un hijo. Tendrás un varón". De inmediato dejé de orar y ayunar y, en cambio, comencé a alabar a Dios por haber oído y respondido mi oración. Al mes siguiente, concebí un bebé. Nueve meses más tarde, nació nuestro hijo Jonathan.

¿Yo quedé embarazada y di a luz a Jonathan solo porque había ayunado? Francamente, no lo sé. Lo que sí sé es que el ayuno me cambió. Al finalizar ese año de oración y ayuno, estaba genuina y sinceramente satisfecha con el Señor y con mi esposo. Si no hubiera quedado embarazada, si nunca hubiera tenido a mis niños, yo sabría que aun así todo estaría bien. Lo interesante es que cuando solté y dejé ir mi deseo de ser madre, fue cuando quedé embarazada. De modo que, indirectamente, el ayuno cumplió un rol significativo, porque sin él no creo que hubiera sido capaz de renunciar mi agudo deseo de tener un hijo.

LA NECESIDAD CUENTA CUANDO ORAMOS

La privacidad y la sinceridad ciertamente cuentan para Dios cuando oramos. Y Él también honra nuestro clamor cuando no tenemos a quién más acudir y ningún lugar a dónde ir. Cuando sentimos que no hay otra persona que pueda entender nuestro dolor, Dios está allí para ayudarnos.

Cuando estuviste en una situación difícil, ¿te sentiste desesperado? ¿Alguna vez te encontraste sin nadie a quién recurrir? Ningún doctor o abogado, ningún amigo o familiar, ningún sacerdote o pastor, ningún jefe o compañero de trabajo. Nadie a quién poder llamar pidiendo auxilio. Estar completamente solo en el mundo puede ser una situación de mucha vulnerabilidad y temor.

Daniel estaba desesperado. No solo ayunó, sino que se vistió de cilicio (9:3, RVC), un ropaje humilde hecho de restos de hilados o tal vez de pelo de cabra o de camello. Ni linos, ni sedas, ni brocados, ni siquiera algodón. Eran ropas que los más humildes entre los humildes vestían, y que representaban exteriormente la desesperación interior que sobrellevaban. Con su sola apariencia, el que vestía así ya estaba diciendo: "Dios, te necesito. Si no respondes a mi oración y guardas tu promesa, no tengo esperanza. No hay nadie más a quien pueda recurrir. Mi esperanza está en ti, solo en ti".

Sin pretensiones ni orgullo, sin indiferencia o independencia, sin confianza personal o justicia propia, sin plan B por si este no llegara a funcionar. No había ayuda extranjera ni una nación más fuerte a la que apelar, ni una corte internacional que oyera sus reclamos, ni fuerzas armadas que planearan un golpe de Estado, no había esperanzas de nada en ninguna parte del mundo. Daniel estaba desesperado por su pueblo y Dios era su única esperanza. Si Él no los libertaba del cautiverio, ellos no podrían ser libres de ningún otro modo. Si Dios no los restauraba al lugar de la bendición, entonces no serían restaurados en absoluto. Si Dios no los atraía de nuevo a la fe en Él, ellos nunca experimentarían un avivamiento espiritual como nación. En la oración de Daniel, la necesidad cuenta.

La necesidad también contó para Dori, una mujer atrapada en el caos de la guerra civil siria. Estaba desesperada.[15] Había sido privilegiada, una esposa consentida de un acaudalado empresario sirio. Viviendo en Damasco, hacía sus compras en Europa y vacacionaba en Dubái. Pero una noche ella recibió una llamada telefónica de su cuñado diciéndole que su esposo acababa de ser

arrestado y que ella debía escapar de inmediato de su casa con sus dos hijos adolescentes. Con las lágrimas surcándoles el rostro mientras miraban hacia el palacio que dejaban atrás, se escurrieron en las sombras de la noche e iniciaron su viaje de cien kilómetros (62 millas) a pie.

Unos cinco días más tarde, se encontraban en un campamento de detención, a tres kilómetros (1.8 millas) de la frontera entre Siria y Jordania. Sin comida, sin agua, sin baños. En la segunda noche en el campamento, con sus hijos pasando hambre y cuidando sus movimientos por si acaso hubiera algún observador casual, Dori cavó por debajo de la cerca, caminó hasta la autopista y comenzó a parar a los camiones que pasaban, suplicándoles por agua y por comida. Cuatro veces los camiones se detuvieron, pero los conductores solamente estaban interesados en obtener algo de ella, no en darle algo. La cuarta vez ella luchó con uno que la quería violar, hasta que otro conductor vio lo que estaba sucediendo y paró para ayudarla. Advirtiéndole acerca del peligro extremo de pedir en el costado de la autopista, generosamente le dio comida y agua. Cuando ella le agradeció efusivamente, el hombre sirio le dijo: "El Señor Jesús te bendiga, Dori. Búscalo a Él. Dios será tu refugio", y se marchó. Ella no tenía idea de lo que le estaba diciendo, pero sintió una extraña paz en el corazón mientras les llevaba la comida y el agua a sus hijos.

Al día siguiente, Dori y sus hijos saltaron la cerca y cruzaron la frontera, caminando dos días más hasta llegar a Amán. Con el poquito dinero que tenían, pudo alquilar un viejo y deteriorado apartamento en el centro de la ciudad. Recibió asistencia de una mujer muy amable que se identificó como una de las "seguidoras de la Biblia". Esta mujer, llamada Samar, no solo ayudó a Dori y a sus dos hijos adolescentes a establecerse en el departamento, sino que les explicó quién era Jesús cuando comenzó a presentársele a Dori en sueños. Finalmente, ella tomó la peligrosa decisión de abandonar el islam y seguir a Jesús, sabiendo que su elección podría costarle la vida.

Varias noches más tarde, cuando Dori estaba acostada en el duro y frío piso de cemento, escuchando el sollozo de su hija y el quejido de su hijo, decidió orar. Sin dudarlo —ella nunca había escuchado acerca de Daniel– hizo la oración de Daniel movida por la desesperación que tenía. "Jesús, estamos exhaustos y hambrientos. No tenemos nada en este lugar. Es una vida miserable, pero sé que Tú nos amas…", y así se quedó dormida.

A la mañana siguiente, un rayo de luz entró por la única ventana que tenía el departamento y ella se despertó porque alguien golpeaba la puerta de manera insistente. Con un poco de aprensión, se levantó para atender, pero su hijo se apresuró y abrió la puerta antes que ella. Un repartidor estaba en la puerta con los brazos llenos de artículos de almacén. Cuando Dori le preguntó quién lo había enviado, él le respondió que no sabía, porque había extraviado la lista de los refugiados. Pero le preguntó si acaso ella necesitaba esta comida. Cuando asintió con la cabeza, él le entregó los comestibles y le explicó que alguien en el callejón había señalado el departamento de ella. Luego se fue.

Pero durante toda la semana, a primera hora cada mañana, escuchaba el golpe en la puerta. Y al abrirla, había siempre un repartidor. Nunca el mismo hombre, siempre alguien diferente trayendo distintos artículos. Uno traía más comida, otro traía ropa, luego camas y sábanas, abrigos y chaquetas, calefactores. Al final de la semana, el apartamento estaba amueblado y su nevera estaba repleta.

Porque la necesidad cuenta para Dios.

LA HUMILDAD CUENTA CUANDO ORAMOS

La historia de Dori me recuerda que la oración de Daniel no tiene que ser sofisticada, larga o llena de versículos bíblicos. De hecho, hasta me pregunto si acaso necesita de palabras. Es un verdadero clamor del corazón, ¿no es cierto? Un clamor sincero, hecho en lo

privado y que surge de una necesidad desesperada. Además, está revestido de completa humildad.

Hace poco me tocó hablar en una reunión cristiana multigeneracional, multirracial y multidenominacional. Antes de predicar, un pastor joven subió a la plataforma para liderar la oración. Entonces oró. Con los ojos abiertos de par en par, caminando de un lado a otro, gesticulando a la congregación, ¡no se le escapaba nada mientras "oraba"!

Se veía fluido, dinámico, refinado, elocuente… ¿y orgulloso? Dudé en poner esto último, porque solo Dios conoce su corazón, pero él se presentó de manera casi arrogante espiritualmente. Altanero. No había humildad alguna en sus palabras, lenguaje corporal o gestos. Parecía estar actuando para impresionar a la gente en vez de estar orando a Dios. Y ciertamente, no me llevaba a la presencia de Dios. Por cierto, el espíritu que está dentro de mí retrocedió. Su "oración" me recordó una historia que Jesús les contó "A algunos que, confiando en sí mismos, se creían justos y que despreciaban a los demás".[16]

En la historia —o parábola— Jesús describe a dos hombres que iban al templo a orar.[17] Uno era un fariseo, un líder altamente educado de Israel, que era tan escrupuloso en la manera de guardar todas las sutilezas, regulaciones y tradiciones de su religión que se consideraba ejemplar. El otro era un recaudador de impuestos considerado como escoria porque, si bien era judío, colaboraba con los invasores romanos cobrando para ellos. La mayoría de los recaudadores de impuestos eran también tramposos, eran despreciados por las personas "buenas" y tenidos como pecadores.

Entonces Jesús describió a estos dos hombres desde la perspectiva de Dios: "El fariseo se puso a orar consigo mismo: 'Oh Dios, te doy gracias porque no soy como otros hombres –ladrones, malhechores, adúlteros– ni mucho menos como ese recaudador de impuestos. Ayuno dos veces a la semana y doy la décima parte de todo lo que recibo'". Luego, Jesús contrastó al fariseo con su

descripción del recaudador de impuestos, que "se había quedado a cierta distancia, ni siquiera se atrevía a alzar la vista al cielo, sino que se golpeaba el pecho y decía: 'iOh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!'".

En caso de que alguno no entendiera el significado, Jesús resumió la historia: "Les digo que este [el cobrador de impuestos], y no aquel [el fariseo], volvió a su casa justificado ante Dios. Pues todo el que a sí mismo se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido". Porque Dios no solo escucha nuestras palabras cuando oramos, sino que evalúa también nuestra actitud en la oración. Él no se deja impresionar por nuestra reputación, por quiénes creemos que somos o lo que los demás piensen de nosotros. Él mira el corazón. En caso de que siga quedando alguna duda, Proverbios declara abiertamente: "El SEÑOR aborrece a los arrogantes. Una cosa es segura: no quedarán impunes".[18] Por otro lado, el Señor confirma: "Yo estimo a los pobres y contritos de espíritu, a los que tiemblan ante mi palabra".[19]

Dicho de otra manera, alguien como Daniel. Como ya hemos visto, él había llegado a Babilonia como un esclavo. Aunque siguió siendo esclavo durante toda su vida, rápidamente fue elevado al rango de funcionario de la corte de Nabucodonosor, hasta que llegó a ser gobernador sobre toda Babilonia.[20] Daniel mantuvo esta alta posición bajo tres emperadores más, que se sucedieron: Belsasar, que reinó por poco tiempo en Babilonia; Darío, que destruyó a los babilonios y marcó el inicio del imperio medo-persa y, por último, Ciro, quien eliminó a los medos y estableció el imperio persa. Según la estimación de todos ellos, Daniel era un hombre excelente, importante y poderoso.

Daniel fue honrado generosamente por los reyes debido a su sabiduría ilimitada y sobrenatural. Dios le revelaba a Daniel los sueños de otros, así como también lo que significaban. Los ángeles lo visitaban personalmente y le traían las respuestas de Dios a sus oraciones. Y Dios lo libró de forma milagrosa cuando sus enemigos

se complotaron para arrojarlo a los leones. Era evidente que era un hombre excelente, importante y poderoso según la estima del cielo.

Daniel también fue un profeta del Antiguo Testamento, considerado como el equivalente de Juan el Bautista en el Nuevo. El ciento por ciento de precisión en sus profecías es un fenómeno. Por esta razón, su revelación del mundo desde sus días hasta los tiempos finales todavía se encuentra en estudio por parte de teólogos y otros académicos, que lo consideran el más grande según los estándares modernos.

Daniel, cuya grandeza unió imperios mundiales y trascendió los siglos, que tenía todo el "derecho" humano a pensar más altamente de sí mismo, no lo hizo. Cuando empezaba a orar se sentaba sobre "cenizas" (9:3). Se humillaba. Porque sabía que la humildad para Dios cuenta.

¿No es interesante que el orgullo se pueda colar entre nuestras actitudes cuando oramos? Creemos que si cumplimos todas las "reglas", si somos buenos, morales, diligentes, inteligentes, entonces Dios nos debe la respuesta que estamos buscando. Entonces, después de orar, si nuestro cónyuge nos dejó o el médico nos diagnosticó una enfermedad terminal o un socio nos traicionó, nos enojamos y sentimos que Dios nos decepcionó. Y nos ofendemos con Él.

Cuando Danny y yo nos casamos vivíamos en una ciudad universitaria. Todos los domingos en la noche abríamos nuestra casa para recibir estudiantes atletas que necesitaran tener comunión, estudio bíblico y oración. Algunos contaban con becas de futbol americano mientras que otros estaban en los equipos de básquet y de *lacrosse*. Además, recibíamos a dos porristas. Danny y yo los amábamos, y ellos a nosotros. Yo preparaba un pastel casero o algo dulce, y nos sentábamos en círculo a comer y discutir las Escrituras.

Nunca me olvidaré de un futbolista que vino muy abatido a nuestra casa un domingo en la noche. Era un liniero ofensivo gigante. Su equipo había jugado contra su archirrival el día anterior. Habían llevado el balón por todo el campo durante el último cuarto.

La última jugada fue cuarta oportunidad y con menos de una yarda para anotar. Su entrenador decidió no ir por un gol de campo, ya que los tres puntos no habrían sido suficientes para ganar el juego. Ellos necesitaban los seis puntos que les proporcionaría una anotación (*touchdown*). Por ello, fueron en busca de la anotación.

Sentados en nuestra pequeña sala de estar, el rostro del liniero reflejaba lo que había sucedido. Él dijo que cuando salieron de la reunión, él le había orado a Dios pidiéndole su ayuda para que pudieran cruzar con el balón por la línea de meta y su equipo pudiera realizar la anotación ganadora. Se había alineado, su compañero centró el balón, la jugada se desarrolló, pero el equipo contrario los detuvo. No pudieron llevar el balón hasta la zona de anotación. Así que perdieron el juego. Entre bocados a su pastel de manzana, el futbolista grandote movía la cabeza y con una mirada sombría nos contaba que sentía que Dios lo había decepcionado. Todos tratamos de hacerlo entrar en razón, pero nunca más volvió a nuestra casa. Hasta el día de hoy, Danny y yo nos lamentamos mucho por él.

Siendo sincero, ¿dirías que eres como ese jugador de futbol? ¿Piensas que Dios te ha desilusionado de alguna manera? ¿Puede ser que haya algo de orgullo ocultándose como una telaraña en los rincones oscuros de tu corazón? El orgullo te sugiere que Dios te debe algo. Que mereces algo mejor. Que mereces algo. Tal vez sea tiempo de sentarte sobre cenizas.

Daniel se sentía compelido a orar por los problemas que veía en su mundo y las promesas que había leído en la Palabra de Dios. Su enfoque era muy preciso, como el de un rayo láser, centrado en el Señor. Entonces, en la privacidad de su cuarto, con sus ventanas abiertas hacia Jerusalén,[21] comenzó a suplicarle a Dios con extrema sinceridad, que emergía de una necesidad desesperada, y con una humildad profunda y genuina.

Y así es como la oración de Daniel empieza…

SEGUNDA PARTE

Pedir en oración

Rásguense el corazón y no las vestiduras.
Vuélvanse al SEÑOR su Dios, porque él es
bondadoso y compasivo, lento para la ira y
lleno de amor, cambia de parecer y no
castiga.
Tal vez Dios reconsidere y cambie de
parecer, y deje tras de sí una bendición.
Las ofrendas de cereales y las libaciones
son del SEÑOR su Dios.

JOEL 2:13-14

4
PEDIR CON CONFIANZA

Para mí fue un privilegio ser parte del panel de debate de *Patrones de evidencia: el éxodo*, un documental que se estrenó en todo el país con mucho éxito. Como respuesta a la pregunta hecha por la moderadora, Gretchen Carlson, el reverendo Jonathan Morris, quien junto con Gretchen contribuye de forma regular con la cadena FOX News, remarcó que la fe era un don del cual estaba agradecido por haberlo recibido de parte de Dios. Racional… y silenciosamente… procesé ese comentario por un momento.

¿Acaso la fe es un don que se le ha dado a algunas personas y a otras no? Sabía que si tenía la oportunidad de expresar lo que sentía podía llevar a un malentendido, necesitaba comprenderlo. Un momento después, pude darme cuenta de que la fe es una elección.

Esto me recuerda una antigua historia, una de mis favoritas, sobre un equilibrista veterano que, luego de demostrar que podía empujar una carretilla llena de arena a lo largo de las cataratas del Niágara caminando por una cuerda floja y después de que las personas aplaudieran su asombrosa estabilidad, solicitó un voluntario que se animara a ir dentro de la carretilla. Ni una sola de las personas de la multitud de espectadores se movió. Finalmente, un pequeño anciano que estaba al fondo levantó la mano, dio un paso hacia adelante y se ofreció: "He visto lo que has hecho, y escuché lo que dijiste. Creo que puedes llevarme a mí, así que lo haré".

Toda la multitud contuvo la respiración y se tensó con tan solo mirar, mientras la carretilla avanzaba por encima de las cataratas… y después de regreso. Al regresar al punto de partida, el grito de la multitud fue ensordecedor al ver al anciano aparecer adentro de la carretilla. El acróbata se inclinó galantemente, saludó sonriendo de oreja a oreja y dijo: "Gracias, señor, por su fe en mí".

La esencia de la historia, por supuesto, es que mientras todas las personas de la multitud habían dicho que creían en que el equilibrista *podía* llevar a un hombre por encima de las cataratas, solamente el anciano demostró fe verdadera al subirse a la carretilla. La fe verdadera es más que tan solo palabras, rituales, ir a la iglesia, tener una religión o creer que existe un Dios. La fe verdadera respalda las palabras con las acciones; si no, no es fe verdadera.[1] De la misma manera que se ejercita un músculo espiritual, la fe verdadera crece a medida que hacemos una elección, una tras otra, tras otra.

LA FE CERTERA SE DESARROLLA A TRAVÉS DE LAS ELECCIONES

Mi primera y verdadera decisión de fe la tomé cuando era una niña de ocho o nueve años. Después de mirar una película que representaba la vida de Cristo, elegí confesarme a Dios en oración y decirle que era una pecadora, que estaba arrepentida y que declaraba que Jesucristo había muerto en la cruz como sacrificio por mis pecados. Le pedí que me perdonara, y luego invité a Jesús a entrar a mi corazón y a mi vida.

Esta elección me llevó a abrir mi Biblia y a tomar la decisión de leerla a diario. Recuerdo haber leído la Biblia de principio a fin cuando tenía nueve años. Además de fortalecer mi pequeña semilla de fe, comenzó un amor y una pasión de toda la vida con las Escrituras.

Esa elección llevó a la siguiente que se destaca en mi memoria. Fue una decisión que tomé varios años después, cuando tenía

alrededor de quince años. Estaba con un grupo de amigos escuchando a un orador invitado en la capilla de la iglesia donde crecí. Nos encontrábamos en una reunión de jóvenes de la iglesia, durante la mañana de un domingo de verano, y el orador era un distinguido profesor de la Escuela de Divinidad de la Universidad de Yale. Todos estábamos interesados en escuchar lo que decía.

No puedo recordar qué fue exactamente lo que dijo que comenzó a alarmarme, pero sí me acuerdo que cuando señaló que había un Dios para el Antiguo Testamento y otro para el Nuevo Testamento, y otro diferente para la actualidad, el corazón se me salió del pecho. Sin pensarlo, me puse de pie, lo interrumpí y dije que eso no era lo que decía la Biblia. Con un tono de voz extremadamente altivo y modulado para intimidarme, preguntó: "¿Y entonces qué piensas que dice la Biblia?". Rápidamente, Dios me trajo a la mente las siguientes palabras: "La Biblia dice que Jesucristo es el mismo ayer, hoy y siempre".[2] Tenía una mirada de sorpresa y se lo veía algo ofendido, pero aun así burlón, como si dijera: "¿Quién se atreve a desafiarme?". Pero no hubo una confrontación total debido a que mis amigos me jalaron de la camisa y me dijeron: "¡Anne! ¡Siéntate! Es un profesor de Yale, por el amor de Dios. ¡Guarda silencio!". Así que me senté. Pero aunque exteriormente permanecí en silencio, seguía discutiendo en mi interior.

Aproximadamente dos años después de haber confrontado al profesor de Yale, hice una crucial elección de fe cuando me arrodillé al lado de la ventana de mi habitación y rendí mi vida al servicio de Jesucristo, una decisión que continúo viviendo a diario. Así comenzó una vida de decisiones, algunas pequeñas, otras grandes, algunas públicas, otras privadas, pero cada una de ellas parecía generar la siguiente, al servir para fortalecer, desarrollar y hacer crecer mi fe hasta que…

> … fui capaz de pararme en la plataforma de un congreso internacional, enfrentar a los diez mil evangelistas que estaban frente a mí, con la élite del mundo evangélico sentada a mis

espaldas y proclamar con certeza las palabras que Dios me había dado.

… fui capaz de colocar a mi esposo inconsciente en la camilla de la ambulancia, ordenarles a los paramédicos que permanecieran quietos por un momento mientras yo oraba y luego dejarlo en la ambulancia, confiada en que su vida estaba en las manos de Dios y Dios se ocuparía de él.

… fui capaz de confrontar públicamente al presidente de los Estados Unidos cuando citó incorrectamente las Escrituras al decir que "el principio de la sabiduría es la tolerancia a los demás". Sentí como si hubiese vuelto a tener quince años otra vez, sin embargo, esta vez no había amigos en el lugar para hacerme sentar, solo una sala –la este de la Casa Blanca– llena de líderes religiosos tan silenciosos que se hubiera podido escuchar caer un alfiler durante los cuatro minutos que me tomó para explicar que la Biblia dice que el principio de la sabiduría es el temor a Dios.[3]

… fui capaz de pararme en el estrado de la Asamblea General de las Naciones Unidas y presentar el evangelio como el único camino para la paz genuina y permanente del mundo. Y luego, finalizar mis comentarios de tres minutos, aun cuando me habían apagado el micrófono.

No podría haber confrontado al presidente ni hablado en la reunión de las Naciones Unidas cuando tenía quince años. Ni siquiera si me hubiesen dado la oportunidad hace quince años. Si bien entiendo que Dios ha permitido que algunos cristianos crezcan en la fe con rapidez, Él permitió gentilmente que mi fe se desarrollara a través de toda una vida de elecciones.

Si bien es cierto que quizá no puedas darte el lujo de tener por delante toda una vida para tomar decisiones rotundas que desarrollarán tu fe, es importante que comiences a hacerlo. Una elección por vez. Dios sabe el tiempo que tendrás para desarrollar tu fe y Él se asegurará de que sea suficiente. Pero debes comenzar.

Daniel es la Prueba A de un hombre que demostró fe genuina a través de una elección tras otra, tras otra. No solo decía que creía, sino que respaldaba sus palabras con acciones que desafiaban a la muerte, que no eran tan espectaculares como las del acróbata que cruzaba las cataratas del Niágara, pero eran igual de fenomenales. No se nos dice cuándo tomó la decisión de creer, pero todo indica que fue durante sus primeros años de vida en Jerusalén.

Para cuando transitaba la escena de la historia mundial como adolescente, su fe parecía estar extraordinariamente desarrollada, pero todavía tenía que seguir haciendo elecciones. Vale la pena considerar en detalle algunas de ellas, no solo porque revelan el crecimiento de su fe, sino también porque nos dan una comprensión de la manera en que él comienza la oración de Daniel.

La primera decisión de Daniel registrada en las Escrituras es una que tuvo lugar después de lo que podría describirse como el horrendo día en que las tropas babilónicas rodearon Jerusalén y luego la conquistaron. Procedieron a buscar lo mejor de los hombres —inteligentes, dotados, bien parecidos, apuestos, capaces—, a fin de esclavizarlos y transportarlos a Babilonia para que sirvieran en la corte del rey Nabucodonosor. Daniel y tres de sus amigos —Mesac, Sadrac y Abednego— fueron capturados en lo que se conoce como la primera deportación de Jerusalén a Babilonia, en la que se llevaron aproximadamente a doscientos jóvenes.

Cuando Daniel llegó a Babilonia, inmediatamente lo sumergieron en un intenso régimen de lavado de cerebro que duraba tres años. En un esfuerzo por arrancarle su pasado y volver a forjarlo de acuerdo a los placeres de Nabucodonosor, a Daniel le quitaron el nombre hebreo, que significa "Dios es mi juez". Con el nuevo nombre que le asignaron, Beltsasar, la intención era darle una identidad babilónica, una identidad que le daba tributo a un dios babilonio pagano. Era un esfuerzo encubierto para destruir la fe de Daniel en su propio Dios.

Al mismo tiempo, es muy probable que también le hayan arrancado su masculinidad, puesto que se describe a su supervisor

inmediato como el "jefe de [los] eunucos", lo que daba a entender que Daniel era uno de ellos (1:3, RVC). Seguramente esto fue para obligar a Daniel a estar en una posición sumisa de humillación, que recalcaba que su único propósito en la vida era servir a Babilonia. Tristemente, le quedó muy claro desde el principio que no tendría vida personal en absoluto. Vivía para servir a Nabucodonosor.

Si bien le era imposible evitar el cambio de nombre o ser castrado, fijó un límite al ser obligado a comer la comida del rey que había sido primeramente sacrificada a los ídolos. Si bien sabía, por supuesto, que el ritual idólatra no cambia de ninguna manera la comida, Daniel también tenía en claro que ingerir la comida ofrecida a los ídolos era una forma indirecta de rendirles tributo. Debido a que la fe de Daniel estaba basada en el Dios vivo de Abraham, Isaac y Jacob, rendirles tributo a otros dioses, aun indirectamente, sería traicionar y negar a su propio Dios. Por lo que: "se propuso no contaminarse con la comida y el vino del rey, así que le pidió al jefe de oficiales que no lo obligara a contaminarse" (1:8).

LA DECISIÓN DE SER VALIENTE

La elección de hacer ese pedido, por inocente y razonable que nos pueda parecer, era en realidad un desafío a la muerte. Era el equivalente a subir a la carretilla y que te lleven por encima de las cataratas del Niágara. Daniel puso su vida sobre la cuerda floja. Aspenaz, el jefe de los eunucos, de inmediato comprendió lo que sucedía y reaccionó con firmeza. Aunque personalmente Daniel le agradaba, le explicó que el rey mismo había asignado su comida y el hecho de rechazarla a cambio de una dieta sustituta era poner su vida en grave peligro. Daniel pudo fácilmente haberle dicho a Dios: "Bueno, lo intenté. Tú sabes que en mi corazón no les estoy haciendo tributo a estos dioses, pero tengo que sobrevivir". Y luego, tranquilamente, haber ingerido la comida del rey que le colocaban delante.

Pero Daniel no se echó para atrás. Ni siquiera un poquito. Había decidido no corromperse. Así que la única alternativa que se le

ocurrió fue colocar su vida en las manos de Dios. Debido a que Aspenaz, como jefe principal, ya le había negado su pedido, Daniel se dirigió a su guardia y le sugirió hacer una prueba. Le pidió que les sirviera a él y a sus tres amigos una dieta diferente que estuviese libre de toda relación con los dioses paganos. Luego, después de diez días, si él y sus amigos no estaban mejor que los otros cautivos que comían la comida del rey, el guardia podría hacer lo que quisiese. Lo cual implicaba que podía ejecutarlo por insubordinación si eso no "funcionaba".

Dios honró la confianza de Daniel y tocó al guardia para que aceptara. Diez días después, cuando Daniel, Mesac, Sadrac y Abednego fueron evaluados, "se veían más sanos y mejor alimentados que cualquiera de los que participaban de la comida real" (1:15). Siguieron con la dieta y tres años después, cuando el rey mismo los examinó, descubrieron que estaban diez veces mejor que todos los demás consejeros y profesores.

Daniel, en realidad, había puesto a prueba a Dios, y Él lo sostuvo de tal manera que su fe seguramente se fortaleció y creció. Lo cual era algo muy bueno, porque en un corto periodo de tiempo, tomó otra valiente decisión de fe que, además, desafió a la muerte cuando el rey Nabucodonosor tuvo una serie de sueños profundamente inquietantes.

Cuando el rey se despertó de su pesadilla, llamó a todos sus consejeros y les exigió que le dijeran qué había soñado y lo que significaba. Los atónitos consejeros le declararon que no podían darle la interpretación de su sueño a menos que primero él se los describiera. Pero el rey sabía que si él les contaba el sueño, ellos inventarían una interpretación. Por otro lado, si ellos le describían el sueño sin conocerlo previamente, estarían demostrando verdadera sabiduría y así sería más probable que su interpretación fuese válida. Así que el enfurecido rey se mantenía firme en su postura de que los hombres sabios debían ser capaces de discernir lo que había soñado y luego decirle el significado.

Incluso cuando los amenazó con cortarlos en pedazos y convertir sus casas en pilas de escombros si no hacían lo que les exigía, los aterrorizados astrólogos sabían que no podían hacer lo que el rey estaba demandando. La muerte los estaba mirando fijamente al rostro. Seguramente, con los ojos bien abiertos llenos de horror, las rodillas convertidas en gelatina, el corazón derretido en su interior y la cabeza dando vueltas, con la voz entrecortada, deben de haber dado una contundente respuesta: "¡No hay nadie en la tierra capaz de hacer lo que Su Majestad nos pide!" (2:10).

Furioso, el rey ordenó que los ejecutaran. ¿Qué tenían de bueno los sabios si no podían darle una respuesta a su pregunta y satisfacer su necesidad? Y eso lo llevó a concluir que los sabios generalmente eran buenos para nada, así que en medio de su enojo decretó que todos los hombres sabios de Babilonia fueran ejecutados. Y debido a que esa era la categoría del servicio de Daniel, significaba que él y sus tres amigos acaban de recibir también una sentencia de muerte.

Bajo las órdenes del rey, el jefe militar fue a arrestar a Daniel y a llevar a cabo la ejecución. Daniel no salió corriendo. No intentó escapar. No organizó una banda de rebeldes ni se sublevó contra la injusticia irracional. En cambio, con mucho respeto, preguntó la razón. Cuando el jefe le explicó, Daniel pidió una audiencia con el rey para pedirle tiempo para considerar el asunto.

El persistente temor del rey sobre el sueño debe de haber dominado su ira y aceptó. Mientras la vida de todos pendía de un hilo, Daniel les pidió a sus tres amigos que oraran por él. Una vez más, con la confianza seguramente fortalecida por la experiencia anterior de la fidelidad de Dios en cuanto a la dieta, Daniel hizo la elección de "subirse a la carretilla". Puso su fe en el Dios vivo y actuó en ella. Y una vez más, Dios estuvo allí.

LA DECISIÓN DE SER FIEL

¿Cómo es posible que Daniel se hubiera ido a dormir habiendo tanto en juego y dependiendo de su capacidad para discernir e interpretar

el sueño de Nabucodonosor? Si le era dado el sueño del rey mientras dormía, ¡entonces eso en sí mismo era un milagro! Sin embargo, Dios se lo dio, tuvo el sueño y su interpretación al amanecer. Por la inmensa y apasionante confianza en Dios que tenía Daniel, así también como el alivio emocional, enfatizó su oración matinal con una acción de gracias sincera y desbordante:

> ¡Alabado sea por siempre el nombre de Dios! Suyos son la sabiduría y el poder. Él cambia los tiempos y las épocas, pone y depone reyes. A los sabios da sabiduría, y a los inteligentes, discernimiento. Él revela lo profundo y lo escondido, y sabe lo que se oculta en las sombras. ¡En él habita la luz! A ti, Dios de mis padres, te alabo y te doy gracias. Me has dado sabiduría y poder, me has dado a conocer lo que te pedimos, ¡me has dado a conocer el sueño del rey! (2:20-23).

Cuando Daniel se presentó delante del rey, los ojos de Nabucodonosor se deben de haber entrecerrado al mirar escépticamente a este joven esclavo israelita y preguntarle: "¿Puedes decirme lo que vi en mi sueño, y darme su interpretación?" (2:26). La valiente respuesta de Daniel revela su firme confianza en Dios cuando le contesta: "No hay ningún sabio ni hechicero, ni mago o adivino, que pueda explicarle a Su Majestad el misterio que le preocupa. Pero hay un Dios en el cielo que revela los misterios. Ese Dios le ha mostrado a usted lo que tendrá lugar en los días venideros" (2:27-28). Luego, Daniel continuó describiendo el sueño y su significado.

¡El rey estaba estupefacto! Confirmó que Daniel había descrito su sueño con exactitud; por lo tanto, la interpretación debía de ser también precisa. Y así lo fue. Más importante aún, Dios fue glorificado pues el rey reconoció que el Dios de Daniel es el Dios de dioses y el Señor de los reyes. Y Daniel fue honrado al ser designado gobernador de toda Babilonia.

La fe de Daniel crecía en confianza cada vez que tomaba la decisión de ejercitarla. La fortaleza de su fe lo preparó para la próxima elección que se nos cuenta, cuando la Biblia registra que fue guiado a la fiesta de borrachera del consentido sucesor del rey Nabucodonosor, Belsasar. Durante la fiesta de Belsasar, una mano misteriosa, sin brazo, había aparecido y escrito algo sobre la pared que nadie podía interpretar. El rey, de repente, se puso completamente sobrio y se aterrorizó, temblaba incontrolablemente de pies a cabeza.

Al recordar la excepcional capacidad de Daniel para interpretar misterios, la reina madre le dijo al rey que lo mandara llamar. Qué contraste debe de haber marcado Daniel con su dignidad y humildad ante los funcionarios acaudalados, deplorables, borrachos y confundidos. Debe de haber sido un anciano con un carácter divino grabado profundamente en el rostro y una audacia en la mirada que debió de haber hecho estremecer al rey en su espíritu miserable. Aunque este se dirigió a Daniel con palabras irrespetuosas y condescendientes, el profeta no dudó, ni siquiera se inmutó. Soltó la advertencia completa del juicio de Dios debido a los caminos arrogantes, deliberados y malvados del rey que "no ha honrado al Dios en cuyas manos se hallan la vida y las acciones de Su Majestad" (5:23). Mientras Daniel hablaba, los medos y los persas se deslizaron por debajo de la puerta de la ciudad, y por la mañana, Belsasar había muerto y su reino había pasado a manos de Darío.

Fue durante el reinado de Darío que Daniel volvió a tener otra oportunidad drástica para subirse a la carretilla. Tomó una decisión que demostró su fe no solo a los de su época, sino a todas las generaciones siguientes, que han contado la historia de su elección una y otra vez.

LA DECISIÓN DE MANTENERSE ENFOCADO

La elección de Daniel que tal vez parece resumir más que ninguna otra la fe certera que tenía en Dios, fue cuando Darío lo nombró uno de los tres funcionarios más importantes del imperio. Pero Daniel era

tan excepcional que Darío planeaba nombrarlo segundo al mando sobre todo el reino. Los demás gobernadores estaban celosos y comenzaron a tramar una investigación privada sobre Daniel, con la esperanza de encontrar algo con lo que pudieran difamarlo y así evitar su ascenso al desacreditarlo delante de los ojos del rey. No encontraron nada, excepto que tres veces al día Daniel subía a su habitación, abría la ventana hacia Jerusalén y oraba. Pero su vida de oración fue suficiente para que lanzaran sus municiones en su contra. Lo atraparon.

Los gobernantes se presentaron ante Darío con palabras delicadas y aduladoras, y lo convencieron de que emitiera un decreto en el que las personas solamente podían orarle a él y a ningún otro dios. El obviamente ególatra Darío estuvo de acuerdo. Ser la comida de los leones hambrientos sería el castigo por desobedecer. El terror a semejante forma de morir seguramente sería un fuerte elemento disuasivo al que se centrara en cualquier otro dios que no fuera Darío.

Daniel estaba consciente del decreto, pero tampoco se inmutó esta vez. No hubo duda en sus pasos mientras subía las escaleras hacia la habitación. Ni siquiera cerró la cortina para poder orar sin que lo observaran. En cambio, como siempre, abrió la ventana hacia Jerusalén y continuó orando tres veces al día. Por supuesto que sus enemigos estaban ocultos y al acecho en la clandestinidad. Lo vieron orar y corrieron alegremente a informarle al rey.

El rey estaba genuinamente angustiado porque tenía a Daniel en gran estima y favor. Se dio cuenta del complot, pero ya era muy tarde para hacer algo. La ley que había firmado era la ley de los medos y los persas. Era irrevocable. Así que Daniel, el gran hombre de Dios que había servido a Babilonia y luego a Persia con una distinción excepcional, fue lanzado al foso de los leones mientras el rey pronunciaba una especie de oración: "¡Que tu Dios, a quien siempre sirves, se digne salvarte!" (6:16). El mismo rey pareció haberse "contagiado" de la fe confiada y audaz de Daniel, porque la fe es contagiosa, ¿no es cierto?

LA FE CONFIADA ES CONTAGIOSA

Darío dio vueltas en la cama toda la noche. No pudo comer ni dormir. Muy temprano a la mañana siguiente, corrió hacia el foso de los leones gritando: "Daniel, siervo del Dios viviente, ¿pudo tu Dios, a quien siempre sirves, salvarte de los leones?". Daniel le contestó: "¡Que viva Su Majestad por siempre! […] Mi Dios envió a su ángel y les cerró la boca a los leones. No me han hecho ningún daño" (6:20-22). Darío, lleno de alegría, sacó a Daniel del foso, y luego, inmediatamente, ejecutó a los hombres que habían tramado el complot. Enseguida procedió a emitir un decreto en el que se ordenaba que todas las personas del reino debían temer y reverenciar al Dios de Daniel. Escucha el testimonio de Darío: "Porque él es el Dios vivo, y permanece para siempre. Su reino jamás será destruido, y su dominio jamás tendrá fin" (6:26). ¡Dios fue glorificado!

Lo que hace que me pregunte qué revelan realmente mis decisiones. Cuando oro y digo: "Dios, glorifícate en mi vida", ¿en verdad quiero decir eso? Estoy dispuesta a confirmar esa petición con una elección tras otra, tras otra para colocar todo sobre la cuerda…

… reputación, puesto, educación…
… ministerio, matrimonio, motivaciones…
… seguridad, éxito, estrategia…
… familia, futuro, economía…
… hijos, carrera, comodidad…
… sueños, deseos, deberes…
… tiempo, talentos, tesoros…
Mi vida entera

… ¿y confiarle *todo* a Él?

Si tú y yo verdaderamente ejercitamos nuestra fe, ¿cómo podemos sorprendernos cuando ella es tan débil para que alguien la note? ¿Tan débil para hacer que otros reconozcan que nuestro Dios es Dios? ¿Tan débil como para que sea contagiosa?

Me impacta la elección de Daniel de confiar en Dios una y otra vez sin importar lo difícil o peligrosa que fuera la situación, de querer servir a un Dios que es Dios. Si Dios era incapaz de estar a su lado y darle la victoria —si Dios era incapaz de "empujar la carretilla a lo largo de la cuerda, por encima de las cataratas del Niágara"–, entonces no era un Dios que valiera la pena conocer. Ni servir. Ni por el cual arriesgar la vida.

Pero la verdad fue que el Dios de Daniel es Dios. Con los años de experiencia que lo respaldaban, cuando oraba sabía que le estaba hablando a una persona viva que lo escucharía y le respondería. Una y otra vez cuando confió en Dios, Él no lo abandonó. Dios había intervenido milagrosamente en medio de las circunstancias y de muchas maneras honró su confianza.

Pero más que saber que Dios es real, Daniel tenía suma confianza en que el Dios vivo del universo estaba comprometido con él. Había establecido una relación personal de pacto con el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Esta confianza se observa con claridad cuando relata: "Y esta fue mi oración al Señor *mi* Dios…" (9:4, RVC, énfasis añadido). Daniel sabía que Dios era suyo y que él era de Dios. Y era esta relación de pacto con Dios lo que constituía el cimiento de la oración de Daniel. No había la más mínima duda en la mente de Daniel de que Dios oiría su oración. Y que Dios contestaría.

LA FE CONFIADA EN EL PACTO DE DIOS

Daniel debe de haber realizado un pacto con Dios por el hecho de haber sido un niño judío. El pacto lo afirmaban sus padres, que lo deben haber circuncidado cuando Daniel tenía ocho días de vida como señal externa de ese pacto. La participación voluntaria de Daniel en el sistema sacrificial y las ceremonias en el templo consolidó aún más su relación con Dios.

Incluso a edad avanzada, sus recuerdos sobre los sacrificios del templo eran preciosos para él, porque su participación había sido

sincera, no como un ritual o una tradición (9:21). Sabía que el Dios vivo era su Dios. Cuando Dios vino por él en los momentos en que una y otra vez eligió confiar en Él, estando bajo una gran presión y riesgo para su vida, confiaba cada vez más en que Dios también se lo pedía.

Una relación de pacto con Dios es una necesidad vitalmente importante en la oración. Si bien Dios escucha y responde cualquier oración que Él quiera, cuando tú y yo nos acercamos a Él en una relación de pacto, tenemos la garantía de que nos va a escuchar y responder. Así que, antes de comenzar con las palabras exactas de la oración de Daniel, es provechoso determinar si tenemos una relación de pacto con Dios. ¿La tienes? Yo sí.

Sé que tengo una relación de pacto con Dios. Mi confianza se basa en la primera decisión que describí. Aquella que hice cuando tenía ocho o nueve años, cuando confesé mi pecado, cuando le pedí a Dios que me perdonara y puse mi confianza en Jesús como mi Señor y Salvador. A pesar de que con mi mente de niña no entendía el alcance completo de mi elección en ese momento, al mirar atrás ahora, sé que fue en ese preciso momento en que entré en una relación de pacto con Dios.

La noche en que Jesús fue traicionado, estableció una ordenanza con sus discípulos que hoy en día mantenemos y a la que llamamos Santa Cena. Después de la cena, que fue la última comida de Jesús antes de morir en la cruz, tomó una simple porción de pan, lo partió y le dio un trozo a cada uno de los discípulos mientras les explicaba que eso representaba su cuerpo que sería roto por ellos. De la misma manera, tomó la copa de vino que se encontraba sobre la mesa, les dio a beber un sorbo a cada uno y extendió un poco su explicación cuando dijo que representaba la sangre del nuevo pacto que sería derramada para el perdón de sus pecados.[4]

Un pacto es un acuerdo legal entre dos o más partes, como un tratado o un acuerdo formal entre naciones. O un contrato entre el comprador y el vendedor de una propiedad. O el pacto de matrimonio entre un esposo y una esposa. El antiguo pacto bíblico

con Dios es el pacto en el que entró Daniel a través de las leyes judías, las ceremonias y los sacrificios.

El nuevo pacto en el que yo entré es el que Jesús estableció al cumplir el antiguo pacto de manera perfecta a través de su vida y su muerte. Entré en el nuevo pacto al "beber la copa" de su sangre y reclamar su sacrificio en la cruz para la expiación de mis pecados. Y al "comer el pan" de su cuerpo, lo hice entrar en mi corazón y le di acceso a cada parte mi vida. La gloriosa e increíble verdad es que una vez que entré en un pacto de relación con Él, Él entró en esa relación conmigo, y yo soy suya. Para siempre.

El pacto de Dios, y todos los privilegios que él ofrece, se volvió sumamente valioso para mí el día después que robaron en mi casa. Todas mis cosas de plata, incluido el cuchillo que había usado para cortar mi pastel de bodas, las alhajas que habían marcado etapas desde mi niñez, la alianza de mi esposo, muebles, una cámara con fotografías de mis hijos, todo lo que amaba se había ido…, había desaparecido.

El marco destrozado de la puerta principal parecía guardar el eco de la violencia que habían usado los ladrones al forzar la entrada de nuestra casa. Esa noche, después de que la policía nos advirtiera que era probable que los ladrones volvieran a entrar, me quedé casi paralizada de temor. Me di cuenta de que no estaba a salvo ni yo, ni nada ni nadie en mi casa. Me acosté tiesa en la cama, la misma cama que había encontrado con las frazadas cuidadosamente dobladas y las almohadas sin las fundas, puesto que los ladrones las habían usado como bolsas para llevarse todas mis pertenencias. ¡Estaba atónita y aterrorizada!

Esa noche, finalmente pude dormirme al no concentrarme en todo lo que se habían llevado, sino en aquello que nunca perdería. Me enfoqué en la herencia del creyente, dada a aquellos que entran en una relación de pacto con Dios, que garantiza…

… la aceptación de parte de Dios, con acceso a Él las veinticuatro horas, los siete días de la semana,

… bendición, tras bendición, tras bendición pues soy su amada,

… la confianza de que fui elegida por Él,

… la liberación de la culpa y el poder del pecado,

… el entendimiento para comprender los asuntos espirituales y la vida eterna que no tiene fin,

… el perdón de todos mis pecados: pasados, presentes y futuros,

… la gracia para cada situación y necesidad,

… la esperanza del mañana y la morada celestial que está preparando para mí como la herencia de mi vida en el cielo,

… la justificación que hace que ante los ojos de Dios sea justa,

… el conocimiento de la verdad,

… su amor que nunca me dejará, su vida que es abundante, plena y gratuita,

… su misericordia que me da menos del mal que merezco,

… su cercanía sin importar dónde me encuentre o qué esté haciendo,

… la unidad con Él,

… su poder ilimitado y su paz que sobrepasan todo entendimiento,

… su estímulo para una vida nueva,

… la redención de una existencia sin sentido, vacía y superficial,

… el sello divino de su Santo Espíritu dentro de mi vida,

… y la lista continúa.[5]

Una relación de pacto con Dios es el equivalente a una promesa legal a la que Él mismo se ata para que tú y yo podamos tomarnos de Él y de su Palabra con absoluta confianza. Es su garantía: *firmada con su propia sangre*.

¿Cuándo entraste en ese pacto? No supongas que lo has hecho. No tengas la esperanza de haberlo hecho. No pienses que lo hiciste. Debes *saber* con certeza que ya lo hiciste si efectivamente vas a orar de manera tal que movilices el cielo y cambies naciones. Si no estás seguro…, si tienes alguna mínima duda de haber entrado en una relación de pacto con Dios, asegúrate. Ahora mismo. Haz una oración como la siguiente:

Querido Señor, Dios de Daniel y Padre de Jesucristo: te adoro como el Dios que guarda los pactos. Tu Palabra es tan buena como tu unión conmigo. Gracias por invitarme a entrar en un pacto. Deseo sinceramente estar seguro de que estás comprometido conmigo para siempre. Anhelo pertenecerte. Así que, en este momento, confieso que soy un pecador y que no tengo ningún mérito para merecer o ganar un privilegio. En cambio, tengo una fuerte tendencia a actuar de forma equivocada y a pecar. Por eso confieso _____ (completa el espacio con los pecados específicos que te vengan a la mente). Estoy dispuesto a alejarme del pecado, pero necesito tu ayuda.

Creo que Jesús murió en la cruz por mí. Ahora mismo elijo "beber de la copa" de su sangre vertida en la cruz, aplicar su muerte para expiar mis pecados. Por favor, perdóname y lávame de todos mis pecados y mi culpa. Y elijo "comer el pan" de su cuerpo, y rindo cada parte de mi vida bajo su autoridad. Por favor, entra en mi corazón y sé el Señor de mi vida. Creo que Jesús resucitó de entre los muertos para darme vida eterna.

Entiendo que tener la vida eterna significa que el cielo es mi nuevo hogar. Pero también entiendo que eso incluye la herencia del creyente que fluye en mí, bendición tras bendición. Sin ninguna duda, la bendición más preciada de todas es entrar en un

pacto contigo y tener una relación de amor personal. Gracias por escuchar esta oración. Creo en tu Palabra. Me subo a "la carretilla" y confío todo mi ser a ti por completo. Para siempre. Amén.[6]

Firmado: _____

Fecha: _____

¡Alabado sea el Señor! ¡Has entrado en un pacto permanente con el Dios vivo! ¡Tienes la seguridad eterna! El pacto no depende de tu capacidad de "cumplirlo", sino de la capacidad de Dios de guardarte. Y Jesús dejó muy en claro que ninguna cosa visible o invisible…, ni siquiera tú mismo…, *nadie* puede sacarte de la mano del Padre.[7] Ahora que tienes la confianza de la relación de pacto con Dios, tú también puedes orar al Señor *tu* Dios, sabiendo que Él va a escuchar tu oración y va a responderte. ¡Qué asombroso privilegio!

Daniel no solo tuvo confianza en su relación de pacto con Dios, sino que también tuvo confianza en el carácter de Dios. Él conocía a la persona a la que le hablaba.

LA FE CONFIADA EN EL CARÁCTER DE DIOS

La oración de Daniel comienza extraordinariamente con una declaración de alabanza a Dios por quien Él es. Inicia con una adoración a medida que Daniel enfoca su fe en el punto central. Se dirige a Dios con asombro y admiración, pero también con ternura e intimidad. Nos recuerda que cuando oramos, en realidad nos estamos comunicando con una persona viva que tiene…

… ojos para vernos,
… oídos para escucharnos,
… pies que ágilmente acuden en nuestra ayuda,
… manos para sostenernos,
… una mente que piensa en nosotros,
… y un corazón que nos ama.

Cuando escucho oraciones hechas públicamente en grandes reuniones y colectivamente en lugares más pequeños, me asombra oír a las personas sumergirse directamente en contarle a Dios "sus asuntos". Cuentan con detalle sus propias necesidades o la circunstancia de alguna otra persona como si Dios necesitara que se lo informaran. Pueden empezar expresando un deseo ferviente por las cosas espirituales como un avivamiento o su anhelo por ver a las personas responder al evangelio, lo que puede ser válido. ¿Pero adentrarse en eso primero? ¿Sin tomarse un momento siquiera para enfocarse en Aquel a quien le están hablando?

En el capítulo anterior mencioné la diferencia que hay entre mi perspectiva y mi espíritu cuando me tomo el tiempo de centrarme en quién es Dios. Y lo hago al comenzar a orar, antes de desplegar mi lista de quejas, problemas, necesidades, preocupaciones o temores. Porque mis problemas no parecen tan grandes cuando los contrasto ante quién es Dios. El futuro no parece tan desesperanzador. Mis temores no parecen tan legítimos. Las preocupaciones no parecen tan reales. Enfocarme en el carácter de Aquel a quien le hablo, me calma el espíritu, me levanta los ojos y me anima a la fe cuando comienzo a orar.

Y la fe es una necesidad si la oración va a movilizar el cielo y cambiar naciones. La Biblia dice que cuando nos acercamos a Dios en oración, debemos creer que Él es quien dice que es, y que responderá nuestra oración cuando lo buscamos con sinceridad.[8] Así que no nos sorprende que la oración de Daniel comience con una adoración al Dios vivo.

ADORAR A DIOS POR SU FIDELIDAD

Cuando Daniel comenzaba a orar, lo primero que le venía a la mente eran las experiencias que había tenido durante sus ochenta y tantos años de conocer la fidelidad de Dios hacia él. Dios no necesariamente lo había protegido de las adversidades, de lo malo. ¡Dios había permitido que lo secuestraran, esclavizaran, castraran, corriera peligro, amenazaran, traicionaran, acusaran y estuviera a

punto de ser comido por los leones! PERO Dios no lo abandonó ni un instante. Dios había estado con él en cada momento de cada día. Daniel no olvidaría…

La fidelidad de Dios al favorecerlo ante el jefe de los eunucos y del guardia cuando llegó a Babilonia, de modo que el pedido de Daniel de no ingerir la comida sacrificada a los dioses babilonios fuera concedido.

La fidelidad de Dios al hacer que él y sus tres amigos estuvieran más sanos y fueran más inteligentes con la dieta vegetariana que todos los demás jóvenes judíos que ingerían la comida abundante de la corte del rey, que también rendían tributo a los dioses paganos.

La fidelidad de Dios al permitir que él y sus tres amigos aprobaran los exámenes finales con honores y así el rey los evaluara como lo mejor de lo mejor.

La fidelidad de Dios al hacer que el jefe de la guardia del rey se detuviera en su determinación de llevar a cabo la orden de ejecución y le diera a Daniel la oportunidad de solicitar un tiempo de postergación por parte del rey.

La fidelidad de Dios al tocar al rey para que aceptara ese pedido.

La fidelidad de Dios para hacer que Daniel se durmiera y luego darle el mismo sueño que había tenido el rey junto con el significado.

La fidelidad de Dios al darle claridad de pensamiento y palabras mientras relataba el sueño y la interpretación al rey, rechazando sabiamente todo crédito personal y dándole en cambio toda la gloria a Dios.

La fidelidad de Dios al salvar su vida y las de otros hombres sabios cuando el rey reconoció la exactitud del relato de sus sueños y su interpretación.

> La fidelidad de Dios al darle la valentía y audacia para leer la escritura en la pared, pronunciar el juicio sobre Belsasar, el sucesor de Nabucodonosor, en medio de la orgía y borrachera del rey.
>
> Y cuando, sistemáticamente, se mantuvo centrado en Dios al orar, a pesar de la amenaza de muerte, Dios no evitó que sufriera el trauma de ser lanzado al foso de los leones, sino que fue fiel y cerró la boca de los animales, y así lo liberó.

No es de extrañar que Daniel comenzara su oración con una alabanza a Dios por su fidelidad: "Señor, Dios grande y terrible, que cumples tu pacto de fidelidad con los que te aman y obedecen tus mandamientos" (9:4). Sabía por experiencia que Dios cumple su pacto.

¿Qué experiencias has tenido sobre la fidelidad de Dios? ¿Estuviste tan enfocado en las tragedias o los problemas, las luchas o los contratiempos, la mala salud o la familia dividida, el divorcio o la enfermedad, que perdiste de vista la fidelidad de Dios para ser justo contigo y llevarte a buen término? Tómate unos momentos y reflexiona acerca de tu vida. Haz una lista de las veces en que vislumbraste la fidelidad de Dios en tu vida, luego alábalo.

Jeremías, cuyo libro Daniel leía cuando estaba dedicado a orar, daba testimonio de los tiempos difíciles. Él mismo había predicado por más de sesenta años, había advertido a su pueblo sobre el inminente juicio de Dios si no se arrepentían. Hasta donde sabemos, nunca recibió una sola respuesta positiva a su mensaje. Y al final, vivió para ver sus profecías cumplidas, cuando Nabucodonosor destruyó Jerusalén. Jeremías escribió un testimonio muy emotivo:

> Recuerda que ando errante y afligido, que estoy saturado de hiel y amargura. Siempre tengo esto presente, y por eso me deprimo. Pero algo más me viene a la memoria, lo cual me llena de esperanza: El gran amor del SEÑOR nunca se acaba, y su

compasión jamás se agota. Cada mañana se renuevan sus bondades; ¡muy grande es su fidelidad![9]

ADORAR A DIOS POR SU JUSTICIA

El juicio de Dios sobre el que Jeremías continuaba advirtiendo y las personas seguían diciendo que no llegaría, finalmente llegó. Si bien Daniel había sido llevado en la primera deportación, hubo dos más. En la tercera, Nabucodonosor arrasó con Jerusalén. La nación fue diezmada. Capturaron y esclavizaron a las personas. ¡Fue horroroso!

Mientras Daniel reflexionaba sobre lo que ahora sabía, sesenta y siete años después —que todas las terribles advertencias del inminente juicio que Jeremías y otros profetas habían pronunciado se habían cumplido incluso hasta el más mínimo detalle— tenía la confianza de que Dios había hecho lo correcto. Sin embargo, en lugar de expresarle amargura, enojo, resentimiento u ofenderse con Él por permitir que el diablo llevara la ventaja, Daniel oró: "Tú, Señor, eres justo" (9:7).

Daniel no solo estaba reconociendo la "justicia" del pacto de Dios con su nación y el mundo, sino que estaba admitiendo la justicia de Dios en la manera en que Él había pactado con Daniel. Piensa en ello. El sufrimiento de Daniel. Ser separado de su familia y de sus seres queridos. Su esclavitud. Ser despojado de su identidad. El éxito que constantemente parecía ser desafiado. Su absoluta confianza en la justicia de Dios parece sorprendente a la luz de lo que Dios había permitido que atravesara.

Lo que hace que me pregunte: ¿tú y yo podríamos decir honestamente lo mismo? ¿Y qué sucedería…

… si te despidieran del trabajo,
… si tu cónyuge se fuera,
… si te diagnosticaran una enfermedad mortal,
… si tu reputación fuera destruida,
… si tu jubilación se evaporara,
… si tu casa se incendiara desde los cimientos hasta el techo,
… si un accidente automovilístico te dejara paralítico?

Si experimentaras lo que vivió Daniel, ¿te verías tentado como Job a maldecir a Dios y morir?[10]

O, en cambio, ¿orarías como oró Daniel?: "Tú, Señor, eres justo". ¿De qué manera Daniel podía decir eso, mucho menos pensarlo?

¿Y qué sucedería…

… si los terroristas colocaran una bomba radioactiva en Manhattan,

… si California se cayera al Pacífico cuando un terremoto de enormes dimensiones ocurriera a lo largo de la falla de San Andrés,

… si la economía colapsara y así comprar una rebanada de pan pasara a costar un mes de salario,

… si no lloviera en nuestros campos durante tres años,

… si el ébola surgiera de repente en todos los Estados Unidos?

¿Te verías tentado a gritarle a Dios y decirle: "¿Dios, dónde estás? ¡Esto está tan mal!"?

¿De qué manera tú y yo podemos creer verdaderamente que Dios hace lo correcto cuando algo realmente malo nos sucede a nosotros, a nuestros seres amados, a nuestra nación, a nuestro mundo? Podemos decir confiadamente que Dios hace lo correcto porque Él es justo. Ese es su carácter. Nunca hace algo equivocado. No puede ser algo distinto que Él mismo.

Y Él es justo. Todo el tiempo.

Nuestras propias ideas de lo que está bien y lo que está mal son tan solo un pequeño reflejo de las suyas. Qué diferencia habría en nuestra perspectiva si no miráramos a Dios a través los lentes de nuestras circunstancias, sino, en cambio, miráramos nuestras circunstancias a través de los lentes de quien es Dios.

ADORAR A DIOS POR SU BONDAD

De muchas formas, esta lucha por ver lo que sucede de la misma manera en que Dios lo ve se remonta al Jardín del Edén. En el comienzo mismo de la historia de la humanidad, Satanás tentó a la primera mujer, Eva, para que dudara de la bondad de Dios. Ella vivía en el paraíso —literalmente— y era la esposa adorada del primer

hombre, Adán. Se le había prohibido comer del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. La restricción fue la primera prueba que efectuó Dios sobre el amor y la devoción de la primera pareja por Él.

La prueba se intensificó cuando Satanás se acercó sutilmente y le sugirió a Eva: "Dios sabe muy bien que, cuando coman de ese árbol, se les abrirán los ojos y llegarán a ser como Dios, conocedores del bien y del mal".[11] En otras palabras: "Eva, Dios sabe que esta fruta sabe muy bien. Pero es egoísta y no quiere que disfrutes la vida al máximo. Además, también está celoso y se queda con lo mejor para él".

Tristemente, Eva reprobó el examen. Compró el argumento de que Dios la estaba dejando fuera. Que realmente no era un buen Dios. Así que tomó la fruta prohibida, la comió y luego se la compartió a Adán, quien también la probó en evidente desobediencia a lo que Dios había dicho. Como resultado, se les abrieron los ojos, pero de una manera que no era la que Dios pretendía para ellos. Ella conoció la verdad, pero ahora sabía que estaba separada de ella. Y conoció la maldad, porque ahora también sabía que estaba inmersa dentro de ella.

Como resultado, el pecado y la muerte entraron en la raza humana. Y en la propia familia de Eva. Vivió para presenciar cómo su primer hijo, Caín, asesinó a su segundo hijo, Abel. Tan solo puedo imaginar en cuántos momentos, durante tantos días de una gran cantidad de años del resto de su vida, Eva debió de haber luchado con el "si tan solo…". "Si tan solo hubiese obedecido la Palabra de Dios". "Si tan solo hubiese confiado en la bondad de Dios". "Si tan solo hubiese tenido confianza en el carácter de Dios…". "Si tan solo…".

¿Qué cosa mala o injusta, ofensiva o trágica, dolorosa o malvada te ha sucedido? Algo que fue inesperado, no deseado, no planeado. Solo algo sencillamente equivocado. Y en medio de los escombros emocionales, Satanás se deslizó al lado tuyo y te susurró al oído: "Dios es egoísta. No puedes confiar en Él. Él podría haberlo evitado.

Está allí fuera para atraparte. ¿Recuerdas el pecado que cometiste cuando…? Bueno, Él sí lo recuerda. Y esta es la venganza. Porque Dios no es bueno".

Si bien esas palabras quizá no hayan sido las palabras exactas de Satanás, ¿usó términos parecidos? ¿Ha hecho que dudes de la bondad de Dios?

Si tuviste la más mínima sospecha de que Dios te está dejando fuera…

Si tuviste la más mínima sospecha de que Él no quiere lo mejor para tu vida…

Si tuviste incluso la más mínima sospecha de que Dios realmente no es bueno…

… vas a luchar para orar la oración de Daniel. Te faltará confianza en el carácter de Aquel a quien le estás orando. Y eso tendrá un enorme impacto sobre la eficacia de la oración.

Así que…, ahora, tómate un momento para identificar tu duda sobre la bondad de Dios y cuáles son las razones por las cuales dudas. Dile a Él por qué temes "subirte a la carretilla" y confiar en Él por completo. Pídele que te dé experiencias, como le dio a Daniel, que te ayuden a edificar tu confianza en Él. Luego, abre los ojos a experiencias pasadas y ve al Dios que se encuentra en las sombras detrás de ellas.

Aunque Daniel podría haber tenido muchas razones para dudar de la bondad de Dios debido a todo lo que Dios permitió que le sucediera, no lo hizo. Tenía ojos para ver que las circunstancias eran acordes a la naturaleza misma de Dios. Sabía que, aunque atravesara por situaciones malas, Dios era misericordioso, perdonador y bueno.

Hacia el final de la vida de Daniel, un recuerdo que sobresalía era lo que había sucedido con sus tres amigos, Mesac, Sadrac y Abednego, poco después de haber sido ascendidos a gobernadores provinciales. Era una experiencia que revelaba que Dios tal vez permite que les sucedan cosas malas a sus hijos no porque Él no sea bueno, sino porque tiene en mente un propósito mayor.

Daniel recordó que el rey había emitido una declaración ordenando que todos los funcionarios a lo largo de Babilonia fueran a la llanura de Sinar. Debido a que Daniel había sido asignado a la corte real, estaba exento de la obligación de responder al edicto del rey. Pero sus tres amigos tenían que asistir a la develación oficial de la estatua de oro y plata que era una réplica de Nabucodonosor y medía veintisiete metros de alto. Si bien tan solo era un palo de madera revestido de oro, la parte lisa debe de haberse visto como el nuevo World Trade Center al sur de Manhattan.

Cuando todos los funcionarios babilónicos se reunieron, sabían que cuando escucharan tocar a la banda, debían arrodillarse y adorar la imagen de oro. Si no lo hacían, serían lanzados a un horno de fuego. Es casi espeluznante darse cuenta de que los tres amigos de Daniel se enfrentaban a la elección que los hijos de Dios enfrentamos en la actualidad, en el mismo grado y en las mismas áreas. De hecho, debían renunciar a su religión y a su Dios, y prometer aliarse al dios de sus captores o enfrentarían una muerte cruel y espantosa.

Hoy en día, la exigencia para algunos cristianos es convertirse al islam o ser torturados, decapitados, crucificados, asesinados, violados o quemados vivos. En la actualidad, miles de personas en el mundo siguen el espléndido ejemplo de Mesac, Sadrac y Abednego. Cuando les dijeron que se inclinaran ante la estatua de oro o los quemaban vivos, ni siquiera se agacharon un poquito. Tan pronto comenzó a sonar la música, todas las personas hasta donde alcanzaba la vista se postraron. Cuando el movimiento de la gente cesó y la música flotaba a través del aire lleno de polvo, era claro que todo el mundo había obedecido. Todo el mundo…, excepto tres jóvenes hombres hebreos que permanecieron firmes como clavos.

De inmediato, alguien le informó al rey acerca de la insubordinación. Los arrestaron y los llevaron delante de Nabucodonosor, que estaba "lleno de ira". Les dijo que les daría otra oportunidad para inclinarse. Si no lo hacían, los quemarían vivos porque "¿qué dios podrá librarlos de mis manos?" (3:15, RVC).

Su respuesta fue una expresión de una fe confiada: "¡No hace falta que nos defendamos ante Su Majestad! Si se nos arroja al horno en llamas, el Dios al que servimos puede librarnos del horno y de las manos de Su Majestad. Pero, aun si nuestro Dios no lo hace así, sepa usted que no honraremos a sus dioses ni adoraremos a su estatua" (3:16-18). ¡Se habían "subido a la carretilla" al lanzarse a la misericordia de su Dios y confiar en Él por completo!

El rey estaba enfurecido. A pesar de que anteriormente los había reconocido como tres de los mejores y más brillantes cautivos, y a pesar de que los había colocado en prominentes puestos de liderazgo, la Biblia registra que su actitud hacia los tres jóvenes cambió. Dio la orden de calentar el horno siete veces más de lo normal, mandó que los soldados más fuertes los ataran completamente vestidos con las túnicas, los pantalones y los turbantes y lanzaran a los tres jóvenes al fuego.

Las llamas eran tan altas que incineraron a los hombres que lanzaron a Mesac, Sadrac y Abednego al fuego. Mientras todos esperaban para ver a los tres muchachos achicharrarse rápidamente, Nabucodonosor, en cambio, saltó de su trono y les gritó a los guardias: "¿Acaso no eran tres los hombres que atamos y arrojamos al fuego? […] ¡Pues miren! —exclamó—. Allí en el fuego veo a cuatro hombres, sin ataduras y sin daño alguno, ¡y el cuarto tiene la apariencia de un dios!" (3:24-25). ¡Dios mismo había aparecido! Caminó en medio del fuego con sus hijos.

Esta es una lección para ti y para mí, para que envolvamos nuestra confianza con Él. Cuando Dios nos permite experimentar el fuego ardiente, Él nos promete experimentarlo con nosotros.[12] ¡Porque Él es bueno!

Con un tono de voz radicalmente diferente, el rey les pidió respetuosamente a los tres jóvenes que salieran del horno. Cuando lo hicieron, todos se reunieron a su alrededor para tocarlos, mirarlos, olerlos e incluso examinarlos, pero descubrieron que ni siquiera un solo cabello se les había chamuscado. Sus túnicas no estaban quemadas y ni siquiera olían a humo. ¡Hasta Nabucodonosor sabía

que había sido testigo de una intervención milagrosa del único y verdadero Dios vivo! Y fue así que dijo: "¡Alabado sea el Dios de estos jóvenes, que envió a su ángel y los salvó!" (3:28).

Una vez más, Dios fue glorificado y sus siervos fueron honrados al ser promovidos en sus puestos de servicio.

Muy poco después, el rey mismo relató la historia más extraordinaria. Su historia. Era rico, poderoso, no le faltaba nada, se encontraba en la cima del mundo. A pesar de que Dios le había advertido sobre los peligros del orgullo y la arrogancia, Nabucodonosor no hizo caso a la advertencia. Un año después, mientras "daba un paseo por la terraza del palacio real de Babilonia", se jactó y exclamó: "¡Miren la gran Babilonia que he construido como capital del reino! ¡La he construido con mi gran poder, para mi propia honra!" (4:29-30).

De inmediato cayó bajo el juicio de Dios y, literalmente, se volvió loco. Durante siete años vivió como un animal. Al final de ese tiempo, levantó los ojos hacia el cielo en lo que debe de haber sido una plegaria silenciosa y humilde implorando misericordia y perdón, ¡y Dios escuchó su oración! Su cordura fue restaurada, al igual que su reino, su trono y su poder, al punto que fue aún más importante que antes.

Presta atención a su testimonio en sus propias palabras: "Por eso yo, Nabucodonosor, alabo, exalto y glorifico al Rey del cielo, porque siempre procede con rectitud y justicia, y es capaz de humillar a los soberbios" (4:37). ¡Esa es la gracia asombrosa de Dios!

Me pregunto si la historia de Nabucodonosor se encontraba en la mente de Daniel cuando confiadamente recordó: "Señor nuestro, eres un Dios compasivo y perdonador" (9:9). Porque Dios es bueno.

Manasés fue uno de los reyes de Judá que aprendió por dura experiencia personal que Dios es bueno. Era más malvado que los otros reyes paganos que lo rodeaban y, deliberadamente, alejó de Dios al pueblo escogido de Dios. Así que cayó bajo un juicio radical y serio. Atado con grilletes de bronce, con un gancho en la nariz, lo

capturaron, lo arrastraron a Asiria y lo encarcelaron, todo por orden del rey, que era el comandante de ISIS de esos tiempos.

En extrema aflicción, Manasés se humilló y clamó al Señor cuando estaba en prisión, quien escuchó su oración, lo liberó, lo regresó a Jerusalén y lo restauró en el trono.[13] Porque: "Señor nuestro, eres un Dios compasivo y perdonador". ¡Esa es la asombrosa gracia de Dios!

Saulo de Tarso era un fariseo hipócrita cuya misión en la vida era purgar el mundo de los seguidores de Jesucristo. Adoptó una "política de tierra quemada", al ir de puerta en puerta atrapando a los cristianos, arrojándolos en la prisión y luego dándoles muerte. Llevó su misión fuera de Jerusalén con la intención de perseguirlos por todo el camino a Siria. Pero en el viaje hacia Damasco, de repente, el mismo Dios resucitado y vivo lo confrontó y le preguntó por qué lo perseguía.

Ese encuentro no solo desalentó a Saulo, sino que lo dejó físicamente ciego y sus acompañantes tuvieron que guiarlo hacia Damasco. Una vez allí, recibió el propósito de Dios para su vida y respondió mediante el compromiso y la entrega de su vida a Aquel al que anteriormente perseguía. No solo su nombre Saulo fue cambiado a Pablo,[14] sino que toda su vida se transformó radicalmente. Comenzó a proclamar el evangelio que anteriormente había luchado por destruir y se convirtió en el autor de gran parte del Nuevo Testamento. Porque: "Señor nuestro, eres un Dios compasivo y perdonador". ¡Esa es la asombrosa gracia de Dios!

¿Cuál es tu historia? ¿De qué manera Dios te demostró su bondad y asombrosa gracia en tu vida? ¿Qué has hecho o dicho que te haga pensar que estás más allá de la gracia de Dios? Si Dios pudo perdonar y cambiar a Nabucodonosor…, si Él pudo perdonar y cambiar a Manasés…, si Él pudo perdonar y cambiar a Saulo por Pablo… ¿Por qué piensas que no puede hacer lo mismo contigo? La clave es que debes volverte a Él.

Daniel se aferró bien fuerte a esa clave: se volvía a Dios en oración. Debido a que tenía confianza en la misericordia, el perdón y la bondad de Dios, tenía confianza de que había esperanza para su pueblo. Creía que había esperanza para ellos, aunque estaban cautivos en Babilonia, porque sabía que había habido esperanza para ellos cuando estuvieron cautivos en Egipto.

ADORAR A DIOS POR SU GRANDEZA

Mientras Daniel seguía orando, expresó su suprema confianza en la grandeza de Dios que se reflejaba en su poder: "Señor y Dios nuestro, que con mano poderosa sacaste de Egipto a tu pueblo y te has hecho famoso, como hoy podemos ver..." (9:15).

El nombre de Dios es sinónimo de grandeza. Y además de la creación y la resurrección de Jesucristo, nunca hubo una demostración más grande del poder de Dios que cuando liberó a su pueblo de la esclavitud en Egipto.[15]

El pueblo de Dios, los descendientes de Abraham, había emigrado hacia Egipto como consecuencia de la grave hambruna que había en Canaán. Vivieron cómodamente en Egipto durante trescientos cincuenta años y se convirtieron en una pequeña nación. La cantidad de ellos alarmó al faraón, que procedió a contenerlos a través de la esclavitud, que duró setenta años. Bajo ese cruel cautiverio, clamaron a Dios para que les enviara un libertador.

Dios envió a Moisés, un hombre que había nacido de padres judíos, pero que por un milagroso giro de acontecimientos, había sido criado en el palacio del rey por la hija del faraón. Siendo un hombre joven, cortó sus lazos con el faraón y se alejo de Egipto. Durante cuarenta años vivió en las afueras, en el desierto, cuidando las ovejas con una existencia relativamente tranquila y común.

Pero entonces, Dios apareció. Confrontó drásticamente a Moisés a través de una zarza ardiente en el desierto. Le ordenó que regresara a Egipto y le exigiera al faraón que dejara ir a su pueblo. Después de discutir un poco, Moisés obedeció a regañadientes. Lógicamente, cuando el faraón endureció el corazón y se negó a

acceder a su pedido, la situación empeoró. La pequeña chispa de esperanza que se había encendido con la aparición de Moisés se apagó rápidamente con la cruel orden del faraón de aumentar la opresión, y la desesperanza y el desánimo aumentaron aún más en el pueblo de Dios.

Dios entró en escena y tomó el mando. Envió diez plagas a Egipto como juicio por la negación del faraón de dejar ir a su pueblo. Después de cada plaga, el faraón recibió la oportunidad de arrepentirse y liberar al pueblo de Dios. Aunque el gobernante decía que obedecería, después cambiaba de parecer, endurecía el corazón y se negaba. Así que las plagas continuaron llegando, una tras otra.

Primero, convirtió el río Nilo en sangre, luego las ranas cubrieron la tierra. Después, envió una invasión de mosquitos, seguida de una de moscas. El ganado murió, más tarde los animales y las personas se llenaron de un doloroso sarpullido. Cayó granizo del cielo y las langostas cubrieron la tierra y destruyeron todo lo que había dejado el granizo. La oscuridad descendió antes de la última y más terrible de todas las plagas: la muerte de los primogénitos, tanto de hombres como de animales.

Al final, por supuesto, el faraón cedió y dejó ir al pueblo de Dios. Se estima que aproximadamente dos millones de hombres, mujeres y niños hebreos salieron de Egipto liderados por Moisés. Pero las plagas no fueron la mayor demostración del poder de Dios. Una vez que Moisés sacó al pueblo de Egipto, el faraón cambió de opinión y comenzó a perseguirlos, pues, sin duda alguna, veía su partida como la desaparición de la fuerza laboral y el colapso resultante de la economía egipcia.

Para su espanto, los esclavos recientemente liberados miraron hacia atrás y vieron que se acercaba una nube de polvo, que indicaba que el faraón y su ejército se encontraban justo sobre el horizonte. No tenían ninguna ruta de escape. Por un lado, estaban las montañas; por el otro, se encontraba el desierto; y frente a ellos estaba el mar Rojo. ¡Estaban atrapados! Completamente atemorizados, se volvieron hacia Moisés y lo acusaron de haberlos

sacado de Egipto solamente para morir en medio del desierto. Pero, al igual que Daniel, Moisés confiaba en el gran poder de Dios. Les ordenó: "No tengan miedo […]. Mantengan sus posiciones, que hoy mismo serán testigos de la salvación que el SEÑOR realizará en favor de ustedes".[16]

Lo que vieron los israelitas fue una densa nube que se formó entre ellos mismos y el ejército del faraón para protegerlos. Cayó la oscuridad y cegó aún más al enemigo. Luego, durante toda la noche, se levantó un fuerte viento que abrió las aguas del mar y así, a la mañana siguiente, había un camino de tierra seca a través de él. Tierra seca. No un sendero con barro. El agua había formado paredes líquidas a derecha e izquierda de los israelitas, mientras ellos pasaban rápidamente a lo largo del mar hacia el otro lado.

Cuando el último de ellos logró pasar a salvo, la nube se levantó. El ejército del faraón vio que estaban escapando y así, imprudentemente, los persiguieron atravesando el mismo camino seco en medio del mar. Excepto que esta vez, bajo la orden de Dios, las paredes del mar colapsaron y se desplomaron sobre el enemigo que los acechaba. El agua regresó a su nivel normal sin nada que indicara que el mar Rojo se había convertido en una tumba líquida para cientos de tropas, caballos y carros egipcios. "Y al ver los israelitas el gran poder que el SEÑOR había desplegado en contra de los egipcios, temieron al SEÑOR y creyeron en él…".[17]

Irrumpieron en un cántico de alabanza conocido como "el cántico de Moisés", que sin lugar a duda Daniel conocía de memoria.[18] Es una canción que se repite a lo largo del Antiguo Testamento. Es un canto de regocijo por la grandeza de la majestad y el poder de Dios.

Al recordar esta demostración histórica y suprema del poder sin precedentes de Dios para liberar a su pueblo, Daniel se veía obligado a rogarle a Dios: *¡Hazlo de nuevo!* Si Dios había entrado en acción como resultado del pedido de los israelitas en Egipto, seguramente el mismo Dios sería movido a la acción por el pedido de los israelitas en Babilonia. Y si Dios pudo cambiar el corazón del faraón el tiempo

suficiente para liberar a su pueblo, entonces el mismo Dios podía cambiar el corazón del emperador de Persia para que los israelitas volvieran a ser libres otra vez. *¿Podía hacerlo?*

Y si Dios escuchó el clamor de su pueblo en Egipto y en Persia para que el cielo fuera movilizado para dar una respuesta, ¿por qué no escucharía nuestras oraciones hoy en día por nuestra nación? ¿Por el avivamiento de la iglesia? ¿Por nuestra familia? Y si Dios cambió el corazón del faraón en Egipto y de los reyes de Babilonia y de Persia, ¿por qué acaso ese mismo Dios no puede cambiar el corazón de nuestros líderes políticos y religiosos y el corazón de las personas en la actualidad? Si Dios pudo cambiar las naciones de Babilonia, Persia e Israel, ¿por qué no puede cambiar la nuestra?

Él puede, ¿no es cierto?

5
PEDIR CON CONFESIÓN

A mi abuelo, por parte de mi padre, lo llamábamos papi Graham. Era alto, de voz suave, un verdadero caballero sureño. Usaba unos zapatos acordonados de vestir de color blanco y negro y un sombrero de ala ancha hasta debajo de la frente, pero solamente cuando iba a la iglesia o la cafetería S&W que quedaba cerca. Durante la mayor parte de la semana, se vestía con ropa desteñida y muy gastada que llevaba consigo: la "dulce esencia de la agricultura", dado que él era un productor lechero.

Crecí escuchando a mi padre contar cómo papi Graham lo hacía levantarse a las tres de la madrugada cada día para ordeñar alrededor de catorce vacas antes de ir al colegio. Mi papá no tenía una alarma para despertarse. Lo que sí tenía era una advertencia de parte de papi Graham: que si se quedaba dormido, recibiría un balde de agua fría en el rostro. Lo cual hizo. Solo una vez. Desde ese momento, mi papá se levantó a esa hora.

Papi Graham también cultivaba el maíz que usaba para alimentar a las vacas. El momento más sofocante de mi vida fue cuando caminé una tarde de verano por el campo de maíz que estaba al lado de la casa de mis abuelos. Pude verificar que en el centro del campo de maíz no corre la brisa, tan solo un calor agobiante. Cuando salí del campo, goteaba sudor y estaba cubierta de lo que sentía como pequeños cortes con el filo de un papel que las rígidas hojas de los tallos de maíz me habían dejado en los brazos. Eso era en la época de verano.

Pero después de que cosechaban el maíz, el suelo desnudo del campo se endurecía. En un periodo de tiempo bastante corto, la maleza y el pasto comenzaban a acaparar todo el campo. Antes de que papi Graham pudiese plantar el próximo cultivo de maíz durante la siguiente primavera, tenía que barbechar y quitar la maleza para que la tierra estuviese lo suficientemente suave para recibir las semillas de maíz que luego plantaría, y para absorber la lluvia y la luz del sol que más tarde llegarían.

La nación de Judá cierta vez había sido un campo fértil en el que habían crecido "cultivos" de justicia: personas que amaban, obedecían y servían al Señor. Pero como resultado del pecado, Dios había levantado a los babilonios como un instrumento de juicio. Como ya hemos estudiado, las consecuencias fueron que sacaron a Daniel y a su pueblo de su tierra y se los llevaron a casi mil trescientos kilómetros al este (ochocientas millas), donde los esclavizaron en una tierra ajena. Básicamente, la tierra y su gente permanecieron "sin barbechar", sin limpiar durante sesenta y siete años.

Por ese motivo, la oración de Daniel era una plegaria a Dios…

… para que pase el arado por la tierra barbechada.

… para que perdone el pecado de su pueblo.

… para que libere a su pueblo del juicio.

… para que "sane la tierra" y traiga vida a Jerusalén.

… para que vuelvan a poner a Dios en el centro de la vida nacional al revivir la adoración auténtica y restaurar el templo.

Fundamentalmente, la oración de Daniel era una plegaria para que Dios fuera glorificado una vez más a través de la vida personal y nacional de su pueblo. Era una oración por la restauración y el avivamiento nacional.

Si eso te resulta familiar, es porque una y otra vez, durante los últimos años, hemos escuchado la promesa de Dios al rey Salomón

en 2 Crónicas 7:14 invocada a favor de nuestra nación: "si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, y me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra". La usé. La oré. La reclamé. Di mensajes con base en esto. Fue el versículo en el que basé una oración que escribí y que se oró en más de 44 mil reuniones por nuestra nación en el año 2014.[1]

Así que… en lugar de experimentar el avivamiento, ¿por qué nuestra nación parece estar colapsando hasta llegar a estar moral y espiritualmente en bancarrota? ¿Por qué somos testigos de un cambio empecinado hacia los fangosos pozos del pecado y el secularismo? ¿Por qué, en lugar de estar unidos, pareciera que estamos más divididos que nunca? Me pregunto… ¿Nos hemos estado perdiendo algo? ¿Pasando por alto…, negando…, ignorando algo? Quizá…

De los diecisiete versículos que conforman la oración de Daniel en el capítulo nueve, doce de ellos confiesan el pecado. No "su" pecado, sino "nuestro" pecado. A lo largo de toda la oración, Daniel utiliza pronombres en plural, lo que me revela que él estaba consciente del pecado en su propio corazón, así como también del pecado en el corazón de su pueblo. ¿Podría ser eso lo que nos estamos perdiendo? Me pregunto…

Tal vez nunca tengamos otro gran avivamiento en nuestra nación hasta que tú y yo dejemos de señalar con el dedo a los "demás" y tratemos con el pecado en nuestro propio corazón y en nuestra vida. Se le preguntó a un evangelista de antaño, Gypsy Smith, cuándo comienza un avivamiento. Él respondió: "Marco un círculo a mi alrededor y me aseguro de que todo lo que está dentro de ese círculo esté bien con Dios". Lo cual da lugar a la pregunta: si todavía no hemos visto el avivamiento en nuestra nación, ¿será que el problema se encuentra dentro de ese círculo? ¿Podría ser que el problema seamos tú y yo?

CONFESIÓN DEL PECADO PERSONAL

Antes de liderar un seminario hace algunos años, me retiré durante diez días para trabajar en los siete mensajes distintos que iba a estar dando. El primer día tomé la Biblia, un lápiz y mi block de notas, hice una rápida oración para pedirle a Dios que me bendijera y luego comencé a trabajar en el mensaje de las Escrituras que sería la base para el primer sermón. Mientras buscaba forzar el pasaje, no recibí nada. Ninguna revelación real, ninguna nueva comprensión. Sabía que tan solo estaba dando vueltas a mis ruedas mentales y espirituales, así que concluí que el cansancio me embotaba los pensamientos y decidí irme a la cama con la intención de comenzar al otro día, cuando me sintiera más despierta y descansada.

A la mañana siguiente, después de una buena noche de sueño, una estimulante caminata y un sustancioso desayuno, me sentía renovada. Así que me senté al escritorio, donde mi Biblia seguía abierta desde la noche anterior, levanté el bolígrafo y lo sostuve sobre el block de notas para comenzar a escribir los primeros pensamientos. Una vez más, oré, esta vez con mayor expectativa. Luego procedí a leer y releer el pasaje de las Escrituras. Nada. Volví a orar, excepto que esta vez había un margen de insistencia en mi oración mientras le explicaba al Señor que solamente disponía de un tiempo limitado para preparar esos mensajes, que había cientos de personas que habían pagado para escucharlos y que estarían llegando en nueve días, y que necesitaba su ayuda. Nada.

Y luego, al parecer hubo un pequeño susurro en mi corazón. "Anne, no quiero hablar sobre los mensajes. Quiero hablar sobre ti". Al reconocer la suave y humilde voz del Espíritu, contesté con sinceridad: "No quiero hablar sobre mí. No tengo tiempo. Quiero hablar sobre estos mensajes. Después de que los haya preparado y presentado, podremos hablar sobre mí". Nada. Solamente que ahora había un silencio atroz que se estaba volviendo bastante fuerte. Con un ritmo lleno de pánico del corazón, me preguntaba qué sucedía. Sabía que no había manera de poder preparar esos mensajes sin la

ayuda de Dios, así que la única opción que tuve fue hablar de lo que Él quería hablar. Lo más rápido posible.

Entonces me arrodillé, y debo confesar que se me caían las lágrimas al preguntarle de qué quería hablar. Yo estaba escuchando. Cinco días después todavía me seguía hablando. ¡Sobre el pecado! ¡En mi vida! Cada vez que abría la Biblia, parecía saltar un versículo de la página que me indicaba otro pecado del cual yo no era consciente. Fue horrible. Doloroso. Humillante. Al extremo.

Este diálogo con el Dios santo surgió a raíz de un pequeño libro que estaba leyendo de un evangelista de antaño.[2] El tercer capítulo se titula "Preparing the Heart for Revival" [Preparando el corazón para el avivamiento]. Basa sus comentarios en Oseas 10:12: "¡y pónganse a labrar el barbecho! ¡Ya es tiempo de buscar al SEÑOR!, hasta que él venga y les envíe lluvias de justicia".

El autor explica que, para experimentar el avivamiento, debemos mirar a nuestro propio corazón y el terreno espiritual que tal vez se endureció con el tiempo. Al igual que mi papi Graham y su campo de maíz, debemos ararlo. Debemos examinar el estado de nuestra propia mente. Debemos reflexionar en nuestras acciones pasadas. Él advirtió que no se refería a echarle una mirada a las cosas y luego hacer una confesión general delante de Dios de la manera en que muchos de nosotros la hacemos: "Querido Dios, perdóname por todos mis pecados. Amén". Él desafía al lector a tomar un bolígrafo y escribir cada uno de los pecados a medida que vienen a la mente. Debido a que cometemos los pecados uno a la vez, él dice que debemos revisar y arrepentirnos de ellos uno por uno. Para hacer que el lector comience, incluyo una lista de pecados que reformulé un poco, pero que igualmente entenderás:

> *Ingratitud*. Enumerar todos los favores que Dios me ha otorgado, antes y después de la salvación. ¿Cuáles son los que me olvidé agradecerle?

Pérdida de amor por Dios. Considerar lo devastada que estaría si mi esposo o mis hijos no solo disminuyeran su amor por mí, sino que amaran cada vez más a otra cosa o persona. ¿Había alguna evidencia de que yo estuviese disminuyendo mi amor por Él?

Descuidar la lectura de la Biblia. Volver a comprobar si dejé de lado la lectura diaria de la Biblia debido a una agenda cargada de actividades o si, mientras la leía, estaba constantemente preocupada por otros asuntos. ¿Cuánto hace que la lectura de la Biblia dejó de ser un deleite? ¿La leo tan por arriba que cuando termino ni siquiera recuerdo lo que decía?

Falta de fe. Negarme a creer o esperar que Él me dará lo que prometió es acusarlo de mentiroso. ¿Qué promesa creo que no me dará? ¿Qué oración creo que no me responderá?

Descuidar la oración. Voy a decirlo con mis propias palabras. La oración no es una charla espiritual presentada sin una fe ferviente y enfocada. ¿Reemplacé la oración con el deseo, el soñar despierta o la fantasía?

Falta de preocupación por el alma de los demás. Quedarse parado y mirar a los amigos, vecinos, compañeros de trabajo e incluso miembros de la familia marchando hacia el infierno y sin embargo no ocuparse lo suficiente para advertirles u orar por ellos o ni siquiera reconocer que es allí donde terminarán si no ponen su fe en Jesús. ¿Me volví acaso tan políticamente correcta que no aplico el evangelio a aquellos que amo y conozco?

Descuidar la familia. Colocar mi propia vida y necesidades antes que ellos. ¿Qué esfuerzo estoy haciendo, qué hábito establecí por el bien espiritual de mi familia cuando se necesita el sacrificio personal?

La lista es dolorosa, ¿no es cierto? Pero el evangelista no ha terminado. Continúa.

Amor por el mundo y los bienes materiales. Valorar lo que tengo. ¿Creo que mis posesiones son mías? ¿Acaso el dinero es mío? ¿Creo que puedo gastarlo o utilizarlo como yo quiera?

Orgullo. La vanidad sobre mi apariencia. Más tiempo preparándome para ir a la iglesia que preparando el corazón y la mente para adorar cuando esté allí. ¿Acaso me ofendo o me molesta apenas un poquito si los demás no notan mi buen aspecto?

Envidia. Estar celoso de aquellos que parecen más fructíferos, más dotados o más reconocidos que yo. ¿Tengo una lucha interna cuando escucho que elogian a los demás?

Un espíritu crítico. Dios me dio un espíritu de discernimiento. Pero ¿lo utilizo para buscar las faltas en otras personas que no están a la altura de mis estándares?

Difamación. Decir la verdad con la intención de hacer que las personas piensen mal de otros. ¿Sobre las faltas de quién hablé —ya sean reales o imaginadas— en su ausencia? ¿Por qué lo hice?

Falta de seriedad hacia Dios. Mostrar falta de respeto hacia Dios por la manera en me quedo dormida para mi tiempo de oración o llego tarde a la iglesia como si Él realmente no me importara. ¿Le doy a Él las sobras de mis emociones, de mi tiempo, de mis pensamientos, de mi dinero?

Mentir. Engaño diseñado. Todo lo que sea contrario a la pura verdad. ¿Qué es lo que dije que fue diseñado para impresionar a alguien, pero que no era toda la verdad? ¿O era una exageración de la verdad?

Hacer trampa. Tratar a los demás de una manera en que no me gustaría que me trataran. ¿Me detuve antes de tratar a otros de una manera en que no me gustaría que me trataran a mí?

Hipocresía. Simular ser algo que no soy. ¿Acaso simulo ser algo que no soy?

Robarle a Dios. Perder tiempo en aquello que carece de valor eterno. Ejercitar los dones y los talentos que Dios me dio a cambio de dinero. ¿Qué no estoy haciendo para Dios que estaría dispuesto a hacer por otros si me pagan?

Carácter. Perder la paciencia con un niño, un compañero de trabajo, un amigo, el cónyuge o un miembro del equipo. ¿Qué malas palabras he dicho últimamente?

Mal humor. Perder el control de las emociones, pensamientos y palabras y así abusar verbalmente de alguien. ¿Me he puesto de mal humor?

Ser un obstáculo para otros. Tomar el tiempo de otra persona innecesariamente. Destruir la confianza de alguien porque la llevo a un estándar excesivamente alto.

Arrogancia. Aceptar el perdón de Dios al mismo tiempo que me niego a perdonarme a mí mismo y a los demás.

¡Vaya, esta sí que es una lista! El autor dio instrucciones para que, después de que el lector haya considerado cuidadosamente cada uno de los pecados de la lista, vuelva a leerla y escriba cualquier otro pecado que le venga a la mente. Cuando se completa el ejercicio, él dice que hay que volver a hacerlo una tercera vez.

CONFESIÓN DE LA VERGÜENZA PERSONAL

Para complacer a este anciano que ahora se encuentra en la presencia del Señor, seguí sus instrucciones. La primera vez que leí la lista, ¡terminé agradecida porque ninguno de estos pecados me describía! Así que, con confianza y un poquito engreída, leí la lista por segunda vez. Después de esa segunda lectura pensé que, si ampliaba el significado de algunos de los pecados enumerados, podía ver una pequeña posibilidad de que algunos de ellos estuvieran presentes en mi vida.

Al sentirme muy espiritual por ser lo suficientemente honesta para vislumbrar rastros de pecado en mi propio corazón, leí la lista una tercera vez. ¡Y fue cuando me sentí desnuda! Dios usó ese inventario para traer la luz de su verdad bien en lo profundo de los huecos internos y oscuros de mi corazón, donde merodeaba el pecado. Era como si me hicieran un angiograma espiritual. Los pecados revelados fueron más que los que estaban enumerados en esa lista. ¡En total, el tiempo de convicción, confesión y limpieza duró siete días!

Dios se tomó siete días para limpiarme. ¡Y yo servía en el ministerio! Siete días para señalarme el pecado que ni yo sabía que tenía. Previamente, no había estado dejando de lado la lectura diaria de la Biblia o la oración. Estaba profundamente abocada a estudiar, aplicar y vivir la Palabra de Dios lo mejor que pudiera. Estaba comprometida a enseñarla a otros. De hecho, había dedicado la mayor parte de mi vida adulta a servir a Dios fuera de mi hogar. ¿Cómo pude haber permitido que el pecado se acumulara de esa manera en mi corazón y en mi vida? Estaba profundamente avergonzada. Humillada delante de Dios. Y todavía lo estoy.

De hecho, pienso que una razón por la que algunos de nosotros (yo misma incluida) no examinamos nuestro corazón en busca de pecado, es porque tenemos miedo de encontrarlo. Algo que descubrí es que se necesita armarse de valor para mirar en lo profundo y ver lo que Dios ve. Resulta doloroso reconocer que no somos tan buenos, justos, puros o santos como pensábamos.

Es incluso más vergonzoso reconocer que, con mi historia familiar y con todo el tiempo que pasé con la Palabra de Dios y en oración, debería haberme conocido mejor. Pero al igual que las telarañas en los rincones de un altillo lleno de polvo y descuidado, mi corazón había escondido pecados sin confesar. Así que, durante siete días, me colgué de la antigua y resistente cruz. Descubrí de una manera fresca y muy personal que la sangre de Jesús no es tan solo para los pecadores no salvos que se acercan a la cruz por primera vez, sino para los pecadores salvos que necesitan regresar una y otra vez.

¡Alabado sea el Señor! La sangre de Jesús nunca se agota. Nunca pierde su poder para lavarnos y limpiarnos y dejarnos blancos como la nieve. *Lo sé*…

Tres días antes de que comenzara el seminario, Dios me indicó que había terminado de limpiarme. Al menos por ese tiempo. Cuando le pregunté: "¿Estás seguro? No quiero dejar nada", me dio la dulce y bendecida seguridad de que estaba limpia de pecado y culpa, y llena de su Espíritu Santo. Cuando volví a tomar el block de notas y el bolígrafo para trabajar en los mensajes, los pensamientos fluyeron libremente. Para cuando comenzó el seminario, yo estaba preparada. Si bien las personas que asistieron no tenían idea de lo que yo había vivido, creo que todas ellas sintieron una frescura de poder y una pasión renovada mientras yo enseñaba.

Al mirar hacia atrás, ahora sé que lo que experimenté fue un avivamiento. Un avivamiento personal. Es lo que he anhelado que suceda de forma corporativa para que toda la iglesia se reavive y la nación sea restaurada. Pero algo que también aprendí es que el arrepentimiento genuino del pecado, que es la clave para el avivamiento, es un regalo de Dios. Nunca podría haber tenido esa experiencia si Dios mismo no me hubiera dado convicción y me hubiera llevado por los pasos de la confesión y la limpieza. No podría haberlo conseguido ni simulado.

Esto me lleva de nuevo a la oración de Daniel. Estoy convencida de que la clave para el avivamiento es el arrepentimiento. Y que la clave para el arrepentimiento es la oración. No una oración que les predica a las personas. Sino una oración ofrecida con los ojos humedecidos, un corazón quebrantado y las rodillas dobladas.

Daniel oró con las palabras de un hombre que parecía estar completamente consciente de su propio pecado mientras oraba por el pecado que veía en los demás. No había nada de hipocresía o juicio en sus palabras. Creo que es una lección que debemos aprender si queremos que nuestras oraciones movilicen el cielo y cambien naciones.

Tan solo porque nuestro pecado personal no se muestre en público o en los titulares nacionales, eso no significa que podamos ignorarlo. El pecado siempre es pecado. Así que…, antes de aplicar la oración de Daniel al pecado de otros, ¿te tomarías un momento para investigar tu propio corazón? ¿Tendrías el suficiente valor para leer la lista de pecados tres veces? ¿Tomarías un lápiz y un papel para anotar los que ves en tu vida, y aquellos que no están en la lista y te vienen a la mente? Luego, confiésalos a Dios. Dile que te arrepientes. Pídele que te limpie de todos esos pecados.

Pídele que no deje nada en tu corazón, ni en tu mente, ni en tu vida, que necesite la sangre de Jesús. Hazlo ahora. Tómate todo el tiempo que necesites. Siete minutos, siete horas, siete días, siete semanas, siete meses. Pero hazlo ahora. Pasa el arado por el terreno con barbecho de tu corazón para que Él pueda enviar las lluvias de su bendición y su justicia. Marca un círculo a tu alrededor y asegúrate de que todo lo que esté allí dentro esté bien con Dios… porque Él te ve. Cuando ores por el avivamiento, pídele que comience contigo.

Una vez que nuestro corazón sea quebrantado de dolor por el pecado, estaremos preparados para interceder con Dios por el pecado de otros.

CONFESIÓN DEL PECADO NACIONAL

Daniel comenzó su oración con una adoración a Dios por su fidelidad, como hemos visto, pero luego confiesa rápidamente: "Hemos pecado y hecho lo malo; hemos sido malvados y rebeldes; nos hemos apartado de tus mandamientos y de tus leyes" (9:5). Como si sostuviera una linterna para alumbrar en la oscuridad, Daniel sostenía la luz de quién es Dios mientras miraba la vida de las personas. La maldad, la perversidad y la obstinación se volvían evidentes.

De acuerdo con el diccionario Webster, comportarse con maldad es vivir por debajo de los estándares morales. Ser malvado es,

entonces, reemplazar nuestro propio estándar inventado por nosotros mismos, que es moralmente malo o distorsionado. Y el "estándar" que entonces se reemplaza se refuerza con la obstinación, que es una determinación tenaz y persistente de hacer lo que queramos.

Judá se había basado en la fe en Dios y había tenido líderes piadosos en el pasado, pero había echado a perder los estándares morales consagrados. Sin ninguna plomada, se había lanzado a la idolatría. Y lo había hecho con obstinada desobediencia y sabiendo que no estaba bien. Como resultado, había caído bajo el juicio de Dios. Porque si bien Dios es paciente, no tolera el pecado.

¿Acaso nuestra nación se encuentra donde estaba Judá? Parece que nosotros también echamos a perder nuestros estándares morales nacionales y los reemplazamos con lo que es correcto a nuestros ojos (y lo hacemos con una terquedad que por momentos es impresionante). Las calles de nuestras ciudades están llenas del ruido de las personas que marchan por su derecho de hacer lo que les plazca. Los legisladores aprueban leyes que garantizan la aceptación legal del pecado. Las películas y los programas de televisión ensalzan el comportamiento pecaminoso y hacen que parezca atractivo y agradable.

Y todo se lleva a cabo con una determinación que cualquier voz que se levante para objetarlo, o siquiera cuestionarlo, es silenciada mediante el ridículo y la intimidación.

¿En qué momento el fundamento moral y espiritual de nuestra nación comenzó a agrietarse de tal manera que ahora se está desmoronando hasta casi desaparecer? Si bien nunca hubo una edad de oro perfecta en la historia de nuestro país, la desintegración de nuestro fundamento de fe se puede ver claramente en las estadísticas de vida antes de 1962 y 1963, cuando quitaron de las escuelas la oración y la lectura de la Biblia. A partir de 1963 los logros académicos cayeron y el embarazo adolescente y la delincuencia juvenil aumentaron. Muchas escuelas públicas poseen detectores de metales por los que los estudiantes deben pasar al

entrar a los edificios. Los oficiales de policía patrullan las entradas y la resistencia a la autoridad —cualquier autoridad— hace que dictar una clase sea casi imposible.[3]

La separación de la Iglesia y el Estado nunca tuvo la intención de ser la separación del Estado y Dios. Pero eso es precisamente lo que comenzó a ocurrir cuando sacamos a Dios de las aulas. Ese fue un enorme paso intencional y nacional en el camino que aleja de Dios, y que creo que ha ayudado a propulsarnos hacia donde nos encontramos en la actualidad.

Si bien ciertamente podemos señalar las decisiones de la Corte Suprema en 1962 y 1963 que quitaron la oración y la lectura de la Biblia de las escuelas públicas como el punto de inflexión central en la espiral descendente moral y espiritual de nuestra nación, me pregunto si no comenzó aún mucho antes. ¿Empezó cuando Romanos 1 indica que se arranca la etapa inicial de la ira de Dios? ¿Y cuál es esa etapa inicial? Es cuando abandonamos a Dios al suprimir la verdad, específicamente el conocimiento instintivo de Dios a través de la creación.[4]

Tú y yo podemos caminar por la calle y mirar el cielo de una noche clara y estrellada, y a menos que deliberadamente reprimas lo que tus instintos te dicen, sabrás que hay Alguien detrás de todo ese diseño de estrellas y planetas, de luna y sol, de mareas y estaciones. Cuando vives un embarazo o eres testigo del nacimiento de un bebé, a menos que reprimas tus instintos, sabes que hay Alguien detrás de ese diseño de vida humana y cuerpo humano. Decir que nuestro universo y la vida humana es alguna clase de accidente cósmico es como decir que alguien hizo explotar dinamita en un depósito de chatarra y, cuando el polvo se asentó, apareció un reloj Rolex. No tiene ningún sentido lógico o práctico. Y sin embargo, pretende ser el punto de vista que acepta la mayoría en nuestra nación.

Cuando se rechaza a Dios como Creador, lo que sigue lógicamente es que no será glorificado ni se le dará gracias porque,

después de todo, es irrelevante para la vida. Si ni siquiera existe. Y así glorificamos a la "ciencia", a la tecnología y al mismo hombre.

Con todos los avances en la educación que están disponibles en la actualidad, podemos declarar legítimamente que somos más inteligentes que cualquier otra generación anterior y, sin embargo, somos los "necios" que intercambiamos la gloria del Creador por las cosas creadas.[5] Intercambiamos la verdad del Creador por la teoría de la evolución.

La teoría de la evolución, que nos enseña que no provenimos de nada, que no vamos a ningún lado, que nuestra vida aquí no tiene ningún propósito o significado más que vivir el hoy, y que no le tenemos que rendir cuentas a nadie, fue ampliamente aceptada como la explicación para el comienzo de todo lo que existe. Se espera que cualquier persona que busca un alto puesto político, incluyendo el de presidente, responda a la pregunta sobre el creacionismo versus la evolución. Si la persona afirma su creencia en el Creador, la risa burlona y el ridículo se tornan tan fuertes que pueden desmantelar y ensordecer casi cualquier maquinaria política bien organizada.

Reprimimos no solo lo que instintivamente conocemos sobre Dios en la creación, reprimimos lo que instintivamente conocemos en nuestra conciencia. La Biblia dice que poseemos un instinto moral sellado en nuestro interior. Nacimos conociendo el bien y el mal, pero reprimimos ese instinto una y otra vez mediante las elecciones que hacemos, hasta que ya no escuchamos a nuestra conciencia. Silenciamos nuestra alarma moral de culpa que intenta advertirnos que no estamos haciendo lo correcto a través de terapias. O de drogas. O de racionalizar que "todos lo hacen". O incluso legitimar el mal al hacerlo legal.

A estas alturas, habiendo abandonado el conocimiento del único y verdadero Dios vivo, al rechazarlo como Creador y al reprimir nuestra conciencia moral, Él comienza a abandonarnos a nosotros. Tan solo se aleja. Levanta la mano en señal de bendición y deja que tomemos nuestro propio camino como veníamos insistiendo.

Nos imaginamos el juicio de Dios como una lluvia de fuego y azufre cayendo del cielo, como sucedió en Sodoma y Gomorra,[6] o como cuando se abre el suelo y nos traga,[7] o como un ejército invasor como el de los babilonios que arrasan con todo y nos destruyen, o algún otro terrible desastre divino. Y si bien todos estos ejemplos pueden ser señales del juicio de Dios, el peor juicio de todos es que Dios nos abandone y que estemos separados de Él. Es un juicio equivalente a tener el infierno en la tierra.

Si Dios nos está abandonando como nación, ¿cuál es la evidencia? Vale la pena rastrear la progresión del pecado y del juicio que se describe en Romanos 1, y que da la primera señal de la evidencia a medida que la inmoralidad aumenta: "Por eso Dios los entregó a los malos deseos de sus corazones, que conducen a la impureza sexual, de modo que degradaron sus cuerpos los unos con los otros".[8]

La revolución sexual se coció a fuego lento por un tiempo, basada en la creencia radical de que toda la moralidad sexual es una forma de opresión.[9] Pero la revolución apareció ante la vista nacional durante el verano de 1967. Fue promovida con entusiasmo por unas personas en Haight-Ashbury, San Francisco, que defendían el sexo libre, el LSD y el *rock 'n' roll*. Dos veranos después, aproximadamente 400 mil personas se reunieron en Woodstock, Nueva York, para celebrar el "amor libre". Cincuenta años después, las estadísticas revelan el costo del amor libre: la mitad de los primeros partos son de mujeres solteras; se abortaron más de cincuenta y cinco millones de bebés; las enfermedades de transmisión sexual infectan a ciento diez millones de hombres y mujeres cada año; treinta y nueve millones de personas murieron de sida/VIH. El columnista Cal Thomas escribe: "El sexo vende, pero también acarrea miseria cuando se emplea mal".[10]

Es tiempo de arrepentirse.

Si nosotros, como nación, no nos arrepentimos de la inmoralidad, entonces descendemos a la próxima fase del juicio de Dios y de la

evidencia de su abandono, que es la homosexualidad. Escucha la siguiente declaración:

> Dios los entregó a pasiones vergonzosas. En efecto, las mujeres cambiaron las relaciones naturales por las que van contra la naturaleza. Así mismo los hombres dejaron las relaciones naturales con la mujer y se encendieron en pasiones lujuriosas los unos con los otros. Hombres con hombres cometieron actos indecentes…".[11]

El 26 de junio de 2015, con una decisión de cinco contra cuatro, la Corte Suprema de los Estados Unidos legalizó el matrimonio entre personas del mismo sexo. En los cincuenta estados.

La homosexualidad se ha vuelto cada vez más aceptada como un estilo de vida fiable. Debido a que los estadounidenses son generosos y de buen corazón, hemos aceptado a los homosexuales porque, en gran parte, las personas que conocemos con este estilo de vida son personas buenas. Amables. Bondadosas. Inteligentes. Divertidas. Interesantes. Dotadas. Así que racionalizamos, ¿cómo podrían estas personas tan maravillosas estar tan equivocadas y obstinadas ante los ojos de Dios? Pero no buscamos lo que Dios piensa, porque ya lo abandonamos en pos de nuestros propósitos prácticos.

Pensamos que no "valía la pena tomar en cuenta el conocimiento de Dios", y así "él a su vez los entregó a la depravación mental, para que hicieran lo que no debían hacer".[12] Ya no pensamos con claridad. Nunca mejor dicho. La mente se nos retorció alrededor de la "evidencia" que dice que dado que los homosexuales nacen de esa manera, Dios planea que tengan ese estilo vida, lo aprueba y lo bendice. De hecho, somos insolentes en nuestra terquedad, alardeamos de nuestro derecho a pecar mientras el presidente Barack Obama promovía la agenda homosexual por todo el mundo al ondear la bandera LGBT junto a la bandera nacional en las

embajadas estadounidenses en Tel Aviv, Londres, Madrid y otras capitales del mundo. Sin embargo, Dios no aprueba ni bendice este estilo de vida.

Es tiempo de arrepentirse.

Si nos negamos a arrepentirnos, Dios nos abandona aún más y descendemos con mayor profundidad en el juicio. La siguiente señal de que Dios se ha ido de la vida nacional es cuando nos desintegramos moral y espiritualmente. Y así estamos. Nuestra nación se está desenmarañando en un complicado laberinto de idiotez. Locura. Los niños matan a sus padres, los esposos matan a sus esposas, los esposos golpean a sus esposas, las madres asesinan a sus hijos, los que disparan matan a cualquier persona, los terroristas matan a los judíos, las películas retratan el abuso hacia la mujer como un romance, los padres venden a sus hijos, las corporaciones traicionan generaciones de confianza, los políticos mienten a cambio de votos, la obsesión por el sexo, los pedófilos acechan a nuestros hijos, los hombres que se transforman en mujeres, las mujeres a las que mantienen cautivas en una prisión subterránea, la obsesión con los artistas, los estudiantes que acosan a otras estudiantes que se quitan la vida para escapar del dolor emocional, las redes sociales que destruyen la reputación de las personas, los ciberladrones de identidad, los maestros que seducen a sus alumnos, los bebés abortados como forma de control de natalidad…, las partes de los bebés abortados vendidas al mejor postor… Nos hemos "llenado de toda clase de maldad, perversidad, avaricia y depravación. [Estamos] repletos de envidia, homicidios, disensiones, engaño y malicia. [Somos] chismosos, calumniadores, enemigos de Dios, insolentes, soberbios y arrogantes; [nos] ingenia[mos] maldades; [nos] rebela[mos] contra [nuestros] padres; [somos] insensatos, desleales, insensibles, despiadados".[13] Todo lo anterior son señales de que nuestra amada nación se encuentra bajo el juicio del Dios santo y justo.

Es tiempo de arrepentirse.

Si nos negamos a arrepentirnos y continuamos rechazando a Dios y su estándar moral al reemplazarlo por el nuestro, llegamos al punto más alejado de Dios y a la fase más profunda del juicio en que "no solo [seguimos] practicándolas, sino que incluso [aprobamos] a quienes las practican".[14] ¿Podría ser esta una referencia indirecta a la floreciente y multimillonaria industria de la pornografía?

Como un creciente moho renegrido, envenena los corazones y los hogares, la esperanza y la salud. Es insidioso, pues lleva al espectador a un deseo y a un comportamiento cada vez más desviado, hasta que el apetito por la perversión se vuelve insaciable. Nutre a los depredadores sexuales que se han convertido en un flagelo monstruoso para la sociedad, al amenazar la seguridad de nuestros niños y adolescentes en las escuelas, los parques, las veredas e incluso en los jardines y habitaciones de nuestras casas.

Es tiempo de arrepentirse.

El profeta Joel, al hablarle al pueblo de Dios durante los últimos días antes de que el juicio de Dios cayera, cuando el enemigo arrasó y destruyó todo, pronunció estas alentadoras palabras: "Rásguense el corazón y no las vestiduras. Vuélvanse al SEÑOR su Dios, porque él es bondadoso y compasivo, lento para la ira y lleno de amor, cambia de parecer y no castiga. Tal vez Dios reconsidere y cambie de parecer, y deje tras de sí una bendición".[15]

La buena noticia es que Dios verdaderamente nos ama a ti y a mí. Siempre está del lado de sus hijos —judíos, gentiles, palestinos, estadounidenses—, quienquiera que se le acerque mediante la cruz, a través de la fe en Jesucristo. Dondequiera que vivamos. Cualquiera que sea nuestro pasado. Si, como sus hijos, nos paramos a la orilla del camino y nos arrodillamos por nuestra nación, todavía hay esperanza.

A medida que nuestra nación reclame que Dios salga, lo hará…, pero gradualmente. Él se retira lentamente.. Si en algún momento la nación se vuelve a Él arrepintiéndose del pecado, podemos ser

restaurados en una correcta relación con Él. De inmediato frenaría su juicio. Bendeciría a la nación otra vez. El antídoto para este juicio y abandono progresivo de parte de Dios es acercarnos a Él y Él se acercará a nosotros.[16]

Pero si no nos arrepentimos, entonces una fase del juicio da lugar a la siguiente y así el pecado se arraiga y se hace cada vez menos probable que nos volvamos a Él. Al final, podemos estar tan lejos de Dios que es como si hubiésemos pasado el punto crítico. El corazón se nos vuelve espiritualmente tan duro y despiadado que nos lanzamos directo al abismo de la destrucción personal y nacional.

Y es por eso que es tiempo de orar la oración de Daniel con una confesión sincera y sentida. *Ahora*. No solo por nuestro pecado, sino por nuestra vergüenza.

CONFESIÓN DE LA VERGÜENZA NACIONAL

Judá cierta vez había estado sumergida en la verdad. Había sido fundada en la fe en Dios y había nacido como resultado de sus promesas. Tenía la ley de Dios, resumida en los Diez Mandamientos, que le enseñaba sus estándares morales. Tenía la revelación escrita de Dios, desde el comienzo de los tiempos, que le enseñaba sobre su carácter —su fidelidad, justicia, favor, bondad, perdón—, sobre su poder, propósito, paciencia y promesas.

Judá tenía un registro escrito de su propia historia trazada a través del viaje de Abraham, que comenzó cuando se fue de Ur de los caldeos para seguir a Dios en una vida de fe obediente, y entró en una relación de pacto con Él que afectaría a cada una de las siguientes generaciones, pasando por las historias de vida de Isaac, Jacob, José y la estadía en Egipto. Conocía sobre la liberación de la esclavitud y la opresión egipcias bajo el liderazgo del gran libertador, Moisés. Sabía sobre el cuidado milagroso de Dios por ella en medio del desierto durante cuarenta años, donde la alimentó con el maná

del cielo y el agua de la roca, y la guio con una columna de nube para mantenerla fresca durante el día y una columna de fuego para mantenerla templada por la noche.

Conocía su poder para vencer a los enemigos, comenzando con la fortaleza enemiga de Jericó, para que así pudiera poseer la tierra que Él le había prometido. Sabía de su fidelidad para levantar jueces y sacerdotes, profetas y reyes, quienes la habían guiado y gobernado, enseñado, protegido y provisto.

Dios mismo comparó a Judá con una viña preciada. Hizo una descripción de cómo excavó la tierra, quitó las piedras y luego plantó las viñas escogidas. Pero cuando buscó las buenas uvas… solo encontró "uvas agrias".

Puedo escuchar cómo las lágrimas le ahogan la voz mientras dice: "¿Qué más se podría hacer por mi viña que yo no lo haya hecho?".[17] Había hecho todo por ella, solo para ser rechazado.

Ante la brillante luz de la verdad y todo lo que Judá sabía y se le había enseñado, había dejado de lado el estándar moral de Dios, lo había reemplazado por el suyo y había insistido insolentemente en su "derecho" de hacer lo que le placiera. Pero el amor de Dios es muy grande y no se da por vencido fácilmente. Así que había enviado a Isaías para hablarle con una elocuencia conmovedora. Había enviado a Jeremías para advertirle con lágrimas apasionadas. Había enviado a Amós para predicarle con una lógica práctica. Había enviado a Ezequiel, que les había revelado señales y maravillas. Pero Judá no escuchó. Judá no escucharía y eso era vergonzoso porque sabía que estaba equivocada: "No hemos prestado atención a tus siervos los profetas […] somos motivo de vergüenza en este día […] SEÑOR, tanto nosotros como nuestros reyes y príncipes, y nuestros antepasados, somos motivo de vergüenza por haber pecado contra ti" (9:6, 7, 8).

A pesar de las advertencias de parte de las voces proféticas como las de Jeremías e Isaías, que habían encendido la luz de la verdad de Dios, Judá había permanecido tercamente en el pecado. Había insistido en rechazar a Dios y volverse a otros dioses. Así que,

finalmente, Dios la dejó ir. Permitió que los babilonios entraran e hicieran su propio camino. Durante sesenta y siete años recibió la dura enseñanza de que Dios no tolera la maldad, la perversidad ni la obstinación de parte de su pueblo. Si lo rechazamos, Él nos va a rechazar.[18]

Cuando observo a nuestra nación hoy en día, veo la luz de la verdad de Dios que se retira de muchas maneras. Pero su luz puede herirle los "ojos" a aquellos que viven en la oscuridad, molestarles con la verdad sobre su condición moral. Como resultado, se acobardan, retroceden y se alejan de ella… o intentan apagarla.

Hoy en día en nuestra nación, las personas están intentando apagar esa luz al quitar el nombre de Dios del juramento a la bandera, al cambiarle el nombre a la Navidad por vacaciones de invierno, al desdibujar la diferencia de quién es Dios cuando insisten en que todos adoramos al mismo dios, al negarse a permitir que los capellanes militares oren en el nombre de Jesús, al ridiculizar a cualquiera que toma la Biblia literalmente… o que cree que en el principio Dios creó todas las cosas… o dice que Jesús es el único camino al cielo…, etcétera, etcétera.

CONFESIÓN DE LA VERGÜENZA DE LA IGLESIA

Incluso dentro de las iglesias podemos ver el "anochecer" moral y la oscuridad invasora. Denominaciones enteras han apagado la luz al negar que Jesús es el único camino hacia Dios…, que la Biblia es la Palabra de Dios inspirada e infalible…, que existen el cielo y el infierno… y la lista podría continuar. Se racionaliza, se niega o se cubre el pecado.

Esto me hizo ver algo no hace mucho tiempo, cuando me invitaron a hablar en una megaiglesia con un rápido crecimiento, liderada por un joven y dinámico pastor. La iglesia se llenaba en las diferentes reuniones con personas que iban por primera vez. Si bien suponía que los asistentes regulares y los miembros escuchaban

buenas prédicas semanalmente, me preguntaba si —al igual que las personas que venían por primera vez— habían puesto su fe en Jesucristo como su único Salvador.

Debido a que el joven pastor me había dado la libertad de hablar del tema que yo quisiera, sentí que Dios me llevó a presentar el evangelio de la forma más clara y atractiva posible. Así que, en cada una de las reuniones del domingo por la mañana, hice justamente eso; sin embargo, la congregación no parecía reaccionar. Mientras me preguntaba por qué, la razón salió a la luz a partir de la respuesta del pastor a la conclusión de la mañana. Con un tono serio, resaltó: "Anne, aquí no hablamos sobre el juicio".

Su comentario me tomó por sorpresa. Me contuve mientras los pensamientos comenzaron a darme vueltas por la cabeza: *¿Es por eso que su iglesia está creciendo tan rápido? ¿Es por eso que él es tan popular? ¿Les está dando a estas personas sermones bíblicos lindos, divertidos, prácticos, afectuosos que carecen de toda la verdad? ¿Cuando la Palabra de Dios no es placentera, incómoda o poco popular, acaso tampoco la expresan?* Casi pude escuchar el "clic" del interruptor mientras apagaban la luz.

Los líderes de la Iglesia pueden dar la impresión de que tienen un mayor deseo por congregaciones grandes, por ser populares, aceptados y exitosos, por ser autores reconocidos o personalidades de la radio u oradores en conferencias que por levantar la Verdad. Parecen preocuparse más por su propia reputación y la opinión favorable del público en general que por la opinión de Dios.

¿En qué momento los pastores dejaron de ser ovejas para convertirse en directores? ¿En qué momento los líderes de ministerio se convirtieron en celebridades? ¿En qué momento los ministerios talentosos se volvieron grandes empresas que cobran por sus servicios? ¿En qué momento los oradores cristianos comenzaron a manipular las emociones de la audiencia para atraer a las personas hacia ellos mismos en lugar de apuntarlas hacia Jesús? ¿En qué momento el mensaje del evangelio del pecado, la salvación y el

Salvador fue reemplazado con el mensaje de la riqueza, el bienestar y la prosperidad? No lo sé, pero debe hacer llorar al cielo.

Es vergonzoso.

Nunca voy a olvidar mi conversación con un hombre que había sido el editor religioso de un importante periódico. Dijo haber puesto su fe en Jesús como su Salvador. Había comenzado un estudio bíblico, había hecho amigos cristianos y asistía a la iglesia. Pero a los pocos años, gradualmente se convenció de que lo habían engañado. Terminó rechazando por completo a Jesús y todo lo que tenía que ver con Él y se volvió un agnóstico declarado. ¿La razón? La hipocresía que había visto dentro de la Iglesia.

La conversación fue tan lejos, al punto de dar nombres y apellidos, que luego terminó diciendo algo como esto: "Anne, no he visto ninguna diferencia entre el comportamiento de aquellos dentro de la Iglesia y el de los que están fuera de ella. Es tan solo que afuera de la Iglesia no simulamos ser justos". Honestamente, deseé haber podido decir que no sabía de lo que estaba hablando. Pero sí sabía.

Si el líder de una Iglesia queda al descubierto por pedófilo, la denominación lo traslada rápidamente a otra ubicación. Si queda expuesto por ser adúltero, quizá lo saquen de su lugar, pero luego excusan su comportamiento como una adicción y se gana la aceptación de otra congregación. Si un creyente es rico y poderoso, se racionaliza su pecado y se atiende a la persona debido a que es un filántropo. Si la sociedad acepta y legaliza el pecado, entonces el pecador tal vez sea ordenado y se le entregue el púlpito de una iglesia. Se les da la bendición de la Iglesia a las parejas que viven en pecado.

Es vergonzoso.

Además, es peligroso. Cuando la Iglesia atenúa la luz de la Verdad de Dios o la apaga, las naciones comienzan a operar y a funcionar en la oscuridad espiritual. No existe una brújula moral y espiritual para dar la advertencia cuando la nación pierde el rumbo y

se encuentra en peligro de autodestrucción. No hay ninguna luz de guía que le muestre a la nación cómo regresar al camino correcto.

En Carolina del Norte, la escarpada costa ha recibido el apodo de "La tumba del Atlántico" porque muchos barcos encontraron su ruina en los traicioneros bancos externos. Así que nuestra costa permanece iluminada a través de faros. Ya sea que el faro se encuentre en un acantilado rocoso, en una bella playa de arena blanca o en la entrada de un puerto, el propósito de cada uno de ellos es ayudar a las naves a estar a salvo en medio de la oscuridad. Sin ellos, los barcos tienen que adivinar por dónde ir a través de las aguas y las corrientes peligrosas. Muchos de ellos, a pesar de navegar con la mejor habilidad, sin tener luz, han encallado en las rocas sumergidas y quedaron hechos añicos por las violentas olas.[19]

Uno podría imaginar lo que sucedería si no hubiese alguna luz iluminando el pasaje seguro por la costa. Los barcos se irían a pique en medio del mar hostil y cambiante. Algunas embarcaciones lograrían pasar, pero otras terminarían destrozadas en la costa. Acabarían siendo estadísticas trágicas de las consecuencias de no tener un faro eficaz en la costa, porque funcionaba mal o porque su luz era muy débil para marcar la diferencia.

La Iglesia, de varias maneras, está destinada a ser el faro espiritual de una nación. El apóstol Pablo, al escribirle a un joven pastor, confirmó: "que es la iglesia del Dios viviente, columna y fundamento de la verdad".[20] Cuando la Iglesia funciona de la manera sana que describe Pablo, proclama la verdad de manera clara y sistemática, sirve como una brújula moral, da la advertencia cuando una nación se aleja del camino seguro. También es una luz guía que le muestra a la nación cómo regresar al camino correcto. Pero si la luz se ha debilitado o se apagó del todo, entonces la nación se hunde cada vez más en los mares tormentosos del relativismo y la bancarrota moral y espiritual.

La Iglesia debería ser vibrante y llena de vida, un faro claro y poderoso de verdad y esperanza que dirige a la nación hacia el

camino correcto. Contamos con todo lo que necesitamos para ser un faro fuerte y espiritual. Además de la revelación del Antiguo Testamento, tenemos también el Nuevo Testamento. Tenemos disponible el canon completo de las Escrituras, no solo en el lenguaje poético, pero extraño, de la versión Reina Valera, sino en traducciones modernas, fáciles de leer y de comprender. Las Biblias hoy en día incluyen notas en casi todas las páginas para explicar los pasajes difíciles y dar información adicional y su contexto.

Al vivir después de Pentecostés, tenemos al Espíritu Santo que nos enseña desde adentro hacia afuera lo que es ser un seguidor de Jesucristo. Su Espíritu nos da luego el poder para vivir de una manera en que nosotros mismos seamos pequeños faros que indican el camino hacia Jesús, por la forma en que vivimos y por lo que expresamos en palabras.

Además, tenemos otros dos mil años de historia de la Iglesia. Dios ha enviado predicadores, maestros y profetas. No solo aquellos cuyas palabras están registradas en la Biblia, sino que Dios también ha dado visión y sabiduría a generaciones de hombres piadosos como Ambrosio, Agustín, Anselmo, John Wycliffe, John Huss, Martín Lutero, Juan Calvino, John Knox, John Bunyan, Jonathan Edwards, John Wesley, George Whitefield, Francis Asbury, William Carey, Charles Haddon Spurgeon, Dwight L. Moody, I. M. Haldeman, Billy Sunday y Billy Graham. Hombres que no solo expresaron la verdad públicamente, sino que también la vivieron a puerta cerrada.

Hoy en día, a través de la radio, de internet, de la televisión, también a través de libros, revistas y páginas impresas, Dios nos envía una gran cantidad de maestros y predicadores que presentan la verdad de manera poderosa y nos enseñan cómo vivir con ella, y por ese motivo no tenemos ninguna excusa. ¿Las personas están escuchando? ¿Están respondiendo? ¿Nuestra nación está buscando a Dios? ¿Nos estamos volviendo más justos y bendecidos?

¡No! ¡Es vergonzoso!

Cuando Jesús envió a sus discípulos a anunciar que "el reino de los cielos está cerca", Él ya les había dicho que si algún pueblo se

negaba a recibirlos, "el día del juicio el castigo para Sodoma y Gomorra será más tolerable que para ese pueblo".[21] Me avergüenza pensar qué les diría hoy a sus discípulos al enviarlos a las escuelas, las empresas, los mercados, los barrios, los pasillos del gobierno, las ciudades del interior, los suburbios, los centros comerciales ¡para proclamar que el Rey ha venido! ¡Y pronto volverá!

¿Qué diría Jesús cuando, en lugar de ser bien recibidos con alegría, somos rechazados, excluidos, perseguidos, degradados, ridiculizados y marginados? Con su habilidad característica de decir mucho con pocas palabras, mi madre me advirtió de lo que sabía que Jesús diría cuando enfatizó que si Dios no juzga a nuestra nación, debería ofrecerles disculpas a Sodoma y Gomorra. Porque si bien Sodoma y Gomorra eran extremadamente malvadas, solamente tenían un pequeño destello de luz; mientras que, por otro lado, nosotros tenemos revelada la luz en su totalidad.

La condición pecadora y vergonzosa de nuestra nación hoy en día —y la Iglesia que está dentro de sus límites— no solo es despreciada en el cielo, sino que trae desprecio al nombre de Dios en la tierra.

CONFESIÓN PERSONAL POR EL DESPRECIO GLOBAL

Me pregunto si el pecado y la vergüenza de Judá habían estrujado tanto el corazón de Daniel que, con la voz entrecortada por la emoción, soltó lo que sentía que era la peor consecuencia de todas. Seguía incluyéndose a sí mismo al usar pronombres plurales y reconocer: "… Por nuestros pecados, y por la iniquidad de nuestros antepasados […] tu pueblo […] objeto de burla de cuantos nos rodean" (9:16).

Las naciones del mundo miraron al pueblo de Dios y lo vieron bajo el cautiverio. Las casas desoladas. Las ciudades devastadas. El templo destruido. Si su Dios estaba por algún lado, no había ninguna evidencia de Él ni de su poder, ni de su protección, ni de su bendición. Lo que llevó a las naciones a concluir que el Dios de Judá

no era Dios, al fin y al cabo. O si era Dios, no era supremo, y cualquiera podía conquistarlo y dejarlo sin poder. Y así su nombre fue humillado y puesto en ridículo debido al pecado de Judá.

En lugar de aplicar esto exclusivamente a nuestra nación, que parece no identificarse más como cristiana, podría resultar más claro ver el paralelo con la Iglesia y los creyentes de forma individual. Porque cada vez que descubren al líder de una iglesia en inmoralidad sexual; cada vez que descubren a un cristiano mintiendo o engañando; cada vez que un anciano o un diácono cometen un delito; cada vez que sucede algo así, el nombre de Dios es puesto en ridículo.

Nuestro comportamiento pecaminoso se burla de quién Él es delante del mundo que nos rodea. En lugar de mirarnos y ver el reflejo de Jesús, el mundo nos mira y ve el reflejo de nosotros mismos. Nos ven como si viviéramos como ateos prácticos que dicen que creen en Dios, pero actúan y hablan como si Él no existiera, lo que lleva al mundo a rechazarlo como algo irrelevante y sin trascendencia.

Así que, mientras tú y yo aramos el barbecho de la tierra de nuestro corazón, sería bueno que nos hiciéramos las siguientes preguntas exhaustivas:

¿Quién rechazó a Dios debido a mi comportamiento o conversación?

¿Estoy alejando a las personas de Dios o las estoy acercando a Él a través de mi conducta y actitudes?

¿La luz brilla en mi vida para que otros miren mi carácter y conducta, y alaben y den gracias de forma genuina a Aquel que vive en mi interior…

… o la luz es tan débil que ni siquiera notan una diferencia entre ellos y yo?

Si todas las iglesias de la nación fueran como yo, ¿serían faros fuertes y brillantes que marcan el camino seguro…

… o serían culpables por la oscuridad espiritual y moral que ha invadido la tierra?

Si tú y yo queremos encender el fuego intenso del avivamiento en nuestra nación —si queremos soltar el derramamiento del Espíritu Santo en el tercer gran avivamiento—, entonces la oración de Daniel —y el ejemplo de su autor— nos deja en claro que debemos comenzar con los ojos humedecidos, las rodillas dobladas y un corazón quebrantado… por nuestro propio pecado.

6
PEDIR CON CLARIDAD

El primer par de binoculares que usé en mi vida eran de mi papá. Eran grandes, pesados y de color negro. Los guardaba en un estuche de cuero café y debía tomarlos con cuidado para que no se me cayeran y no se dañaran. Recuerdo cuando miraba a través de ellos para ser la primera en divisar el azulejo, un pequeño pájaro de color azul que volvía a nuestra casa cada año. Su regreso señalaba el comienzo del verano y por esa razón era muy esperado.

La pequeña ave se hacía notar a través de la exclusiva melodía que cantaba, mientras se posaba peligrosamente en lo más alto de un arce debajo de la cerca de nuestro jardín. Era tan pequeña que para el ojo humano solo parecía una diminuta mancha oscura. Cuando lo avistaba por primera vez a principios del verano, solía correr para buscar los binoculares de mi papá para verificar si el pájaro azul había regresado.

Sin embargo, cuando miré por primera vez con los binoculares hacia esa dirección, todo se veía borroso y fuera de foco: los árboles, las hojas, las montañas, el cielo, las nubes, todo parecía moverse a la par como un caleidoscopio. Así que, sosteniendo los pesados binoculares lo más quieto posible mientras ajustaba el aro en medio de los dos oculares, podía ir viendo cómo, gradualmente, enfocaba con más nitidez al pequeño pájaro azul con alas negras que se balanceaba en la brisa en lo alto de un árbol y anunciaba el verano con su melodía cantarina.

A veces, mis oraciones me hacen recordar esos binoculares. En ocasiones, cuando comienzo a orar, parece que tengo la visión borrosa. Difusa. Como si la oración estuviese fuera de foco porque no sé exactamente por qué o cómo orar. Pero, al igual que cuando ajusto los binoculares mientras miro a través de ellos, descubrí que a medida que oro, los pensamientos se aclaran, el enfoque se torna más preciso y mi pedido es más específico.

De hecho, mientras escribía este capítulo tuve dos oportunidades en el transcurso de cuarenta y ocho horas para experimentar esa fresca claridad en la oración. La primera tuvo lugar cuando recibí un mensaje de texto en el teléfono celular de parte de una amiga. No recuerdo haber recibido un mensaje de texto de ella anteriormente. El mensaje era confuso. Y cuando lo leí, entendí por qué las palabras habían salido a borbotones de su corazón.

A su amado esposo le habían realizado una cirugía a corazón abierto para quitarle el daño causado por una infección. Sin pensarlo, levanté el teléfono y la llamé. Me contestó desde la habitación de su esposo, en el hospital. Después de saludarnos, le pregunté si quería que orara por ella, lo que enseguida aceptó. Al comenzar no tenía idea de qué orar ni de cómo adentrarme en lo que estaban experimentando, pero tenía la certeza de que Dios lo sabía y que, a medida que orara, Él me daría las palabras. Y lo hizo. Me encontré orando para que los médicos tuvieran la sabiduría de Dios, además de sus habilidades profesionales, para que mi querida amiga sintiera la paz de Dios y para que la salud de su esposo mejorara. Mi amiga me comentó después que mi oración y las Escrituras fueron un consuelo para los dos.

La segunda oportunidad se presentó cuando mi hija se estaba marchando de mi casa después de haber venido a ver a mi esposo. Se dio vuelta para saludarme y la mirada en su rostro me hizo saber que necesitaba que su madre orara por ella. Así que le pedí que se detuviera antes de salir por la puerta. La rodeé con mis brazos y comencé a orar. No sabía por qué orar, pero una vez más, tenía la

certeza de que Dios lo sabía y que Él me daría las palabras a medida que orara.

Y también sabía que las palabras que fluían no estaban expresando mis propias ideas, sino que provenían del corazón del Padre celestial. Esas palabras demostraban su amor por ella y el hecho de que Él entiende lo que se siente cuando enfrentamos dificultades, sufrimiento y persecución. Pero las palabras también vibraban con esperanza porque Él le prometió llevarla de la prueba a la frescura de su gloria y poder. Al terminar, las lágrimas caían por su rostro, pero su expresión era mucho más brillante. Había estado en la presencia de su Padre celestial y había sentido su dulce amor.

Sospecho que Daniel debe de haber experimentado una revelación similar mientras oraba, porque hace referencia al hecho de que Dios le dio claridad y entendimiento: "Yo seguí hablando y orando al SEÑOR mi Dios. Le confesé mi pecado y el de mi pueblo Israel […] Y mientras yo seguía orando…" (9:20-21). Me parece muy alentador no tener que saber específicamente cómo o por qué orar para poder rendirnos a la guía del Padre. A veces creo que nos sentimos intimidados a orar más allá de los límites de lo que podemos imaginar o comprender. Pero Dios sabe lo que hay delante y cómo quiere respondernos y usarnos.

¿Por qué será que pienso después de orar que es mi responsabilidad hacer todo lo posible para obtener la respuesta? ¿Por qué tomo la batalla en mis propias manos? Al igual que una persona que se está ahogando y que trata de "ayudar" al rescatista, me pregunto ¿cuántas veces estorbé la respuesta de Dios a mis oraciones? Es alentador estar seguro de que no tengo que saberlo todo, comprenderlo todo, analizarlo todo antes de orar por algo.

Esto es real para todos. No es necesaria una clara comprensión de cuál es la necesidad o cuál debería ser la solución. No necesitamos decirle a Dios cómo "arreglar" el problema o ni siquiera sugerirle cuál debería ser el curso de acción. No necesitamos resolver los problemas por Él. ¡Qué alivio es saber que todo lo que

necesitamos hacer es arrodillarnos y presentar el problema! La carga para solucionar la situación es de Él, no tuya ni mía.

SIMPLICIDAD EN LA ORACIÓN

Además de orar, aun cuando no conocemos la respuesta, también tenemos la libertad de orar sin utilizar un lenguaje elocuente o frases poéticas. La simplicidad de tan solo presentar la necesidad la ilustra de una hermosa manera la propia madre de Jesús, María, durante la boda de una pareja recién casada en Caná de Galilea. Jesús y sus discípulos habían sido invitados, y allí estaban. Sin embargo, la celebración casi termina antes de lo previsto cuando se acabó el vino antes de que finalizara la fiesta. Cuando María lo supo, tomó la iniciativa para solucionarlo al no querer que la joven pareja y su familia pasaran vergüenza.

Si bien el asunto a nosotros no nos parece catastrófico, debió haberlo sido para los novios. Para su cultura, la falta de vino habría sido considerada descortés, pues indicaba la falta de hospitalidad por unos preparativos inadecuados. Podría haber llevado a que el novio fuera demandado por la familia de la novia. Como mínimo, la joven pareja habría sido humillada ante los ojos de su familia, amigos y vecinos. Esta, definitivamente, no es la manera en que la mayoría de las parejas "recién casadas" quieren comenzar su vida juntas.[1]

María no se estrujó las manos con desesperación ni entró en pánico, ni trató de arreglar la situación por su cuenta. Tan solo se acercó a Jesús y le planteó el problema: "Ya no tienen vino".[2] ¿Qué podría ser más simple? No luchó para saber cómo orar ni cómo pedirlo. Como su madre, podría haberse visto tentada a decirle qué hacer y cómo hacerlo. Pero ni siquiera hizo una sugerencia. Tan solo expuso la necesidad.

Si bien no creo que María entendiera todos los detalles y complejidades de su pedido, que impactaría en el naciente ministerio

público de su hijo, centró su "oración" en Jesús porque creía…, *sabía*… que no solo era su hijo, sino el Hijo de Dios. Y ella lo conocía muy bien como para saber que se ocuparía de la situación y haría algo para solucionarla. Como respuesta a la primera declaración de su madre, hizo el primer milagro de su ministerio. Convirtió el agua en vino y el problema se solucionó.

Podemos aprender mucho de este ejemplo de María. Con demasiada frecuencia cuando oramos, parece que olvidáramos que Dios realmente conoce los detalles de nuestro pedido y sabe cómo responder en su infinita sabiduría. Esta mentalidad me hace recordar a las personas que acuden al médico solamente para decirle cómo debe diagnosticar su dolencia. Cuando nos enfrentamos a un problema en nuestra vida o en la vida de nuestros seres queridos, ¿por qué sentimos que debemos tomar la carga de descubrir lo que salió mal, de saber cómo está todo y cómo habría que solucionarlo?

Quizá, al igual que yo, hayas tenido oraciones similares a esta:

Querido Dios:

La madre de mi primo —la esposa del hermano de mi padre— necesita tu ayuda. Tiene setenta años y padece una artritis muy fuerte. El otro día ella estaba cuidando su huerta de vegetales, incluso a su edad le encanta hacer actividades fuera de la casa. Así que estaba quitando las malezas de entre las matas de frijoles, arrodillada, cuando tropezó, cayó y se quebró la cadera, la cadera derecha. Quedó tirada allí hasta que la vio un vecino y llamó a emergencias. Gracias, Señor, por permitir que el vecino la viera. Tendrán que operarla. Por favor, sana su cadera y llena al médico de sabiduría para operarla… y también… y finalmente… Amén.

Perdóname por ser exagerada, pero ¿acaso todos nosotros no hemos hecho oraciones como esta? ¿O tal vez incluso hemos orado así por nosotros mismos? ¡Nos sentimos obligados a darle información a Dios como si Él no fuera a entender la situación o no

fuera a saber qué hacer, junto con las instrucciones detalladas de cómo solucionarlo!

Parece gracioso cuando dejamos de pensar en ello, pero también revela una comprensión superficial de quién es Dios. ¡Porque Dios es Dios! Él puede hacer todo y Él sabe todo. Todo lo que tú y yo necesitamos hacer es dejar nuestras cargas a sus pies. Dejarlas en sus competentes manos. Subirnos a su regazo, colocar la cabeza sobre su hombro y descansar en Él. A veces no se necesitan las palabras. Llora si debes hacerlo. Él interpreta las lágrimas.

INTENSIDAD EN LA ORACIÓN

Supongo que cayeron lágrimas por el rostro de Daniel mientras continuaba derramando su corazón. Mientras oraba, recibía cada vez mayor claridad de enfoque. Con una intensidad trepidante, declaró lo que estaba pidiendo: "Aparta tu ira y tu furor de Jerusalén […] tu ciudad y tu monte santo […], escucha las oraciones y súplicas de este siervo tuyo […] mira con amor a tu santuario, que ha quedado desolado. Préstanos oído, Dios nuestro; abre los ojos y mira […]. ¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa!" (9:16-19).

Una vez más, descubrimos que fue la Palabra de Dios lo que llevó a Daniel a orar. Si bien no hace referencia a un pasaje específico, como lo había hecho anteriormente cuando dijo que estaba leyendo al profeta Jeremías, su oración sigue reflejando una promesa dada cientos de años antes, cuando Dios había prometido escuchar las oraciones presentadas por Jerusalén. Cuando el rey Salomón hubo dedicado el templo, Dios había declarado: "Mantendré abiertos mis ojos, y atentos mis oídos a las oraciones que se eleven en este lugar. Desde ahora y para siempre escojo y consagro este templo para habitar en él. Mis ojos y mi corazón siempre estarán allí".[3] Dios había prometido poner su mirada sobre la ciudad que amaba y cuidar siempre de ella.

Debido a que Daniel tenía una copia de los escritos de Jeremías, que él consideraba las Escrituras, estoy bastante segura de que también tenía una copia de otras partes de lo que hoy llamamos el Antiguo Testamento, incluida la historia de Israel, donde se encontraban las promesas dadas a Salomón. La conclusión de la oración de Daniel se remonta a las promesas que Dios había dado mucho antes y que habían sido registradas en las crónicas de la historia de Israel. Una vez más, Daniel estaba obligado a orar de acuerdo con las promesas de la Palabra de Dios. Mientras derramaba su corazón en una intensa lista de peticiones, cada vez tenía más y más claridad sobre lo que estaba pidiendo. Permíteme parafrasear los pedidos de Daniel…

> Oh, Dios, de acuerdo con tus acciones justas, escucha mi oración cuando te clamo. Tú dijiste que tus ojos se abrirían a las oraciones que se ofrecieran en el templo de Jerusalén. Pero, oh Dios, ya no existe Jerusalén y allí no hay ningún templo. Extendiste tu ira sobre tu ciudad. Sobre tu santo monte. "Tú has cumplido las advertencias que nos hiciste, a nosotros y a nuestros gobernantes, y has traído sobre nosotros esta gran calamidad. ¡Jamás ha ocurrido bajo el cielo nada semejante a lo que sucedió con Jerusalén!" (9:12).
>
> Mira las casas quemadas, las pilas de escombros, las paredes derribadas, el lugar donde dijiste que establecerías tu nombre. ¿Cómo puedo orar desde allí? Solamente puedo orar desde este lugar. Pero me aferro de tu Palabra, oh Señor Dios. Tú dijiste que tu nombre estaría en Jerusalén para siempre. Tú dijiste que tus ojos estarían sobre ella y que tu corazón estaría allí.[4]
>
> Por eso, ¡oh Dios, abre los ojos y mira tu ciudad! Mira a Jerusalén. ¡Oh Dios, abre tus oídos y escucha! Escucha mi clamor. Permanece atento a mi oración. ¡Perdónanos! ¡Libéranos! ¡Restáuranos! ¡Revívenos!

Toda la oración de Daniel se enfocó con pasión en pedirle a Dios lo que quería que le diera y lo que Él había prometido darle. La oración de Daniel no nos enseña a orar por lo que nosotros queremos que Dios haga por nuestra vida o nuestra familia, o por la Iglesia, por la nación o el mundo. La oración de Daniel nos enseña a ti y a mí a orar hasta que entremos en el corazón mismo del Padre y descubramos qué es lo que Él quiere hacer por nosotros o qué es lo que quiere darnos. Descubrimos sus "deseos" a través de las promesas en su Palabra, que el Espíritu Santo estampa en nuestro corazón.

DESCUBRIMIENTO EN LA ORACIÓN

Tenemos que orar hasta que podamos deshacernos de toda la carga de lo que pensamos y queremos para poder llegar a lo que Dios está pensando y lo que Él quiere. Entonces, le pedimos lo que sabemos que Él quiere darnos. Un buen ejemplo de esto es la oración que hizo Abraham por Sodoma.

Abraham se había sentido cargado por la condición espiritual del mundo a su alrededor, por la ciudad que se encontraba más cerca de él y por los propios miembros de su familia que sabía estaban en peligro de caer bajo el juicio. La carga provenía directo del corazón de Dios. ¿Y cómo conocía el corazón de Dios? Había pasado tiempo caminando con Él.

En algunos aspectos, caminar con Dios es similar a caminar con alguien más. Las mañanas en que estoy en mi casa, me levanto temprano y camino cuatro o cinco kilómetros alrededor del lago en un parque cercano. A veces camino con alguna amiga, no solo por seguridad, sino también por compañía. Con los años agoté varias compañeras de caminata. Pero hay dos reglas básicas que siguen siendo las mismas sin importar quién camine conmigo.

La primera regla es que debemos hacerlo en la misma dirección. La segunda regla es que debemos hacerlo al mismo ritmo. Si alguna de las dos no se cumple, entonces no importa cuánto disfrutemos de

la otra persona o cuán fuerte sea nuestra amistad o cuánto necesitemos hacer ejercicio: no estaremos caminando juntas.

Las dos mismas reglas se aplican en nuestro caminar con Dios. Si queremos caminar con Él, debemos andar en su misma dirección, lo que significa que debemos rendir nuestra voluntad a la suya. No podemos ir en nuestra propia dirección al decidir sobre nuestras metas y propósitos. Y debemos caminar a su ritmo, lo que significa obedecer paso a paso su Palabra. Y debido a que no tendríamos idea de los pasos que Él está dando un día en particular, debemos leer y aplicar su Palabra a diario para poder ir a su ritmo. Algo que descubrí es que Él no va a ajustar su ritmo y dirección a los míos. Yo debo ajustar mi ritmo y dirección a los suyos si quiero caminar con Él.

Abraham caminó con Dios. Mientras caminaban juntos, Dios le había revelado que iba a destruir Sodoma y Gomorra.[5] Y así Abraham comenzó a orar por lo que sabía que estaba en el corazón y la mente de Dios. Comenzó a interceder ante Dios por las personas que vivían en Sodoma. Su oración revelaba que no sabía exactamente qué pedir y por ese motivo comenzó suplicándole a Dios que los perdonara por amor a las cincuenta personas justas que vivían allí. Cuando Dios aceptó, la oración de Abraham siguió pidiéndole que los perdonara por amor a las cuarenta personas, luego treinta, veinte y después diez. A medida que Abraham oraba, iba aprendiendo por qué orar.

Cada petición que Abraham hizo, Dios la respondió en acuerdo. Pero después de que Dios aceptara perdonar a Sodoma por amor a las diez personas justas que vivían allí, Dios terminó de hablarle a Abraham y luego se marchó. Así que Abraham se fue a su casa. Nunca expresó lo que creo que debe haber sido la oración más sentida de su corazón, que era para que su sobrino Lot se salvara del juicio cuando este cayera. Pero Dios lo sabía.

Me anima saber que no siempre tengo que decir las palabras exactamente correctas cuando oro. Tan solo tengo que orar. Y Dios, que examina mi corazón y conoce los profundos deseos que hay allí,

responderá a su manera.[6] Dios conocía el verdadero deseo del corazón de Abraham. Y por ese motivo, cuando no pudo encontrar siquiera diez personas justas viviendo en Sodoma, la destruyó. Pero al recordar la oración de Abraham, Dios llegó y, de forma sobrenatural, liberó a Lot y su familia de su juicio.[7] La salvación de Lot era lo que sin duda Abraham quería. Y eso era lo que Dios había querido darle cuando le entregó la carga y lo movió a orar al respecto.

SENSIBILIDAD EN LA ORACIÓN

Al igual que la oración de Abraham por Sodoma, la de Daniel es la obra del Espíritu de Dios dentro y a través de nuestra vida. Cuando oramos, el Espíritu Santo nos dirige hacia lo que tenemos que orar. Jesús les prometió a sus discípulos que el Espíritu Santo los guiaría a la verdad al traerles a la mente las cosas que necesitarían recordar.[8] Si bien, ciertamente, se estaba refiriendo a la unción que los discípulos recibieron para registrar sus palabras, para ti y para mí, en lo que hoy conocemos como el Nuevo Testamento; si bien, ciertamente, les estaba asegurando que cuando su fe fuera probada podían confiar en el Espíritu Santo para que les diera las respuestas a todas las preguntas; también creo que lo que Él dijo podríamos aplicarlo a las oraciones por nuestra familia, nuestra Iglesia, nuestra nación y el mundo. En otras palabras, una aplicación de lo que Dios prometió es que cuando oramos, Dios el Espíritu Santo nos traerá a la mente las Escrituras sobre las cuales necesitamos basar nuestra oración.

Ya hemos visto que Daniel estaba leyendo Jeremías cuando se encontró con la promesa de parte de Dios que lo llevó a orar. Y hacia el final de la oración, otra vez estaba basándose en las promesas de Dios, que creo que el Espíritu Santo le hizo recordar. Pero para que Daniel recordara lo que Dios había dicho, tenía que haberlo leído en algún punto.

El Espíritu Santo no puede traerte a la memoria lo que no conoces. Esta es una de las razones por las cuales es importante leer y saturarnos de las Escrituras, de esa forma estarán disponibles para que el Espíritu Santo las traiga desde los recovecos de nuestra memoria mientras oramos.

Ya te conté cuando oré por la amiga que me había enviado un mensaje de texto cuando su esposo se recuperaba de una cirugía a corazón abierto. Mientras orábamos, la promesa del Salmo 73:26 vino a mi mente: "Podrán desfallecer mi cuerpo y mi espíritu, pero Dios fortalece mi corazón; él es mi herencia eterna". Así que reclamé esa promesa en oración para su esposo. A la semana, había salido del hospital y continuó recuperándose en su casa.

También te conté cuando oré por mi hija. Mientras lo hacía, el Espíritu Santo me hizo darme cuenta de que ese día era el miércoles anterior al jueves santo. Si bien las Escrituras no nos dicen lo que hizo Jesús en ese día de "silencio", me sentí impulsada a expresar en oración que seguramente Él miraba hacia adelante con cierta aprensión y temor al saber a qué se iba a enfrentar al día siguiente. Sin embargo, el Padre no solo lo fortaleció para las pruebas, las torturas y la crucifixión, sino que lo llevó a la gloria de la resurrección. Al recordar todo esto en la oración, mi hija sintió la seguridad de que Jesús entendía sus sentimientos y la fortalecería para los desafíos que estaban por delante y así llegaría a buen término. ¡Y así lo hizo!

Cuando ores, pídele al Espíritu Santo que te enseñe cómo hacerlo. Y qué orar. Lleva la Biblia a tu lugar de oración. Mientras la lees, abre tu corazón y tu mente a su suave y dulce voz que te susurrará al "oído" y te dará dirección en tus pensamientos y palabras.[9] En oración, sé sensible a Él.

PRIORIDAD EN LA ORACIÓN

Las últimas palabras que se registran de la oración de Daniel son: "¡Señor, escúchanos! ¡Señor, perdónanos! ¡Señor, atiéndenos y actúa!". *¿Por qué? ¿Cuál era la razón básica para toda su oración?* "Dios mío, haz honor a tu nombre y no tardes más; ¡tu nombre se invoca sobre tu ciudad y sobre tu pueblo!" (9:19). ¡Allí está! Como una pepita de oro brillando en el río de la oración, Daniel llegó a la esencia.

Después de haber pedido con confianza en el carácter de Dios y en el pacto de Dios; después de haber reconocido que su pueblo había rechazado las repetidas advertencias que Él les había enviado y por lo tanto merecían el castigo que habían recibido; después de haber rogado en ayuno, con cilicio y cenizas, con una confesión humilde y honesta por el pecado, la vergüenza y el menosprecio; después de haber expresado su desesperación para que Dios hiciera el bien por las promesas que dio a través de Jeremías para liberar a su pueblo después de setenta años de cautiverio, Daniel declaró muy simple y brevemente de qué se trataba su oración. Era una plegaria sincera para que Dios se glorificara en su ciudad y en su pueblo por amor de su gran nombre. Toda la oración se enfocó en pedirle a Dios lo que Él quería dar.

Y allí yace el secreto de la oración de Daniel.

Sin importar si él se había humillado lo suficiente o no…

Sin importar si él había ayunado lo suficiente o no…

Sin importar si su confesión había sido suficientemente minuciosa o no…

Sin importar si había clamado las Escrituras lo suficiente o no…

Conclusión: la prioridad de Daniel en la oración era que el nombre de Dios fuera evidente. Exaltado. Glorificado. Que la vergüenza que el comportamiento de su pueblo había traído, y el posterior juicio, fueran limpiados al tiempo que Dios guardaba su promesa de liberarlos del cautiverio y restaurarlos a su lugar de bendición. Daniel anhelaba que las naciones reconocieran que el Dios de Israel es

Dios. Anhelaba que el mundo reconociera que su Dios de hecho es fiel, bondadoso, bueno y grande.

Cuando oras, ¿cuál es tu prioridad más sincera?

¿Aliviar el dolor?

¿Reconciliar una relación?

¿Recuperar la salud?

¿Solucionar los temas económicos?

¿Reconocer tu perfil?

¿Recuperar el trabajo?

¿Deshacerte de un enemigo?

¿Reprender el chismerío?

¿Salir de un problema?

¿Recibir la recompensa por hacer el bien?

Yo he orado por todo lo anterior, y más. Pero mientras libero mi corazón y le digo a Dios lo que quiero, debajo de todas esas peticiones y por sobre todas ellas se encuentra la prioridad de la gloria de Dios. Anhelo que el nombre de Dios sea exaltado a través de mi oración, reciba una respuesta o *no*. Y ese es el punto central de la oración de Daniel.

Así que… en nuestro mundo…

En el que ciento cuarenta y ocho estudiantes fueron asesinados por terroristas islámicos y la matanza apenas llegó a las noticias…

En el que veintiún hombres cristianos caminaron a lo largo de la playa y fueron decapitados para un video de reclutamiento terrorista…

En el que los negocios tuvieron que cerrar porque los dueños sostienen sus creencias religiosas…

En el que se retrató a Israel como villana, y como víctimas a las naciones que la rodean y que envían terroristas suicidas y misiles a los judíos…

En el que un ministro protestante declara orgullosamente que no cree en Dios y que lo que sabemos sobre Jesús es una leyenda, y sin embargo le ofende que no lo llamen cristiano…[10]

En el que un joven racista entra a una iglesia, se sienta en una reunión de oración y de estudio bíblico durante una hora, luego saca un arma y asesina a un pastor y a otras ocho personas…

En el que las llamas del odio racial fueron avivadas por las mentiras y las distorsiones para mantenernos divididos…

En el que se simulan los actos sexuales para entretenimiento…

En el que los pobres y los oprimidos se usan para ventaja política…

En el que los bebés nonatos son abortados y se preserva el corazón latiendo para poder vender las partes de sus cuerpos…

En nuestro mundo…

Anhelo ver el cielo abierto y ver aparecer un caballo blanco cuyo jinete se llama Fiel y Verdadero…[11]

Anhelo ver al Cordero de Dios que regresa como el León de Judá seguido por los ejércitos de los cielos…[12]

Anhelo escuchar el universo prorrumpir en aclamación al Único que es digno de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza…[13]

Anhelo…

… que la verdad triunfe sobre la mentira,

... que el amor triunfe sobre el odio,

… que la paz triunfe sobre la guerra,

… que lo correcto triunfe sobre lo incorrecto,

… que el bien triunfe sobre el mal…

Anhelo que el mundo, al fin y al cabo, sea gobernado correctamente con justicia y misericordia, con verdad, amor y paz.

Anhelo que todo ojo pueda ver, que toda rodilla se doble y que toda lengua confiese que Jesucristo es…

el Príncipe de Paz,

el Hijo de Dios,

el Hijo del Hombre,

el Mesías de Israel,

el Creador que se volvió nuestro Salvador,

el Señor de señores y el Rey de reyes…

para la gloria de Dios Padre.[14]

Anhelo que el mundo vea a Jesús como lo que realmente es.

¡Señor Jesús, ven! Revélate en poder y gloria, en majestad y en autoridad a este mundo malvado, pecador, rebelde que tú amas. Por el cual moriste y lo redimiste; que has comprado con tu vida. Muéstrales quién eres. Para la gloria de tu nombre.

TERCERA PARTE

Prevalecer en oración

He oído la oración y la súplica que me has hecho.

1 REYES 9:3

7
RESPUESTA INMEDIATA

Cuando Danny y yo nos sentábamos a cenar, nuestro golden retriever, Wilbur, corría hacia Danny y, con una satisfacción en la cara, le hacía saber que quería los restos de comida. Si lo dejábamos, saltaba sobre Danny e insistía para recibir algo del plato. Pero yo no le permitía mendigar en la mesa. Así que cuando empezábamos a comer, Wilbur se sentaba al lado de Danny, mirando la comida con gran sentimiento. Luego, después de diez minutos, apoyaba la cabeza sobre el regazo de Danny y dirigía sus grandes ojos cafés hacia el plato. Indefectiblemente recibía algo, porque Danny no podía resistirse a esos ojos amorosos y pedigüeños.

Al igual que Wilbur, una vez que expreso lo que le estoy pidiendo a Dios, una vez que tengo las Escrituras para confirmar que lo que le estoy pidiendo es también lo que Él quiere que reciba, una vez que tengo confianza en que ha escuchado mi oración, no preciso seguir rogando. Sé que Él sabe. ¿Y cómo sé que Él ha escuchado y responderá? Porque la carga de mi corazón desaparecerá. Me sentiré aliviada. De hecho, seguiré orando hasta que me sienta liberada de la carga y entonces haré una transición hacia el modo de espera. Incluso cuando oro por otros temas o entro en la rutina del día, mi espíritu permanece en una posición de espera. Es como si hubiese colocado "la cabeza sobre el regazo de Dios", recordándole que estoy aquí y sigo esperando recibir su respuesta.

A lo largo de la historia, Dios honró las oraciones persistentes de su pueblo. En el primer siglo a. C., se podía escuchar el

inconfundible sonido del *shofar* que provenía del muro que rodeaba Jerusalén, haciendo eco por todo el valle ardiente por el sol abrasador. El sonido de la trompeta anunciaba una gran aflicción pública y se utilizaba para reunir al pueblo. Una intensa sequía estaba amenazando la existencia de Jerusalén. Y por ese motivo, los ancianos reunieron al pueblo fuera de los muros de la ciudad. Luego, mandaron llamar a Honi, un anciano conocido por su fe devota.

Después de convocarlo, los ancianos le pidieron a Honi: "Ora para que caiga la lluvia". Honi oró, pero no sucedió nada. Así que dibujó un círculo alrededor de sí mismo en la tierra y volvió a orar: "Oh, Señor del mundo, tus hijos han vuelto su rostro a mí…, juro por tu gran nombre que no me moveré de aquí hasta que tengas piedad de tu pueblo".

La lluvia comenzó a caer, una enorme gota por vez. Pero Honi protestó: "No oré para que caigan solo unas gotas, sino para que caiga una lluvia que llene las cisternas, los pozos y las cuevas".

En respuesta a su oración, los cielos se abrieron y las aguas descendieron como un violento torrente que amenazó con inundar la ciudad. Así que otra vez más, Honi rogó: "No oré pidiendo esta clase de lluvia, sino una lluvia de benevolencia, bendición y gracia". Se cuenta, y el historiador Josefo lo dejó registrado, que en respuesta a la tercera oración de Honi, comenzó a caer una lluvia larga y abundante que terminó con la sequía que había durado tres años.[1] Honi prevaleció en oración y se lo conoció como "el que hace círculos".

Cientos de años antes de Honi, Elías había desafiado a los sacerdotes malvados e idólatras de Baal a una competencia que le revelaría al pueblo de una vez por todas quién era Dios. Cuando Baal permaneció quieto y en silencio mientras sus sacerdotes gritaban, danzaban y se laceraban para llamar su atención, Elías se acercó y les dijo que ya habían tenido su oportunidad. Ahora era su turno. ¡Cuando Elías apeló a Dios —el Dios de Abraham, de Isaac y de Israel— el fuego cayó! Ante la mirada atónita de todos los sacerdotes y del pueblo, el fuego consumió el sacrificio. Los

sacerdotes de Baal quedaron expuestos por su hipocresía religiosa. Fueron derrotados y las personas gritaron reconociendo: "¡El Señor es Dios! ¡El Señor es Dios!".

Pero Elías sabía que su tarea no había terminado. Dios le había prometido que si confrontaba al malvado rey Acab y a los sacerdotes de Baal, entonces Él pondría fin a la sequía que Israel estaba sufriendo. Así que Elías subió al monte Carmelo. Se puso de rodillas con el rostro sobre el suelo y oró por lluvia. No vino la lluvia. Así que volvió a orar. La lluvia no cayó. Oró otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. Y otra vez. ¡Oró siete veces! Finalmente, apareció una pequeña nubecita que mostraba la respuesta de Dios. Antes de que Elías pudiese ponerse a resguardo, la lluvia comenzó a caer.[2] Elías había prevalecido en oración.

Cientos de años antes de Elías, el nieto de Abraham, Jacob, regresaba a Canaán después de veinte años de exilio. Su intención era reclamar la herencia que le había comprado a su hermano Esaú y le había robado a su padre, Isaac. Cuando llegó al límite de la tierra prometida, que estaba delimitada por el río Jaboc, envió a su familia, al ganado y a sus siervos delante de él.

Ya estaba anocheciendo cuando comenzó a caminar para seguirlos. Pero en el camino, se le interpuso un Hombre que no lo iba a dejar pasar. Jacob entonces peleó con el Hombre toda la noche, negándose a ceder y a rendirse. Finalmente, el Hombre le quebró la cadera. Pero en lugar de desmoronarse delante de sus pies y gemir por la derrota y autocompasión, Jacob rodeó al Hombre del cuello y le dijo que no iba a dejarlo ir hasta que no lo bendijera. ¿Y quién era ese Hombre? Nada menos que Dios el Señor. Entonces, allí, bendijo a Jacob.[3] Jacob había prevalecido en oración.

¿Qué significa prevalecer en oración? Dicho simplemente, significa perseverar hasta que recibas la respuesta. Significa dibujar un "círculo" a tu alrededor en la tierra y negarte a salir de allí hasta que Dios envíe la "lluvia". Significa estar echado sobre tu rostro y negarte a conformarte con menos de lo que Dios ha prometido.

Significa colocar tus brazos de fe alrededor del cuello del Padre y aferrarte con fuerza a Él hasta que te bendiga. Pero para perseverar debes estar seguro y saber que aquello por lo que estás orando es lo que Dios quiere darte. ¿Y cómo sabes qué es lo que quiere darte? Tienes que basar tu oración en la Palabra de Dios. Luego, te aferras a Él a través de la oración que prevalece.

Si bien la oración perseverante no significa necesariamente que literalmente dibujes un círculo ni que te quedes en un determinado lugar veinticuatro horas los siete días de la semana, sí significa que tu espíritu mantenga una posición de oración delante de Dios hasta que recibas una respuesta. Significa que envuelvas tu corazón y tu mente con lo que sea que le estés pidiendo a Dios hasta que Él responda. Por un lado, si continuamos repitiendo la misma oración una y otra vez, se supone que nos falta fe para creer que Dios escuchó nuestra oración y que va a responder. Por otro, después de haber orado una vez, no podemos tan solo cejar hasta que no obtengamos la respuesta. Necesitamos orar como Elías —una y otra vez hasta que tengamos la seguridad de que Dios ha escuchado y va a responder—, luego, agradecerle con fe por la respuesta aun antes de que llegue, y ponernos de pie.

Daniel no tuvo que esperar mucho hasta recibir la seguridad de que Dios había escuchado su oración, fue inmediata. Había suplicado con una confianza completamente centrada, con una confesión desgarradora y con una claridad precisa. Incluso antes de que terminara de orar, la carga ya no estaba sobre su espalda cuando recibió una respuesta que vino a través de una entrega especial: "Y mientras yo seguía orando, el ángel Gabriel […] me hizo la siguiente aclaración: 'Daniel […]. Tan pronto como empezaste a orar, Dios contestó tu oración'" (9:21-23). *¡Su oración había movilizado el cielo!*

¡La increíble revelación fue que el cielo se movilizó tan pronto como Daniel empezó a orar! Dios no quería ver cuánto tiempo iba a estar ayunando Daniel. Dios no quería ver cuánto tiempo iba a dejarse el rostro cubierto de cenizas o iba a estar con ropa de luto.

La oración de Daniel no es un ejercicio legalista en el que tú y yo debemos demostrarle a Dios que somos lo suficientemente espirituales, valiosos, humildes, sinceros o desesperados como para merecer una respuesta.

Dios mira el corazón de la persona que está orando. A Él lo mueve nuestra confianza en Él. Que confiemos solamente en Él. No es un Dios complementario. Cuando oramos, no podemos tener varias opciones debajo de la manga. No podemos tener un plan A y, si no funciona, un plan B, y luego direccionar la oración como si Dios fuera un plan alternativo.

La oración de Daniel es una oración que está completa, total y exclusivamente centrada en Dios. Oramos absolutamente convencidos de que si Dios no cumple sus promesas, nosotros no lo lograremos. Que si Él no nos ayuda, no recibiremos ninguna otra ayuda. Si Él no nos salva, estamos perdidos. Pero aquellos que ponen su confianza en Él y solamente en Él, descubrirán que es el Dios de lo imposible y que se deleita en revelar su poder para abrir caminos donde no los hay. Él es un Dios de milagros al que también le encanta animarnos a orar.

INMEDIATAMENTE ANIMADOS POR LA ORACIÓN

¡Cuán asombroso sería si mientras estamos orando, apareciera un ángel con la respuesta a nuestra oración! Si bien casi siento un poco de envidia por la manera en que Daniel recibió la respuesta, personalmente nunca tuve una experiencia así, pero sí he recibido respuestas a mis oraciones a través de "mensajeros" designados por Dios.

Me viene a la mente un mensajero en especial, porque la respuesta que me dio fue un punto de inflexión decisivo en mi vida durante un tiempo de dificultad. Hace algunos años, en mi ministerio, descubrí que una persona que trabajaba de tiempo completo en mi equipo tenía simultáneamente otro trabajo. Cuando la confronté, se puso furiosa, me acusó de mentir, insistió en que

tenía derecho a complementar sus ingresos, pasó por encima de mí y apeló a la junta directiva. Después de escucharla plantear su caso minuciosamente, la junta recomendó de forma unánime que la despidieran. Y así fue. Aunque había firmado un contrato escrito con los otros dos directores del ministerio, cuando se fue, ellos se comprometieron a permanecer. Sin embargo, dos semanas después de su despido, ambos directores presentaron su renuncia.

De repente, quedé con un ministerio que tenía por delante cuatro eventos nacionales e internacionales importantes dentro de los siguientes nueve meses, pero sin directores que me ayudaran a lograrlo. Decir que oré es un eufemismo. Fui lanzada a la estratósfera de la fe donde Dios —y solamente Dios— era mi refugio y mi fortaleza. Estaba centrada completamente en Él, sabiendo sin lugar a duda que si Él no me ayudaba, no tendría ninguna otra ayuda y mi ministerio colapsaría.

Dentro de las veinticuatro horas, Dios envió a su mensajero con una respuesta inmediata. El mensajero era el esposo de una de las mujeres que era un miembro de la junta. Yo estaba en una reunión que "casualmente" se había planificado para el día siguiente en que supe del éxodo masivo de directores. Esta mujer y su esposo, Vicki y Ray Bentley, también se encontraban entre los asistentes a la reunión. Los tres acabábamos de hablar acerca de mi situación cuando salíamos de almorzar y nos dirigíamos hacia el siguiente seminario de la conferencia.

Mientras íbamos caminando por el corredor del hotel, me contaron que recientemente habían regresado de Mount Vernon, el lugar de origen del presidente Washington. La cabeza me daba vueltas mientras pensaba: *¿Qué tiene que ver eso con la situación en la que me encuentro?* Pero seguí escuchando. Ray continuó diciendo que a él le encantaba George Washington y que una lección que había aprendido es que nunca habría ganado la guerra de la Independencia, pero lo logró porque Dios le había acercado grandes generales que lo ayudaron. Entonces Ray me detuvo, puso las manos sobre mis hombros para que lo mirara directamente a los

ojos y me entregó la respuesta inicial a mi oración: "Anne, Dios te traerá generales".

En lo profundo de mi corazón, la carga fue quitada. *Sabía* que Dios había escuchado mi oración y me ayudaría. Te aseguro que mantuve una posición de oración dentro de mi corazón mientras continuaba esperando las respuestas específicas, pero la paz de Dios que desafía toda lógica me inundó el corazón y nunca desapareció. Recibí un gran ánimo al "entender con claridad" que Dios había escuchado mi oración y ciertamente me ayudaría.

INMEDIATAMENTE ANIMADOS POR LA AFIRMACIÓN

Daniel también sabía que Dios lo ayudaría. El hecho mismo de que Dios le había enviado a Gabriel para darle un mensaje debe de haber aliviado de inmediato la carga que tanto pesaba sobre su corazón. Hasta ese momento, Daniel no había estado seguro de si había interpretado la profecía de Jeremías de forma adecuada. No estaba seguro de si había estado orando de la manera apropiada. No estaba seguro en absoluto de si alguien lo estaba escuchando o se estaba preocupando o haciendo algo en respuesta a su oración.

Así que el mensaje de Gabriel no solo alivió la carga de Daniel al transmitirle que Dios lo había oído, sino que también afirmó la personalidad de Daniel cuando Gabriel reveló: "Daniel […] tú eres muy apreciado" (9:22-23). ¡De qué manera esas cinco palabras deben de haberlo entusiasmado! Saber que Dios no solo prestó atención a Daniel, sino que también sabía su nombre. Saber que Dios no solo fue movido por su oración, sino que el Dios del universo —el Creador Todopoderoso—, el que es Jehová de Abraham, de Isaac y de Jacob, el gran YO SOY de Moisés —el Dios vivo— lo tuvo en gran estima. Qué revelación asombrosa para un hombre mayor, aislado en una habitación de un piso superior, esclavizado en una tierra extranjera, que había estado derramando su corazón mientras intercedía ante Dios por su nación y su pueblo.

Esta afirmación es algo que tú y yo debemos comprender con nuestra mente y nuestro corazón al mismo tiempo que consideramos orar la oración de Daniel. ¿Si no hubiese ninguna otra recompensa a la oración que obtener la gran estima del cielo, acaso eso en sí mismo no sería suficiente?

¿Qué impacto tendría que nuestro empleador no nos tuviera en cuenta?

¿Qué impacto tendría que nuestro cónyuge no nos amara?

¿Qué impacto tendría que nuestros hijos no nos agradecieran?

¿Qué impacto tendría el que no tuviéramos cónyuge ni hijos?

¿Qué impacto tendría que nuestros padres nos desheredaran?

¿Qué impacto tendría que nuestro mundo no nos honrara?

¿Qué impacto tendría que no lográramos nuestras metas?

¿Qué impacto tendría que nuestro pastor no nos visitara?

¿Qué impacto tendría que no tuviéramos un título universitario?

¿Qué impacto tendría que nunca fuéramos ricos… o estuviéramos sanos?

¿Qué impacto podrían tener todas estas situaciones mientras tengamos la bendición, la aprobación, la afirmación y la alta estima del cielo? Cuando ya está todo dicho y hecho, nada más importa, ¿no es cierto?

Si bien los temas de la lista anterior pueden causar dolor y angustia, ninguno de ellos interfiere o impide que recibamos la bendición de Dios. Tú y yo debemos vivir para la gloria y el deleite de Dios. Nada más ni nada menos. Es posible que el mundo nos

desprecie y al mismo tiempo el cielo nos tenga en alta estima. Y también es verdad lo opuesto. Es posible tener una alta estima en la tierra y no tener ninguna trascendencia en lo absoluto en el cielo. Piensa en ello. ¿En cuál te ubicas?

Si entras en la oración de Daniel buscando movilizar el cielo y cambiar las naciones, serás una persona altamente estimada por Dios. ¡Eso es más que alentador! ¡Es sensacional! ¡Es alucinante! ¡Hace que todos los ayunos, las cenizas, los lutos y las horas que pasamos en oración valgan la pena multiplicados por cien!

Pero Dios también traerá a tu vida personas visibles que te afirmarán y bendecirán. Mientras yo atravesaba esos meses de confusión y alboroto en el ministerio, Dios derramó su bendición sobre el resto del equipo ministerial que se unieron a mí en la oración, amor y trabajo arduo. Todas las iniciativas se iban completando con excelencia, ¡para la gloria de Dios! Y la junta directiva me sostuvo con palabras de exhortación, aliento y apoyo inquebrantable. Uno por uno, Dios trajo a sus generales. Nuevos miembros del equipo que no solo estaban increíblemente preparados, sino con un corazón humilde, de servicio. Mi ministerio prosperó y continúa prosperando mientras permanecemos enfocados en Él, llenos de su Espíritu Santo y encendidos para hacer la tarea que nos manda.

INMEDIATAMENTE ACLARADO

Daniel no solo recibió un gran elogio, sino que además Gabriel le reveló y le dijo: "he venido en este momento para que entiendas todo con claridad" (9:22). Como ya vimos, Daniel aprendió cómo orar y por qué orar mientras lo hacía. La oración es casi como una rosa que comienza como un capullo bien cerrado, pero luego florece por completo a medida que oramos, tomando forma y un objetivo más enfocado, mientras Dios nos trae a la memoria las promesas de su Palabra y nos acerca mensajeros que nos afirman.

A veces mis oraciones están bien cerradas cuando comienzo porque me encuentro en pánico. La desesperación me hacer ver una sola forma de orar y, por lo general, es algo así como: "¡Sácame de esto! ¡Líbrame!". Mientras mi espíritu permanece postrado ante Dios, le ruego que me rescate. Lucho y peleo, pero lo único que recibo es silencio. Así que en el silencio, cuando me veo aun postrada y rogando, comienzo a aquietar mi espíritu. Me calmo lentamente y elijo obedecer su mandamiento de no tener temor, mis dedos espirituales se relajan al haberme aferrado a mi petición con alma y vida, y comienzo a soltar lo que pienso que debo tener y cuándo lo debo tener.

Hace algunos años, estaba esperando liderar la campaña de avivamiento que nombramos *Just Give Me Jesus* [Tan solo dame a Jesús] en una ciudad que había tenido más desafíos de los que le corresponde. El equipo local de mujeres había perseverado fielmente y todos estábamos expectantes de la bendición que Dios iba a derramar, pues la batalla había sido intensa. Cuatro semanas antes del avivamiento, el médico me informó que tenían que hacerme una cirugía abdominal de urgencia por diverticulitis.

Me aseguró que en un mes estaría lo suficientemente fuerte para liderar la campaña. Sentí que no tenía ninguna otra opción más que obedecer, y descubrir que había un absceso en el colon me confirmó que había tomado la decisión correcta. Pero la recuperación se complicó debido a un grave caso de vértigo. Apenas podía mantenerme en pie sin tambalearme debido a la desorientación que los mareos me provocaban. Así que, con el vértigo añadido al dolor físico y a la debilidad de la cirugía, me invadió el pánico. Allí fue cuando comencé a exigirle a Dios que hiciese algo. En ese preciso momento. O al menos que hiciera algo para cuando estuviese yendo a la ciudad para la campaña de avivamiento. Sanarme. Quitarme el vértigo. Pero lo único que "escuché" fue silencio.

Le recordé a Dios, como si acaso Él se hubiese olvidado, que la plataforma que utilizaba en las campañas de avivamiento era redonda, que estaba ubicada en el centro del estadio, sostenida por

un podio con la forma de una antigua cruz de madera. Una vez allí arriba, no había lugar dónde esconderme. No tendría en qué sentarme ni nada a lo que sostenerme. Excepto la cruz. Anteriormente, cuando todavía me sentía fuerte y saludable, hubo veces en las que solo de caminar por la plataforma, mirando el contorno de la audiencia a través de las brillantes luces, me había sentido mareada. ¿Cómo podría manejar esa misma situación con mi actual condición de mareo y debilidad?

Tres veces en todo mi ministerio había colapsado estando en el púlpito. Así que sé por experiencia que es una situación horrible y nada deseable para nadie; ni para mí, ni para la audiencia, ni para los organizadores. Estaba completamente convencida de que iba a colapsar en la plataforma durante esa campaña. Estaba tan segura de que iba a desmayarme que le mandé a Fernando Ortega, que lidera la adoración en las campañas de avivamiento, que tuviese preparadas algunas canciones para cubrir los momentos incómodos y temibles cuando colapsara.

Mientras continuaba orando desesperadamente y no sucedía nada, podía "sentir" que mis dedos espirituales perdían el control de mi pedido. Finalmente, lo solté. Le dije al Señor que si mi colapso de alguna forma le daba gloria a Él, si Él quería usar una muestra pública de mi debilidad para atravesar y romper las barreras para un nuevo avivamiento, yo *estaba dispuesta*. Y en realidad lo estaba, a pesar de estar llena de temor.

La mañana siguiente, luego de entregarle mi exigencia de salud y liberación milagrosas, Dios me lo "aclaró". Estaba sentada usando la computadora, con la Biblia abierta mientras trabajaba en mis notas para uno de los mensajes, cuando mis ojos reposaron sobre el Salmo 46:5: "Dios está en ella, la ciudad no caerá; al rayar el alba Dios le brindará su ayuda". ¡Ese versículo vibraba con vida! Hasta el día de hoy, aun resuena con el sonido de la voz de Dios. Casi podía escucharlo hablarme de forma audible a través de él.

De inmediato, recibí una enorme liberación de la carga que llevaba. A la mañana siguiente, al abrir uno de los libros de

devocionales durante mi tiempo de oración, el Salmo 121:3 pareció saltar de la hoja, confirmándome lo que Dios me había dicho el día anterior: "No permitirá que tu pie resbale…". La promesa era contundente. Tuve un cambio de actitud de 180°. Comencé a alabar a Dios por la fortaleza que sabía que me daría para llevar a cabo mis responsabilidades, pero no de cualquier manera, sino de forma triunfante. Sabía con certeza que no colapsaría. Porque Él así lo decía.

Si bien, ciertamente conozco el peligro de sacar la Palabra de Dios de contexto y manipularla para que parezca que me está hablando personal y específicamente, también conozco la voz del Pastor. Después de seguirlo durante seis décadas, sé por experiencia que cuando leo la Biblia, escuchando su voz, Dios me habla de forma específica y personal. Aprendí cómo escuchar cuando Él habla a mi espíritu. Lo sé no solo por mi experiencia al moverme de acuerdo a lo que me dice y descubrir que es verdad y que "funciona", sino que también lo sé por fe. La Palabra de Dios testifica claramente sobre sí misma: "Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para reprender, para corregir y para instruir en la justicia, a fin de que el siervo de Dios esté enteramente capacitado para toda buena obra".[4] Por esa razón, sabía que Dios me había hablado y que podía confiar en su Palabra.

Cuando llegué a la ciudad donde íbamos a realizar la campaña de avivamiento, durante los primeros días participé en entrevistas en los medios y actividades de los comités. Las reuniones estaban espaciadas unas de otras para que yo tuviera tiempo para descansar y no gastara tantas energías. Pero a medida que se acercaban los días para subir a la plataforma, comencé a inquietarme otra vez. A pesar de que me había recuperado muy bien de la cirugía, todavía me sentía débil. Y el vértigo seguía invadiéndome con fuerza. No puedo recordar cómo llegué al Salmo 61:2, pero sí sé que lo usé para expresar mis miedos: "… te invoco, pues mi corazón desfallece; llévame a una roca donde esté yo a salvo". Una vez más, Él me dio claridad con el Salmo 40:2-3: "Anne, pondré [tus] pies sobre una

roca, y [te] plantaré en terreno firme. Pondré en [tus] labios un cántico nuevo, un himno de alabanza a nuestro Dios. Al ver esto, muchos tuvieron miedo y pusieron su confianza en el SEÑOR".

Mientras estaba sobre la plataforma, durante la reunión del viernes por la noche, y una vez más el sábado por la mañana para las diversas reuniones que durarían hasta las cinco de la tarde, interiormente alababa a Dios por ser mi escondite y porque sus promesas eran la roca sobre la cual podía sostenerme. Él era fiel a su Palabra. Mis pies no iban a resbalar ni a colapsar. Pero Él me probó.

Cerca del final de la última reunión le conté a la audiencia lo que me había estado sucediendo para que pudieran "ver y temer y poner su confianza en el Señor". Sabía mejor que nadie que estaban vislumbrando la gloria de Dios y quería que la "vieran". El enérgico aplauso afirmaba que sus ojos se habían abierto.

Casi antes de terminar de decirles a las miles de personas reunidas a mi alrededor sobre el poder y la fuerza de Dios que nos sostiene, el mareo me abrumó otra vez. Las palabras se frenaron de forma incontrolable y comencé a pronunciar mal. Me sostuve del podio con forma de cruz, y mientras la boca continuaba dando el mensaje, mi corazón rogaba en oración: "¡Señor, tú lo prometiste! Si me caigo, toda la audiencia se llevará un mensaje diferente al que acabo de dar. Verán que no pueden confiar en ti. Que no pueden depender de ti. Señor, por favor, por la gloria de tu nombre sostenme. Permíteme terminar. *Ayúdame, por favor*".

Una vez más, la respuesta fue inmediata. Esta vez vino como una fresca y refrescante brisa. El mareo desapareció. Las palabras se volvieron claras. En lugar de colapsar, terminé con más fuerza. Cuando hice la invitación para aquellos que querían rendir su vida al servicio de Jesús, casi toda la audiencia se puso de pie. Fue un final glorioso.

Cuando terminó la campaña, le pregunté al productor si él o algunos de los muchachos del camión de video habían visto que estaba con problemas y encendieron un ventilador para ayudarme.

Se rio y me respondió: "Anne, en ese antiguo estadio no se puede encender ningún ventilador aunque quisiéramos. No, no hicimos nada". Entonces, ¿qué había causado la brisa en un lugar cerrado y sofocante? ¿Fue provocado por Gabriel abanicando sus alas frenéticamente? ¿O quizá tan solo el aliento del Espíritu Santo soplando sobre la plataforma y guardando su promesa de que me ayudaría y no me dejaría caer? Si bien no sé de dónde vino esa brisa, sí sé que vino, y que Dios respondió mi oración de inmediato, para la gloria de su nombre.

Seré la primera en reconocer que no todas las oraciones reciben una respuesta inmediata y con claridad. Cuando la respuesta tarda, a veces puedo desanimarme y renunciar, en lugar de prevalecer en oración. Lo que hace que me pregunte… qué respuestas, bendiciones y milagros me perdí…

Porque no estuve dentro del "círculo" hasta que el cielo se movilizó.

Porque me rendí después de la sexta vez de interceder.

Porque cuando Dios aparentemente se negaba a ceder a mi pedido, mi fe colapsó y no esperé hasta recibir su bendición.

Así que decidí quedarme dentro del círculo, continuar orando, esperar en la gran voluntad de la fe hasta recibir lo que Él prometió. ¿Y qué ha prometido a su pueblo?: … si mi pueblo, que lleva mi nombre, se humilla y ora, y me busca y abandona su mala conducta, yo lo escucharé desde el cielo, perdonaré su pecado y restauraré su tierra".[5]

¿Te unes a esta misma determinación? Clava la estaca de tu fe en la profundidad de sus promesas. No renuncies. No te rindas. No decaigas. No colapses. No te conformes con menos que la oración

que moviliza los cielos y cambia naciones. Tu nación. Para la gloria de su nombre.

8
RESPUESTA DEFINITIVA

Era un día típico en Jerusalén. Al igual que un enorme horno de ladrillos, las calles de piedra y los edificios absorbían y reflejaban el sol, haciendo la tarde sofocante. En caso de haber alguna suave brisa, los edificios la bloquearían y nunca encontraría el camino hacia el centro de la ciudad. Las moscas zumbaban, los burros rebuznaban, pero los perros eran lo suficientemente inteligentes como para acurrucarse a la sombra del puesto de un mercader y esperar hasta el fresco de la tarde antes de aventurarse a salir.

A medida que el joven se hacía camino a través de las calles empedradas, veía a su alrededor a los vendedores pregonando sus mercancías, se metía entre los carros que apenas pasaban entre los angostos callejones y se abría paso a través de las multitudes de clientes que compraban los últimos productos antes de volver a sus casas a última hora de la tarde. El olor a pescado cocido, a cordero asado, a pan horneado se mezclaba con el olor a excremento fresco de los animales y a sudor humano. Pero sobresalía el aroma del humo que provenía de la zona del templo. Durante toda su vida, los recuerdos incluían no solo las imágenes, sino los olores de la ciudad que amaba y a la que llamaba hogar.

Entre los espacios de los edificios podía echar un vistazo a su destino. Era casi imposible perderse. El templo de Salomón. El pináculo tenía sesenta y tres metros de alto. *Veinte pisos*. A la luz del sol, la piedra caliza del exterior brillaba hasta hacer que el

deslumbrante reflejo lo cegara. Estaba ubicado en el punto más alto de la ciudad conocida como el Monte Santo.

El niño finalmente llegó al pie de la amplia escalera que daba a los arcos ornamentados en la pared que rodeaban el templo. Respiró bien profundo el aire fresco, sintió la suave brisa que provenía del valle de Cedrón y miró hacia arriba. Desde la base de los escalones, no llegaba a ver el templo en sí mismo. Desde allí, la visual estaba bloqueada por un muro increíblemente alto que rodeaba toda el área del templo. Pero sabía que el templo estaba allí. Así que comenzó a subir los escalones que tenían un ancho irregular, aunque él quería subir corriendo. Sabía que debía hacerlo con cuidado porque si no, se resbalaría y caería. Así que subió despacio. Con reverencia. Un paso amplio por vez.

A medida que el niño se acercaba al área del templo, podía escuchar el sonido de los levitas cantando y tocando sus instrumentos en la entrada. Podía ver los distintos rituales y los pequeños grupos de personas reunidas debatiendo la Torá, la ley de Jehová. La zona que rodeaba el templo estaba dividida en secciones a las que podían acceder los gentiles, las mujeres, los hombres israelitas, los levitas y los sacerdotes.

Debido a que ya era mayor de edad, podía entrar al patio para los hombres judíos. Y eso es lo que hizo. Una vez allí, sabía que se había acercado lo más posible al sitio donde se decía que Dios habitaba. A ese espacio lo llamaban el Lugar Santísimo. Se encontraba en los huecos internos del templo, al que se accedía una vez al año, pero solo podía hacerlo el sumo sacerdote. Pero él ahora estaba cerca. Lo más cerca que jamás había estado.

Era media tarde. ¡Entonces la vio! La primera columna de humo que salía del lugar del sacrificio de la tarde. Era como una bandera de color gris frente al cielo azul cobalto, que se elevaba por encima del templo, recordándoles a los adoradores que su pecado requería un sacrificio. Él sabía que mataban a los corderos y los ofrecían en el altar con ese propósito. Su joven corazón saltó de golpe. Eso era lo que él quería. Más que nada. Quería ser libre de la carga de la culpa

que pesaba en extremo sobre sus tiernos hombros. Anhelaba con todo su ser entrar al Lugar Santísimo. Era un adorador… con todo su corazón, mente, alma y joven cuerpo.

Si bien utilicé mis propios pensamientos e imaginación para esbozar esta historia, recuerdos como esos seguramente inundaban la mente de Daniel de vez en cuando. Sabemos que nunca olvidó la experiencia de su niñez de crecer en Jerusalén, demostrada en el hecho de que cuando oraba siempre abría la ventana que daba hacia su amada ciudad. Pero también, seguramente sabía sobre la devastación provocada por el rey Nabucodonosor y el ejército babilónico después de su captura. No solo habían destruido la ciudad de Jerusalén, sino que también habían allanado el templo y, por lo tanto, ya no quedaba nada. El bronce, el oro, los tesoros, los objetos; se habían apoderado de todo. Se lo habían llevado a Babilonia. Ninguna de las personas que amaban y adoraban a Dios lo olvidaría jamás.

Daniel había visto con sus propios ojos cómo los sagrados vasos de oro que se habían utilizado para adorar al Dios vivo en el templo, ahora eran usados en las fiestas paganas para el placer de un rey babilonio caprichoso y borracho.[1] Sabía que la ciudad de Jerusalén no era nada más que ruinas. Y el templo había sido una pila de escombros durante cuarenta y siete años. Sin el templo, no se había elevado ninguna columna de humo por cuarenta y siete años, tampoco se había vuelto a hacer ningún sacrificio.[2]

Mientras Daniel oraba, debe de haber estado observando a través de la ventana de su habitación en el piso superior, visualizando la ciudad que una vez conoció. Sabemos que se acordaba del templo y del humo que subía hacia el cielo. Sabemos por su oración que su corazón estaba lleno de ansias por ese día en el que se reconstruiría el templo. El día en que los sacrificios se restituirían. En que las calles de Jerusalén una vez más volverían a estar llenas de multitudes de personas subiendo a la casa del Señor con canciones en los labios y gozo en el corazón, llevando un

cordero sin mancha. Su corazón estaba tan lleno, que estaba a punto de explotar por la intensidad del deseo de ver que las naciones del mundo reconocieran otra vez que Jehová de Israel es Dios, y se asombraran ante Él.

Estos pensamientos deben de haber estado en la mente de Daniel, porque Dios le respondió de una manera sutil, pero simbólica. Él lo recordaba claramente: "Yo seguí hablando y orando al SEÑOR mi Dios. Le confesé mi pecado y el de mi pueblo Israel, y le supliqué en favor de su santo monte. *Se acercaba la hora del sacrificio vespertino*. Y mientras yo seguía orando, el ángel Gabriel, a quien había visto en mi visión anterior, vino en raudo vuelo a verme" (9:20-21, énfasis añadido). Ese es un mensaje inconfundible. Dios no es caprichoso ni actúa por casualidad. Él es resuelto no solo en lo que dice, sino en la manera en que lo dice, en cómo y cuándo lo dice.

Así que… ¿por qué la respuesta de Dios a Daniel llegó a la hora del sacrificio vespertino?

Pensemos juntos por un momento, porque nadie lo sabe con seguridad. Lo que sí conocemos es que Dios respondió la oración de Daniel de forma inmediata, mientras todavía estaba orando. Y conocemos también que Dios respondió esa oración de forma específica, como lo veremos en el próximo capítulo. ¿Podría ser también que Dios estuviera enfocando su atención en la respuesta definitiva?

Porque la oración de Daniel es un pedido, a gritos, de libertad. Es un anhelo por ir a casa. Es una presión, una pasión avasalladora por ver el nombre de Dios exaltado, honrado, reverenciado como resultado de la restauración de su pueblo al lugar de bendición. ¿Podía ser acaso que Dios estuviese revelando un misterio? ¿Un secreto? ¿Que la respuesta definitiva a todo lo anterior fuese a suceder cerca de quinientos años más tarde? ¿Cerca de las tres de la madrugada, a la hora del sacrificio vespertino? ¿En el Monte Santo del Calvario, mientras le daban muerte al Cordero inmaculado de Dios como sacrificio por el pecado del mundo?

Quiero tener cuidado de no poner las palabras en la boca de Dios, pero ¿es posible, en esencia, que Dios estuviese expresando algo como lo que sigue?

> Daniel: te escuché y voy a responder a tu oración. Liberaré a tu pueblo. Irán a casa. La ciudad de Jerusalén y el templo serán reedificados. Los sacrificios volverán a tener lugar. Pero, amado mío, apreciado Daniel, hay más. Mucho más. La ciudad de Jerusalén y el templo son tan solo réplicas. Son sombras del hogar celestial en el que un día habitaré con mi pueblo para siempre.[3] Y los sacrificios son tan solo ayudas audiovisuales que apuntan al Cordero. Cada vez que alguien ofrece un sacrificio en el templo, le otorgo un pagaré invisible, debido a que la sangre de los corderos, de los becerros y de los machos cabríos no pueden quitar el pecado.[4] Así que un día enviaré a mi propio Hijo como el Cordero que dará su vida por el pecado del mundo.[5] Su muerte pagará la deuda de todos aquellos pagarés. Y para siempre, cada una de las personas que coloque su fe en Él recibirá el perdón de sus pecados, la limpieza de su culpa y la salvación de mi juicio. Un día, Daniel, ¡serán verdaderamente libres! Libres, de una vez por todas, de la culpa y el poder del pecado. Un día, mi Hijo abrirá las puertas del cielo y todos aquellos que confían en Él vivirán conmigo en la Nueva Jerusalén para siempre.[6] ¡Un día todos irán a casa! ¡Oh, Daniel, hay una respuesta definitiva a tu oración, y su nombre es Jesús!

Estoy convencida de que la respuesta definitiva a la oración de Daniel en la actualidad todavía es Jesús. Porque las personas siguen estando cautivas. No están cautivas necesariamente en manos de los babilonios o los persas, aunque algunas seguramente lo estén, sino en manos del verdadero enemigo de nuestra alma: el diablo. Hoy las personas están tan esclavizadas por el diablo como ciertamente lo estaban en los días de Daniel por los babilonios. El

diablo los ha atado con las cadenas del pecado y el egoísmo, de la codicia y la avaricia. Es por la esclavitud del hombre y la mujer, del joven y del anciano, de cada nacionalidad, idioma y cultura, que estoy obligada a orar para que toda persona en todas partes sea salva y llegue a conocer la verdad.[7]

Y que no quepa la menor duda. La verdad es Jesús.[8] Jesús es el libertador de nuestra alma. Es el exterminador de nuestro enemigo. Es el Cordero de Dios que murió para redimir nuestros pecados. Pero también es el León de Judá que da un grito de victoria sobre todas las cosas, sobre todas las personas que nos tengan en cautiverio. Jesús murió para romper las cadenas de la esclavitud del pecado. Se levantó de la muerte para abrir las puertas de la prisión, para que podamos entrar en la verdadera vida eterna y abundante en su nombre. Ascendió a la diestra de autoridad y poder de Dios donde aún ahora está haciendo su oración, no la oración de Daniel, sino su propia oración de Sumo Sacerdote por la vida de cada uno de nosotros.[9]

En este momento, está obrando para edificar la Nueva Jerusalén para nosotros como el hogar celestial donde moraremos con Él para siempre.[10] Y en un día glorioso regresará para juzgar y gobernar el mundo. ¡Un día las naciones del mundo se convertirán en el Reino de nuestro Dios y de Cristo! ¡Aleluya! "¡Aleluya! La salvación, la gloria y el poder son de nuestro Dios"[11] y de su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. "¡Aleluya! Ya ha comenzado a reinar el Señor, nuestro Dios Todopoderoso. ¡Alegrémonos y regocijémonos y démosle gloria!".[12] Él es la respuesta definitiva. La oración de Daniel moviliza el cielo y transforma una nación cuando una persona se entrega por completo a Jesús…

Una persona como el apóstol Pablo que testificó: "Este mensaje es digno de crédito y merece ser aceptado por todos: que Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero. Pero precisamente por eso Dios fue misericordioso

conmigo, a fin de que en mí, el peor de los pecadores, pudiera Cristo Jesús mostrar su infinita bondad. Así llego a servir de ejemplo para los que, creyendo en él, recibirán la vida eterna".[13] Pablo continuó transformando su mundo contemporáneo mientras proclamaba la respuesta definitiva a través de su testimonio, de su predicación, como también de sus escritos, que comprenden gran parte del Nuevo Testamento.[14] En poco más de trescientos años después de Pablo, el evangelio se había difundido tanto en el mundo conocido que el cristianismo fue adoptado como la religión oficial del Imperio romano. Pablo había movilizado el cielo y cambiado el mundo.

Una persona como William Carey (1761–1834), un zapatero que escuchó el llamado de Dios en la quietud de su zapatería: "Si la tarea es que los hombres crean en el evangelio…, entonces la tarea es que aquellos a los que se les encomienda el evangelio procuren darlo a conocer en todas las naciones". Se cuenta que rompió en llanto y respondió con las palabras de Isaías: "Aquí estoy. ¡Envíame a mí!".[15] Abrazó la respuesta definitiva y proclamó el evangelio en India durante cuarenta y un años.

A Carey se lo considera el misionero más importante del mundo moderno. Tradujo las Escrituras a cuarenta idiomas diferentes y las publicó, y trabajó exitosamente para prohibir el rito *satí*, la práctica de quemar vivas a las viudas cuando el esposo moría. Uno de los títulos de sus sermones se ha citado miles de veces para resumir su vida de servicio: "Espera grandes cosas de Dios. Intenta grandes cosas para Dios". El cielo se movilizó y la nación de la India cambió.[16]

Una persona como David Livingstone (1813—1873), quien a la edad de diez años aceptó a Jesús como su Salvador. Poco tiempo después, declaró el propósito para su vida: "Es mi deseo mostrar mi adhesión a la causa de Aquel que murió por mí, entregando mi vida al servicio de Él". Su corazón estaba quebrantado al pensar que millones de personas estaban muriendo sin conocer el evangelio. Su carga era específicamente por el continente africano. Y por ese

motivo escribió: "En lo que a mí respecta, estoy decidido a abrir las puertas de África o morir". Ese objetivo comprendía que cada africano tuviese la oportunidad de conocer a Jesús. Como resultado, el cielo se movilizó y un continente entero se transformó a medida que las exploraciones, los mapas y el mensaje de David Livingstone abrían el interior.

Una persona como Hudson Taylor (1832–1905), quien siendo un muchacho renunció a la fe de sus padres, pero a la edad de diecisiete años aceptó a Jesús como su Señor y Salvador personal. Como misionero británico, fundó la Misión al Interior de China para proclamar la respuesta definitiva durante cuarenta y cinco años en cada provincia de China. El cielo se movilizó y la nación cambió; como resultado, hoy en día la iglesia china es una de las más grandes y de más rápido crecimiento en el mundo.

Una persona como C. T. Studd (1860–1931) —un joven muchacho rico y privilegiado que era reconocido nacionalmente como jugador de cricket y capitán de su equipo en Eton College, en Inglaterra— que a los dieciocho años, al enfrentarse a la pregunta: "¿Eres cristiano?", no se sentía convencido de serlo. Con sus propias palabras relata: "Me arrodillé y dije 'gracias' a Dios. Entonces el gozo y la paz vinieron a mi alma. Supe que había nacido de nuevo y la Biblia que antes había sido tan seca, se convirtió en mi todo". Se dice que fue un vivo ejemplo de lo que significa aceptar a Jesús sin tener en cuenta el costo ni mirar atrás. Se lo recuerda por haber dicho: "Algunos quieren vivir dentro del sonido de la campana de la iglesia o la capilla, yo quiero inaugurar un centro de beneficencia a una yarda del infierno". Y así lo hizo. El cielo se movilizó y las naciones se transformaron mientras él proclamaba la respuesta definitiva en China, India y el corazón de África.[17]

Una persona como Jim Elliot (1927—1956), que aceptó a Jesús a la tierna edad de seis años. Creció con sus padres que eran devotos del evangelio y que lo alentaron a ser aventurero en su vida para Cristo. Siendo un adulto joven, se sintió llamado a llevar la respuesta definitiva a los indios quechua de Ecuador. Mientras trabajaba con

ellos, supo sobre un grupo violento e inaccesible cuyo nombre significa "salvaje", los indios auca. Él y otros cuatro misioneros hicieron contacto con ellos.

Después de recibir respuestas alentadoras a sus propuestas, los cinco misioneros aterrizaron su pequeño avión junto al río Curaray, donde establecieron su base. Pero en lugar de encontrar la cordialidad del anterior grupo de indios, los auca hirieron con lanzas a los cinco hombres y los asesinaron. A pesar de que la vida de Jim Elliot fue corta, demostró su creencia fundamental en su cita más famosa: "No es necio el que entrega lo que no puede guardar, para ganar lo que no puede perder".

El poderoso testimonio de Jim Elliot resonó en todo el mundo cuando apareció su historia de la tapa de la revista *Life* poco después de su muerte. Su esposa, Elizabeth Elliot, una autora y oradora muy reconocida, continuó con su legado escribiendo dos biografías que describían la vida y muerte de su esposo: *La sombra del Todopoderoso* y *Portales de esplendor*, biografías que expandieron el ministerio de él al desafiar a una nueva generación a llevar el evangelio a las partes más inhóspitas de la tierra. Y en 2006 se presentó la película *A punta de lanza*, que narra una crónica del exitoso y continuo esfuerzo por alcanzar a los nativos de Ecuador. El cielo se movilizó y tanto los aucas como también muchos "salvajes" del mundo civilizado fueron transformados radical y eternamente.

Un hombre como Azzam, un antiguo pirata en algún lugar de la actual Somalia que viaja en ataúdes debajo de los cadáveres, pues sabe que los musulmanes somalíes no abrirán los féretros ni tocarán un cuerpo muerto, y mucho menos mirarán debajo. Así Azzam viaja "a salvo" en los ataúdes bajo los cadáveres, sale de Somalia hacia Kenia, donde le entregan un cargamento de Biblias. Vuelve a viajar hacia Somalia en otro féretro, debajo de un cuerpo, con un precioso cargamento de la Palabra de Dios que muchas personas de su zona están desesperadas por leer. ¿Cómo pudo a tomar la decisión de involucrarse en semejante misión?

Azzam nació y creció como musulmán, pero había estado teniendo sueños sobre Jesús. Buscó a su imam para obtener respuestas, pero el hombre lo regañó y golpeó con violencia. Cuando su madre descubrió que soñaba con Jesús, le ordenó que se fuera de la casa por su propia seguridad y nunca más regresara. Así lo hizo. Caminó cientos de kilómetros, convencido de que su padre no sería capaz de encontrarlo.

Pero estaba equivocado. Su padre era un poderoso caudillo que lo ubicó rápidamente y le envió un paquete. Cuando Azzam lo abrió, se estremeció y sintió náuseas al encontrar a su madre cortada en pedacitos. Había una fotografía dentro de una bolsa de plástico. Era una imagen de su madre arrodillada frente a dos hombres con los cuchillos encima de ella. El día que él abrió el "paquete" fue el día que abrazó la respuesta definitiva al entregar su vida a Jesucristo como su Señor y Salvador.

Aquí es cuando la historia se vuelve aún más increíble. Porque Azzam buscó a los dos hombres que habían asesinado a su madre. Les dijo que los perdonaba. Les dijo también que Jesús los amaba y que perdonaba a los asesinos. Los dos hombres, Mahdi y Yasin, aceptaron la respuesta definitiva y declararon a Jesús como su Salvador. Luego, le confiaron: "Mientras la matábamos, las últimas palabras de tu madre fueron: 'Jesús, Jesús, te amo'".

Sin duda, el cielo se movilizó y se sigue movilizado por estos radicales seguidores de Jesús. Y aunque Somalia aún tiene que cambiar, lo logrará algún día. Un corazón a la vez.[18]

Porque la respuesta definitiva a la oración de Daniel…, la respuesta definitiva que moviliza el cielo y cambia las naciones no es la política…

… ni la educación,

… ni un ejército poderoso,

… ni las armas nucleares,

… ni la religión,

… ni una denominación en particular,

… ni una mejor organización,

… ni el capitalismo,

… ni el socialismo,

… ni el radicalismo,

… ni más trabajo,

… ni más dinero.

¡La respuesta definitiva es Jesús!

Así que no solo ores la oración de Daniel. Sé parte de la respuesta definitiva, abrazando a Jesús por completo. Luego, preséntaselo a alguien más anunciándole el evangelio. Movilizarás el cielo. Nuestra nación y el mundo cambiarán. Una persona a la vez. *¡Para la gloria de su nombre!*

9
RESPUESTA ESPECÍFICA

Gedeón fue un hombre que vivió en Israel antes de la época de los reyes, cuando a la nación la guiaban los jueces. Era un hombre tímido que, en sus propias palabras, era miembro de la tribu más débil de Israel y también el miembro más insignificante de su familia. Tenía tanto temor a la invasión de los madianitas y a la destrucción atroz que dejaban a su paso, que trillaba el trigo bajo un lagar.

Cierto día, observó su trabajo un Hombre que estaba sentado bajo un roble cercano. Solo miraba. Luego, el Hombre le hizo el siguiente comentario al tímido granjero: "¡El Señor está contigo, guerrero valiente!". Supongo que Gedeón miró a su alrededor para ver a quién le estaba hablando, porque seguramente nadie se dirigía a él de esa manera. Pero el Hombre le estaba hablando a Gedeón. El Hombre era el Señor.

El Señor le dijo a Gedeón que lo había escogido para liberar a Israel de los madianitas. No solo es asombroso, sino que me parece alentador. Dios vio el potencial de Gedeón, y ve el tuyo y el mío cuando nadie más lo ve, incluyéndonos a nosotros mismos. Dios sabía que si Gedeón dependía solamente de Él y avanzaba en su poder, sería ciertamente un guerrero poderoso y victorioso.

Gedeón pensó que ese sería un buen momento para orar. De forma específica. No creo que la forma en que oró indicara falta de fe. En cambio, era obvio que necesitaba la seguridad de parte de Dios de que había comprendido con precisión lo que para él debe de

haber sido una tarea impactante. Lo cual es completamente válido cuando la obediencia a lo que entendió requería no solo arriesgar su propia vida, sino también las vidas de muchas otras personas y poner en una situación vulnerable a toda su nación.

Así que Gedeón oró de forma específica y colocó un vellón. Literalmente. Le dijo a Dios: "Si has de salvar a Israel por mi conducto, como has prometido, mira, tenderé un vellón de lana en la era, sobre el suelo. Si el rocío cae solo sobre el vellón y todo el suelo alrededor queda seco, entonces sabré…". Y eso fue lo que sucedió. Gedeón se levantó muy temprano a la mañana siguiente, retorció el vellón y le sacó el rocío, y así llenó una taza de agua.

Aún con la necesidad de obtener otra confirmación sobre lo que había sido para él un encargo increíble, colocó un segundo vellón: "Esta vez haz que solo el vellón quede seco, y que todo el suelo quede cubierto de rocío". A la mañana siguiente, cuando Gedeón fue a verlo, el vellón estaba seco y todo al suelo a su alrededor estaba húmedo. De esta manera, supo que había entendido correctamente la Palabra del Señor. Avanzó con el poder sobrenatural de Dios y derrotó a los madianitas.[1]

Si bien no me hice el hábito de colocar un vellón ni tampoco animo a otras personas a hacerlo, el ejemplo de Gedeón nos recuerda ser específicos en nuestras oraciones. ¿Oras acaso de forma específica? Se dice que la persona que no le pide nada a Dios no se va a desilusionar. En otras palabras, las personas temen que si oran de forma específica van a sentirse desilusionadas cuando Dios no responda específicamente.

Conozco padres que no les enseñan a sus hijos a orar de forma específica porque temen que su fe se vea dañada cuando Dios no responda de esa manera. Por supuesto que esa actitud cautelosa hace daño a la propia fe de sus hijos al enseñarles que Él no responde específicamente.

Las personas que no oran de esta manera no se sentirán desilusionadas, pero seguramente se perderán la emoción de movilizar el cielo como evidencia de las respuestas específicas que

Dios da. Él las seguirá bendiciendo igual y dándoles una contestación. El problema es que no van a reconocerla como la respuesta porque nunca fueron específicos con lo que le estaban pidiendo. Sé lo que es orar de forma general y perderse la bendición de recibir una respuesta específica. Pero también sé lo que es orar de forma específica.

Dios me ha respondido muchas oraciones específicas, desde pedidos pequeños como…

… encontrar un lugar de estacionamiento para discapacitados vacío cuando llevaba a mi esposo al médico,

… encontrar el regalo adecuado para el cumpleaños de alguien,

… hacer que el perro regrese cuando se escapaba del jardín,

… ayudar a mi nieta a subir las calificaciones de matemática,

… colocar el audífono de mi esposo que estaba mal puesto, por enésima vez,

… asegurarme de que el pastel de manzana que hacía para papá fuera el mejor de todos.

Hasta peticiones más grandes como…

… pensamientos inspiradores, y las palabras para expresarlos, para este libro,

… respetar el plazo para entregar un manuscrito,

… abrir un pasaje de las Escrituras y encontrar el contexto para un mensaje,

… abrir la mente para entender las Escrituras y cómo se aplican a mi vida y a la vida de las personas en la audiencia,

… darme sabiduría para responder las preguntas de los periodistas de medios de comunicación para que las personas se acerquen a Jesús,

… calcular el tiempo de mi mensaje en un programa ajustado para no quitarle minutos a la persona que seguía después de mí,

… sacar a mi esposo del hospital a tiempo para que pasara el día de Navidad en casa,

… permitirme estar alerta cuando me quedaba con mi madre toda la noche antes de que partiera a la casa de nuestro Padre celestial.

Hasta peticiones todavía más grandes como…

… apresurar el corazón de alguien para que acepte a Jesús como su Señor y Salvador,

… sanar a mi esposo de una infección por estafilococo resistente a la meticilina en la fístula de la diálisis,

… liberarme del enojo y la amargura al elegir perdonar a aquellos que me hirieron,

… expandir mis oportunidades de anunciar la Palabra de Dios mientras estaba en casa cuidando a mi esposo,

… acercar a las personas correctas —mis "generales"— para estar a mi lado y trabajar en mi ministerio…

Anteriormente te conté acerca de la respuesta inmediata a la oración que Dios me había dado a través de un mensajero, Ray Bentley, el esposo de una de las mujeres miembro de mi consejo. Cuando se fueron tres directores del ministerio, este querido hombre me dijo algo simple y sencillo: "Anne, Dios te traerá generales". Si recuerdo

correctamente, creo que murmuré algo así como: "Espero que los traiga rápido". Sabía que no solo mi equipo, sino las iniciativas del ministerio de las que yo era responsable, estaban pendiendo de un hilo a medida que el tiempo trascurría.

En la mañana del lunes siguiente, al regresar a casa después de la reunión donde me habían animado con la promesa de los generales, me uní a mi equipo para orar. Habitualmente me juntaba con ellos cada lunes en la mañana, y así comenzábamos la semana unidos en alabanza y adoración, enfocándonos en el Único que nos ha llamado y nos prepara para servirlo. A los que estaban reunidos les conté la manera en que me había alentado el mensajero de Dios. Luego les pedí que oraran conmigo por esos generales. Oramos todos. Intensamente. Con humildad. Con sinceridad. Le pedimos a Dios específicamente que trajera personal adicional para cada área donde hacía falta. Y le pedimos que trajera a los generales. Yo, en primer lugar, no quería hacer publicidad ni publicar en las carteleras de las iglesias, ni realizar largas entrevistas que nos llevarían mucho tiempo, un tiempo que no nos sobraba.

Uno por uno, durante un periodo de seis meses, Dios nos trajo su elección para cada puesto. Para ser honesta, fue un poco más lento de lo que me hubiese gustado. Ahora sé, al igual que antes, que Dios estaba probando mi fe al prolongar la situación. Fue una aventura excitante, una montaña rusa de subidas y bajadas extremas.

El primer general que Dios nos trajo nos sorprendió, porque era un hombre. Hasta este punto, siempre habíamos sido un grupo de mujeres. Pero Dios estaba haciendo algo nuevo. Nos trajo un estupendo y gran muchacho apodado "Blindside" [Espalda], que no solo nos ayudaba con la logística de los eventos, sino que con su humildad de espíritu y sentido del humor sopló un aire fresco del Espíritu en medio del equipo. El siguiente general fue una mujer soltera que ayudaba a coordinar los eventos. Y, finalmente, vino una extraordinaria madre joven que tenía un título en ingeniería y se

encargó con facilidad de los temas informáticos y del sitio de internet.

Dios me trajo un director para las campañas de avivamiento que fue mucho mejor de lo que podría haber imaginado: inteligente, trabajador, capaz, experimentado, que me amaba a mí y al ministerio. Si bien me regocijaba por cada persona que Dios había traído para que formara parte del equipo, sabía que todavía faltaba ocupar el puesto más importante. Se trataba del puesto de gerente de operaciones. Sabía que necesitábamos a alguien que pudiese supervisar todas y cada una de las partes del ministerio y, al mismo tiempo, mantener todo en marcha y a todo el mundo trabajando. Así que oré. Y oré. Y ayuné. Y oré un poco más.

A medida que algunos nombres me llamaban la atención y los currículums esperaban lograr ese puesto, entrevisté al menos a cuatro personas con la ayuda de los miembros del consejo. Todos estuvimos de acuerdo en que ninguna de ellas parecía ser ese general que estábamos buscando. Y luego, me llegó un currículum en uno de esos encuentros "dicho sea de paso", que parecían ser tan casuales como irrelevantes. Pero cuando lo leí, algo pareció hacer un clic dentro mío. Escuché la suave y dulce voz del Espíritu diciéndome: "Es este". Una vez más, estaba muy intrigada al respecto.

Acordé una cita para reunirme personalmente con este hombre y poder hacerle las preguntas ahora tan familiares de la entrevista. Debido a que este puesto influiría en toda la oficina, y dado que esta persona iba a interactuar no solo con cada uno de los miembros del equipo, sino con el consejo y conmigo, sentía que no podía arriesgarme a cometer ningún error. Así que hice algo que casi nunca hago. Coloqué un "vellón". No me faltaba fe. En cambio, estaba buscando la clara confirmación de la perfecta voluntad de Dios en el curso de acción que tomaría, porque involucraba el bienestar de muchas otras personas y el de mi ministerio como un todo.

Al igual que Gedeón, coloqué un vellón, en cierto modo, y le pedí a Dios una señal. Le pedí a Dios que confirmara la decisión o curso de acción con una respuesta específica. Un vellón debería ser algo que es lógico, pero no probable, a menos que Dios intervenga y haga que suceda, y de esta manera recibir su confirmación. Mientras oraba antes de la primera entrevista, le pedí a Dios que me diera una idea de qué clase de vellón usar. El pensamiento que me vino fue el siguiente: le pedí al Señor que hiciera que el caballero me preguntara de qué manera debía llamarme.

En todas las entrevistas que había hecho en los treinta años del ministerio AnGeL, nunca nadie me había preguntado cómo debía llamarme. Debido a que el equipo siempre había estado formado por mujeres, parecía natural que siempre me llamaran por mi primer nombre. Pero pensé que con un hombre debía ser diferente. Así que no era probable que esta persona hiciera esa pregunta, pero aún seguía siendo algo razonable.

Cuando llegó el momento de la entrevista, vi que un auto desconocido entraba al estacionamiento. Al suponer que se trataba del posible gerente de operaciones, me acerqué a la puerta de la oficina para saludarlo y hacerlo sentir cómodo. Nos estrechamos la mano amistosamente y luego, mientras lo guiaba por el vestíbulo, me miró por encima del hombro y dijo: "¿Cómo debo llamarla?".[2] ¡Casi me caigo de espaldas! Tuve que contenerme de gritar y decirle: "¡Estás contratado!". Te diré que, en lugar de una entrevista, en realidad le presenté una intensa charla promocional.

Ese día, el hombre se fue sintiéndose satisfecho, mientras que yo estaba eufórica. Pero faltaban dos rondas más de entrevistas. Uno de los miembros del consejo lo llamó por teléfono para revisar los detalles prácticos que incluían el salario y los beneficios. Cuando me informó lo que le había dicho, me di cuenta de que ella le había hablado de un salario determinado y yo le había dicho otro distinto.

Así que cuando tuve la segunda entrevista personal con él, decidí colocar un segundo vellón. Le pedí a Dios que cuando surgiera el tema del salario, él me dijera que la cifra no era importante. Yo sabía

que eso era poco probable para un hombre casado y con dos hijos en la universidad. Pero era tanto mi temor de cometer un error, estaba tan desesperada por hacer la elección perfecta de parte de Dios y estaba tan consciente de que podía reaccionar emocionalmente al alivio de posiblemente haber encontrado a la persona para este puesto y adelantarme al Señor, que necesitaba estar bien segura.

Cuando nos encontramos para la segunda entrevista, surgió el tema del salario. Le dije que yo le había dicho una cifra y el miembro del consejo, otra. Mientras le ofrecía disculpas por la confusión, le pregunté qué pensaba. Me respondió diciendo: "Señorita Anne, no importa. Lo que usted me ofrezca está bien". ¡Dios había respondido a mi segundo vellón!

La tercera prueba bajo la cual puse a este paciente caballero fue sentarlo delante de todo el equipo y permitirles que lo interrogaran. Las preguntas fueron específicas, algunas fueron fuertes, otras personales, pero Dios las usó todas para penetrar debajo de la superficie y revelar la clase de persona que es. Al contar su testimonio de conversión, lloró. Y todos lloramos con él porque nuestro corazón abrazaba al humilde siervo y líder que Dios nos había traído como el último general. Y todos lo contratamos.

Si no lo había sabido antes, lo supe en ese momento con seguridad. Dios responde específicamente las oraciones específicas. No te pierdas la emoción de descubrir que tus oraciones han movilizado el cielo porque oras de manera general. Ora específicamente. ¿Quién sabe acaso la manera en que Dios ya ha estado obrando? Cuando le pedimos lo que Él quiere darnos, podemos estar verdaderamente seguros de que Él ya tiene un plan en marcha. Nuestra oración específica nos llena de emoción no solo por participar en lo que Él está haciendo, sino por saber que somos parte de un plan divino.

Cien años antes de que se hiciera la oración de Daniel, Dios había armado un plan que fue revelado por el profeta Isaías: "Así dice el SEÑOR, tu Redentor […] Yo afirmo que Ciro es mi pastor, y

dará cumplimiento a mis deseos; dispondrá que Jerusalén sea reconstruida, y que se repongan los cimientos del templo".[3]

Ten en mente que Isaías escribió esta profecía antes de la invasión babilónica. Antes de que los judíos fueran llevados cautivos. Antes de que Jerusalén fuera destruida. Antes de que el templo fuera saqueado y arrasado. Y si eso no es lo suficientemente impactante, cien años antes Dios le había dado a Isaías una mayor comprensión al revelarle:

> Así dice el SEÑOR a Ciro, su ungido, a quien tomó de la mano derecha para someter a su dominio las naciones […], para abrir a su paso las puertas […]: Marcharé al frente de ti […]. Te daré los tesoros de las tinieblas […], para que sepas que yo soy el SEÑOR, el Dios de Israel, que te llama por tu nombre. Por causa de […] Israel mi escogido, te llamo por tu nombre y te confiero un título de honor, aunque tú no me conoces. Yo soy el SEÑOR, y no hay otro; fuera de mí no hay ningún Dios […], te fortaleceré, para que sepan de oriente a occidente que no hay ningún otro fuera de mí. Yo soy el SEÑOR, y no hay ningún otro.[4]

En otras palabras, ¡Dios haría todo esto a través de Ciro para la gloria de su nombre!

Cuando Daniel hizo esta plegaria urgente, le estaba pidiendo a Dios que hiciera por él lo que el Señor no solo ya había prometido llevar a cabo, sino de acuerdo al plan que Él ya había puesto en marcha. Si bien sabemos que Daniel conocía la promesa de Dios a través de Jeremías, no se nos dice si Daniel conocía el plan de Dios revelado mediante Isaías. Pero no necesitaba conocer el plan de Dios más de lo que tú o yo necesitamos hacerlo. Es así como nuestra fe toma el mando.

Las promesas de Dios son suficientes para basar nuestras oraciones. No necesitamos ver necesariamente todo el panorama o el gran esquema para movilizar el cielo o transformar las naciones.

Nuestra oración debe estar centrada en Dios, no en un plan que estamos tratando de descifrar o que estamos ayudando a Dios a lograr.

Básicamente, Daniel estaba rogando:

> Oh, Dios, por favor. Libéranos de nuestros enemigos. Restáuranos al lugar de tu bendición. Humilde y sinceramente reconocemos que hemos pecado. Estamos arrepentidos. ¿Qué más podemos decir? ¿Qué más podemos hacer? Sabemos que merecemos estar cautivos, y por ese motivo nos arrojamos en tu inmensa misericordia. Perdona nuestros pecados. Nos inclinamos ante ti con confianza porque eres fiel. Prometiste a través de Jeremías que después de setenta años nos liberarías de nuestros captores, y creemos que eres un Dios de palabra. Hace sesenta y siete años que estoy cautivo. Por esa razón, Señor, por favor, ¡en tres años libéranos de tu juicio! ¡Permítenos ir a casa! Trae vida a Jerusalén. Cumple tu promesa. Haznos libres. ¡Revívenos! Para la gloria de tu nombre.

El cielo se movilizó de una forma drástica y específica. Dios guardó su promesa y respondió la oración de Daniel. Específicamente. Sobrenaturalmente.

Tres años después, un nuevo rey llegó al trono de Persia. ¿Su nombre? ¡Ciro! ¿Y cuál fue una de sus primeras declaraciones como nuevo rey? Fue una proclamación que hizo verbalmente, pero también se aseguró de ponerlo por escrito para que todos escucharan y leyeran lo que él dijo, incluidos tú y yo, dos mil quinientos años más tarde. Esta fue su declaración:

> ... El SEÑOR, Dios del cielo, que me ha dado todos los reinos de la tierra, me ha encargado que le construya un templo en la ciudad de Jerusalén, que está en Judá. Por tanto, cualquiera que pertenezca a Judá, vaya a Jerusalén a construir el templo del

SEÑOR, Dios de Israel, el Dios que habita en Jerusalén; y que Dios lo acompañe.[5]

¡No había ninguna razón para que el corazón de Ciro fuera movido para permitir que todo el pueblo de Dios volviera a sus casas, excepto porque Daniel había orado… y Dios había respondido!

Todavía más extraordinario es que Ciro estaba citando la profecía de Isaías al declarar que Dios le había encargado que le construyera un templo en la ciudad de Jerusalén. ¿Acaso tenía una copia de las Escrituras? ¿Alguien se las había leído? ¿Cómo llegó a saber lo que Dios había profetizado con relación a su reino cien años antes? ¡Es increíble la manera en que todos los detalles encajan como piezas de un rompecabezas, revelando la gloria de un Dios grande que escucha y responde las oraciones!

Ciro no solo les dijo a todos los judíos que querían irse que podían volver a casa, sino que les dio los materiales para edificar el templo. Les dio el dinero. Y devolvió los vasos de oro y de plata del templo que Nabucodonosor había saqueado setenta años antes.[6]

Así que… tres años después de que Daniel oró y setenta años después de haber comenzado el cautiverio, un remanente del pueblo de Dios, bajo el liderazgo de Zorobabel y Josué, comenzó el largo trayecto de casi mil trescientos kilómetros desde Persia. ¿Habrán acaso recorrido toda esa distancia con el gozo de saber que estaban volviendo a casa? ¿Cantaron alrededor del fuego cada noche los Cánticos de los peregrinos, mientras esperaban volver a subir a la Casa del Señor una vez más? ¿Se reían y se contaban con emoción sus sueños y esperanzas unos a otros mientras el dolor del cautiverio pasado se olvidaba momentáneamente en un arrebato de ilusión?

Luego, llegaron. Y la realidad se impuso.

¿Cómo debe de haber sido escalar las últimas colinas de Judea y mirar la pila de escombros de lo que había sido la ciudad de David? ¿La ciudad de Jerusalén? ¿La ciudad de su Dios? ¿Cómo se sentían

al pasar al lado de las casas quemadas y los edificios destruidos? ¿Acaso las lágrimas fluían libremente mientras se hacían camino entre las ruinas de lo que una vez había sido el templo? ¿Se susurraron quizá unos a otros: "¡Mira! Allí es donde estaba el altar. Y en ese lugar se entraba al Lugar Santo. Allí estaba el Lugar Santísimo…"?

¿Acaso las palabras se ahogaban dentro de las emociones mientras todo lo que recordaban ya no existía? ¿Se sentaron durante un rato en un silencio patente, solo roto por los sollozos, mientras cada uno miraba fijamente lo que parecía ser una pesadilla en tres dimensiones? ¿Quién fue el primero en levantarse y decir: "Ya es suficiente. No viajamos mil trescientos kilómetros para sentarnos y llorar como bebés. ¡Vamos a trabajar!"?

Y así lo hicieron. Para el eterno reconocimiento del coraje y la fuerza de resolución de ese remanente del pueblo de Dios, inspirados por los profetas Hageo y Zacarías,[7] pusieron manos a la obra, removieron las piedras y reconstruyeron el templo. Cuando completaron la obra inicial y el templo estuvo terminado, se pudo escuchar el sonido del llanto otra vez. Los ancianos lloraban porque para ellos el templo reconstruido "no parecía nada" en comparación con la gloria del templo original de Salomón que recordaban.

Dios escuchó su llanto y los llenó de ánimo al prometerles que "¡así llenaré de esplendor esta […]. El esplendor de esta segunda casa será mayor que el de la primera".[8] Una vez más, Dios fue fiel a su palabra. Aunque ellos no tenían manera de saberlo en ese momento, la casa de Dios que reconstruyeron y que el rey Herodes remodeló tiempo después, fue el lugar mismo en el que presentaron al niño Jesús ante Dios.[9]

Doce años después de su presentación en el templo, fue también el lugar en el que el joven Jesús se sentó "entre los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas", asombrando a todos con su entendimiento y sus respuestas.[10] Aunque regresó a su hogar en la región de Galilea por otros dieciocho años, cuando comenzó su

ministerio público —Jesús de Nazaret, el Cordero de Dios, el Mesías, el Redentor de Israel, el Hijo de Dios y el Hijo del Hombre— volvió a caminar por ese mismo templo para sentarse y enseñar en esos mismos escalones. Y su presencia "llenó la casa con su gloria".

Me pregunto…, cuando todos los que habían regresado de Persia ofrecieron el primer sacrificio en el templo recientemente reedificado y la primera columna de humo se elevó por encima del pináculo como un estandarte gris delante del cielo azul cobalto llamando al pueblo de Dios a adorarlo otra vez en el Monte Santo, ¿sabían acaso que Daniel había orado? Creo que no.

No vieron en las sombras a mil trescientos kilómetros al este la figura de un anciano con una larga barba gris. Un hombre que era muy viejo, demasiado viejo para hacer el viaje de regreso a Jerusalén. Un hombre incapaz de cumplir el sueño de su vida de volver a ver Jerusalén otra vez. Un anciano mirando a través de la ventana abierta con cenizas sobre el rostro, vestido de cilicio, ayunando, orando, rogando, derramando su corazón mientras permanecía lejos de su pueblo. Tomado de la Palabra de Dios, mientras oraba específicamente.

¿Qué diferencia marca la oración de una persona? Nunca lo sabrás hasta que ores. Así que… ¡ora! *¡Ahora!*

CUARTA PARTE

Patrones de oración

El SEÑOR aborrece las ofrendas de los malvados, pero se complace en la oración de los justos.

PROVERBIOS 15:8

LOS PATRONES NOS AYUDAN A CONCENTRARNOS EN NUESTRA ORACIÓN

Debido a que la salud de mi esposo estaba desmejorando, había disminuido la frecuencia de mis charlas y viajes para poder quedarme en casa a cuidarlo. En consecuencia, tuve tiempo para estar quieta y escuchar más los susurros del Espíritu. En la quietud, me reveló lo que no estoy segura de que hubiera podido escuchar en medio del caótico ajetreo en que me encontraba antes.

Al observar nuevamente este periodo en que estuve más tiempo en casa, debo reconocer que Dios me colocó allí intencionalmente para enfocarme más en la oración y darme el privilegio de llevar a otras personas a orar. Desde que escribí este libro, fueron cinco las veces que Dios me dio la carga de presentar iniciativas de oración en línea. Una de ellas atrajo decenas de miles de participantes. Y para cada una escribí oraciones que diariamente envié por correo electrónico durante esa iniciativa.[1] Mi propósito no era tan solo pedirles a las personas que oraran, sino guiarlas para que todos estuviéramos de acuerdo en oración. Dios derramó su bendición en estas iniciativas y vimos muchísimas respuestas a nuestras peticiones.

La reacción favorable que recibí a estas propuestas me ayudó a entender el hecho de que muchas personas quieren orar, pero, al igual que yo, necesitan un poco de ayuda y dirección en sus oraciones. Por lo tanto, debido a que te desafié en las páginas de este libro a orar la oración de Daniel, me pregunto si también te sentirías más inclinado a hacerla si te ofrezco una guía al respecto.

En las siguientes páginas señalo una oración para cada una de las secciones que detallé en la oración de Daniel. Estas oraciones no significan que tengan que ser un ritual o algo formal. Simplemente las brindo como patrones para tus propias oraciones.[2]

UNA ORACIÓN CENTRADA

Después de esto miré, y allí en el cielo había una puerta abierta[…] Al instante vino sobre mí el Espíritu y vi un trono en el cielo, y a alguien sentado en el trono.

APOCALIPSIS 4:1-2

Coronado Señor…

Todo gira a tu alrededor. Todo. Te adoramos como:
el centro del universo,
el centro del tiempo y el espacio,
el centro de la historia,
el centro de la vida, del significado y del propósito de hoy,
el centro de nuestro mañana,
el centro de la oración.
Eres el centro. Punto.

Nada importa realmente, excepto tu voluntad, tus deseos, tu camino y tu Palabra.

¿Cómo pudimos desenfocarnos tanto? Nuestra perspectiva distorsionada está arraigada en el corazón, envuelta en la mente y entonces, se refleja en nuestras oraciones. Porque…

… lo que queríamos parece ser vital,
… lo que pensábamos parece ser muy serio,
… lo que sentíamos parece ser crucial,
… lo que decíamos suena muy espiritual,
… ¡parecíamos estar consumidos por nosotros mismos!

Parecía que era nuestra propia vida el centro de nuestras oraciones. Estamos tan avergonzados. A la luz de quién eres Tú, ahora lo entendemos. Entendemos que lo que Tú quieres es lo vital, lo que Tú piensas es lo serio, lo que Tú sientes es lo crucial, lo que Tú dices es la sabiduría de siglos expresada en una verdad eterna y sin adornos. ¿Cómo pudimos levantarnos como dioses y esperar que te alinearas con nosotros? Estamos tan preocupados por dedicar la mayor parte de la oración a agradecerte por lo que has hecho por nosotros, y por pedirte que hagas algo más por nuestra vida, que pareciera como si solo existieras para nuestro beneficio personal.

Ahora elegimos hacerte el Centro de nuestra vida y nuestras oraciones. Queremos lo que Tú quieres más que lo que nosotros queremos. Lo que Tú piensas importa más que lo que piensa cualquier persona, incluidos nosotros mismos. Deseamos sentir tu corazón y hablar tus palabras a un mundo que necesita desesperadamente un Centro.

Ahora, en la privacidad de este lugar, con suma sinceridad, necesidad y humildad, te rogamos por aquello que tienes el propósito de darnos, por aquello que quieres hacer, por aquello que has prometido cumplir en tu Palabra. Deseamos que venga tu Reino, que se haga tu voluntad en la tierra, así como en el cielo. Queremos ser parte de lo que estás haciendo… estar a tu lado mientras cumples tu perfecto plan.

Creemos que nos escucharás y responderás porque…

… venimos a ti en el nombre de tu "Hijo [a quien designaste] heredero de todo".[1]

… venimos a ti en el nombre del único por el que "fueron creadas todas las cosas en el cielo y en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, poderes, principados o autoridades: todo ha sido creado por medio de él y para él. Él es anterior a todas las cosas, que por medio de él forman un todo coherente".[2]

… venimos a ti en el nombre del Único que es el resplandor de tu gloria, y la imagen misma de tu sustancia.[3]

… venimos a ti en el nombre del Único que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder.[4]

… venimos a ti en el nombre del Creador, que se convirtió en nuestro Salvador y ascendió al cielo para sentarse a tu diestra, con toda autoridad bajo sus pies.[5]

… venimos a ti con humildad, pero con valentía, porque nos invitaste a acercarnos.[6]

… venimos a ti con confianza porque abriste el camino por medio de la sangre de tu Hijo, que está sentado a tu diestra y tiene autoridad sobre todo cuanto existe.[7]

… venimos a ti con corazón sincero y con la plena certidumbre que da la fe de que nos recibirás, nos escucharás y nos responderás.[8]

Porque venimos a ti en el nombre de JESÚS.

Para la gloria de tu nombre.

Amén.

UNA ORACIÓN COMPELIDA

… su palabra en mi interior se vuelve un fuego ardiente que me cala hasta los huesos. He hecho todo lo posible por contenerla, pero ya no puedo más.

JEREMÍAS 20:9

Padre Nuestro, que estás en los cielos, te adoramos como el Dios vivo de Daniel. Estableciste los cielos y afirmaste la tierra.[1] En un mundo que cambia y se mueve como la superficie del mar, Tú y tu Palabra permanecen en pie. Eres el Creador, a través de tu Palabra, todas las cosas fueron creadas.[2] Tus pensamientos son tan superiores a los nuestros como alejados están los cielos de la tierra.[3] ¿Quién podría saber qué hay en tu mente y en tu corazón a menos que decidas revelarte a nosotros? ¡Y te has revelado! Eres luz.[4] Te hiciste visible y te diste a conocer a través de las páginas de nuestra Biblia. Y tu Palabra es nuestra vida.[5] Es eterna, permanece firme en los cielos.[6] No hay sombra de mudanza en ti.[7] A lo largo del tiempo, de generación en generación, Tú y tu Palabra no cambian.

Gracias por ser completamente confiable. Encontramos seguridad y esperanza al saber que podemos recibirte a través de tu Palabra. Eres un caballero. No te burlas de tus hijos. Podemos estar firmes en tus promesas, que son como profecías. Sucederán porque Tú así lo dices. Resuenan en lo profundo de nuestro

corazón; como chispas de vida que caen sobre nuestro espíritu seco, encienden una pasión santa por ti y por lo que Tú deseas.

Cuando nos faltan el fuego y el celo por ti, por tu Palabra, tu voluntad y tus deseos, tan solo tenemos que observar las prioridades dadas en la lectura y el estudio de la Biblia. Confesamos que desatendimos tu Palabra. Pasamos días sin leerla. Y son muchos los días en que la leemos, pero no nos tomamos el tiempo de procesar lo que estamos estudiando. Cuando cerramos la Biblia ni siquiera recordamos lo que leímos. ¡Con razón no sabemos cómo orar! Por eso cuando oramos nos preocupamos más por nuestras necesidades que por las tuyas. Con frecuencia te contamos lo que hay en nuestra mente sin siquiera preguntarte qué hay en la tuya. Derramamos nuestro corazón, pero rápidamente abandonamos nuestro tiempo de oración sin esperar a escuchar tu corazón. Hemos sido…

… sordos a tu voz,
… tercos en nuestros caminos,
… egocéntricos en nuestras necesidades,
… superficiales en nuestros pensamientos,
y miserables en el amor.

Estamos profundamente avergonzados.

Permítenos ver que la función de la oración es traer nuestra voluntad a la tuya,

y que, sin esto, orar es un disparate;

cuando intentamos colocar nuestra voluntad sobre la tuya es para ordenarte que:

estés por debajo de nosotros
y seamos más sabios que Tú;
lo cual es pecado y orgullo.
Solo podemos triunfar cuando oramos
de acuerdo con tus preceptos y promesas,
de acuerdo con tu voluntad soberana.

Y ahora, oh Dios, que tienes oídos para escuchar a tus hijos cuando oramos, te pedimos que nos enseñes a orar de acuerdo

con tu Palabra. Deseamos que nuestra voluntad se someta a la tuya. Moldea nuestra vida conforme a tu Palabra. Queremos pedirte lo que ya has determinado darnos, lo que ya has determinado hacer por y a través de nuestra vida; no lo harás hasta que no te lo pidamos. No queremos llegar al cielo y descubrir todas las respuestas a la oración que nunca nos molestamos en hacer, por ser ignorantes de tu Palabra.[8] No queremos llegar al cielo y escuchar sobre todas las bendiciones que querías derramar sobre otras personas a través de nuestra vida, solo para darnos cuenta que el ensimismamiento y el egoísmo bloquearon el fluir.

Por eso, desciende Señor santo. Observa nuestro mundo…

… en los campos de batalla y en los campos minados,
… en la corrupción y en la destrucción,
… en la codicia y en la necesidad,
… en las sesiones de estrategia y en el tejido de engaños,
… en el pecado que alardea y el que se oculta,
… en los asesinatos y en las miserias,
… en el abuso y en la arrogancia,
… en la víctima y en el vicio…
… en nuestros fundamentos que se desmoronan,
… en nuestra nación que se derrumba,
… en nuestra iglesia que duerme,
… en nuestro pueblo que te clama.

Enséñanos a orar conforme a tu Palabra con tanto poder que toquemos el cielo y nuestra nación y el mundo cambien.

Te pedimos todo esto en el nombre del Único que dijo: "Aquí me tienes […]. He venido, oh Dios, a hacer tu voluntad…",[9] luego se levantó del trono de los cielos, no se aferró a su naturaleza divina, tomó la naturaleza misma de un siervo y fue hecho a semejanza humana. Al manifestarse como hombre, se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, ¡y muerte de cruz![10]

Oramos en el nombre del Único que has exaltado hasta lo sumo…, el Único al que le otorgaste el nombre que está sobre todo nombre…[11]

Oramos en el nombre de JESÚS.

Para la gloria de tu nombre.

Amén.

UNA ORACIÓN CONFIADA

¿No te dije que si crees verás la gloria de Dios?

JUAN 11:40

Gran Dios de la creación, Señor del universo, el Dios que abrió el mar Rojo, eres el Dios de lo imposible que hace camino donde no lo hay. Te adoramos como nuestro Dios. Te exaltamos como el Único cuyo nombre es sobre todo nombre. Nadie se compara a ti. Te colocas en la soledad de tu ser.

Tu mano victoriosa colgó las estrellas en el espacio, destruyó a tus enemigos y nos sostiene, a tus hijos del pacto, seguros y confiados.[1] ¿Quién se te compara en grandeza y santidad? Tú, hacedor de maravillas, nos impresionas con tus portentos.[2]

Por tu palabra fue creado todo lo que está en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra.[3] Nos formaste del polvo de la tierra, soplaste tu aliento en nosotros y nos diste vida.[4] Cuando te desobedecimos, nos rebelamos contra ti y vivimos bajo la esclavitud del pecado, enviaste al libertador para darnos vida y hacernos libres. Por medio de tu gran poder, lo levantaste de la muerte para que por la fe en Él seamos rescatados del dominio de la oscuridad y nos trajiste al reino de tu luz, de vida y de amor.[5]

Te adoramos como el Único que es fiel por todas las generaciones.[6] Así como fuiste fiel a Abraham, Isaac y Jacob; a Moisés, Jeremías y Daniel; a Pedro, Pablo y Juan; serás fiel a

nosotros, a nuestros hijos y a nuestros nietos. No puedes ser menos que eso, eres fiel. Eres Dios que cumple su "pacto generación tras generación, y muestra su fiel amor a quienes lo aman y obedecen sus mandamientos".[7]

Y te alabamos como el Único que nunca se equivoca. Siempre estás en lo cierto. Al observar desastres sin explicación, atrocidades y maldad, confiamos en que el Juez de toda la tierra hace justicia. Y hará justicia.[8] Todo el tiempo.

Sabemos que tus tiempos son perfectos. Si no vemos ninguna evidencia externa de tu intervención en los asuntos del hombre, confiamos en ti. Si no vemos chispas del avivamiento de la iglesia, confiamos en ti. Si no vemos el cese de las hostilidades y las persecuciones en contra de aquellos llamados por tu nombre, confiamos en ti. Si no recibimos una respuesta a nuestras oraciones cuando queremos, en la manera en que lo queremos, confiamos en ti.

Confiamos en que tu grandeza y poder son los mismos que en los tiempos de la creación, del éxodo, de los días de Daniel, así como en nuestros días y en el fin de los tiempos. Tu grandeza no se atenuó ni se agotó con el paso del tiempo. No puedes ser mayor de lo que ya eres. Eres el Dios Todopoderoso. Y te adoramos.

Gracias, amado Señor, por ser hacedor de pactos y por guardar los pactos. Gracias, porque a través del cuerpo quebrantado y de la sangre de tu Hijo, nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, podemos entrar en un pacto contigo, el cual nunca romperás. Gracias porque te pertenecemos, y Tú nos perteneces… para siempre. Gracias por la confianza que nos da nuestra relación de pacto contigo al acercarnos a ti en oración.

Has declarado que eres santo, excelso y sublime, pero que sientes la responsabilidad de descender —a habitar— con aquellos de espíritu contrito y humilde.[9] ¡Creemos en ti! Has dicho que reanimarás el corazón de los quebrantados.[10] ¡Creemos en ti! Has

dicho que si nos arrepentimos de nuestros pecados, vendrán tiempos de descanso. ¡Creemos en ti![11]

Por eso, ahora queremos honestamente confesar que en nuestras oraciones anteriores no nos enfocábamos en ti. Nos hemos enfocado en nuestras circunstancias y, por lo tanto, fuimos derrotados. Nos hemos enfocado en otras personas y, por lo tanto, fuimos engañados. Nos hemos enfocado en nosotros mismos y, por lo tanto, fuimos burlados. Nos comparamos con otros para que nuestra percepción de quiénes somos en realidad se distorsione. Lo lamentamos mucho. Ahora nos volvemos a ti y te pedimos que la luz de tu verdad alumbre nuestro corazón, nuestros sentimientos y nuestros pensamientos para que nos podamos ver de la manera en que Tú lo haces, y para que verdaderamente nos arrepintamos de nuestros pecados.

Desnúdanos, Santísimo Señor, de todo orgullo, egoísmo y juicio al orar por otros. Enséñanos a sacar primero la paja de nuestro propio ojo antes de intentar quitársela a los demás.[12] Anhelamos que envíes un avivamiento al corazón de tu pueblo. Permite que comience con nosotros. Enséñanos a orar de una manera en que el cielo se conmueva y los corazones cambien.

Oramos en el nombre del Único que fue tan fiel a tu Palabra que cuando enfrentó las amenazas de sus acusadores, dio una seria advertencia al decir que, en el futuro, esos roles cambiarían. Él sería el Juez y lo verían sentado a tu diestra, y viniendo de las nubes del cielo…[13]

Oramos en el nombre del Único que tuvo tanta confianza en ti que encomendó su propia alma en tus manos y luego se negó a respirar.[14]

Oramos en el nombre de JESÚS.

Para la gloria de tu nombre.

Amén.

UNA ORACIÓN CONTRITA

Vuélvete […] al SEÑOR tu Dios. ¡Tu perversidad te ha hecho caer!
Piensa bien lo que le dirás, y vuélvete al SEÑOR con este ruego:
"Perdónanos nuestra perversidad…".

OSEAS 14:1-2

Dios de gracia y de gloria…

Eres justo, santo y puro. Eres la luz del mundo.[1] Y en ti no hay oscuridad.[2] No hay tinieblas.

Por favor, Santísimo Señor, misericordioso Salvador, escucha nuestra oración contrita, nuestra oración de arrepentimiento.

ARREPENTIMIENTO POR EL PECADO PERSONAL Y LA VERGÜENZA

"… me vistió con ropas de salvación y me cubrió con el manto de la justicia […] semejante […] a una novia adornada con sus joyas".[3]

Pero en mi caminar cristiano sigo estando en harapos;
mis mejores oraciones están teñidas de pecado;
mis lágrimas penitentes están embarradas de mí mismo.
Necesito arrepentirme de mi arrepentimiento;
necesito que enjugues mis lágrimas…
He pecado infinidad de veces,
y fui culpable del orgullo y la incredulidad,
de no lograr encontrar tu pensamiento en tu Palabra,

*de descuidar buscarte en mi vida diaria.**

Ahora, sinceramente te ruego, divino jardinero de mi corazón,

despedaza la tierra sin cultivo…

Confieso que me alejé de tu maravillosa luz y corrí hacia áreas oscuras de antiguos hábitos, relaciones prohibidas y placeres seductores.

Me arrepiento.

Confieso que te he dado el dinero, el tiempo e incluso el amor sobrante, lo que supone que ocupas el segundo lugar.

Me arrepiento.

Confieso que me preocupé más por lo que dicen mis vecinos que por lo que Tú dices; que me preocupé más por lo que piensa mi empleador o un funcionario del gobierno que por lo que piensas Tú; que me preocupé más por no sentirme intimidado por las opiniones de los demás y así me quedé callado y no proclamé valientemente quién eres Tú.

Me arrepiento.

Confieso que me preocupé más por mi propia reputación que por la tuya y así, cuando te daba gloria, tomaba un porcentaje de comisión y menoscababa tu nombre.

Me arrepiento.

Confieso que mis prioridades, acciones y decisiones revelan que me honré y exalté a mí mismo, a mis amigos, a mi familia, a otras personas e incluso mi billetera; puse todo por encima de ti.

Me arrepiento.

Confieso que cerré los ojos y los oídos a las necesidades de las personas a mi alrededor porque quería más para mí.

Me arrepiento.

Confieso que acudí al presidente, a un pastor, a un sacerdote o a una oficina del gobierno para recibir la ayuda que necesitaba antes de buscarte a ti.

Me arrepiento.

Confieso que te honraba con los labios aunque mi corazón estaba lejos de ti.

Me arrepiento.
Confieso…
Soy tan lento para aprender,
tan susceptible para olvidar,
tan débil para escalar;
estoy al pie de la colina cuando debería estar en las alturas;
sufro debido a mi torpe corazón,
a mis días sin oración,
a mi pobreza de amor,
a mi pereza en la carrera celestial,
a mi conciencia manchada,
a mis horas perdidas,
a las oportunidades desperdiciadas;
estoy ciego mientras tu luz brilla a mi alrededor:
quita las escamas de mis ojos,
machaca hasta hacer polvo mi malvado corazón de incredulidad.
Destruye dentro de mí cada pensamiento altanero,
despedaza en trozos el orgullo y espárcelo en el viento,
aniquila cada fragmento aferrado de fariseísmo,
implanta en mí una verdadera humildad de espíritu…,
abre en mi interior una fuente de lágrimas penitentes,
rómpeme y luego véndame…

ARREPENTIMIENTO POR EL PECADO DENTRO DE LA IGLESIA

Confesamos que, como iglesia, como tu Cuerpo, a menudo le dimos mayor prioridad a las actividades que a la oración; a las actividades, que a la vida del Espíritu; a la ortodoxia, que a la obediencia; a los rituales religiosos, que a la relación personal contigo.

Confesamos que hicimos nuestra tarea sin tu poder.

Confesamos que nos etiquetamos unos a otros como liberales o conservadores, moderados o fundamentalistas, progresistas o

carismáticos, tradicionales o contemporáneos, y así no hicimos lo que nos pediste: "Esfuércense por mantener la unidad del Espíritu mediante el vínculo de la paz".[4]

Confesamos que realmente no sabemos en qué creer o por qué deberíamos creer, y, por lo tanto, somos demasiado débiles para mantenernos en pie frente a los ataques del enemigo o para resistir la erosión de la doctrina.

Confesamos que nos hemos avergonzado del evangelio, al no declararlo con valentía ante esta generación por temor a ofender a alguien de otra religión.

Reconocemos nuestros prejuicios raciales, que crean límites en la adoración entre "nosotros" y "ellos".

Reconocemos que hemos gastado el dinero en los edificios, en lugar de invertirlo en el ministerio y las misiones.

Reconocemos que adaptamos tu verdad a la cultura políticamente correcta de nuestros días, y de esta manera atenuamos tu luz.

Reconocemos que nos preocupamos más por el crecimiento de la iglesia que por ser "sal" y "luz".

Confesamos que escondimos tu gloria dentro de la lealtad denominacional que lleva a la discordia y a la exclusividad, y así hicimos que los demás se sintieran en la periferia de tu círculo interno, que se sintieran lejos de ti.

Confesamos que excluimos y herimos a aquellos que nos hirieron, o que no son como nosotros, o que no están a la altura de nuestros estándares, de modo que nuestra compañía no es un lugar seguro pues el ciclo del dolor se prolonga dentro del cuerpo de Cristo, reduce el brillo de tu amor incondicional, de tu misericordia y de tu gracia.

Confesamos que le ofrecimos al mundo un reflejo de tu persona empañado por nuestra propia amargura, mezquindad, falta de perdón, orgullo, crueldad, descortesía, fariseísmo y otros pecados, y así hicimos que las personas pensaran mal de ti.

Confesamos que dimos la impresión de que Tú toleras el pecado porque nosotros lo toleramos.

Cordero de Dios…

Tu sangre es como un enorme río de infinita gracia
cuya plenitud nunca disminuye
aun cuando innumerables sedientos beben de él.

La cruz no es tan solo para "ellos". Es para nosotros.

Lávanos en el océano de tu sangre.

Prepara a tu iglesia para que no tenga mancha, para que sea santa, para que sea una bella novia para su novio cuando Él venga a buscarla.

ARREPENTIMIENTO POR EL PECADO NACIONAL Y LA VERGÜENZA

Confesamos que ya no tenemos temor de ti. De esta manera, reconocemos que no hemos equilibrado el principio de la sabiduría con la administración del vasto conocimiento que poseemos.

Confesamos nuestra insensatez por negarte como el único y verdadero Dios vivo, nuestro Creador, a quien rendimos cuentas; por vivir como si nuestra vida fuera un accidente cósmico sin importancia, propósito ni significado eternos.

Confesamos que nuestra avaricia alcanzó los miles de millones de dólares de deuda nacional.

Reconocemos que nuestra arrogancia y orgullo nos llevó a creer que somos autosuficientes.

Reconocemos haber creído que la prosperidad de nuestro país se debe a que somos una gran nación, al tiempo que nos negamos a reconocer que todas las bendiciones vienen de tu mano.

Confesamos que dependemos de nuestro poderío militar y de los sistemas de armas para protegernos del daño y del peligro, al tiempo que te negamos, desafiamos e ignoramos.

Confesamos que sucumbimos a la presión del pluralismo por el deseo de ser inclusivos, y así honramos a otros dioses como si Tú

fueras uno entre muchos.

Confesamos que permitimos que las bendiciones espirituales que nos has dado nos engañaran, al pensar que no te necesitamos.

Confesamos que nos sentimos con derecho a tener lo que otra persona obtuvo, en lugar de hacernos responsables por nosotros mismos y nuestra familia y confiar en ti.

Reconocemos que vivimos como si la riqueza material y la prosperidad trajeran felicidad.

Reconocemos que aun juzgamos el valor de una persona no por su carácter, sino por el color de su piel.

Confesamos que promovimos el asesinato como nuestro "derecho a elegir" y, de esta manera, se destruyó a una generación de cincuenta y siete millones de vidas. Deliberadamente. Voluntariamente.

Confesamos que aceptamos e incluso aplaudimos lo que Tú dices que es abominación, mientras intimidábamos a que guardaran silencio aquellos que defendían tu Palabra.

Confesamos que legalizamos el desafío de tu plan y diseño de una familia, como si el mundo moderno ya no necesitara vivir de acuerdo con las directivas de vida del Creador.

Reconocemos que nos convertimos en una nación de muchos dioses, dividida y polarizada, con permiso para pecar y con una justicia que no sigue el imperio de la ley.

Confesamos que marginamos la verdad e incorporamos la mentira.

Por lo tanto…, rechazamos el orgullo y la arrogancia. Nos humillamos. Dejamos de mirar alrededor y buscamos tu rostro. ¡Rasgamos nuestro corazón! Por favor, permítenos ponernos en la brecha a favor de nuestra nación.

Con lágrimas de vergüenza, venimos ante ti, Cordero de Dios…

Confesamos los pecados personales, corporativos y de la nación.

Límpianos. Lávanos en la fuente con tu sangre que purifica y que fluye de tu cuerpo perforado. Luego llénanos con tu Espíritu Santo. Ahora. Te lo pedimos con humildad y osadía.

Gracias por tu perdón.

Gracias por tu sangre que nos limpia.

Gracias porque nuestras lágrimas están en tu rostro.

Gracias porque como nuestro Sumo Sacerdote entiendes directamente los sentimientos de vergüenza y culpa por nuestro pecado.

Gracias porque a pesar de que Tú estás libre de pecado, te volviste un pecador por nosotros para que pudiéramos estar a mano con Dios.

Gracias porque cuando estamos bajo tu sangre y nuestra vida se esconde en ti, nos volvemos una nueva creación. Lo viejo se fue, y viene lo nuevo.

Gracias por la bendita promesa que al confesar nuestros pecados —una vez que estamos limpios de él— recibiremos una agradable bienvenida en tu presencia y en tu morada celestial debido a que nuestro Salvador es el Hijo unigénito del Padre.

Oramos en el nombre de JESÚS.

Para la gloria de tu nombre.

Amén.

UNA ORACIÓN CLARA

No tienen, porque no piden.

SANTIAGO 4:2

Gran Dios de la creación.
Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.
El Dios vivo de Daniel.
Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo.
Solo a ti te adoramos.
En la oscuridad, Tú eres la luz.
En la tormenta, Tú eres el ancla.
En la amenaza del terrorismo, Tú eres el escudo.
En tiempos de guerra, Tú eres la paz.
En la debilidad, Tú eres la fortaleza.
En el lamento, Tú eres el consuelo.
En la desolación, Tú eres la esperanza.
En la confusión, Tú eres la sabiduría.
En tiempos de incertidumbre,
cuando los edificios se derrumban,
las bombas explotan,
los mercados bursátiles caen,
las personas se suicidan,
los bancos colapsan,
los negocios quiebran
y se embargan las casas…

Cuando las naciones se enfurecen y las personas imaginan vanidades…

Cuando los gobernantes toman una posición y se reúnen en contra de Dios…[1]

Cuando la tierra debajo de nosotros se separa…

Cuando el cielo por encima de nuestra cabeza se rasga con la luz del relámpago y del trueno…

Cuando el aire a nuestro alrededor es un remolino de violencia…

Cuando las montañas caen en medio de los mares…

Cuando las aguas rugen y forman espuma…

Cuando las naciones se alborotan y los reinos caen…[2]

Cuando todo cede,

¡Tú eres la roca sobre la que estamos plantados![3]

Sálvanos de nosotros mismos.

Libéranos del ahogo del pecado.

Protégenos de nuestros enemigos.

Líbranos de tu juicio.

Te pedimos que derrames tu Espíritu sobre nosotros, sobre nuestra familia, nuestra iglesia y nuestra nación. ¡Haz descender tu Espíritu de abundancia pentecostal! ¡Cautívanos con tu amor! ¡Rinde nuestro corazón con una profunda convicción y arrepentimiento de pecado! Tráenos otra vez a la cruz. Sumérgenos en la fuente colmada de la sangre de tu Hijo, y así…

¡Revive nuestro corazón!

¡Llena nuestro corazón!

¡Enciende nuestro corazón…

con una pasión santa y pura de amor por ti y para dedicar nuestra vida solamente a ti y a tu gloria!

¡Luego úsanos para traer avivamiento a los corazones de las personas!

Te pedimos que nos satures con tu santidad, con tu pureza, tu rectitud,

justicia, poder, misericordia, gracia, verdad y amor.

Satúranos de ti, para que todos puedan verte reflejado en nosotros.

Te pedimos un nuevo y gran despertar espiritual antes de que Jesucristo regrese a buscar a la iglesia y traiga juicio al mundo.

Oh, Santo Dios, observa a tu pueblo que se reúne en tu nombre. Escucha nuestra oración. Escucha nuestras plegarias. Ten misericordia de nosotros. ¡Haz que el fuego del Espíritu Santo descienda sobre nosotros!

Nos prometiste que harías todo lo que pidiéramos en el nombre de Jesús.[4] Así que, por favor, respóndenos. ¡Respóndenos! *Respóndenos* en el nombre de JESÚS.

Para la gloria de tu nombre.

Amén.

UNA ORACIÓN POR LA BATALLA[1]

Pido también que les sean iluminados los ojos del corazón para que sepan […] cuán incomparable es la grandeza de su poder a favor de los que creemos.

EFESIOS 1:18-19

Guerrero Todopoderoso, León de Judá, capitán de los ejércitos celestiales,

ábreme los ojos a las esferas invisibles.

Arranca el velo de engaño que el enemigo colgó sobre mi mente y corazón.

Muéstrame que para cada aspecto de tu verdad,
Satanás tiene una imitación retorcida.

Dame discernimiento para detectar…

sus mentiras en contraste con tu verdad,
sus insinuaciones en contraste con tus mandamientos,
sus tentaciones en contraste con tus promesas,
su destrucción en contraste con tu salvación,
sus placeres que son efímeros,
sus planes que son deficientes,
sus propósitos que son inútiles,
y su posición que es fraudulenta.

Gracias por no dejarme indefenso para la batalla.

Elijo intencionalmente ponerte en alto, esconderme en ti. Eres mi armadura de protección.

Por lo tanto, elijo…

… envolverme en la verdad de tu Palabra para que mis pensamientos, decisiones y acciones estén alineados con lo que Tú dices.

… guardar mi corazón con la promesa de que contigo soy justo y, en lo mejor que pueda, seré justo con los demás.

… mantenerme firme en tus Buenas Nuevas, que invitan a todos y cada uno a tener una relación contigo de forma personal, permanente, que salva y que cambia la vida a través de la cruz, y de que sin Jesús no existe ningún otro camino hacia ti.

… confiar en ti en tiempos de paz y de guerra; en tiempos de salud y enfermedad; en tiempos de riqueza y de pobreza; en tiempos de prosperidad y de adversidad; en tiempos de vida y de muerte.

… clamar por la bendita promesa de que soy tuyo y Tú eres mío. No dudaré de la salvación o de la eterna seguridad porque me garantizas ambas a través de la sangre de tu Hijo y del sello permanente de tu Espíritu.

… aceptar tu Palabra a medida que la leo, la estudio, la amo, la aplico, la obedezco y la transmito a otros.

… orar completamente alerta de que tu Reino está por venir, de que se hará tu voluntad, en la tierra como en el cielo.[2]

Enfrentaré al enemigo sin que nada me proteja la espalda, porque no doy la vuelta. No retrocederé. No doy marcha atrás. Me mantendré en mi puesto, me mantendré firme.[3]

Satúrame de ti…
Inunda mi corazón con tu amor,
llena mi ser con tu Espíritu,
fija mis ojos en mi Salvador y Rey.

Tú eres mi brazo protector, mi fortaleza, mi refugio, mi escudo y adarga.

Pelea por mí y mis enemigos huirán;

sostenme y no podré caer;
fortaléceme y me mantendré impasible, inamovible;
equípame y no seré herido;
quédate a mi lado y Satanás se irá;
unge mis labios con una canción de salvación
y gritaré tu gloria…
Cúbreme con tu sangre.

Dame la valentía para gritarle a Satanás cuando lo escuche burlarse, provocarme, amenazarme, hablarme despectivamente, acusarme.

Es un mentiroso. Es un monstruo.

Pero Tú eres Señor.

Dame las fuerzas para perseverar hasta verte en mi muerte o cuando regreses a buscarme. En medio de la oscuridad que me invade, llénname con tu luz que dirige a las personas hacia la esperanza de vida que se encuentra en ti. En un mundo turbulento y repleto de demonios, enséñame a usar la espada eficazmente, al tiempo que la envuelvo en la oración incesante. En un mundo de engaño, limpia mis labios y dame una audacia santa para hablar tu verdad y así poder anunciar el evangelio sin concesiones. Hazme un guerrero como Tú.

Oh, Señor,
te bendigo porque las batallas entre tú y Satanás nunca fueron inciertas,
y finalizarán con la victoria de tu parte.
El calvario deshizo la cabeza del dragón,
y peleó con un enemigo derrotado,
que con todas sus sutilezas y fuerzas ya fue vencido.
Cuando siento la serpiente en mi talón,
puedo recordar a aquel cuyo talón fue herido,
pero que, al ser herido, aplastó la cabeza del diablo.
Mi alma exalta con un gozo desde mi interior al poderoso conquistador.
Sana las heridas que recibí en la gran pelea;

si me llené de corrupción,
si mi fe fue dañada,
si mi esperanza es menos brillante,
si mi amor no es ferviente,
si alguna comodidad ocupa mi corazón,
si mi alma se hunde ante la presión de la lucha.
Oh, Tú cuyas promesas son un bálsamo,
cada toque es vida,
acércalo a tu cansado guerrero,
refréscame, para que pueda volver a levantarme para llevar a cabo la lucha,
y no cansarme nunca hasta que mi enemigo sea aplastado.
Dame tal comunión contigo para que pueda desafiar a Satanás, a la incredulidad, a la carne, al mundo,
con el deleite que no viene de una criatura,
y que ninguna criatura puede estropear.
Derrama una corriente de tu fuente eterna
que yace en tu decreto y en tu amor inmutable y eterno.
Luego no permitas que mis manos se debiliten,
ni que mis pies tropiecen,
ni que la espada se me oxide,
ni que el casco se me rompa,
ni que la coraza se me caiga,
pues mi fuerza se encuentra en tu poder.[4]

Hago esta oración en el nombre del Jinete en el caballo blanco —cuyo nombre es Fiel y Verdadero— y que un día regresará seguido por los ejércitos del cielo.[5] Oro en el nombre de Aquel que juzga con justicia y hace la guerra, cuyos ojos resplandecen como llamas de fuego.[6] Oro en el nombre del Guerrero Victorioso que un día destruirá a Satanás, y quitará de este planeta el pecado, la maldad, la iniquidad, la rebelión, el odio, la injusticia y las mentiras. Oro en el nombre de JESÚS.

Concédenos la victoria en este día…

Para la gloria de tu nombre.

EPÍLOGO: LA ORACIÓN DE DANIEL ES UNA BATALLA

Ya se acerca el fin de todas las cosas. Así que, para orar bien, manténganse sobrios y con la mente despejada.

1 PEDRO 4:7

Si la oración es…

… uno de los supremos gozos de la vida,

… el vibrante latido de nuestra relación con Dios,

… lo más cerca que estaremos de Dios en este lado del cielo,

… la brújula que nos ayuda a mantenernos en el camino correcto…

Y, en efecto, es todo lo anterior…, entonces *¿por qué es tan difícil?*

¿La respuesta?

Porque la oración es una batalla. Una pelea. Es guerra espiritual.

Se ha dicho que la cámara de oración secreta es un campo de batalla.[1] Oswald Chambers expresó que "la oración no es una preparación para la batalla, la oración es la batalla".[2]

Al final de este libro, vale la pena observar que cuando oramos la oración de Daniel, estamos entrando en la esfera de la guerra espiritual con el enemigo. Así que no te desanimes cuando no tengas evidencia de que tus oraciones movilizan los cielos o cambian a una persona, y mucho menos de que tocan una nación.

No todas las oraciones tienen una respuesta inmediata. Si bien existen razones bíblicas para las oraciones no contestadas, a veces la respuesta simplemente se tarda.[3] Hubo veces, después de una

súplica intensa y desesperada, que no recibí una respuesta a través de un versículo, ni tampoco una confirmación mediante alguna persona. Y la espera puede ser insoportable.

Seis años después de que Daniel derramó su corazón a Dios con una desesperación apremiante por la nación de Judá,[4] él mismo experimentó una tardanza agonizante de la respuesta a su oración personal. Había recibido "una revelación", que es lo equivalente a decir que seguía leyendo la Biblia. Sabía que la revelación era la Palabra de Dios, que era verdad, y tenía suficiente visión como para saber que implicaba sucesos que transformarían al mundo (10:1-2). Pero no parecía comprender lo que significaba.

Durante las tres semanas de silencio celestial, Daniel cayó en una forma de profunda depresión espiritual, incapaz de comer o de bañarse siquiera. Era como si su misma vida dependiera de un entendimiento más vasto de la Palabra de Dios. Y luego, después de una tardanza de veintiún días, el silencio se rompió. La respuesta del cielo llegó a través de un mensajero especial de Dios. Hay tres aspectos en los que el mensajero le hizo hincapié antes de cumplirle el ferviente deseo de entender, y que tú y yo haríamos bien en recordar cuando oramos.

LA GUERRA ESPIRITUAL ES ALGO SERIO

Cuando el mensajero le habló a Daniel, le dio la siguiente orden: "Levántate […] presta atención a lo que voy a decirte" (10:11).

En otras palabras, Daniel necesitaba "escuchar". Y así también tú y yo. Necesitamos prestar atención, no solo a la Palabra de Dios, sino a este aspecto serio de la nación. Necesitamos saber quién es nuestro adversario, cuál es su estrategia y cómo será nuestra protección de defensa mientras estamos a la ofensiva contra él.

NUESTRO ADVERSARIO ES SERIO

La Biblia nos da una imagen descriptiva de nuestro adversario. Pedro revela que nuestro verdadero enemigo es el mismo diablo, que es como un león rugiente.[5]

Los leones rugen cuando están hambrientos, lo que indica que el diablo se siente totalmente motivado a cazarnos a ti y a mí. Pedro dice que "ronda", lo que nos muestra que se mantiene activo y lleno de energía mientras trata de derrotarnos. No es perezoso. Y está "buscando", porque está completamente dedicado a derrotarnos y a destruir nuestras relaciones, nuestro testimonio, ministerio, familia y todo lo que tenga que ver con nosotros. No es un caballero. Es más bien como un luchador de jaula, donde todo vale. No pierde su enfoque ni se distrae. Su objetivo es "devorarnos", dejarnos completamente inútiles para Dios en nuestra vida cristiana y totalmente ineficaces en nuestras oraciones. Él está enfocado. ¡Ese es un enemigo serio!

Cuando apliquemos la oración de Daniel, el diablo va a obrar frenéticamente para asegurarse de que el cielo permanezca impasible y las naciones continúen estando bajo su control. Pero si bien él es más poderoso de lo que nosotros jamás podremos ser, poseemos autoridad sobre él en el nombre de Jesús. Y esa es una razón por la que cuando oro, siempre lo hago en el nombre de Jesús. Él es el Único que me da acceso a la presencia de Dios y autoridad sobre mis enemigos invisibles.[6]

El apóstol Pablo estaba muy familiarizado con la guerra espiritual. Toda su vida cristiana consistía en una batalla tras otra, en una victoria tras otra. Por eso, cuando nos da claras instrucciones sobre cómo luchar contra el diablo, está hablando por propia experiencia. Mientras Pablo estaba encadenado entre dos soldados romanos, utilizó esa misma forma en la que ellos se vestían para la batalla para describir la armadura invisible que nos colocamos para nuestra propia batalla espiritual, así como las armas ofensivas que debemos esgrimir.[7]

NUESTRA ARMADURA ES SERIA

Mientras permanecemos firmes, inamovibles e inquebrantables en nuestra posición como hijos de Dios, debemos colocarnos:

El cinturón de la verdad. La primera prenda del equipo que un soldado romano se colocaba era el cinturón, porque todas las demás prendas estaban conectadas a él. Sin el cinturón, el soldado no podía vestirse. Nuestra armadura invisible consiste, primero y principalmente, en el cinturón de la verdad, que es la Palabra de Dios. Nuestra vida entera, incluyendo nuestros pensamientos, acciones, sistema de creencias y visión del mundo, debe reorientarse de acuerdo con la Palabra de Dios. Debemos estar llenos de su Palabra porque nos dará la perspectiva de Dios para cada aspecto de la vida. Ciñe tu cinturón. En primer lugar.

La coraza de justicia. Era la pieza de la armadura que cubría el corazón y los órganos vitales del soldado. La coraza de nuestra armadura invisible es la justicia. El vivir correctamente. Una conciencia limpia. Lo que significa que necesitamos asegurarnos de estar bien con Dios y con las personas. No podemos ser fuertes en la batalla si tenemos un profundo y acuciante sentimiento de culpa. Arregla ahora tu situación con Dios y, en la medida de lo posible, con la persona con la que hayas estado mal. Tu propia salud y bienestar espiritual dependen de ello.

Tus pies calzados con la disposición de proclamar el evangelio de la paz. Las sandalias de los soldados tenían abrazaderas, para que durante la batalla su pisada fuera firme y hubiera menos posibilidades de resbalarse o caer. Tú y yo debemos estar firmes en las Buenas Nuevas de que Dios ama tanto al mundo que envió a su Hijo unigénito para que todo aquel que en Él cree no se pierda, mas tenga vida eterna. Y su Hijo, Jesús, es el camino, la verdad y la vida, y nadie viene al Padre, sino por Él.[8] Pero todos y cada uno de los que quieran venir, pueden hacerlo. Es allí donde se encuentra la verdadera paz. Debemos estar listos al momento, no solo para encontrarnos cara a cara con Dios porque ya estamos en paz con Él,

sino para llevar el evangelio a otras personas para que ellas también estén en paz con Él. ¡Mantente firme en el evangelio!

Y debemos tomar…

El escudo de la fe. Esta era una parte del equipo cuya dimensión era tan grande como el soldado. Y solo era efectivo si el soldado se mantenía detrás de él. Era casi como una pared portátil. Nuestro escudo invisible de la fe es nuestra dependencia total de Dios. Nuestra confianza en Él. Es la clave para debilitar los ataques del enemigo. Una y otra vez, la Biblia describe a Dios como nuestro escudo, por eso, si nos mantenemos cerca de Él, podemos estar confiados en que ningún ataque que el enemigo lleve a cabo contra nosotros llegará a herirnos o nos debilitará o aplacará nuestra fe, debido a que primero deberá pasar a través del escudo.[9] Tan solo mantente cerca de él.

El yelmo de la salvación. Esta pieza de la armadura cubría la cabeza del soldado. Sus pensamientos. Sus razonamientos. En nuestro caso, debemos estar seguros de que, sin lugar a duda, Dios nos ha perdonado y recibimos la vida eterna a través de la fe en Jesucristo. Nunca seremos unos guerreros victoriosos si andamos por la vida dudando de nuestra salvación, inseguros de que Dios realmente nos acepta. O si tenemos temor a morir porque si bien "esperamos" ir al cielo, no estamos ciento por ciento seguros de que pasaremos la eternidad allí. ¡Colócate el yelmo ahora mismo!

La espada del Espíritu. Mientras que las anteriores partes de la armadura eran por naturaleza defensivas, la espada es una de las armas ofensivas que se nombran. Si bien resulta obvio que una espada era el arma con la que contaba el soldado para la guerra, Pablo nos dice con claridad lo que es la espada, cuando declara que "es la palabra de Dios".[10] Debemos leer, estudiar, ser diligentes y vivir por la Palabra de Dios, confiados en que ella posee las respuestas a las preguntas de la vida y nos otorga los principios para vivir a través de ella. Es la Palabra escrita de Dios la que revela de forma sobrenatural la Palabra viva de Dios, la que acerca a las

personas a la Luz, a la Verdad…, a Jesús. Debemos aprovechar cada oportunidad para anunciarla a los demás. ¡Levántala! ¡Quítale el polvo! Léela todos los días. Remítete a ella con frecuencia. Confía en ella. Dásela a otros. Maneja tu espada con el poder del Espíritu de Dios, pero siempre envuelta en amor.

Luego, comienza a orar de verdad. Para un soldado, esto sería parte de la comunicación directa con su comandante. Asegurarse de conocer el plan de batalla y cómo proceder. Lo mismo sucede para ti y para mí. No estamos a la deriva adivinando nuestro camino a través de la batalla. Tenemos acceso directo al Comandante. Al Capitán de los ejércitos de los cielos. Nos comunicamos con Él a través de la oración.

Pablo nos instruye: "Oren en el Espíritu en todo momento, con peticiones y ruegos".[11] Lo que significa que puedes alterar el orden de los sucesos cuando oras. Tus oraciones no tienen que acomodarse a una fórmula prescrita. No necesitas orar estando sentado o arrodillado. Puedes llevar la música que te gusta a tu lugar de oración o comenzar adorando con tu canción preferida. Sal a dar una vuelta y agradécele a Dios por todas las bendiciones que puedes nombrar. Memoriza una lista de los nombres de Dios ordenados alfabéticamente y léelos cuando te vayas a dormir. Haz un diario y una lista de oración. Utiliza fotografías de personas, como misioneros o líderes mundiales, para ayudarte a estar enfocado al orar por ellos. Sé creativo. "Manténganse alerta y perseveren en oración por todos los santos".[12]

¡Ten cuidado! ¿Estás orando completamente armado? ¿Atento a tu adversario? ¡Presta mucha atención!

LA GUERRA ESPIRITUAL ES SUTIL

El segundo aspecto de la guerra que el mensajero transmitió a Daniel fue más sutil. Se lo reveló cuando, una vez más, le respondió dos veces: "eres muy apreciado" (10:11, 19). ¿Acaso Daniel pensaba

que su oración no había sido respondida de inmediato y de forma específica como había sucedido con su oración anterior; que de alguna manera había perdido el favor de Dios? ¿Que sus oraciones ya no movilizaban el cielo?

¿Es eso lo que tú piensas? Cuando Dios retrasa la respuesta a tus oraciones, ¿piensas…

… que de alguna manera la oración no funciona para ti?

… que Dios no escucha tus oraciones?

… que está demasiado ocupado para que lo molestes?

… que no eres digno de su atención?

… que si la oración no funcionó anteriormente, para qué entonces molestarte en orar esta vez?

… que de todos modos no eres un guerrero de oración?

… que las promesas de Dios no son para ti, así que no esperas que Él las cumpla?

… que Dios va a castigarte dejándote en medio del lío en que te metiste?

O quizá piensas…

… que no eres lo suficientemente especial,

… que no eres tan importante para Dios,

… que careces de suficiente fe,

… que no ayunaste adecuadamente,

… que no usaste la "fórmula" correcta para orar,

… que no te humillaste lo suficiente,

… que no pediste la combinación justa de sus promesas,

… que la oración no fue muy larga… ni ferviente… ni suficientemente específica… ni piadosa.

La lista de estos pensamientos incluye tan solo algunas de las ideas que yo pensaba cuando se retrasaban las respuestas a mis oraciones. ¿Pero sabes algo? El noventa y nueve por ciento de las veces esos pensamientos son el siseo de la serpiente, del mismo diablo, que se arrastra y siembra insinuaciones en el oído, tratando de socavar mi confianza en Dios. La lista anterior de pensamientos

consiste en mentiras astutas y sutiles de parte del padre de las mentiras. Por ese motivo, lo confronto. Lo reprendo con la autoridad que se me dio como hija de Dios. Pido que la sangre de Jesús me cubra y me proteja de sus despiadadas insinuaciones y acusaciones. Luego, lo reprendo con firmeza y le ordeno que se vaya mientras continúo orando hasta que prevalezco en oración. ¿Harías lo mismo?

¿Acaso nuestro adversario, el diablo, te convenció de que Dios no responde tus oraciones porque no te dio lo que pediste, de la forma que pediste o cuando lo pediste? Eso es sutil.

El diablo es un mentiroso. Jesús lo expresó con una mordaz acusación cuando lo expuso: "Desde el principio este ha sido un asesino, y no se mantiene en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando miente, expresa su propia naturaleza, porque es un mentiroso. ¡Es el padre de la mentira!".[13] ¿Qué mentiras sutiles te ha estado diciendo? ¿Te ha dicho acaso que orar es muy difícil, es tan difícil que mejor dejas de hacerlo? Escucha atentamente. ¿Puedes escuchar el siseo de la serpiente…?

Me pregunto cuál era la mentira que el enemigo le estaba diciendo a Daniel. Por el tono y el mensaje del mensajero, parecería que Daniel se había desanimado y se estaba sintiendo derrotado por la oración no contestada. Porque el mensajero inmediatamente tranquilizó a Daniel y le dijo: "No tengas miedo, Daniel. Tu petición fue escuchada desde el primer día en que te propusiste ganar entendimiento y humillarte ante tu Dios. En respuesta a ella estoy aquí" (10:12).

¡Es asombroso! ¿Afirmarías esas palabras como el aliento de parte de Dios para tu vida? Podría ser que Dios quiere tranquilizarte y asegurarte que… *desde el primer día en que decidiste recibir conocimiento a través de la lectura de la oración de Daniel y humillarte ante Dios mediante las oraciones y colocarte en la brecha por tu iglesia y tu nación y el mundo, tus palabras fueron escuchadas, y este libro es el mensaje de Dios para decirte…: Dios ha escuchado tu oración. El cielo se ha movilizado y las naciones están cambiando, una persona a la vez*. ¡Gloria a Dios! Recibe su

aliento mientras prestas atención a un hecho primordial más acerca de la guerra espiritual.

LA GUERRA ESPIRITUAL ES INVISIBLE

Recientemente escuché a mi querida amiga, Priscilla Shirer, describir una experiencia que tuvo con su hijo menor. Contó que lo llevó a un festival otoñal de la iglesia donde hay mesas con juegos y actividades divertidas. El juego más popular estaba colocado en la parte trasera de una camioneta. Había un tablón extendido que estaba cubierto con una tela. La tela tenía agujeros que traspasaban el tablón, y por estos se asomaban unos títeres. Habían armado unos escalones para que los niños pudiesen subir y estar al mismo nivel que el piso de la camioneta. El juego consistía en darles a los niños un martillo de gomaespuma que usaban para pegarles a los títeres y hacer que permanecieran dentro de los agujeros. El juego era una versión casera del verdadero que había visto recientemente en la feria estatal.

Priscilla nos contó lo enojado que se sentía su hijo al ver la larga fila que había para poder jugar. Estaba cansado de esperar y muy exasperado, porque a pesar de que golpeaban a los títeres, no permanecían en los agujeros. Así que antes de que ella se diera cuenta de lo que su hijo estaba haciendo, él se soltó de la mano, corrió hacia la camioneta y le dio un tirón tal a la tela que la quitó. Y en el momento, tres adultos con los ojos bien abiertos quedaron expuestos con sus manos revestidas con títeres levantadas en el aire. Mientras todos se reían y Priscilla rápidamente alejaba a su pequeño hijo, pudo detectar una lección espiritual a partir de ese incidente. El problema con los títeres no se encontraba en la superficie. No era fácilmente visible. El verdadero "problema" se encontraba debajo, en los tres adultos que estaban manejando los títeres. El verdadero problema había sido invisible porque todos estaban enfocados en lo que parecía ser obvio; hasta que se quitó la tela y quedaron expuestos.

El apóstol Pablo les alertó a los efesios que seguían a Jesús que la guerra espiritual no es contra carne ni sangre.[14] No es contra algo visible. El verdadero problema no es obvio. Está "debajo".

Con su humor característico, Priscilla destacaba que mientras podemos pensar que el verdadero problema es nuestra suegra, nuestro cónyuge, nuestro hijo adolescente, el pastor, nuestro jefe, el empleado, el hecho de ser golosos o nuestro amor por el chocolate —sea lo que sea lo que desencadena nuestro enojo—, el problema real se encuentra debajo. Es nuestro enemigo. Nuestro adversario. El diablo.

Cuando se trata de la nación, podemos pensar que la verdadera batalla es con el líder político, la forma de gobierno o la avaricia corporativa, los proveedores de pornografía, los abortistas, los terroristas radicales, el comité escolar, el gobierno municipal o cualquier enemigo obvio y visible que podamos nombrar. Si bien esos, sin duda, son verdaderos problemas, la verdad es que son manipulados por nuestro adversario. Nuestra batalla no es en absoluto contra un enemigo visible. La verdadera batalla —el problema principal— se encuentra "debajo", con el enemigo invisible. Peleamos "contra poderes, contra autoridades, contra potestades que dominan este mundo de tinieblas, contra fuerzas espirituales malignas en las regiones celestiales": el enemigo invisible que manipula a los enemigos visibles como títeres para hacer su malvada voluntad.

Es por eso que estoy firmemente convencida de que la respuesta principal al caos en que se encuentra el mundo hoy en día no es la política. Ni la educación. Ni el trabajo. Ni la economía. Ni la legislación. Ni la democracia. Ni el capitalismo, el socialismo, el comunismo o el islamismo. La respuesta principal y definitiva es Dios; el Dios de Daniel que nos habla a través de su Palabra y nos escucha cuando oramos. Pablo nos advirtió que "no libramos batallas como lo hace el mundo. Las armas con que luchamos no son del mundo, sino que poseen el poder divino para derribar fortalezas".[15]

Como ya hemos dicho, nuestras armas ofensivas principales son la Palabra de Dios, que es la espada del Espíritu, y la oración. Si tú y yo queremos ganar la batalla contra el enemigo invisible, debemos tomar la espada mientras nos ponemos de rodillas.

Las oraciones quitan la "tela" y exponen lo que sucede debajo en la esfera invisible. Lo cual es una razón por la que el enemigo combate la oración. No puede tener éxito si queda expuesto. Por esa razón, él quiere que nos enfoquemos en lo visible. En lo lógico. Lo obvio. Lo natural y temporal. Sabe que no puede resistir la Luz que entra en la oscuridad por medio de nuestras oraciones. Por eso, cuando nos arrodillamos, es cuando comienza la batalla en serio. Te hará sentir tonto por pensar que puedes creer en Dios y en su Palabra. Literalmente. Intentará evitar que ores al convencerte de que no es tu "don". Que no eres un guerrero de oración como tal y tal. Que los dejes orar a ellos. Que, de todos modos, las oraciones de una persona no marcarán ninguna diferencia. ¿Acaso el enemigo realmente te ha convencido de que si Dios no te dio lo que pediste, o cuando lo pediste, o como lo pediste, significa que no te está respondiendo? ¿Claudicaste? ¿Te rendiste en oración? ¡Cuidado! ¿Puedes ver lo que hay "debajo"?

El enemigo también tratará de desviar tu compromiso de disponer un tiempo de oración diario a través de una variedad de trucos: tan pronto como te comprometes a hacerlo, te enfermas. O se enferman tus hijos. O tu compañía se vuelve notoria. O te encuentras de golpe con los horarios más ajetreados que jamás tuviste. O el viaje de negocios te lleva a una zona horaria que te saca de tu disciplina. O te ascienden.[16]

Y una vez que mantienes el compromiso y comienzas a orar, es en ese momento que suena el teléfono. O alguien golpea a la puerta. O el perro vomita en la alfombra. O tus pensamientos comienzan a dispersarse en todo lo que hiciste el día anterior y en todo lo que te corresponde hacer hoy. O te da tanto sueño que no puedes mantener los ojos abiertos. O comienzas a soñar despierto. O a imaginar algo distinto. O a planear las vacaciones. ¿Comprendes

la idea, no es cierto? ¿Qué trucos tiene el enemigo para evitar que ores? ¿Acaso jugó su mejor carta al convencerte de que ni siquiera existe?

Si Daniel dudaba de la existencia de un enemigo que buscaba activamente estorbar sus oraciones, ya no lo hizo después de que el mensajero apareció. El mensajero que lo visitó después de veintiún días de retraso, tocó el mundo invisible de una manera que no solo es fascinante, sino también reveladora. Levantó el velo de la invisibilidad detrás del que se escondía el enemigo; quitó la "tela" cuando le dio la razón por el retraso. Le explicó: "Tu petición fue escuchada […]. En respuesta a ella estoy aquí. Durante veintiún días el príncipe de Persia se me opuso, así que acudió en mi ayuda Miguel, uno de los príncipes de primer rango. Y me quedé allí, con los reyes de Persia. Pero ahora he venido a explicarte lo que va a suceder con tu pueblo en el futuro…" (10:12-14).

Ahora bien, ¡eso suena como algo sacado de una película de ciencia ficción! Lo que hace que me pregunte si incluso en este momento el diablo se está riendo en tus oídos y tratando de convencerte de que tú también te rías. O al menos, sonrías con escepticismo mientras él sisea y te convence de que eso es algo que raya en lo fanático, así que mejor recházalo.

Si bien no entiendo todo lo que dice el mensajero,[17] lo que sí sé, y estoy convencida, es que cuando oramos entramos en una esfera espiritual invisible donde todo lo que sucede no lo vamos a conocer hasta que estemos en el cielo. Esa es una de las razones principales por las que la oración no es fácil. La oración es la línea del frente de una batalla.

¡Pero ten ánimo! ¡Cuando oramos, movilizamos el cielo! El mensajero angelical se lo dejó muy en claro a Daniel cuando le dijo: "Tu petición fue escuchada […]. En respuesta a ella estoy aquí". El cielo no solo respondió al pedido del profeta, también acudió a la causa de Daniel cuando el mensajero le reveló que otro mensajero poderoso, Miguel, había venido a ayudarlo en la batalla invisible y a

asegurarse de que la respuesta a la oración de Daniel se abriera paso entre la neblina invisible de la guerra.

Cuando tú y yo oramos, no solo movilizamos el cielo, sino que también el cielo va a responder y acudir a nuestra causa, veamos o no evidencia visible de ello. Jesús mismo prometió: "Cualquier cosa que ustedes pidan en mi nombre, yo la haré; así será glorificado el Padre en el Hijo. Lo que pidan en mi nombre, yo lo haré".[18]

Pero Jesús también advirtió a sus seguidores que "En este mundo afrontarán aflicciones, pero ¡anímense! Yo he vencido al mundo".[19] Y debido a que Él venció, tú y yo también venceremos. Al final de la historia humana como la conocemos, cuando el mundo colapse y parezca estar totalmente dominado y gobernado por el mismo diablo, los seguidores de Jesús vencerán al enemigo "por medio de la sangre del Cordero y por el mensaje del cual dieron testimonio".[20] El rey David, que era un poderoso guerrero, reveló el secreto de sus victorias cuando exclamó: "Con Dios obtendremos la victoria; ¡él pisoteará a nuestros enemigos!".[21]

El hecho de que la "batalla es del SEÑOR"[22] parece recalcarse por la realidad de que Daniel, al batallar en oración, expresa: "Las fuerzas me abandonaron, palideció mi rostro, y me sentí totalmente desvalido", "caí en un profundo sueño, de cara al suelo", "tembloroso", "guardé silencio", "me siento muy angustiado", "¡Las fuerzas me han abandonado, y apenas puedo respirar!".[23] ¡Sin embargo, Daniel fue victorioso!

Así que…

Cuando no logras mantener constantemente tu compromiso de oración, como ocurrió conmigo tantas veces, no te rindas.

Cuando luchas por concentrarte en la oración, como me sigue sucediendo, no bajes los brazos.

Cuando el contenido parece débil o poco efectivo, como ha sido el mío de tantas maneras, continúa adelante.

Recuerda: ¡esto es una guerra!

Pero ¡ten ánimo!

Un día, el enemigo será derrotado. Finalmente. Completamente. Totalmente. Definitivamente. Eternamente.

Un día, el diablo será arrojado al lago de fuego y azufre, donde será atormentado día y noche por los siglos de los siglos.[24]

Un día, las copas de oro estarán llenas de incienso; el incienso de nuestras oraciones unidas delante del trono de Dios, que provoca el mayor regreso de todos los tiempos cuando Jesús vuelva a reclamar su derecho de juzgar al mundo.[25]

Un día, tú y yo nos uniremos a millones y millones de ángeles y otros seguidores de Jesús cantando: "¡Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, la riqueza y la sabiduría, la fortaleza y la honra, la gloria y la alabanza! […] ¡Al que está sentado en el trono y al Cordero, sean la alabanza y la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos!".[26]

Un día, todo el universo se estremecerá en un cántico de victoria y alabanza al Cordero que fue inmolado y que obtuvo la victoria sobre todos sus enemigos.

Un día, ese día, ¡diremos que cada momento que pasamos orando y que Dios utilizó para lograr la victoria en su nombre valió la pena! ¡Alabado sea el Señor!

Así que, hasta ese día, continúa orando la oración de Daniel hasta movilizar el cielo y hasta que las naciones cambien.

¡Para la gloria de su nombre!
Amén.

¡GRACIAS, EQUIPOS!

Mientras escribía este libro, también me encontraba cuidando a mi esposo las veinticuatro horas del día. Le organizaba la medicación, las comidas, las citas con el médico y su vida social, y al mismo tiempo hacía lo mejor de mí para ministrarle el amor de Dios y animar su espíritu. Era un trabajo de tiempo completo. Cada día apartaba un tiempo para supervisar mi ministerio AnGeL y mi equipo de colaboradores. Si bien había dejado de viajar, continuaba ministrando a través de videos, audios y las redes sociales. Con el tiempo en familia y las relaciones todo superpuesto, realmente estaba haciendo mucho más de lo que posiblemente hubiese podido lograr en la esfera natural. Así que el pensamiento de sumarle escribir un nuevo libro a todo lo que estaba haciendo, era abrumador.

Mientras me apoyaba en el Señor, Él derramaba su bendición, me daba palabras, pensamientos, apreciaciones e historias que me permitieron completar el manuscrito en tiempo récord. Pero no sería honesta si no reconociera que Dios usó a muchas personas para acompañarme en este proceso y me prestaron una ayuda práctica abundante. Al igual que los hombres poderosos que Dios le acercó a David para asistirlo en la tarea a la que Dios lo había llamado,[1] Dios me dio equipos de personas que me ayudaron a completar este proyecto. Me gustaría ofrecer mi más sincera gratitud de forma pública a:

MI FAMILIA

Mi esposo, Danny, que, justo antes de que me entregaran las muestras del libro, partió hacia la casa de nuestro Padre. Si se hubiese marchado antes, yo no habría podido completar el manuscrito. Él estaba profundamente interesado en él y cada noche quería que habláramos sobre lo que yo había escrito ese día. También tuve el pleno apoyo de mis hijos y sus cónyuges: Jonathan y Jenny Lotz, Traynor y Morrow Reitmeier, Steven y Rachel-Ruth Wright; y mis nietos: Bell, Sophia y Riggin Wright, quienes fueron muy pacientes y me animaron de una manera increíble mientras yo me aislaba y me desconectaba de las actividades familiares para poder escribir.

EL EQUIPO DE ANGEL MINISTRIES

Mi equipo, liderado por Ross Rhudy, incluidas Ginger Kirby, Ava Zettel, Sarah Erwin, Hope Reed, Carol Cooper, Anna Little, Tim Turner, Belinda Sandy, Mary Fuller Sessions y Jennifer Gillikin, que cargaron con el trabajo y me liberaron para dedicar las horas a escribir sin distracciones.

LOS EQUIPOS DE ORACIÓN

Mi equipo personal de oración, encabezado por mi hija Rachel-Ruth Wright, junto con Bonnie Moore, Dody Ragsdale, Bonnie Gaylord, Lynn Roach, Sherry Burrows, Joan Holder y Debby Morris, que oraron para que el viento del Espíritu "soplara en mis velas" cuando luchaba contra el bloqueo de escritor; y el viento sopló. Y mi equipo de oración de trabajo de la oficina, liderado por Beth Murphy, incluidas Betsy Batchelor, Holly Yancey, Crystal Yancey, Morrow Reitmeier y Julia Bryan Canavan, cuya intercesión aseguró el tranquilo funcionamiento de mi oficina durante mi "ausencia".

EL EQUIPO DE TRANSPORTE

Debido al deterioro de salud mi esposo, durante más de dos años, nueve hombres venían regularmente para ayudarme a transportarlo, esto incluía venir a buscarlo a las cinco y media de la madrugada

para llevarlo a diálisis y regresar a las doce del mediodía. La mayoría de los días de diálisis también recogían el almuerzo para Danny, así que me liberaba de esa responsabilidad. Tommy Drake fue el hombre clave que ayudó a dirigir a los demás: Jim Hendren, Bill Lam, Jeff Burrell, Bo Batchelder, Jim Young, Russ Andrews, Louis Alexander y Robert Boone.

EL EQUIPO DE ZONDERVAN

Dios apuntaló la escritura de este libro con un grupo de profesionales de la industria editorial que fue cariñoso, sabio, entusiasta y muy paciente: David Morris, Sandy Vander Zicht, Dudley Delffs (que no solo hizo la mayor parte del trabajo de edición del contenido en inglés, sino que también le dio al libro el título de trabajo que terminó siendo el título final: *La oración de Daniel*), Londa Alderink y Bob Hudson.

LA AGENCIA ALIVE

Bryan Norman recibió la visión del libro muy pronto y ayudó a escribir el subtítulo del libro en inglés: *Prayer that Moves Heaven and Changes Nations* (Oración que moviliza los cielos y cambia naciones), mientras que él y Rick Christian nunca dejaron de mostrarme amor y de prestar atención a todo lo que necesitara, ya fuera dentro del mundo editorial, como a nivel personal.

UN EQUIPO DE UNA SOLA PERSONA: HELEN GEORGE

Helen ha estado a mi lado desde la primera vez que comencé el ministerio fuera de mi casa. Ella era la profesora que me reemplazaba y la administradora de mi clase cuando yo enseñaba la Biblia en Bible Study Fellowship. Luego, cuando di el paso para dar comienzo a AnGeL Ministries, dio el salto conmigo y ha estado a mi lado cada día desde entonces. ¡Ha sido fiel y leal estando a mi lado por casi cuarenta años! Se dice que cuando yo comienzo una oración, ella puede terminarla. Para este libro, manejó un tsunami

de correspondencia, atendió llamadas telefónicas, se encargó de los correos electrónicos y de otros asuntos, para que yo pudiera disponer de bloques de tiempos sin distracción para escribir. Y su aguda vista para la corrección de las páginas la hicieron invaluable a medida que el manuscrito se iba convirtiendo de un borrador a la versión final.

Todas y cada una de las personas nombradas me ayudaron porque creen que este libro será una bendición para tu vida. Así que al mismo tiempo que les agradezco a ellos, quiero agradecerte a ti también porque al leer *La oración de Daniel* haces que su esfuerzo valga la pena.

POSTDATA

Cuando Salomón terminó de orar, descendió fuego del cielo...

2 CRÓNICAS 7:1

NOTAS

ES TIEMPO DE ORAR LA ORACIÓN DE DANIEL

1. 2 Reyes 17:16-23.
2. Daniel 1:7.
3. Ver en la página 92, la nota acerca de Daniel 1:3, RVC.
4. Daniel 1:8.
5. Daniel 1:17.
6. 1 Samuel 2:30.
7. Si bien debe haber habido otras personas que oraban a Dios para que cumpliera su promesa y los cautivos regresaran a Judá, la oración de Daniel es la única que se registra en las Escrituras. Creo que se incluye en el registro bíblico para enseñarnos no solo cómo orar por nuestro pueblo y nación, sino también para recalcar que la oración de una persona puede movilizar el cielo y transformar una nación. Ezequiel 22:30.
8. Génesis 6-8; 19:23-29; Joel 1-2; Habacuc 1–3; Mateo 24:4-8, 29; 2 Pedro 3.
9. "Birth Control and Abortion", Abort73.com, <www.abort73.com>.
10. <www.ushistory.org>; <www.leaderu.com>.

Primera parte: Preparándonos para la oración

CAPÍTULO 1: COMPROMETIDOS A ORAR

1. 1 Tesalonicenses 5:17.
2. Mi esposo partió al cielo el 19 de agosto de 2015. Es interesante que, luego de cuarenta y nueve años de casados, mi compromiso hacia él siga siendo tan fuerte aun cuando ya se ha ido.
3. Daniel 6:10.
4. Éxodo 33:7-11.

5. Por favor, visita mi sitio web, <www.annegrahamlotz.org>, y descarga la aplicación de nuestro ministerio, que ofrece material de estudio sobre la Biblia y devocionales de forma gratuita. También puedes registrarte para recibir diariamente nuestro devocional gratuito *online* en tu correo electrónico. Contiene un pasaje de las Escrituras y una breve aplicación de lo que significa para el diario vivir.
6. Daniel 6:10.
7. Salmo 5:3; 59:16; 88:13; 119:147; 143:8.
8. Marcos 1:35.
9. Apocalipsis 3:1-3.
10. Daniel 5:13.
11. Lamentaciones 3:22-23.
12. Romanos 8:18.
13. Daniel 6:10.
14. 2 Crónicas 7:16.
15. Salmo 94:14.
16. Romanos 8:28.
17. <www.gty.org>.

CAPÍTULO 2: COMPELIDOS A ORAR

1. Romanos 7:18.
2. Juan 15:5.
3. Salmo 46:1-2.
4. Filipenses 4:7.
5. Filipenses 1:6.
6. 2 Timoteo 4:6-8.
7. Todas las referencias al libro de Daniel estarán incluidas en el texto de acuerdo al capítulo y al versículo.
8. Reimpreso como *Anne Graham Lotz, Daily Light Devotional* [Luz diaria, Devocional], Nashville: J. Countryman, un sello de Thomas Nelson, 1998. El prólogo de este devocional diario explicará cuán significativa ha sido esta herramienta en mi familia a medida que la Verdad pasó de generación en generación.
9. Hageo 2:4; Efesios 6:10; Zacarías 8:9; Jueces 6:14; 2 Corintios 4:1; Gálatas 6:9, todos en la versión RVR60.
10. Visita mi sitio web: <www.annegrahamlotz.org>, da clic en *Studies in God's Word* [Estudios sobre la Palabra de Dios, en inglés], y luego en *Journey to Jesus* [Viaje hacia Jesús]. Es un recurso gratuito que te guiará en los pasos para poder escuchar la voz de Dios. O utiliza este *link* para acceder directamente: <www.annegrahamlotz.org>.

11. Génesis 6-8.
12. Génesis 18:16-19:29.
13. Las oraciones de la señorita Johnson fueron fundamentales para establecer el ministerio internacional Bible Study Fellowship, que ha acercado a millones de personas a la Palabra de Dios durante los años en que estuvo activo. Las oraciones de muchas madres contribuyeron en el ministerio de mi padre mientras presentaba el evangelio cara a cara a más de doscientos millones de personas durante toda su vida, lo que cambió muchas naciones.
14. Juan 15:5, RVC.
15. Ezequiel 36:37. El desafío de Dios parece verse con mayor claridad en la versión RVR1960: "Aún seré solicitado por la casa de Israel, para hacerles esto".

CAPÍTULO 3: CENTRADOS EN LA ORACIÓN

1. Un día de enero de 2015, Kenji Goto fue brutalmente decapitado por sus captores.
2. 2 Reyes 4:8-37.
3. Mateo 9:18-25.
4. Mateo 6:6.
5. Lucas 5:16.
6. Esta frase y este párrafo fueron adaptados de Mrs. Charles E. Cowman, *Manantiales en el desierto*, Miami: Editorial Vida, 2015, p. 106 [del original en inglés].
7. Leonard Ravenhill en Nick Harrison, *Magnificent Prayer* [Oración extraordinaria] Grand Rapids: Zondervan, 2001, devocional del 19 de enero.
8. Mateo 6:6.
9. Mateo 14:13; Lucas 5:16; 6:12; 9:18, RVC.
10. Lucas 9:28-36. La historia de la transfiguración se encuentra en los evangelios de Mateo, Marcos y Lucas.
11. Marcos 9:29.
12. Mateo 6:16.
13. 1 Samuel 1.
14. 1 Samuel 2:26.
15. La historia de Dori se puede encontrar en Tom Doyle, *El asesinato de cristianos,* Editorial Unilit, 2016, pp. 43-73 [del original en inglés].
16. Lucas 18:9.
17. La parábola se encuentra en Lucas 18:9-14.
18. Proverbios 16:5.
19. Isaías 66:2.
20. Daniel 2:48.

21. Daniel 6:10.

Segunda parte: Pedir en oración

CAPÍTULO 4: PEDIR CON CONFIANZA

1. Santiago 2:17.
2. Hebreos 13:8.
3. Proverbios 9:10.
4. Lucas 22:19-20; 1 Corintios 11:23-26.
5. Esta lista alfabética se basa en Efesios 1-2.
6. Esta oración se basa en los siguientes versículos: Mateo 24:35; Romanos 3:23; 1 Juan 1:8-10; Hechos 3:19; Efesios 1:7-8; Juan 6:49-51; 1 Corintios 11:23-26; Juan 3:14-18; 1:16; 17:2-3.
7. Juan 10:28-30.
8. Hebreos 11:6.
9. Lamentaciones 3:19-23.
10. Job 2:9.
11. Génesis 3:5.
12. Isaías 43:1-2; Salmo 23:4.
13. 2 Crónicas 33:9-20.
14. Si bien Saulo se convirtió camino a Damasco, como se narra en Hechos 9, es en Hechos 13, cuando se encontraba en Chipre, donde se le llama Pablo por primera vez.
15. La historia del éxodo se puede encontrar en el libro del Antiguo Testamento que lleva ese mismo nombre, capítulos 1-14.
16. Éxodo 14:13.
17. Éxodo 14:31.
18. Registrado por primera vez en Éxodo 15:1-18.

CAPÍTULO 5: PEDIR CON CONFESIÓN

1. Como presidenta honoraria del Día Nacional de la Oración, de 2014, me pidieron que escribiera la oración que luego se oró en toda la nación.
2. Charles G. Finney, *Cómo experimentar un avivamiento*, Editorial Vida, 2007.
3. Carol Brooks, "Prayer in Schools" [Oración en las escuelas], <www.inplainsite.org>; y "What Has Happened Since the 1963 Prayer in School Ruling?", BJU Press, <www.christianvssecular.com>.
4. "July 10: This Day in History/1925: Monkey Trial Begins" [10 de julio: este día en la historia/1925: Comienza el juicio del mono]. History.com, <www.history.com>.
5. Romanos 1:22.

6. Génesis 19:24.
7. Números 16:28-34.
8. Romanos 1:24.
9. Dr. Al Mohler, *Decision Magazine* (febrero, 2015), p. 16.
10. Cal Thomas, *Decision Magazine* (febrero 2015), p. 15.
11. Romanos 1:26-27.
12. Romanos 1:28.
13. Romanos 1:29-31.
14. Romanos 1:32.
15. Joel 2:13-14.
16. Santiago 4:8.
17. Isaías 5:2, 4.
18. 1 Crónicas 28:9.
19. El faro más famoso de Carolina del Norte se encuentra en las islas Hatteras y su nombre correcto es Faro de cabo Hatteras. Con una altura de sesenta y cuatro metros, este centinela con rayas blancas y negras advierte a los navegantes sobre su peligrosa ubicación, una zona del Atlántico llamada Diamond Shoals, donde la corriente del golfo choca con otra corriente más fría y crea condiciones óptimas para mares tormentosos, oleajes gigantescos y bancos de arena cambiantes. Con el tiempo, la baliza de luz del faro no ha atenuado. En cambio, en varias etapas de la historia, el poder, la claridad, la cantidad de reflectores y la visibilidad han ido aumentando. Hoy en día se lo ve con claridad desde más de treinta kilómetros. Y nunca se permitió que se apagara su luz. Incluso, se lo protegió durante la guerra Civil debido a su importancia estratégica para la seguridad y bienestar de los barcos que transitan por allí.
20. 1 Timoteo 3:15.
21. Mateo 10:15.

CAPÍTULO 6: PEDIR CON CLARIDAD

1. Para tener un informe más detallado, por favor lee el libro de Anne Graham Lotz, *Just Give Me Jesus* [Tan solo dame a Jesús], Nashville: Nelson, 2000, pp. 44-62.
2. Juan 2:3.
3. 2 Crónicas 7:15-16.
4. Ídem.
5. Génesis 18:16, 20-21.
6. Romanos 8:27.
7. Génesis 19:15-16, 27-29.
8. Juan 14:26, 16:12.

9. Uno de los recursos que conservo en mi lugar de oración es un pequeño libro que contiene compilaciones de la Biblia para todas las mañanas y las noches de los 366 días del año. El Espíritu Santo ha usado este libro mucho más que cualquier otro —aparte de la Biblia— para hablarme, para darme visión y entendimiento al orar: *Daily Light with Anne Graham Lotz* [Luz diaria con Anne Graham Lotz], Nashville: Countryman/Nelson, Nashville, 1998.
10. *Charisma Magazine*, marzo de 2015.
11. Apocalipsis 19:11.
12. Apocalipsis 19:14.
13. Apocalipsis 5:11-13.
14. Filipenses 2:9-11.

Tercera parte: Prevalecer en oración

CAPÍTULO 7: RESPUESTA INMEDIATA

1. La historia de Honi se basa en los escritos de Josefo, un estudioso y respetado historiador del siglo primero que nació en Jerusalén poco después de la primera venida de Jesús. Sus escritos se tienen en alta estima y se han utilizado en el mundo secular como una fuente muy creíble, tanto para la historia judía como para la cristiana.
2. 1 Reyes 18.
3. Génesis 32:22-32.
4. 2 Timoteo 3:16-17.
5. 2 Crónicas 7:14.

CAPÍTULO 8: RESPUESTA DEFINITIVA

1. Daniel 5.
2. Daniel fue hecho prisionero por Nabucodonosor en la primera deportación en el año 605 a. C. Los babilonios destruyeron Jerusalén y el templo en el año 586 a. C., aproximadamente veinte años después de la captura de Daniel.
3. Efesios 2:19-22; Hebreos 8:5.
4. Hebreos 10:1-4.
5. Juan 3:16; Hebreos 10:5-10.
6. Apocalipsis 21:1-3; 22:1-5.
7. 1 Timoteo 2:3-6.
8. Juan 14:6.
9. Juan 17; Hebreos 7:25.
10. Juan 14:2.
11. Apocalipsis 19:1.
12. Apocalipsis 19:6-7.

13. 1 Timoteo 1:15-16.
14. Hechos 17:1-6.
15. Isaías 6:8.
16. Fred Barlow, "William Carey: Missionary-Evangelist", Wholesome Words (1976), <www.wholesomewords.org>.
17. Stephen Ross, "Charles Thomas (C. T.) Studd", Wholesome Words (2015), <www.wholesomewords.org>.
18. Tom Doyle, *El asesinato de cristianos,* Editorial Unilit, 2016, pp. 1-17 [del original en inglés].

CAPÍTULO 9: RESPUESTA ESPECÍFICA

1. Jueces 6:36-40. El hecho de que Gedeón obedeció, una vez que tuvo la clara seguridad de que había escuchado la voz de Dios de forma apropiada, da muestra de que no le faltaba fe.
2. Para aquellos curiosos, mi respuesta fue: "Señorita Anne. Todos los hombres de la oficina me llaman así". (Y, por cierto, en ese momento había solo un hombre en la oficina, pero así era como me llamaba y por ese motivo le dije eso).
3. Isaías 44:24, 28.
4. Isaías 45:1-6.
5. Esdras 1:1-3.
6. Esdras 3:7; 5:14.
7. Esdras 4:3; 6:14.
8. Hageo 2:7, 9.
9. Lucas 2:22-24.
10. Lucas 2:41-50.

Cuarta parte: Patrones de oración

PATRONES DE ORACIÓN

1. Estas oraciones están disponibles en mi sitio web: <www.annegrahamlotz.org>, en la solapa *Events* o simplemente accede a: <www.annegrahamlotz.org>.
2. En estas oraciones, los párrafos en cursiva, que también están marcados con asteriscos, se tomaron de *El Valle de la Visión*, un libro de oraciones puritanas editado por Arthur Bennett y publicado por El Estandarte de la Verdad (Edimburgo, 2014).

UNA ORACIÓN CENTRADA

1. Hebreos 1:2.
2. Colosenses 1:16-17.

3. Hebreos 1:3.
4. Hebreos 1:3.
5. Efesios 1:20-23.
6. Mateo 11:28-29; Juan 14:13-14.
7. Hebreos 10:19.
8. Hebreos 10:22.

UNA ORACIÓN COMPELIDA

1. Isaías 51:16.
2. Génesis 1:3, Juan 1:1-3.
3. Isaías 55:9.
4. 1 Juan 1:5.
5. Deuteronomio 32:47.
6. Salmo 119:89.
7. Santiago 1:17.
8. Ezequiel 36:37.
9. Hebreos 10:7.
10. Filipenses 2:6-8.
11. Filipenses 2:9-10.

UNA ORACIÓN CONFIADA

1. Isaías 41:10.
2. Éxodo 15:11.
3. Salmo 33:6.
4. Génesis 2:7.
5. Colosenses 1:13.
6. Salmo 89:1.
7. Deuteronomio 7:9.
8. Génesis 18:25.
9. Isaías 57:15.
10. Isaías 57:15.
11. Hechos 3:19.
12. Mateo 7:1-5.
13. Mateo 26:64.
14. Lucas 23:46.

UNA ORACIÓN CONTRITA

1. Juan 8:12.

2. 1 Juan 1:5.
3. Isaías 61:10.
4. Efesios 4:3.

UNA ORACIÓN CLARA

1. Salmo 2.
2. Salmo 46.
3. Salmo 40:2.
4. Juan 14:13-14; 15:16.

UNA ORACIÓN POR LA BATALLA

1. Esta oración tendrá más sentido si la haces después del epílogo. Sin embargo, quise incluirla aquí con los demás patrones de oración.
2. Efesios 6:10-18.
3. Efesios 6:13.
4. (The Servant in Battle) [El siervo en batalla], aparece en *El Valle de la Visión*, un libro de oraciones puritanas editado por Arthur Bennett y publicado por El Estandarte de la Verdad (Edimburgo, 2014), pp. 328-329 [del original en inglés].
5. Apocalipsis 19:11-14.
6. Apocalipsis 19:11-12.

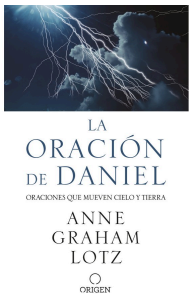
EPÍLOGO: LA ORACIÓN DE DANIEL ES UNA BATALLA

1. Ole Hallesby, *Magnificent Prayer* [Oración extraordinaria], Grand Rapids: Zondervan, 2001, p. 270.
2. Ídem.
3. Algunas de muchas de las razones bíblicas para una oración sin respuesta: pecados sin confesar (Isaías 59:2), arrogancia (Job 35:12-13), motivación equivocada (Santiago 4:3), etcétera.
4. Dio inicio a la oración de Daniel en el año sesenta y siete del cautiverio y el primer año del reinado de Darío (suponiendo que reinó durante al menos dos años [Daniel 9:1]). En el año setenta, en el primer año del reinado de Ciro, los cautivos fueron liberados (Esdras 1:1). La oración que hace en Daniel 10, la pronuncia en el año tercero de Ciro, lo que hace que hayan pasado seis años desde Daniel 9.
5. 1 Pedro 5:8.
6. Juan 14:13-14; 15:16; 16:23; Hebreos 10:19-22.
7. Efesios 6:10-18.
8. Juan 3:16; 14:6.

9. Algunos de mis versículos favoritos que describen a Dios como nuestro escudo son: Salmo 3:3; 18:2, 30; 33:20; 84:11; 91:4; 115:11.
10. Efesios 6:17.
11. Efesios 6:18.
12. Efesios 6:18.
13. Juan 8:44.
14. Efesios 6:12.
15. 2 Corintios 10:3-4.
16. Curiosamente, el diablo usará el ascenso, el éxito, la fama y la fortuna para alejarnos de la oración. No va a usar el descenso, las dificultades, los desastres o las enfermedades, porque todo eso hace que nos pongamos de rodillas; que es una razón por la que creo que la prosperidad de los Estados Unidos no ha sido necesariamente una bendición de Dios, porque implica el engaño de pensar que a Él no lo necesitamos. Y no es así. Y por esa razón, no oramos.
17. Lo que entiendo es que, aparentemente, las naciones del mundo tienen asignadas gobernadores invisibles. Se nombran a dos de ellos: el Príncipe de Persia (Irán) y el Príncipe de Grecia (10:13, 20). Israel parece ser la excepción debido a que al pueblo escogido de Dios se le ha asignado uno de los arcángeles, Miguel, como su protector (12:1). Resulta fascinante darse cuenta de que el antiguo Príncipe de Persia cierta vez se levantó contra el pueblo de Dios. Eso es todo lo que sé. No te distraigas…
18. Juan 14:13-14.
19. Juan 16:33.
20. Apocalipsis 12:11.
21. Salmo 108:13.
22. 1 Samuel 17:47.
23. Daniel 10:8-9, 11, 15, 17.
24. Apocalipsis 20:10.
25. Apocalipsis 5:8.
26. Apocalipsis 5:12-13.

¡GRACIAS, EQUIPOS!

1. 1 Crónicas 12.



Un emocionante descubrimiento de la oración que sí da resultados

¿Cuál es el secreto del avivamiento de la iglesia? ¿Y de la restauración espiritual? ¿Cómo puedes renovar tu relación con Dios?

¡Puedes lograrlo todo con oración!

Pero no la clase de oración de cada día, en la que te quedas dormido. Es una oración que sacude las puertas del cielo hasta que las cosas cambian. Una súplica apasionada y sentida que dice: "No te dejaré hasta que me bendigas". Una plegaria que se eleva y clama hasta obtener la respuesta.

¡Eso es *La Oración de Daniel*!

La autora *best seller* Anne Graham Lotz descifra la antigua oración de Daniel, una plegaria que movió los cielos y cambió una nación, y revela un modelo poderoso para tus oraciones de hoy.



ANNE GRAHAM LOTZ

A quien su padre, Billy Graham, llamaba "la mejor predicadora de la familia", recorre el mundo dando conferencias. El *New York Times* la nombró entre los cinco evangelistas más influyentes de su generación. Además, es autora de quince libros y ganadora de varios premios.

Título original: *The Daniel Prayer*
Título: *La oración de Daniel*

Primera edición: julio de 2019

Publicado bajo acuerdo con Thomas Nelson,
una división de HarperCollins Christian Publishing, Inc
© 2016, Anne Graham Lotz
© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial USA, LLC
8950 SW 74th Court, Suite 2010
Miami, FL 33156

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas se tomaron de la Nueva Versión Internacional (NVI) © 1999, 2015 por Bíblica, Inc.® Usado con permiso de Bíblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Otras versiones utilizadas son Reina Valera Contemporánea (RVC) Copyright © 2009, 2011 por Sociedades Bíblicas Unidas; Reina Valera Revisada 1960 (RVR1960) © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988.

Las direcciones de internet (páginas web, blogs, etc.) y números de teléfono mencionados en este libro se ofrecen como un recurso adicional, y de ninguna manera son avalados por esta editorial, que no se responsabiliza por los contenidos de los mismos.

Traducción: María José Hooft
Adaptación del diseño de cubierta de Studio Gearbox:
Penguin Random House Grupo Editorial
Foto de cubierta: Comstock / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-1-64473-020-1

Conversión a formato digital: Libresque

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

La oración de Daniel
Dedicatoria
Epígrafe
Es tiempo de orar la oración de Daniel
La oración original de Daniel
Primera parte. Preparándonos para la oración
1. Comprometidos a orar
2. Compelidos a orar
3. Centrados en la oración
Segunda parte. Pedir en oración
4. Pedir con confianza
5. Pedir con confesión
6. Pedir con claridad
Tercera parte. Prevalecer en oración
7. Respuesta inmediata
8. Respuesta definitiva
9. Respuesta específica
Cuarta parte. Patrones de oración
Los patrones nos ayudan a concentrarnos en nuestra oración
Una oración centrada
Una oración compelida
Una oración confiada
Una oración contrita
Una oración clara
Una oración por la batalla1
Epílogo: La oración de Daniel es una batalla
¡Gracias, equipos!

Notas
Sobre este libro
Sobre la autora
Créditos